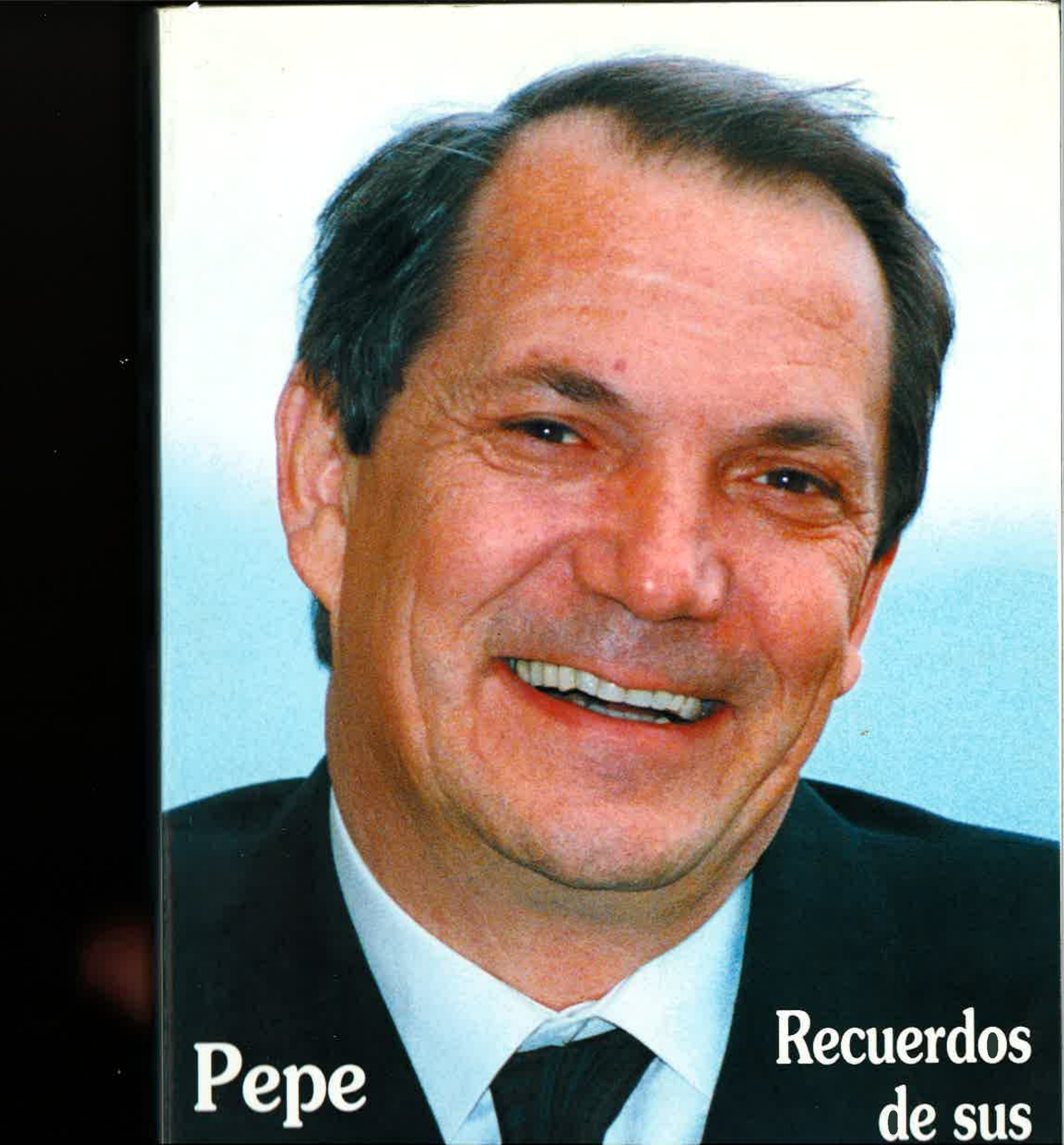

Pepe
Recuerdos
de sus



JOSEP SERRET

Nació en Vallfogona de Balaguer (Lleida) el 17 de Junio de 1941. Cursó sus primeros estudios en la escuela de Vallfogona y los continuó en el Colegio de los Hermanos de La Salle, en Reus. En Terrassa cursó los estudios de Ingeniero Técnico Industrial. Su formación se complementaría más tarde con un Master de Esade y el Programa de Alta Dirección de Empresas (PADE) en el IESE, en Barcelona. En 1965 contrajo matrimonio con Roser Simó Cima, con quien tuvo once hijos: Mª Angeles, Mª del Carmen, Roser, Jaime, Toni, Josep, Jordi, Quico, Rafa, Mariona y Joan. Su carrera profesional comenzó en las empresas AGUT, S.A. de Terrassa y SAMI de Balaguer. En 1969 se incorporó a GRANJA CASTELLO (Mollerussa) en su factoría de León (Lecherías del Noroeste, S.A.) donde trabajó nueve años. En 1977 regresa a Mollerussa, donde es nombrado Director Gerente; permaneció en este puesto hasta 1991. Ingresa en NESTLE, A.E.P.A., el 1 de Enero de 1992 y asume el cargo de Director Gerente de PRODUCTOS DEL CAFE, S.A., en Reus. Falleció en accidente de tráfico el

PEPE SERRET
Recuerdos de sus amigos

Coordinadores de esta edición:

Octavio Rico / Juan Xandri

Autores: Relacionados en Indice de Autores.
Edita: Juan Xandri.
I.B.S.N.: 84-604-8159-X
Depósito Legal: L-23/94
Fotocomposición e impresión:
AGD Arts Gràfiques Dalmau, S.L. - Lleida.
Primera edición: Lleida - Enero 1.994.
Distribución y venta para esta edición:
LIBRERIA COMERCIAL
Prat de la Riba, 33 25008 LLEIDA
Tel. (973) 23 69 44 Fax (973) 24 62 57

INDICE

CAPITULO III. RASGOS DE SU PERSONALIDAD

CAPITULO IV. TRABAJADOR Y AMIGO

PENDICE. OTROS TESTIMONIOS

PRESENTACION

Este libro que tienes en las manos, querido amigo, no es un libro corriente, ni siquiera común.

La idea surgió, pasados unos meses del fallecimiento de Pepe en accidente de tráfico, con la misma naturalidad y emoción con que hablábamos de él.

Sabemos que los que aquí colaboramos somos tan sólo unos pocos de entre los muchos amigos de Pepe; otros desearían haber aportado también su testimonio, pero por motivos de localización y de tiempo no han podido hacerlo. Es posible que en próximas ediciones veamos más completas y variadas las aportaciones sobre su rica personalidad.

El afecto que nace del trato con quienes nos rodean, hace brotar este sentimiento de amistad que se ve incrementado aún más, si cabe, al vernos separados de ellos. Todo ello es predicable de cualquier amigo, pero en el caso de Pepe, al que se llevó el Señor en plena madurez - cicuenta y un años - esto se manifiesta de un modo particular.

En un tiempo en el que se valora más a las personas por el "tener" que por el "ser", emerge la personalidad de un hombre que luchó por amar cada día más a Dios a través de los quehaceres diarios y de la entrega a la familia, a los amigos, compañeros, conocidos, desconocidos...: a la humanidad entera.

Asombra la concordancia que se va descubriendo en las distintas semblanzas, anécdotas y opiniones que en este libro se vierten. Resulta

patente, en efecto, la coherencia que se advierte en la vida de Pepe, en medio de las circunstancias ordinarias del día a día. Una coherencia - forjada en la lucha de cada jornada - que le llevaba a conjugar con ejemplar armonía el servicio a Dios y el servicio a los demás.

Todo ello da un atractivo especial a esta obra, no sólo para aquellos que tuvimos la suerte de conocerlo, sino también para las personas que buscan testimonios de vida cristiana en el mundo de hoy.

Reiteradamente, en estos escritos sencillos, directos, sin pretensiones literarias, se ponen de manifiesto sus cualidades humanas.

Su sonrisa permanente - reflejada en la portada de este libro -, ¿quién la podrá olvidar?. Pepe era así: un hombre alegre, muy alegre. Y así nos gusta recordarlo.

Su simpatía, su amistad. ¡Cómo supo vivir esta virtud! ¡Cuántos de nosotros decimos de él que era **"nuestro mejor amigo"**! .

La calma en los momentos dificiles. Nunca transmitía preocupación. Vivía intensamente los problemas de sus amigos. Buen profesional, luchador incansable.

Tuvo tantas obligaciones como el que más, pero en los años en que yo le conocí tengo el firme convencimiento de que no regateó un minuto a Dios.

Prudente, delicado y a la vez audaz, ocurrente, divertido, con esa simpática desvergüenza, que todos agradecíamos, al hablarnos del sentido trascendente de nuestra vida y situar las cosas en su justa medida. Esa misma simpatía que ahora, como por contagio, nos da arrestos para "meternos" un poco con él en estas páginas que le dedicamos.

Seguros de no ofender su natural modestia, procuraremos estar en la misma sintonía. Desde el Cielo - dónde yo creo que se encuentra - esbozará una pícara sonrisa, o soltará una buena carcajada haciéndonos aún más cercana, si fuera posible, su presencia.

¡Pepe!, vamos a intentar transmitir tu mensaje a nuestra manera, y a la vez pensamos: ¡Cómo te hubiera gustado abrir estas páginas, del modo como lo hacías en tu **"Diari de Trobades"**!.

Luchó por vivir la fidelidad a sus principios en las condiciones ordinarias de la vida. Se esforzó para hacer propio el espíritu del Opus Dei, al que pertenecía desde hacía años; la entrega generosa a su numerosa familia, la mejora día a día en su tarea profesional, intentando descubrir el Amor a Dios en cada una de la personas con las que convivía; su afán por descubrir el valor trascendente que se encierra en las cosas pequeñas de cada día, el trato filial con la Santísima Virgen, a la que le unía una tierna devoción; en definitiva, el querer sentirse y comportarse en cada momento hijo de Dios.

Este era su quicio, esta era su lucha: **"Convertir en endecasílabos la prosa de cada día"**. Y así, ***"con la intensidad del último día"*** - tomando sus propias palabras: las que dejó escritas el último año de su vida, en la primera página de su agenda - plasmó no sólo una verdadera declaración de intenciones, sino también el compás que marcaba el auténtico sentido de su vida: su afán por darse cada día más.

Queremos que cuanto se dice en estos testimonios (más de cien) sirva a Roser y a sus hijos para que sepan cómo veíamos y queríamos a su marido y padre; pero también deseamos que este conocimiento nos lleve a todos a contemplar la figura de Pepe con una visión más panorámica de su vida. En definitiva, a no olvidarnos de que tenemos un amigo en el Cielo a quien podemos recurrir y, para que al recordar a menudo el inmenso vacío de su ausencia, demos el mejor homenaje a su memoria siguiendo el gran legado de su ejemplo.

Se ha estructurado el libro siguiendo un orden temático. Por ello, las semblanzas aparecen agrupadas en varios capítulos, en base a los diferentes aspectos que cada uno de los autores han puesto más de relieve: *Introducción, El recuerdo vivo, Rasgos de su personalidad, Trabajador y amigo, El padre de familia, Amigo de Dios.* En un *Apéndice,* al final, se recogen varias colaboraciones y, por último, el *Indice de autores.*

Pensando en lo que a Pepe le hubiera gustado, hemos publicado todas las semblanzas y respetado también su integridad de contenido,

reduciendo al máximo los retoques.

Quiero agradecer finalmente, a todas las personas que han colaborado en la primera edición de este libro. Pero, sobre todo, a vosotros los autores, que habéis vencido la consabida dificultad de la falta de tiempo, ilusionados por el afecto que sentíais -y sentís- hacia Pepe y hacia su querida familia y lo habéis materializado en vuetro testimonio.

Deseamos que este primer trabajo pueda servir de cauce para que otros continuen la tarea de seguir descubriendo nuevas facetas de nuestro querido amigo Pepe Serret.

Juan Xandri Casellas
Reus, Enero de 1.994

Capítulo I

COMO UN ECLIPSE CON DOS FOCOS

"...no debes entristecerte por todo aquello que aún podría sucederme en este mundo. Nada sucede contra la Voluntad de Dios. El destino que me tiene preparado sólo puede ser el mejor, aunque según criterios humanos parezca de lo más duro".

(Thomas Moro a su hija Margaret,
desde la Torre de Londres, 1.534)

COMO UN ECLIPSE CON DOS FOCOS...





Octavio Rico

Geólogo. Catedrático de Enseñanza Media.
LLEIDA

En el epílogo que cierra la biografía de Tomás Moro, escrita por Peter Berglar, el historiador alemán -en un intento de resumir la vida de este hombre santo, forjado en la Inglaterra del XVI- escribió:

-"...su vida, su personalidad, se asemejan a un eclipse con dos focos: 'unidad de vida' y 'filiación divina'".

Cuando acabé de leer el libro, al llegar a estas líneas, pensé inmediatamente en José Serret; tal vez, incluso con más intensidad que en el personaje biografiado. Estos dos "focos" son los que quisiera yo resaltar de algún modo en estas páginas. Quiero hacerlo no con el afán, digamos, de establecer comparaciones con un modelo de vida preconcebido, incluso eminente en muchos sentidos, sino con el íntimo convencimiento de que José Serret supo reproducir en su paso por esta vida (quizás sin proponérselo de forma explícita) algunos de los rasgos centrales de la vida de este santo al que tanto admiraba, y del que, no me cabe duda, aprendió a imitar mejor a Jesucristo en medio del mundo.

En todo caso, encuentro ardua la tarea de escribir sobre este gran amigo que fue -que es- José Serret. Así de entrada, puesto a trazar unas líneas, tiene uno más bien el apuro de falsear las cosas con

brochazos de maestrillo. A la vez, a Dios gracias, la seguridad y la confianza de saber que Pepe y los suyos sabrán disculpar la torpeza del intento.

Para empezar, quiero destacar de él una cualidad que, sin ser novedosa para nadie, diría yo que era como una constante en acción y -a mi modo de ver- algo así como el hilo conductor de todas las demás: Pepe era un hombre que sabía querer y que se hacía querer. Un hombre bueno, en el lenguaje que todos entendemos.

Sabía querer -lo digo a propósito- con obras y de verdad. Y ese amor se manifestaba ciertamente, de un modo natural y espontáneo, sencillo, en las situaciones más normales de la vida. Quizás por ello era tan fácil quererle y, seguramente, también uno de los principales motivos de que nos pongamos a escribir sobre él.

También quisiera dejar claro que si puedo hablar de Pepe como de un "gran amigo" es por la simple razón de que, en su grandeza de espíritu, siempre estaba él dispuesto a tender una mano, sin reservas de ningún género, sin pararse a pensar en razones de conveniencia o de interés: sin esperar nada a cambio, que es -pienso- una de las facetas que retratan al auténtico amigo. Por eso, quizás, era tan asequible y amable su amistad, y tan fácil sentirse querido por él. Efectivamente, en nuestra relación de amistad siempre fue él por delante, llevando la iniciativa, con el ingenio que mana a borbotones del alma enamorada; y quien estuvo -siempre también- a la altura de las circunstancias. Reconocer esta realidad, tantas veces vivida, es para mí ahora un deber de gratitud y también de justicia (con él y con su familia), y el primer paso que quiero dar a la hora de honrar la memoria de este buen amigo al que tanto debo.

* * *

Puedo recordar que nuestra relación de amistad comenzó durante el último trimestre de 1983, o un poco antes.

En Agosto de aquel año, por razones de trabajo, me trasladé a vivir a Lleida (donde sigo desde entonces), procedente de Barcelona. Pocas semanas después -tal vez días, no lo sabría precisar- conocí a tres de sus hijos (Jaume, Toni y Josep), quienes participaban en un campamento organizado por un Club juvenil de Lleida, en el que yo empezaba a colaborar como monitor. Por esas fechas, como es natural, conocí también a sus padres.

No sé bien, la verdad, cuál sería mi primera impresión al conocer a Pepe, pero me atrevería a decir que en nuestros primeros encuentros se dieron ya cita todas esas cualidades que en él admiramos: su espíritu abierto, sin pliegues ni recovecos; su alegria cautivadora; su sencillez (que hacía de él un hombre atractivo y, a la vez, abiertamente confiado), y, por supuesto, su natural y sobrenatural simpatía. Su amor, en fin, a todos los que se le acercaban y, muy especialmente, a su mujer y a sus hijos, quienes correspondían abiertamente - y eso se notaba enseguida - al inmenso amor que recibían.

A lo largo de los casi diez años que han transcurrido desde entonces, nuestra amistad - en realidad con toda su familia - fue haciéndose cada vez más intensa. Debo decir, sin embargo, que mi relación con Pepe fue particularmente honda entre los años 1.986 y finales de 1.991. Durante esos más de cinco años nuestro trato fue prácticamente semanal; fuimos conociéndonos en profundidad, mientras se iban estrechando esos lazos que surgen cuando nace una verdadera amistad. ¡Doy mil gracias a Dios por el enriquecimiento que ha supuesto para mí la cercanía de este amigo!.

"Cosas pequeñas" de un hombre grande

Aunque en 1992 dejó Mollerussa para trasladarse con su familia a Reus, su nueva ciudad de residencia y trabajo, conservo muy vivo el recuerdo de la última vez que nos vimos: fue a mediados de septiembre del 92, en la nueva casa. Pienso que puede servir como botón de muestra de algunas de las cualidades que derrochaba en su trato con los demás.

Lo primero que se me viene a la mente, al evocar este último encuentro, son las muchas atenciones que Pepe tuvo al recibirnos en

su casa (acudí con un amigo de la familia, respondiendo a la invitación de Pepe unos días atrás). Con su talante jovial y alegre, que no sabía de formalismos ni regateos, enseguida se brindó, junto con su esposa, Roser, a enseñarnos la nueva casa, que con gran ilusión y trabajo habían acondicionado en los meses anteriores. Se les veía tan felices, tan dispuestos a compartir lo suyo con los demás, que resultaba francamente divertido acompañarles por toda la casa. Realmente, tenía uno la impresión de seguir los pasos de dos enamorados (y no digo "recien casados" porque a diestro y siniestro asomaban sus hijos como si fuesen "rovellons"...).

De este curioso "safari" recuerdo, entre otros, un pequeño detalle que pone de manifiesto su generosidad y delicadeza. Al llegar a la bodega de la casa -una pequeña habitación, acogedora, aunque sobriamente surtida-, nos detuvimos unos minutos. Pepe aprovechó esos momentos para explicarnos -a la vez que escuchaba nuestras sugerencias- algunos arreglos que pensaba llevar a cabo pensando en las futuras visitas de familiares y amigos. Casi sin darnos cuenta, como en un descuido, alargó las manos y en un "santiamén" nos dio unas botellas de vino para llevarnos a casa. Expresó su deseo, eso sí, de que las guardásemos para celebrar alguna fiesta importante (lo que hicimos, efectivamente, pocos días después).

Todavía en la bodega, advertí otro detalle que después me ha hecho pensar. En una pequeña despensa, junto a la bodega, se veían varias estanterías repletas de botes de vidrio llenos de frutas y hortalizas en conserva (tomate y melocotón en almíbar, si mal no recuerdo). En familia tan numerosa, está claro el motivo de tanta intendencia, pero el detalle -costumbre familiar, por lo que luego he sabido- me llamó la atención, ya que la situación económica de la familia era lo suficientemente desahogada como para conseguir esos productos, a un precio normal, en cualquier supermercado. Después he pensado que en detalles tan prosaicos como éste se nota sí en una familia se vive o no el espíritu de pobreza cristiana, y puedo por mi parte asegurar que Pepe, a título personal, vivía también en pequeños detalles -o en grandes, si se presentaban- ese mismo espíritu.

Una vez recorrida la casa, como si todavía no nos hubiese obsequiado bastante, quiso que diésemos una vuelta por el jardín. Realmente, aquello -más que una vuelta- fue un itinerario botánico con todas las de la ley.

El contacto con la naturaleza -pero más aún con las personas- pronto ponía al descubierto en Pepe todo su carácter vitalista. Quien le conocía sabe lo mucho que amaba la vida y todas las expresiones de ésta. Quizás por ello resulta ahora tan fácil imaginárnoslo en la Otra, gozando de todo lo bueno, mirándonos, sonriéndonos, ayudándonos,...; y hasta contando algún que otro chiste, para no desentonar con su natural simpatía. Llego a pensar a veces -no me avergüenza escribirlo- que si se apareciese de pronto en medio de una reunión familiar, o entre sus amigos, con ese garbo alegre y la felicidad que irradiaba siempre su generosa sonrisa, dentro de la lógica sorpresa, nos parecería hasta algo natural, y apuesto a que no tardaríamos demasiado en montar un jolgorio o en escuchar alguno de sus poemillas...

Nada tenía de extraño que, mientras hacía de guía en este segundo "safari" por el jardín - ¡que humildad la suya! -, se le viese disfrutar (casi como un niño, diría yo) mostrándonos las diversas especies de árboles; o deteniéndose ante las muchas variedades de flores que, todavía en aquellas fechas, desplegaban su aroma y colorido. En taxonomía botánica, la verdad, no es que fuese un experto; pero bien puedo asegurar que el amor que ponía en sus cuidados, el gozo en contemplarlas, casi le dejaban a uno acomplejado. Ciertamente, si como botánico no pasaba de aprendiz, como persona, como amigo, como padre y esposo, era hombre de una sensibilidad exquisita.

Puedo recordar con viveza las hojas de menta que puso en mis manos, después de haberlas frotado ligeramente en las suyas: siempre te daba lo mejor de sí mismo. Era su modo de decir sin palabras, pero de forma bien elocuente, que ponía en tus manos todo lo suyo: "que estabas en *tu casa* ". Tampoco resultaba raro, sabiendo cómo era él,

verle escrutar el fondo de un pequeño estanque. Aseguraba Pepe que en la esquina del jardín, además de algunas ranas (que llegamos a ver, gracias a Joan y Mariona, sus dos hijos pequeños, que aquel día jugueteaban felices con algunos renacuajos), merodeaba también por allí -decía él- alguna que otra culebra (que, la verdad, no llegamos a ver, aunque lo intentamos).

Pepe sabía que por mi profesión -imparto clases de Ciencias Naturales a estudiantes de Bachillerato- me interesaba lo relacionado con el medio ambiente y con las Ciencias en general. Y, en honor a la verdad, debo decir que siempre se esforzó en darme lo que estuviese de su mano, con tal de hacerme la vida agradable. No pocas veces, después de haber estado en su casa (en la de Mollerussa), volvía yo a la mía con un manojo de ramas de roble o de pino (que él mismo, o Roser, preparaban con cuidado): era su manera de contribuir, por ejemplo, en la decoración navideña de mi casa.

En otra ocasión, también en Mollerussa, mientras contemplábamos un magnolio florido de su jardín (por el que sentía predilección, me pareció), sin pensarlo dos veces cogió varias flores y las puso en mis manos, a la vez que explicaba el modo de convertirlas en un ambientador natural de la casa. ¡Por no decir nada de un viejo árbol que nos mostró en este último encuentro!. Decía él con autoridad -yo, llo confieso, me divertía para mis adentros- que era un raro especimen de árbol cuyos orígenes se perdían, miles de millones de años atrás, prácticamente en la cuna de los tiempos geológicos: ¡casi nada!. Sin quitarle su parte de razón, lo cierto es que en aquella ocasión creo que, en su bondad y en su afán de obsequiarnos, acabaron bailándole los millones de años un poco más de la cuenta. Pero él siempre se sentía feliz si veía felices a los demás, y eso bien se merecía unos años de propina (aunque fuesen algunos millones). Su magnanimidad hacía que ¡hasta los árboles - qué cosas - resultasen agraciados!.

Recuerdo muy bien un día - acababa de hacer él, como era su costumbre cada año, un curso de retiro espiritual cerca de Barcelona - en que me sorprendió con un par de pequeños frutos, como dos canicas, leñosos y verrugosos, que había cogido en el jardín de aquella casa. Eran, según me dijo, de un Eucalipto. Le faltó tiempo para explicarme que la esencia del fruto perduraba mucho tiempo y que, por su pequeño tamaño, podían llevarse encima sin ninguna molestia. Así que, sin más contemplaciones, los puso en mi americana y ahí, en un bolsillo, los llevé varios meses. A decir verdad, tan bueno era su aroma que a menudo los sacaba del bolsillo, no sé bien si por su agradable frescor, o porque me recordaba la sencilla amistad de Pepe, ayudándome a tenerle presente, como él -no hay duda- me tenía a mí.

No creo andar muy errado si digo que en medio de tantas muestras de afecto, seguramente nunca llegó a percatarse de que lo más gratificante de todo era su compañía, su amistad, su alegría. Estar a su lado, en una palabra.

En esa misma jornada, ya en la sobremesa, pasamos un rato entrañable mirando fotografías recientes del álbum familiar. Estaba lleno de recuerdos del viaje que la familia hizo a Roma con motivo de la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, y de un viaje reciente a Viena, donde vive Mª Angels, su hija mayor. Su gozo era tal, mientras explicaba esos viajes, que nadie quería pensar en las despedidas. Ese afán de compartir alegrías, de repartir felicidad, era tal vez la prueba más clara de su grandeza de espíritu.

Amigo de los hombres, Amigo de Dios

Al pensar ahora en los ratos pasados con él, me queda el convencimiento de que estando a su lado los problemas que uno pudiera tener se desvanecían, o al menos se simplificaban. Pepe enseguida hacía suyos esos problemas.

Recuerdo que un día (sería por el año 88) le comenté una preocupación: las dificultades que estaba encontrando uno de mis hermanos para lograr su primer trabajo como geólogo. Pepe se mostró enseguida interesado y al poco rato tuve ya la sensación de estar junto a un

hombre que sentía ese problema como si fuera suyo. Volví a comprobarlo en sucesivos encuentros, en los que nunca dejaba de preguntarme por este asunto, expresándome, a la vez que su inquietud, su apoyo moral y optimismo. Aunque nunca me lo llegase a decir, tengo la certeza de que Pepe padecía en silencio, hasta que al poco tiempo le comenté que mi hermano, por fin, había encontrado un trabajo. Si bien, entonces, no llegaba yo a percibir su delicada sensibilidad ante estas situaciones -una lección que fui aprendiendo algún tiempo después-, vi con claridad, el día que le di la noticia, que le quitaba un buen peso de encima. Estoy también convencido de que, como hombre de fe que era, rezó e hizo rezar a otros por la solución del problema: ¡Dios le tenga en su gloria!.

Decididamente, creo que en la vida de Pepe cobraban un brillo especial las virtudes del hombre sabio: del hombre que sabe quién es él y que sabe quién es Dios. Del hombre que se sabe hijo de Dios, amigo de Dios y, por ello, amigo también de los hombres. Pues en ella (la sabiduría) **"tiene su morada** -se lee en el libro del mismo nombre- **el espíritu de inteligencia, santo, único, multiforme, sutil, ágil, penetrante** (...), **amante del bien, perspicaz, irresistible y benéfico". "...Y con ser una sola** -sigue refiriéndose a la sabiduría- **lo puede todo; y siendo en sí inmutable, todo lo renueva, y se derrama de generación en generación entre las almas santas, formando amigos de Dios".** (Sb., 7, 22).

Hombre de ideales: *"... Hem de fer pinya!"*

Poco tiempo después de su marcha al Cielo, en una visita que hice a la familia, en Reus, me fijé en un detalle que habla por sí solo, creo yo, de cómo era y cómo pensaba Pepe: del verdadero sentido que daba a su vida y que procuraba fuese también el rumbo en la vida de quienes convivían con él, empezando por su familia.

En lugar bien visible del despacho-biblioteca, en una pared -junto al salón de la casa-, vi colgada una cruz. Es una cruz de madera, de color claro, sencilla, algo tosca diría yo -sin barnizar, si mal no recuerdo-, y más bien un poco grande (lo suficiente como para advertir enseguida su presencia). Por unos momentos, me chocó la sobriedad de esa cruz: una cruz sin crucifijo. Después me di cuenta de que la ausencia del Cristo respondía al hecho de que en toda la longitud del travesaño, y también a lo largo del palo vertical, aparecían unas palabras labradas en la madera. Sólo tres palabras -a modo de lema- para todo un programa de vida: **"Estima - Prega - Treballa"**. Y la Cruz.

Afortunadamente para mí, puedo decir que estuve en su casa bastantes veces. Tuve así la ocasión de comprobar una y otra vez que esos ideales - y la Cruz misma - se encontraban en la vida de Pepe y en su familia hondamente arraigados. Y de muy diversas formas, en efecto, se veían traducidos en su vida corriente.

Muchas veces me llamó la atención, de modo especial, la inmensa ternura con que Pepe amaba a sus hijos, íntimamente compenetrado con su esposa, Roser. Solía hablarme de ellos. No recuerdo que lo hiciese nunca de una forma rutinaria o superficial. Muy al contrario, enseguida notabas que conocía bien a cada una, a cada uno: sabía de sus dichas y problemas; vivía sus inquietudes, sus alegrías y penas; sufría -sin que se notase- si les veía tristes o preocupados; rezaba por ellos; rezaba con ellos,... Y por encima de todo -eso se palpaba con rapidez- los amaba con un corazón siempre joven y decidido.

Para Pepe cualquier ocasión era buena para mostrarte unas fotos, confiarte una preocupación o leerte una carta familiar. Cuando llegaba el momento de compartir sus alegrías -casi siempre relacionadas con su familia- Pepe era como una fuerza magnética: su entusiasmo era tal en estos lances que resultaba inútil cualquier intento de presentar excusas, o de esquivar sus envites. Más de una vez, sin tenerlo yo previsto, en un abrir y cerrar de ojos me encontraba sentado a su mesa con todo dispuesto para comer o cenar, o para tomar con ellos unos bombones. También es cierto -todo hay que decirlo- que en estas situaciones Roser era siempre su primera aliada: en esto, como -creo yo- en todo. Tan es así que, cuando yo cogía el teléfono para avisar en

casa del imprevisto, llegó un momento en que la respuesta, al otro lado del auricular empezó a sonarme a estribillo: "*No digas más: estás en Can Serret... y que no vienes a comer, ¿no es así?*". Con un "sí", sin más, quedaba todo aclarado.

Otro detalle de su vida familiar que muchas veces llamó mi atención es que nunca se refería a sus hijos, digamos, "en general" (como habría sido de esperar alguna vez, dándose la circunstancia de que son nada menos que once). Pepe hablaba de cada uno en particular y siempre con la novedad de un cariño que se renovaba cada día (quizás por eso tardabas tan poco tiempo en conocer a cada uno: su nombre, el apodo familiar, sus aficiones, sus problemas e inquietudes, y hasta los rasgos dominantes de su carácter). Sus hijos...¡cuánto rezaría por ellos!. ¡Y cuánto intercederá ahora por cada uno!. Verdaderamente, es muy comprensible que cada uno recuerde ahora con intensidad aquel deseo que, a menudo, -me lo decía su hijo Toni- en una carta reciente les confiaba su padre: ***"Fills meus, hem de fer pinya!: sempre i en tot!"***. Así se explican también las palabras de Jordi, al recordar a su padre: **"Su generosidad era inmensa y quería (y conseguía) que le quisiéramos como él nos ha querido".**

También en mi mente quedó grabada esa Cruz, ese lema, y en varias ocasiones, después, he pensado que es todo un resumen de la vida de Pepe y de la razón más profunda de su vivir: su sincero afán por identificarse con Cristo en medio del mundo, en medio de las circunstancias normales de la vida. (Por si fuera poco, supe más tarde por un amigo de Pepe que esa Cruz fue un regalo del Rector de la Parroquia de Mollerussa, como muestra de afecto y gratitud por su generosidad).

"Fiat Voluntas tua!"

Cuenta Rafa (10 años) -el 9º de "los Serret"- cómo su padre le explicaba a menudo pasajes del Evangelio que él no entendía. En una ocasión -sigue contando- le comentó la oración de Jesús en el Huerto de los Olivos, cuando Jesús pedía a su Padre que apartase de Él el cáliz del sufrimiento, pero aceptando Su Voluntad. Y concluye: **"Eso es lo que pienso yo: no me gusta que papá haya muerto, pero acepto la Voluntad de Dios".**

Muchas veces oímos decir que sólo lo que se vive y practica es lo que con fe y convicción puede enseñarse; o, en frase de Fenelón, que "*las palabras producen poco efecto, si los ejemplos las contradicen*". Pues bien, pienso que tanto Rafa, como su madre y todos sus hermanos, pueden sentirse orgullosos de un padre, de un esposo, en cuyo ejemplo latía con fuerza una fe siempre viva, vibrante y operativa.

Pensando en las palabras de Rafa, me viene a la mente un recuerdo que pone de manifiesto -de forma contundente, diría yo- la hondura de la "vida escondida" de Pepe: la riqueza de su vida interior.

Un día -sería allá por el año 87- vi a Pepe con un libro en las manos. Así de buenas a primeras, no me extrañó: sabía que Pepe era un lector consumado. Presuroso como siempre, enseguida me lo mostró, mientras me daba algunas explicaciones. La portada del libro -el rostro sangrante y adolorido de un *"Ecce Homo"*- avanzaba de forma diáfana el contenido de la obra. Se trataba de "La Agonía de Cristo", de Sir Thomas Moro, el que fuera Gran Canciller de Inglaterra y gran defensor de la fe; mártir y santo, después.

El libro, un tanto peculiar (por inacabado, entre otras razones), gira en torno a la oración de Jesús (su agonía) en el huerto de Getsemaní: horas de intensa oración y sufrimiento, que siguieron a la Última Cena, como preparación de su Pasión y Muerte. Tiene también esta obra la originalidad de haber sido escrita por Moro durante su cautiverio en la Torre de Londres, poco antes de subir al cadalso. Enseguida se advierte que Moro, consciente de su destino, plasmó en esa obra su propia agonía, su soledad y todo su sufrimiento. Se descubre asimismo la enorme tensión de un alma atormentada, pero serena, y su ardiente afán por identificarse con Cristo ante la dura prueba. La obra es, en fin, de una belleza difícil de imaginar y más difícil todavía

de describir.

No creo exagerar si digo que en la vida de Pepe -y en esta faceta pienso que llegué a conocerle, sobre todo por la ilimitada confianza que me brindó durante varios años- anidaban esos mismos afanes de identificación con Cristo. El pequeño crucifijo que, hasta el mismo día de su muerte, siempre llevaba en el bolsillo (también en su pecho, junto con alguna medalla), es un signo más que elocuente de su amor a la cruz. Por eso, tampoco debe resultar extraño saber -me lo comentaba su mujer, no hace mucho tiempo- que Pepe practicaba con frecuencia (sobre todo en Cuaresma) la costumbre de rezar y meditar el *"Vía Crucis"* muy de mañana. Cualquier situación podía ser buena para ello. Incluso en una ocasión -lo supe también a través de su mujer-, estando de viaje, lo rezaron juntos en las dependencias (concretamente en un patio) del Hotel donde se hospedaban, por no encontrar otro sitio mejor. Más de un cliente, seguramente, llegaría a pensar que estaba soñando... Lo cierto es que no le cohibían a Pepe, bien lo sabemos, los respetos humanos; en cambio, los respetos divinos daban lugar a expresiones, como ésta, de una fidelidad heroica.

Cuando supe que el día del accidente encontraron en su maletín un *"Vía Crucis"* lleno de anotaciones personales (el fruto de su intimidad con Dios), quedé convencido de que sus afanes habían tenido cumplimiento, y que el **"¡Todo está consumado!"** que Cristo pronunció en la Cruz, poco antes de expirar, bien podría ser el epitafio de esta alma enamorada: de este *"alter Christus"* que, no sólo buscó la Cruz, sino que, una vez la encontró, la amó si reservas.

En el mundo que vivimos, muchos dicen... pero no hacen; otros (los menos, quizás), primero hacen, y después dicen: primero, la fuerza de los ejemplos; después -pero sólo después- la "fuerza" de las palabras. Creo que Pepe ha hecho bueno, con el ejemplo de su vida, aquello que decían de Cristo sus contemporáneos: **"Coepit facere et docere"** (Comenzó a hacer y a enseñar).

Las buenas cualidades que ahora recordamos de nuestro querido amigo, se han de contemplar -pienso yo- precisamente con ese enfoque: la visión cristiana que él tenía de la vida. Quien le conocía, sabe bien que la Cruz era para él, la fuente de la que brotaba esa fuerza impetuosa que le impulsaba a dar lo mejor de sí mismo, buscando siempre la unión con Dios. De forma clarividente lo expresaba Jordi, de 13 años, recordando a su padre (lo leí publicado en una revista colegial): **"Nos ha enseñado con su ejemplo a amar a Dios, ya que muchas veces, cuando rezaba, nos llamaba; y, si su oración era la lectura de un libro, meditaba cada punto y nos lo explicaba para que nosotros pudiésemos entenderlo".**

Precisamente ese "saberse hijo de Dios" y, por tanto, hermano de todos los hombres en cuanto hijos de Dios redimidos por Cristo; ese sentido de la filiación divina -digo-, que tan hondamente había arraigado en su vida, era lo que le llevaba a desplegar en su trato con los demás todas las virtudes que ahora recordamos, porque en todo encontraba la ocasión de identificarse amorosamente con la Voluntad de su Padre Dios. Su alegría y su optimismo, su sencillez y generosidad, su caridad vividas sin rarezas, con naturalidad,..., lejos de ser el producto de un impulso sentimental, o de una conducta estricta, voluntarista, eran, por encima de todo, el reflejo fiel de una vida entregada; de una lucha exigente y, a la vez, de una paz interior que nacían en la firme convicción de saberse amado por Dios y llamado a corresponder a ese Amor, sirviéndole en todos los momentos y circunstancias de su vida.

Amor a la verdad

Más de una vez me confió Pepe que, con cierta frecuencia, pensaba en la verdad que se encierra en el aforismo que reza **"tempus breve est!"**. Tenía él muy presente, y cada vez más, la fugacidad del tiempo y sabía muy bien -así lo traducía- que, efectivamente, el tiempo es corto para amar y que debíamos aprovecharlo bien.

Pepe -lo sabemos muy bien quienes llegamos a conocerle- era un hombre de fe. De una fe viva y ardiente que, cada día, le llevaba a bus-

car la intimidad con Dios en la oración y en la frecuencia de sacramentos.

Recientemente pude hablar un rato con una persona que, aunque reside en Tarragona, trabaja en Reus. Le pregunté si llegó a conocer a Pepe y me contestó que sí, aunque muy poco, pues había coincidido con él pocas veces, cuando Pepe empezó a trabajar en aquella ciudad a principios del 92. Al preguntarle por el recuerdo que guardaba de él, me dijo: *"La primera vez que nos vimos, Pepe me preguntó: **"¿A qué hora se celebra cada día la primera Misa en Reus, y dónde es?".** A las 7'30 de la mañana, en un convento de religiosas, le contesté... Y allí, efectivamente, coincidimos a partir de entonces".*

Esa buena disposición impulsaba en él (y en los demás) un afán por conocer la verdad que no conocía tregua. Por eso quizás le gustaba tanto leer vidas de santos. Algunas veces, al encontrarnos, dejaba caer de sopetón la pregunta: ***"¿Sabes qué día es hoy?"...*** Al principio, podías imaginarte cualquier cosa, sin acertar casi nunca, pero pronto llegué a la conclusión de que su pregunta se refería normalmente al "santo del día". Lo mismo daba que fuese San Pedro o que fuese Santa Rita. Por todos sentía Pepe una sincera devoción, y de todos -eso es lo que yo vi en él- quería aprender. Bien fácil es ahora imaginárselo rodeado de tantos "conocidos"...

Doy por supuesto que otros amigos suyos darán testimonio de las múltiples expresiones que esa fe tenía en su vida profesional, y en la vida de quienes convivieron con él en ese ámbito de su vida. Sólo quiero recordar ahora una de esas manifestaciones, que fue además una de sus pasiones dominantes: difundir la verdad entre los demás.

Estoy persuadido de que Pepe se había tomado muy en serio aquello que dijo Jesús a sus discípulos: *"Id por el mundo y predicad el Evangelio"*. Para empezar, él leía y meditaba cada día la vida y doctrina de Jesucristo. Aunque uno no lo supiera, eso era algo que se notaba enseguida, pues por todas partes lo iba pregonando con el ejemplo de su vida comprometida y coherente. Pero no se conformaba con eso: cuando se le presentaba la ocasión -muchos lo sabemos-, regalaba o aconsejaba a sus amigos, o a sus hijos, algún libro de espiritualidad que pudiera servirles para mejorar en algún aspecto de su vida.

"Parlant de la Mare de Déu..."

Recuerdo como si fuese hoy mismo el día en que me sorprendió con uno de sus libros: *"Converses amb l'ermità de Sant Miquel de Turbians"*, de Francesc Cima i Garrigó, sacerdote, tio de Roser y persona muy querida por Pepe. Un libro que se lee -y así se advierte en el prólogo- "como un vaso de agua fresca en verano, gozando de aquel placer que Homero reservaba a los dioses: la conversación con un amigo": un libro, en fin, que en la vida de Pepe -no me cabe duda- dejaría toda su esencia. En su alma de poeta y de hombre enamorado (comprometido con Dios y con los demás), debieron calar hondo las confidencias de aquel ermitaño -hombre de Dios, también- del que a buen seguro Pepe, en el plano espiritual, se haría buen amigo.

Por contraste, he de reconocer -lo digo con cierta vergüenza, y con la seguridad de que Pepe no me lo apuntará en el "debe"- que el mismo día que recibí el regalo lo puse entre otros libros y no lo volví a tocar más hasta hace pocas semanas. Quizás por ello, revivo ahora con emoción su empeño en hablarme (en incluso leerme íntegros) algunos capítulos del libro: *"El silenci de Déu"*; *"El Sagrari sóc jo"*; y un tercero, dedicado a la Virgen, que lleva el título de *"Parlant de la Mare de Déu"*. Al releerlos ahora, descubro lo muy ingratos y superficiales que podemos llegar a ser delante de las mejores intenciones ajenas, o de los mejores consejos.

El capítulo dedicado a la Mare de Déu recoge al final un soneto que el autor de libro escribe como epílogo de su conversación con el ermitaño; dice así:

A dins, hi tinc la Mare

Mare meva, feu-me entrar;
en el Cel, on Vós regneu!
Ja sé que molt bé sabeu
que Déu m'ha volgut salvar!

Si Ell ho vol, i Vós no feu
sinó el que a Ell li complau
Feu-m´hi entrar, Mare, sisplau!
Que també és el desig meu!

Si de mèrits sóc tan pobre...!
Si misèria a mi me´n sobra...!
Vostre valer em bastarà!

La meva esperança és tanta
per tenir una Mare Santa...
Que això sol...m'ha de salvar!.

A Pepe lo quiso Dios a su lado y estoy convencido de que, en el momento de dejar esta vida, no le faltaría una sonrisa: la de la *Mare* que escuchó de sus labios este hermoso soneto, que tanto haría vibrar su corazón de poeta enamorado. Bien aprendida tenía la lección, que yo mismo escuché aquél día..."Parlant de la Mare de Déu":

"Penso -se lee en ese mismo capítulo- **que si, quan arribo al Cel, Sant Pere hem posa algun obstacle per a entrar...jo li diré: "És que a dins hi ha la meva Mare!".**



Ntra. Sra. de Monserrat, 23 de abril de 1.990. Bodas de Plata.

Capítulo II

EL RECUERDO VIVO

"La caridad es paciente, la caridad es benigna ; no es envidiosa, no obra con soberbia, no se jacta, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no toma cuenta el mal, no se alegra por la injusticia, se complace con la verdad ; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta".

(San Pablo, I Cor. 13,4-7)

PARA QUE MÁS PERSONAS PUEDAN VER SU EJEMPLO



José María Bonet

Dr. Ingeniero Industrial.

Inspector de Finanzas del Estado.

LLEIDA

El día 27 de Enero de 1993, cuando sonaban las 12 en el campanario de Vallfogona de Balaguer (Lleida), un pequeño pueblo de unos ochocientos habitantes, de corte rural y eminentemente agrícola, donde había nacido cincuenta y un años antes, entraba el féretro y, detrás de él, Roser, acompañada de sus once hijos y el futuro yerno. El silencio de la iglesia era impresionante ante la entrada del entrañable Pepe y su familia. Tristes, pero fuertes, serenos, con esta serenidad que da la Fe. Nadie dudaba ni por un momento que nuestro querido amigo estaba con el Señor. Que había acudido a su llamada estando ya maduro. Pepe había fallecido el día 25 de Enero, el día de la conversión de San Pablo, y Santa Elvira. No pude evitar en aquel momento, al ver las sólidas convicciones cristianas de la familia, pensar en aquellos versos cortos, pero expresivos, de un buen cristiano que a la muerte de su esposa escribió:

Por tu bondad y tu amor
Porque lo mandas y lo quieres
¡Bendita sea Señor!
la mano con que me hieres.

Después del funeral, una gran cantidad de amigos que no cupieron en la iglesia y llenaba toda la calle, le acompañaron a su última morada en esta tierra, y en el interior del nicho introdujeron a Pepe, juntamente con trece rosas rojas (el número de los que habían entrado con él a las 12 en el templo y cuya serenidad nos sobrecogió).

Nos conocimos hacia el año 1958 en Terrassa. Ambos estudiábamos en la Escuela Industrial y estábamos alojados en el mismo Colegio Mayor, el "Alfonso Sala", que llevaba el nombre del fundador de aquella Escuela. La convivencia duró un año. Luego, ambos nos iríamos a vivir a lugares distintos. Supongo que allí es donde conoció a la que iba a ser su esposa. Mientras estuvimos en el Colegio Mayor, la convivencia con él fue agradable. Era una persona abierta, alegre, sin complejos. Tanto es así que, de una de sus visitas a su familia, se trajo un corderito al Colegio, supongo que en una apuesta con sus compañeros de curso.

Poca más fue la relación. El ser de la misma provincia, hacía que nos saludáramos cordialmente, pero su talante abierto hizo que se relacionara con gente de su curso, con los que hacía la partida de cartas después de comer.

Nos volvimos a ver en Balaguer, hacia el año 1968. Él montaba un matadero industrial y me invitó a ver cómo estaba quedando. A pesar de no ser "del mismo curso", una alegría y una corriente de simpatía hizo que nos viéramos algunas veces más. Allí empezó a manifestarse su carácter de hombre que sabía distinguir lo principal de lo accesorio, puesto que aquella empresa -en la que los promotores no habían calculado todos los riesgos- tuvo que cerrar y, según él decía, se presentaron en casa de sus suegros a darles dos noticias: la primera es que estaban sin trabajo, y la segunda es que esperaban un hijo. Poco duró esta situación, puesto que entró a trabajar en una empresa de productos lácteos donde estaría veintidós años. Nueve años en León, montando una nueva fábrica, y después a Mollerussa, donde nacerían seis de sus once hijos.

Es aquí y en esta época donde, a mi juicio, Pepe empezó a "sacar" todo el caudal que tenía en su corazón: de sentimientos, de afecto hacia los demás, de emprender tareas que afectaban a otros, es decir, a "darse" a lo grande.

Si tuviera que definir sus rasgos más característicos, diría que para él había algo por encima de todo: su visión tracendente de la vida, su familia, sus amigos, la gente que se relacionaba con él profesionalmente. Enseguida veía que había una cosa muy importante que estaba por encima de lo demás; esto, sin óbice para que constantemente "tocara de pies en el suelo". No era ni un beato ni un soñador. Era simplemente lo que en castellano se llama "hombre cabal". Le había visto algunas veces hacer un negocio para su empresa de decenas de millones, con una profesionalidad envidiable, fruto de su sentido común y su capacidad de síntesis, y, acto seguido de acabar, tratar al cliente o proveedor, como a un verdadero amigo (que él, con su hombría de bien, así lo creía) y hablar de otras cosas sin desaprovechar la ocasión, como buen católico, de hablar alegremente de cosas serias.

Otro rasgo característico en él era la alegría. No era un hombre dado a la tristeza. En su casa - posada para todo el mundo- no se hablaba de problemas. Los amigos que le frecuentábamos, recibíamos a veces confidencias de tal o cual cosa, en relación a su trabajo, o simplemente hablando de la situación del mercado, de la economía, etc...; pero, una vez hablado el tema con sosiego, que no indicaba en él más preocupación, se pasaba enseguida a temas familiares, de los hijos suyos y de los demás, con este sentido trascendente. No le importaban tanto las cosas materiales, de las que ya se había hablado y tenían su tratamiento, como las personas de las que se había hablado, todo ello hecho con alegría y naturalidad.

Era amigo de todos (no solamente de sus amigos), y esta alegría que transmitía, centrando los problemas en su justa dimensión, hacía que los que tuvimos la suerte de tratarle durante unos años, cuando éramos más jóvenes, nos viéramos con cualquier excusa y compartiéramos mesa y mantel. Era fácil convencer a Pepe para ir a comer o a cenar y pasar un rato agradable entre amigos, habiendo una excusa que fuera interesante. La mayoría de las veces se trataba de hablar de

los colegios de nuestros hijos, que solían tener los balances escorados, siempre del lado del pasivo. De aquellas cenas siempre salía alguna idea nueva para entusiasmar a más padres y tratar algún aspecto dificultoso de los colegios. Tanto es así que él fue, durante unos años, el padre del Comité Directivo del colegio Arabell (colegio femenino de Lleida al que luego me referiré), y tanto era su sentido de responsabilidad, que se hacían las reuniones a las ocho de la mañana, para que pudiera asistir.

El año 1979, se decidió hacer un colegio femenino en Lleida que lo llevara Fomento de Centros de Enseñanza (el masculino ya funcionaba desde 1967). El 6 de Junio del 80 se iniciaron las excavaciones, y el 2 de Octubre se ponía en marcha. Aquél día, el 6 de Junio, aprovechamos para ir a cenar los matrimonios promotores y explicarle el proyecto, porque sabíamos que era una persona interesada en el tema. Si no recuerdo mal, el matrimonio Serret dio la buena nueva de que estaban esperando un hijo (Jordi; según creo, el 7º) y se sintieron tan interesados que rápidamente hicieron suyo el proyecto y empezaron a colaborar. Los terrenos se compraron a plazos, y el primer plazo vencía enseguida. El grupo promotor, en aquel momento, tenía una gran sequía monetaria y se habló de que los padres suscribirían acciones según el número de hijas que llevaran. Pepe se presentó el lunes siguiente, 9 de junio, con un talón por el importe que le correspondía. Acababa de matricular a sus tres hijas en un colegio que todavía no existía más que en la imaginación: este fue el primer ingreso para lo que sería Arabell. En el plazo de una semana convenció a dos amigos más para que inscribieran a sus hijas y esta es la historia del pago del primer plazo de los terrenos.

Se integró en el grupo promotor y un año después formaba parte del Comité Directivo, explicando en la pizarra del colegio a un grupo de padres cómo había que financiar y refinanciar la deuda, en una actitud muy suya, que a sus amigos nos resultaba entrañable, fumando con una mano, la tiza en la otra, sin chaqueta porque hacía calor y con sus tirantes típicos. Nunca faltaban a las reuniones de los colegios donde se educaban nuestros hijos, lo cual era excusa, muchas veces, para seguir la reunión en una cena; naturalmente, bebiendo cava, que era lo que a él le gustaba compartir con los amigos y lo que acabó gustándonos a todos.

Conozco muchos casos en que bastaba una insinuación de alguien (que necesitaba una ayuda, buscarle un trabajo, colocar a sus hijos ya sea en un trabajo, ya sea en un colegio, contactar a algún amigo con otro porque podían tener intereses comunes, etc.) para que Pepe se movilizara inmediatamente y procurara resolver el problema, como si aquello fuera lo más importante. Naturalmente, sin descuidar sus responsabilidades profesionales. Esta generosidad y espíritu de servicio a los demás lo ejercía sin la menor alharaca y de forma absolutamente natural.

Era simpáticamente tozudo cuando no compartía el criterio de otra persona, después de la discusión en la que no callaba ninguna de las razones por las que él veía el problema de una determinada manera. Pero su "adversario" no podía enfadarse porque las cosas estaban dichas desde la amistad y el afecto, y esto se notaba en su forma de hablar. Cuando le parecía que se había agotado el tema y podía llegar a ser reiterativo, un capotazo, una broma y se pasaba a otro tema. Podía ser que después de un rato reincidiera, pero ya de una forma jocosa, con lo cual desaparecía la tensión, si es que la hubiera habido. Creo que esta forma de actuar era fruto de su cariño hacia las personas y de su distinción entre ellas y las ideas que se discutían.

En las reuniones en su casa le gustaba cantar, y que todo el mundo participara. En Navidad aprovechaba para recitarnos algunos versos (particularmente uno de Josep Mª de Sagarra) y que tuviera todo un tono muy familiar. Se estaba bien con él: a su lado, pasaba el tiempo volando y, cuando llegaba la hora de cenar, insistía para que nadie se fuera, y normalmente lo conseguía. Sin orden del día, los acontecimientos se sucedían como si hubiera una ingravidez temporal. A veces lo aprovechaba para escribir -o hacer escribir a los amigos- en un libro que tenía, y poderlo recordar un tiempo después. Le decíamos

algunas veces que tenía vocación de notario, y él sonreía.

Un amigo generoso, alegre, hospitalario, entregado, simpáticamente tozudo, con un gran corazón, incluso para sus adversarios (si es que los tenía); olvidadizo para las ofensas que podía recibir, pragmático en su profesión, con un gran prestigio en el sector profesional donde se movía; y todo ello hecho por sentido trascendente. Él sabía -sabe- que después de este paseo por la tierra que, aunque sea largo en años, siempre es breve, hay un más allá y que no compensan las chapuzas. Trabajaba y vivía con la vista puesta en el Cielo, que es donde ahora está. A los que le conocíamos y le queríamos, se nos ha hecho corto su trato y le echamos de menos. Aunque, imbuídos de la misma filosofía que él, si seguimos su ejemplo, dentro de poco volveremos a encontrarnos.

Por esto creo que la idea de que sus amigos reflejáramos -con mejor o peor fortuna, pero con afecto y sinceridad- los trazos de su personalidad, es una idea estupenda. Primero, porque nos ayudará a recordarlo, y, probablemente, personas con más capacidad de análisis y de síntesis, aportarán nuevos enfoques para conocerlo mejor; y, en segundo lugar, porque cuando pasa por nuestro lado una persona así, conviene que quede testimonio para que más personas puedan ver su ejemplo.

¡QUÉ BIEN SE ESTABA EN SU CASA!



Ignacio Vaquero

Lic. en Geografía e Historia. Colegio Terraferma. LLEIDA.

Resulta difícil ponerte a escribir para intentar reflejar el recuerdo que tienes de una persona. Si el trato que tuviste con ella fue superficial, recurres a unas cuantas frases típicas y genéricas, que siempre quedan bien. En cambio, lo más costoso es poner por escrito la impresión que han causado en ti esas personas -que suelen ser pocas- con las que has intimado más, porque piensas que en el papel faltan muchas cosas; esas cosas que no sabes cómo expresarlas.

Este es mi problema cuando me han pedido que recoja en una breve semblanza mi recuerdo de Pepe Serret. Los que le conocían, al leer este testimonio, tal vez pensarán: “se ha quedado corto”. Y no les faltará razón.

Conocí a Pepe a finales del año 1981. Yo estaba recién llegado a Lleida y me lo presentaron como “Serret de Mollerusa”. Sabía que tenía una familia numerosa, y, al cabo de poco tiempo, con ocasión de unos campamentos conocí a dos de sus hijos, que me causaron muy buena impresión.

En el curso 1984-85 me estrené como profesor y comencé a dar clases en el colegio Terraferma. Tuve como alumnos a Toni y a Jaime y, a partir de entonces, mi relación con sus padres -Pepe y Roser- fue cada vez más estrecha, hasta tal punto que puedo decir con orgullo que me considero uno de sus amigos.

Los recuerdos de todos estos años quisiera resumirlos glosando algunas de las virtudes que más me llamaron la atención: su piedad cristiana, su generosidad y su vida familiar. Y como cortejo de todas éstas, así como de cada una de las facetas de su vida, la alegría.

Pepe era Supernumerario del Opus Dei, pero ya antes de conocer la Obra destacaba por su coherencia cristiana. Era muy fiel en el cumplimiento de los actos de piedad que se había concretado. ¡Cuántas veces sus hijos le han visto rezando el Rosario o leyendo el Evangelio, incluso a altas horas de la noche, después de llegar de un agotador viaje profesional!. Recuerdo un día que habíamos quedado para una merienda-cena y cuando llegó del trabajo me dijo:

-***"Tendremos que esperar un poco, porque tengo que hacer cosas".***

Y se retiró un rato a un rincón del jardín para leer un libro de contenido espiritual.

En otra ocasión pasamos por su casa para recoger a su hijo Josep, pues habíamos quedado en visitar un hospital de disminuidos físicos para hacerles compañía y prestarles alguno servicio. El chico tardó un poco en bajar y me dijo:

-**"Es que estamos en Cuaresma y mi padre hace el Vía Crucis cada día, y hoy me ha invitado a que lo hiciera con él".**

Se levantaba muy temprano y era constante en la asistencia a Misa, a primera hora. Se las ingeniaba con gracia para que sus hijos, conforme se iban haciendo mayores, le acompañaran. Si iban en coche, era normal que en el viaje ya se prepararan para recibir al Señor con alguna Comunión espiritual.

También tuve ocasión de rezar con su familia el Rosario. Antes de cada misterio solía añadir alguna intención concreta, entre las que no faltaba la petición por el Papa.

En el mes de Mayo acostumbraba organizar una romería familiar a alguna ermita cercana. Motivaba de tal manera a sus hijos que, si alguno iba con mala cara, le decía:

-***"Oye, si vienes protestando y quejándote, más vale que te quedes en casa".***

Este mismo pensamiento lo aplicaba a la obediencia en los pequeños encargos del hogar.

Cuando iba a confesarse procuraba ir siempre acompañado de alguno de sus hijos. En esta faceta de su vida nunca regateó esfuerzos, ni de tiempo ni de desplazamientos. De todas formas puedo asegurar que jamás se entrometió en la conciencia de ninguno de sus hijos: les daba consejos, les animaba, respetaba su camino y, sobre todo, les daba buen ejemplo.

Era muy llamativo su celo por transmitir a sus amigos la alegría interior -y exterior- que tenía por estar cerca de Dios. Era normal que comentara nombres de amigos a los que intentaba acercar a medios de formación cristiana. Con frecuencia regalaba libros de buena doctrina sabiendo el bien que hacen. Él mismo era exigente en la asistencia a medios de formación, hasta tal punto que calculaba la hora de salir en avión de Madrid, por ejemplo, para llegar a Barcelona, coger el coche y venir a Lleida a una de esas charlas.

Siempre llevaba en la cartera estampas o calendarios con imágenes de la Virgen, que sabía repartir en el momento oportuno. Cada sábado ponía flores a una imagen de la Virgen que hay en su casa. Un viernes, hablando por teléfono con su hija mayor le comentó:

-***"Acabo de poner las flores a la Virgen, porque mañana no estaré".***

En los viajes en coche, entre bromas y comentarios, sabía hacer referencias sobrenaturales, como llamar la atención de sus hijos cuando pasaban cerca de alguna iglesia (o al ver un campanario). En estas ocasiones, no tardaba en proponer a todos rezar el Rosario; o bien sugería apagar la radio si se oía una canción obscena, mientras él mismo incoaba una oración a la Virgen (frecuentemente era un "Bendita sea tu pureza") en desagravio.

Respetó siempre el camino que sus hijas y sus hijos libremente iban eligiendo en la vida, y rezaba -y mucho- por su perseverancia. A

la vez, pedía consejo a tutores y profesores sobre cómo enfocar los problemas. Era muy comprensivo, y cualquier asunto que trataras con él, aunque fuera delicado, era fácil de exponer. También se esmeraba para que los padres de los amigos de sus hijos y de sus hijas comprendieran, con argumentos humanos y sobrenaturales, que un hijo con vocación no es un hijo perdido, sino todo lo contrario.

Cuando iba de viaje - lo cual era muy frecuente por sus obligaciones profesionales -, nunca olvidaba llevarse algún libro de lectura espiritual que le sirviera para hacer oración. El mismo día del accidente llevaba un "Vía Crucis" con bastantes anotaciones personales, fruto de su meditación personal. Se metía en las escenas como un personaje más, y, de esta manera, sabía explicárselas a sus hijos cuando le acompañaban leyéndoles algún pasaje.

En los últimos años usaba mucho una agenda donde recogía los datos de las celebraciones familiares y otros acontecimientos; de esta manera vivía puntualmente devociones como los "Siete Domingos de San José" -de quien era muy devoto-, la "Novena a la Inmaculada", el "Octavario por la unidad de los cristianos", y tantas otras.

Otra virtud que destacaba en él era la generosidad. La primera muestra de ello son sus once hijos. A los pocos años de casarse, con tres o cuatro hijos, todos seguidos, y con un trabajo más bien inseguro, un pariente cercano le comentó:

-**"Pepe, mira, esto de los hijos te lo tendrías que plantear; piensa que no podrás sacarlos adelante; estás siendo poco prudente...".**

Él le contestó:

-***"Hasta ahora te he permitido todo, pero en este tema déjame a mí y no me hables más. No te metas".***

A finales de Junio de 1985 fui a su casa con otro amigo de la familia para hablar con los chicos. Enseguida nos agasajó con una merienda y dijo:

-***"Durante el verano, un día a la semana tenéis que venir a bañaros. Roser os preparará la merienda y así pasáis una tarde agradable. Cuantos más chicos, mejor, aunque la piscina sea pequeña".***

Y así se institucionalizaron los inolvidables "Martes-Mollerusa" (en los meses de Julio y Agosto), durante siete años: docenas de chavales recordarán con agradecimiento estas jornadas.

En el sótano de su casa hizo construir una sencilla habitación, amplia, para reuniones y comidas. Cuando la tuvo terminada me la enseñó y me dijo:

-***"Esto lo he hecho para ti, para que la llenes de chicos con planes de estudio y meriendas".***

Esta hospitalidad, que fue siempre reflejo diáfano de su generosidad, era muy llamativa y enseguida saltaba a la vista. En el verano del '92 se trasladó con su familia a vivir a Reus. En el jardín no hay piscina y, señalando un lugar idóneo, comentó:

-***"Aquí pondremos una piscina para los de Lleida, que como sois de interior la valoráis más que los de Tarragona".***

En el mes de febrero de 1988 acompañé a un amigo, Jordi Aguiló, a la Clínica Universitaria de Pamplona para que le atendieran en urgencias de una enfermedad. Pepe estaba allí, internado, en el postoperatorio de una intervención quirúrgica. Le habían comunicado que le darían de alta al día siguiente, después de quitarle unos puntos de sutura. Lógicamente, fuimos a verle y se alegró mucho. Él no conocía apenas a Jordi. Le comenté que el médico le había aconsejado que se le internara aquella misma tarde, pero, por falta de camas, había que esperar al día siguiente. Su reacción fue instantánea:

-***"¡Le dejo la mía!".***

E hizo los trámites para que le dieran de alta inmediatamente, aunque se lo desaconsejaron porque aún debían quitarle esos puntos. A continuación se dirigió a la oficina de admisión para preguntar si esa cama la podría ocupar Jordi. Fue imposible, porque entretanto surgió una grave urgencia de otro paciente y se nos adelantó. Entonces reservó dos habitaciones en un hotel, una para nosotros y otra para él y su

mujer. Se esmeró en nuestra atención. Al día siguiente nos presentó a varios facultativos de la Clínica para que, si necesitábamos algo, fuéramos de su parte. También nos prestó dinero para los imprevistos. Él se marchó ese día, pero no dejó de interesarse por la marcha de la salud de Jordi. Cuando Pepe se enteró de que algunas pruebas que le hicieron a Jordi eran muy caras, nos entregó un generoso talón. Más adelante, nos invitó a su casa para pasar una tarde, y para que Jordi descansara jugando al Trivial o merendando chocolate.

Pasaba de los grandes detalles, como el que acabo de narrar, a los pequeños. Recuerdo que en unas Navidades nos regaló un tablero de parchís para que jugásemos con los chavales. Cuando llamé a su casa para darles las gracias, oí que le decía a su mujer:

-"***Roser, supongo que habrás comprado uno de los buenos, que dure, no uno de cartón".***

En la Semana Santa del 88 asistí con un grupo de chicos a una Convivencia en Granada. Me entregó una tarjeta de presentación de un amigo suyo, diciéndonos que si necesitábamos algo fuéramos a verle de su parte.

En el verano del 87 hicimos un viaje con varios muchachos a Segovia y a Madrid. Al explicarle el itinerario dijo:

-***"Desvíate un poco y parad a comer un cordero en Aranda de Duero, en "tal" restaurante".***

Y nos dio el dinero.

En las conversaciones con sus hijos, varias veces me han comentado que era muy generoso en las propinas, y les decía:

-***"Cuanto más modesto sea el trabajo de una persona, especialmente si es de servicio (camareros, personal de limpieza, etc...), más hay que esmerarse en el trato y corrección con ellos".***

Con los taxistas solía entablar conversación y sacaba a colación con frecuencia el tema de la familia. Si tenía hijos, mientras pagaba el servicio, le decía:

-***"Lo que sobra es para caramelos, para los chicos".***

Su hermano Domingo recuerda que, durante el año que estuvo trabajando en Balaguer, poco después de casarse, entregaba parte de su sueldo a los trabajadores de la empresa que tenían apuros para cobrar. Esto era un detalle heroico, pues Pepe, entonces, no tenía una posición ecónomica desahogada.

También se adelantó a pagar los gastos de un viaje que hice a Madrid, y de otro que realicé a Palma de Mallorca con uno de sus hijos.

Esta generosidad contrasta con la sobriedad que aplicaba a los gastos personales o superfluos. Por ejemplo, el único televisor que hay en su casa ha cumplido ya los dieciséis años, y el coche que él utilizaba es del año 85.

Cuando se trasladaron a vivir a Reus no quiso que se hiciera ninguna fiesta de despedida, sino que la cambió por una "Fiesta de Bienvenida" a la nueva casa. Y así fue: el 27 de septiembre un buen grupo de muchachos pasamos un día inolvidable. De ese día son precisamente las últimas imágenes en vídeo que tenemos de Pepe.

Tenía una gran capacidad de persuasión para convencerte de que te quedaras en su casa a comer o a cenar. En una ocasión, uno de los monitores del Club Juvenil que frecuentaban sus hijos en Lleida se ofreció a llevar a su hijo Jaime a Mollerusa, porque había perdido el tren. Antes de salir, le dije:

-**"Ya verás como te acabas quedando a cenar".**

-**"No creo** -contestó-, **porque no me conoce de nada y no pienso bajarme del coche. Además, me acompaña otro chico para la vuelta".**

Al llegar a su casa, Jaime les animó a que bajaran un momento, aunque sólo fuera para presentarlos y saludar. Entraron en la casa y en cuestión de segundos estaban sentados a la mesa con un plato delante. Enseguida, Edu, el monitor, comentó que era tarde y que no sabían nada en su casa. Roser dijo:

-**"No te preocupes, ya he llamado yo y he dicho que te quedabas a cenar, y que llamen a casa del chico que te acom-**

paña".

-**"Pues entonces...** -dijo Edu-, **voy a cerrar el coche".**

Tenía especiales atenciones con los paisanos de su pueblo, Vallfogona de Balaguer. Cuando algún domingo iba allí a Misa era muy generoso en hacer un donativo. También se mantenía al tanto por si alguna persona tenía una necesidad, para brindarle ayuda. De todas estas cosas nos vamos enterando ahora, pues Pepe era extremadamente discreto y no le gustaba hacer ostentación de nada. Poco tiempo atrás, una señora viuda, de Vallfogona, comentaba:

-**"Vino varias veces a ver a mi marido cuando estaba enfermo. Los libros que nos trajo nos ayudaron mucho - tanto a mi marido como a mí - a pasar momentos difíciles, como la enfermedad y otras desgracias familiares. ¡Qué bien nos vinieron! Le estoy muy agradecida".**

A veces, su hermano le decía:

-**"El otro día alguien vio tu coche delante de la casa de "fulano", ¿por qué no has venido a saludarnos?"**

-***"Nada -contestaba-; era sólo un problemilla".***

-**"¿Y qué tal?"**

-***"Ya se ha solucionado".***

Durante los años que vivió en León era muy frecuente que, con sus hijos, fuera a un asilo u hospital para visitar enfermos o para hacer compañía a gente necesitada.

Varias veces me prestó el coche para excursiones con chicos jóvenes, aunque no viniera ninguno de sus hijos.

Sabía adelantarse para complacer a los demás. Si sabía que te gustaba cierto refresco, o tal comida, procuraba que no faltara.

El día 30 de enero de 1991 su hijo Jaime se incorporó al servivio militar en Ibiza. Yo me ofrecí a acompañarle hasta Barcelona, donde debía coger un barco. La noche anterior me llamaron por teléfono; era su hijo Josep:

-***"Ignacio, ¿te gustan los mariscos?"...***

-**"Hombre, ¡vaya pregunta!".**

Al día siguiente Jaime me comentó que su padre le había dado los datos de un restaurante cercano al puerto para que pudiéramos comer; los gastos corrían de su cuenta.

La tercera virtud que quiero glosar es su vida en familia.

¡Qué bien se estaba en su casa! Cuando te ibas, ya pensabas en volver. Se respiraba un ambiente alegre, abierto, acogedor y hospitalario. Nada de rigideces; todos colaboraban en algo.

Conocía perfectamente a su hijos: sus virtudes y sus defectos, y en consecuencia, sabía tratar a cada uno del modo más conveniente. Cada uno era "su preferido": con uno cantaba, con otro hacía un crucigrama, con otro veía el fútbol, con otro redactaba una carta para el periódico, con otro jugaba, con otro arreglaba el jardín, con otro...

En las Navidades del 89 elaboró un cuadro con los datos de toda la familia: fechas significativas, apelativos cariñosos, etc..., porque le gustaba que hicieran piña. En este sentido tenían varias costumbres familiares, peculiares, en las que participaban todos. Cuando alguien estaba fuera, animaba a los demás a que le escribieran cartas. Nunca faltaba una, por Navidad, para su hija Mª Angeles, que vive en Viena; aunque la verdad es que los demás apenas escribían, pues él dejaba muy poco espacio y lo contaba casi todo.

Le encantaba componer versos alusivos a acontecimientos familiares, o bien componía canciones con melodías pegadizas. En las últimas Navidades redactó una poesía referida a toda la familia en la que, empleando varias imágenes alusivas a los nombres, salían todos sus hijos. Solía ser la manera de felicitar las Pascuas: con unos versos.

En todas las celebraciones había dos elementos que no faltaban nunca: el cava (comentaba que a sus hijos, en vez de leche, les había dado champán) y el "Diari de trobades", un libro de firmas y dedicatorias. Releerlo ahora es emocionante, pues se recogen allí momentos inolvidables.

La compenetración y el cariño con su esposa, Roser, era bien palpable. Se desvivía por ella y sabía sorprenderla con detalles inesperados. Pocos días antes del accidente, Roser tenía unos dolores en la

espalda y descansaba muy mal por las noches. En el vuelo Madrid-Barcelona del 25 de enero, por la tarde, recortó de un periódico un anuncio de una especie de sofá indicado para estos casos. Llevaba el recorte en la cartera cuando murió.

Cuando sus hijos se iban haciendo mayores, se las ingeniaba para descubrir los modos de que todos estuvieran a gusto en casa y no se desentendieran de los asuntos domésticos: las sobremesas se alargaban, después había un rato para trabajar en el jardín, y, finalmente, se acababa jugando una partida a la canasta. Solo era posible ganarle haciendo trampas. Otro fin de semana montaba una excursión, o un viaje.

Supo ceder en algunos puntos y mantenerse firme en otros, con el lógico desacuerdo de sus hijos adolescentes, pero siempre le admiraron y han agradecido siempre a su padre la coherencia de sus planteamientos. Incluso puedo decir que alguna vez se "dejó engañar", antes que parecer que desconfiaba de ellos.

Uno de sus hijos me confiaba:

-**"He valorado de verdad a mis padres cuando me he ido de casa a estudiar fuera; mientras estaba con ellos, no me daba cuenta del tesoro que tenía".**

Unas fiestas muy entrañables eran las Navidades: el Belén, los Villancicos, la Misa del Gallo, el "tió", los regalos de Reyes, las luces del árbol, el día de San Esteban, etc... Realmente, su casa era un fiel reflejo del hogar de Nazaret.

Este ambiente familiar se abría a las personas de alrededor. Tenía muchos detalles en este sentido. Recuerdo un verano en el que me llamó por teléfono para felicitarme por mi santo, después de varios intentos fallidos, pues estábamos casi incomunicados y no era fácil localizarme.

Era muy agradecido, incluso ante las cosas que no significaban ningún detalle especial, sino que eran una obligación. A la vez confiaba mucho en las personas y no dudaba de la rectitud de intención de los demás, cosa que en alguna ocasión le supuso un disgusto. Recuerdo una vez en la que, ante una de estas contradicciones, me dijo:

-***"Ignacio, por favor, cuida de mis hijos".***

-**"Es un encargo gustoso, porque basta con decirles que se parezcan a sus padres"** -le dije.

Hay otra virtud que no quiero dejar de señalar y que estaba como presente en todo su actuar: la alegría. Una alegría contagiosa y característica, que se reflejaba constantemente en su buen humor y en esa sonrisa peculiar que recordamos fácilmente todos los que tuvimos la suerte de conocerle.

Hay otro aspecto que no quiero pasar por alto: el recurso natural y espontáneo a su intercesión, por parte de las personas que le conocieron, en cuanto tuvimos noticia de su fallecimiento. Así, por ejemplo, el día 28 de Enero comenzaba un curso de retiro espiritual, y el día 25 sólo había tres muchachos apuntados. Le pedimos:

-**"Pepe, llénanos el retiro".**

Al final fueron quince.

El día del funeral vi a un chico que sólo había visto a Pepe en una ocasión, con motivo de una de esas visitas a su casa. Al acabar, me dijo:

-**"No podía menos que venir porque me impresionó su trato amable y alegre. Al ser la primera vez que iba a su casa, se interesó por mí y me preguntó unas cuántas cosas".**

Otro me comentó:

-**"Era un hombre que pasaba olímpicamente de sí mismo".**

Y otro:

-**"Personas como esta, una de cada cien; ¡qué digo, de cada cien?; ¡de cada mil!"**

Y otro:

-**"Hace poco mi mujer me dijo señalando a uno de sus hijos: Oye, ése... ¿no es un Serret? Fíjate, la bolsa de libros que lleva, es de propaganda. En cambio nuestra hija siempre nos da la paliza con las marcas. Esa familia no huele a dinero".**

Y otro:

-**"Era una buena persona".**

Tengo que acabar. Él solía decir:

-***"Esta vida no valdría la pena vivirla si no fuera por la Otra".***

Pepe: te nos has adelantado para facilitarnos el camino. Ahora -¡cómo lo notamos!- nos ayudas más que antes, aunque te echamos de menos. Parece que en cualquier momento vas a entrar en la habitación sonriendo. Nos has demostrado que sí, que vale la pena esta vida si la vivimos como tú. A eso aspiramos contando con tu ayuda.

CADA UNO DE NOSOTROS ERA SU MEJOR AMIGO



Fidel Sebastián

Licenciado en Filología Románica. Colegio Viaró.

SANT CUGAT DEL VALLÉS (Barcelona)

No consigo recordar cuándo ni cómo nos conocimos. Tuvo que ser con ocasión de alguna de las reuniones para padres de alumnos que organizábamos en el Colegio Terraferma de Lleida, y en las que, con frecuencia, yo solía dirigir alguna de las sesiones.

Buceando en los recuerdos, me veo quedando con Pepe para vernos todas las semanas, los sábados por la tarde, para hablar de sus inquietudes espirituales, al tiempo que aprovechaba para confesarse con Mn. Lluis Raventós, que vivía, como yo, en el Centro Cultural Vallcalent, el único Centro de hombres que tenía en aquel tiempo el Opus Dei en la ciudad de Lleida - era el curso 1.979-80 -. Fruto de aquellas conversaciones, a los pocos meses, Pepe pidió la admisión en el Opus Dei como miembro Supernumerario. Seguimos viéndonos todas las semanas sin interrupción - salvo las esporádicas ausencias - hasta el año 1.984. Durante todo este tiempo fue creciendo una relación de amistad muy honda, de la que sigo sacando provecho de ejemplaridad, más desde que Pepe pasó de este mundo al Otro.

Pepe suponía que yo tenía mucho trabajo y preocupaciones ordinarias y alguna extraordinaria de vez en cuando. Por ello, con una inusual delicadeza, sin dejar que se notara la voluntad de dar, con cierta frecuencia me decía: ***"Fidel, hoy voy a cenar solo, por qué no me acompañas?"***, y de esta manera conseguía que saliera de casa y

me distrajera pasando un rato muy agradable con él.

Otras veces, por evitarle un desplazamiento a Lleida, era yo quien acudía a verle en su casa, en Mollerussa. Su generosidad le llevaba a sacar todos los argumentos posibles para conseguir que me quedara a cenar o, al menos, a merendar - solía ir a verle por la tarde -. Recuerdo que un día en que le había visitado con otra persona que le quería presentar, sin mayores motivos de celebración, sino por una manifestación espontánea de aquel dar lo mejor que tenía, tan característico suyo, improvisó, con ayuda de Roser, una merienda a base de un buen jamón y vino de marca, que debía tener guardado para alguna ocasión que lo mereciera.

Por las circunstancias arriba expuestas, estoy en situación de poder asegurar con conocimiento de causa que Pepe fue asimilando el espíritu del Opus Dei con una rapidez e identificación admirables: su puntualidad en las prácticas de piedad y en la asistencia a los medios de formación, su aplicación al trabajo profesional con competencia y visión sobrenatural; su dedicación previsora y amorosa a la familia, que se iba dilatando de año en año; su afán apostólico y proselitista, que le llevaba enseguida a plantear horizontes de espiritualidad a las personas con las que se veía regular o accidentalmente. Fue, y es hoy, que se agiganta su figura, tras su muerte, con el paso del tiempo, un ejemplo de lo que es y ha de ser un Supernumerario del Opus Dei.

A finales de Enero de 1.984 falleció mi padre. Pepe me acompañó con su cariño fraterno, y, reiteradas veces, me ofreció, para que descansara mi madre, un apartamento que él tenía en la urbanización El Tozal, cerca de Torreciudad. A pesar de mis agradecidas negativas, no dejó de reiterar su ofrecimiento más generoso y desprendido.

En verano de 1.984 me diagnosticaron una grave enfermedad que requería un tratamiento medianamente largo y molesto y que exigió mi traslado a Barcelona. Puedo afirmar, sin la menor duda, que Pepe fue la persona más asidua en visitarme. Y después, durante los meses, y aun años, que siguieron a esta situación de alarma y que, gracias a Dios, terminó bien, siguió aprovechando frecuentes viajes a Barcelona para venir a verme e intentar convencerme para almorzar o cenar juntos en algún restaurante que tuviera algo de especial.

A veces buscamos a los amigos como excusa para darnos algún capricho. No así Pepe. Pepe no pensaba nunca en sí mismo y siempre pensaba en lo que te podría ser grato. Podía pedir algún plato exquisito, pero él comía muy poco; era parco en la mesa, y era sobrio en toda su conducta. Si hacía algo rumboso, era para que su amigo, el que entonces estuviera con él, lo pasara bien. Era una de sus maneras variadas de querer.

Pepe era un hombre muy identificado con los colegios de sus hijos, con los que colaboraba asiduamente, y quería lo mejor para ellos. Pensaba que mi contribución a Terraferma en la labor de aunar a las familias era apreciable, y, sin embargo, me animaba a que buscara otros horizontes profesionales donde me pudiera desarrollar más y mejor; pensaba que en alguna otra entidad educativa, por ejemplo en Barcelona, podría llegar a más. Me quería con él, pero, como me quería, deseaba que encontrara lo mejor, aunque fuera lejos de él.

He tenido la oportunidad de leer muchos de los artículos que se han preparado para este libro antes de redactar mi aportación, y me ha impresionado sobremanera el hecho de que tantas personas coincidamos en pensar que cada uno de nosotros era su mejor amigo.

Pepe, desde su muerte para acá, se ha convertido en un modelo que tengo presente muy a menudo, y al que recurro con frecuencia para pedirle que me alcance de Dios ser una persona tan cabal y tan entera como él lo fue en su paso rápido y bien aprovechado sobre esta tierra.

ALGO TENÍA PEPE QUE LOGRABA AMISTAD

Ramón Mª. Mondéjar

Arquitecto. LLEIDA.

A modo de preámbulo, debería presentarme como amigo de Pepe, primero; más adelante, como amigo de la familia; un poco más de tiempo y veo que tengo la obligación de trabajar para él como arquitecto, pero de un modo distinto a como se hace habitualmente, ¿cómo diría?, no se trataba de proyectar ni de dirigir; solamente de ayudar a resolver una necesidad casera.

Entrar a colaborar con la Familia Serret es algo más que trabajar, es compenetrarse, disfrutar de su hogar, charlar, tomar algo, reír, descansar. Es de todos sabido que a su casa se puede saber a qué hora se llega, pero no a qué hora se sale, y, además, no te cansas de caer siempre en el mismo error. Muy pocos podemos alardear de haber resistido a esa cena improvisada de Roser y, afortunadamente, muy pocas veces.

Yo le conocí allá por los años setenta, de la mano de José Safont; no recuerdo con ocasión de qué. Somos de la misma edad, aunque bastante distintos; nuestro entorno social y profesional no coincidía; pero nos hicimos muy amigos: algo tenía Pepe que lograba amistad. Esta es una cualidad a la que quiero ceñirme.

José Safont era bastante mayor que nosotros y con una capacidad de entusiasmo como en poca gente he conocido. A Pepe y a mí nos metió su fervor por una tarea educativa agraria que él había instau-

rado y mantenía con esfuerzo, a pesar de la sequía o las heladas, factores climatológicos más benignos que la burocracia y la envidia de este país.

José enfermó de cáncer; lentamente se nos fue yendo al encuentro del premio que Dios da al que ofrece un vaso de agua fresca por amor: ¡cuánta sed calmó José!. Pepe - "Serret de Mollerussa", como solía identificarse en sus llamadas telefónicas, para que rápidamente pudieras situarte - estaba tan bien dispuesto a ayudar que siempre sacaba tiempo para hacer alguna gestión; era algo connatural, y diría que no le suponía esfuerzo. Pasó muchas horas con él y le tomó como ejemplo, y ¡vaya si aprendió!. Cogió el relevo y...¡a trabajar!, para seguir sacando adelante aquella tarea educativa, y más. Nos hacía trabajar, contagiándonos; de esto podemos hablar Magí (más que como constructor, como amigo incondicional) y otros del ramo. Si Pepe nos lo pedía...

Ahora, el ejemplo que ilustra esta afirmación, que podría ser tenida como cosa general. Un día de verano, del 87 o del 88, nos llega la noticia de que una señora viuda, de Barcelona, tiene una casa en un pueblo cerca de Lleida, y le gustará que se destine a alguna tarea educativa, formativa, con la condición de que sea claramente cristiana. Por entonces, no estaba en nuestro horizonte trasladar la Escuela agraria de inmueble, aunque sí lo veíamos como conveniente en un plazo no lejano. Allá fuimos, a Barcelona; serían las cuatro de la tarde de un día de agosto. Hablamos a aquella mujer de "nuestra escuela", de la formación humana y profesional; también de la formación cristiana que se impartía, etc. Pepe le exponía con entusiasmo la labor de promoción humana, y por tanto cristiana, que suponía, y del servicio que ella prestaría con su donación. Pero no sólo habló él, sino que escuchó atentamente, cariñosamente; incluso, no quiero equivocarme, le aconsejó en algún tema relacionado con los asuntos pendientes que había dejado su difunto marido. Al final quedaron para ver en el pueblo aquella casa, otro día, con los profesores de la Escuela.

En otra ocasión, estábamos charlando, mientras caminábamos arriba y abajo por la acera de la calle donde vivo; esa conversación previa a la despedida. Al pasar por la tienda de mi vecino y amigo Joan, el panadero, al vernos, nos saludó; entramos. Pepe se fijó en que tenía pan, cocas, bollería, galletas, pero no había leche. Enseguida le interpeló acerca de la conveniencia de tenerla, no sólo por tener la marca de la empresa en la que él trabajaba, sino porque, con el mismo esfuerzo, se ganaría mejor la vida y además serviría a alguna madre que, al comprar el pan, se acuerda de que no tiene leche, y así le evitaba un paseo.

Otro ejemplo. Estaba el carpintero Joan, de Artesa de Lleida, montando algo en la casa de Pepe (ese trabajo que no pude evitar hacer para él); debía ser en periodo de vacaciones escolares, pues le ayudaba Ramón - hijo del carpintero - que por entonces debía estar estudiando 1º de B.U.P.. Yo andaba por allí para solucionar, si se presentaba, alguna dificultad del montaje de lo que antes había dibujado. En estas estábamos, cuando llegó Pepe del trabajo y, con él, uno tras otro, sus hijos pequeños, que le rodeaban siempre.

Joan, el carpintero, debía estar nervioso; quizás algo no iba como él deseaba. El caso es que traía loco a su hijo con órdenes, contraórdenes, voces, expresiones,... que a Pepe le parecían muy poco adecuadas de un padre con su hijo. Me comentó algo así como que eso no estaba bien, quizás para que yo le advirtiera, ya que era conocido mío y, a fin de cuentas, yo le había metido en su casa. Le sugerí que se lo dijera él mismo, y así lo hizo, a solas con Joan, el carpintero gruñón; con tanta delicadeza lo debió hacer que no sé cuántas veces me lo habrá contado Joan, con tanto agradecimiento hacia Pepe, porque ese día le valió más el consejo que el jornal.

Quiero recordar esto porque yo he aprendido tanto de Pepe a estar más pendiente de los demás, que me gustaría que lo supiésemos todos, y quizás así lograremos alegrar la vida a nuestro alrededor. Y ello, a pesar de que Pepe tenía no pocos problemas derivados de su trabajo, de la crisis del sector, de la preocupación que todo padre de

familia tiene, y más si ésta es numerosa como la suya.

Por esa preocupación por la familia, me encargó el trabajo al que no supe decir que no. En su casa había un sótano grande para preservar de la humedad, y que servía además de garaje, lugar de juego para los niños y como trastero. Se trataba de adecuarlo de tal forma que sirviera para tener reuniones familiares y como lugar de encuentro de los amigos. Cuanta más gente cupiese cómodamente, mejor. Además, me pidió que lo resolviese de tal forma que pudiera tener entrada independiente por el jardín... ***"porque, si yo muero, Roser podría instalar un parvulario para ayudarse económicamente".***

Disculpad que abunde en este tema, y perdonadme si, ahora, el ejemplo de su dedicación delicada por los demás pasa por mi familia.

Verano del 91. Mi hermana mayor, Carmen, vive, por decir que está viva, en el Zaire, desde hace más de treinta años: es misionera claretiana y allí desarrolla la labor ingente de tantos misioneros anónimos. (En este caso yo sé algo del heroísmo que supone estar en Africa Central, queriendo servir al prójimo, y ver cómo el afán de riqueza de los poderosos, aliados con la incultura que ha dejado el poder colonial, malogra tantos esfuerzos; y ver que no pueden hacer más...: es para volverse locos).

Pues bien, el verano del 91, Carmen, como cada tres años, vino a pasar un par de meses a España. Concretamente, esta vez estuvo varios días en Reus, pues se da la circunstancia de que la Madre fundadora de su Congregación es de esta ciudad (su cuerpo reposa en la cripta de la iglesia del convento de Reus), y este año la Congregación celebraba un Consejo en esta ciudad tarraconense. El último día que ella pasaba allí fui, por la tarde, a su encuentro para pasar un rato juntos; y, por eso de aprovechar el tiempo del viaje, pasé por casa de Pepe para resolver algún detalle del arreglo de la casa a la que se estaba trasladando. Pepe y Roser se empeñaron en que, si podía Carmen, viniese a estar un rato con ellos y, por supuesto, como decía al principio, tomar una improvisada merienda-cena.

Mi hermana tampoco pierde el tiempo, y, como la cabeza y el corazón siempre están en el Zaire (aunque no esté con el cuerpo), no paró de contar cosas de su país: su noviciado de monjas nativas, las escuelas, dispensarios, etc.; y también del drama que viven a causa del desgobierno, de la pobreza, de las necesidades de médicos, medicinas, alimentos, etc. A mí me parecía que se excedía, pues evidentemente se encontraba en una casa acomodada y podría ser tomado un poco como un discurso sociológico admonitorio. Yo asistía algo incómodo; le acababan de conocer, le habían invitado a una merienda-cena... Pensaba que bien estaba contar algo más que del paisaje, las ríos, la selva, etc., pero las pinceladas que trazaba eran verdaderos aguafuertes. Me quedaba pasmado viendo la cara de Pepe: todo en él era atención, comprensión, tristeza, admiración, identificación, alegría...

La noticia de la muerte de Pepe se la di a mi hermana por carta, y ella enseguida escribió a Roser, unida a su dolor. También a mí me escribió, consolándome; han pasado los meses y me cuenta la impresión de aquella tarde (unas tres o cuatro horas) que pasó con la familia Sanet. Transcribo lo que me dice en ella:

"...recuerdo perfectamente cuando fuiste por mí, y me llevaste a su casa sin terminar de arreglar. Su acogida fue sencilla, amable, cariñosa. Me enseñó con entusiasmo todas las dependencias de la casa. Me di cuenta enseguida de que era un amigo tuyo, que le gustaba lo que le hacías o le estabas haciendo, y disfrutaba con ello. Encontramos a Roser en la cocina, que preparaba la cena. Una persona también encantadora; los niños y una jovencita a la que su padre habló con mucho cariño. Se respiraba un ambiente familiar sereno. Después Pepe me llevó por el jardín y, como yo mostré interés por las plantas, me las enseñaba todas, explicándome cuando había algo especial. Había varios árboles raros, valiosos, y me estuvo cogiendo semillas para que me trajera. Ya sentados en

la mesa os estuve contando cosas del Zaire y recuerdo el interés con que siguió mi relato y su sensibilidad cuando hablé de las necesidades de aquí. En un momento dado entró en la casa, pues estábamos en la terraza, para salir poco después trayendo en la mano un cheque para las necesidades de la misión; se pasó pronto el tiempo y me despedí de él y de todos con un sentimiento de agradecimiento y gozo de haber conocido otra nueva familia cristiana, amigos tuyos. A Roser la volví a ver el día de nuestra fiesta en la Prioral de San Pedro; a Pepe no le ví, no pudo venir (Nota: Sí estuvo en la Misa, pero como era día laborable no pudo prolongarse más fuera del trabajo).

Cuando me escribiste que Pepe había muerto me impresioné. Los planes de Dios son imprevisibles. Él, sabe por qué hace las cosas. Me parece una buena idea recoger los recuerdos que tengáis de él. El testimonio de una vida buena nos ayuda a ser consecuentes con nuestra fe en Cristo. Gracias, hermano".

Perdonad que quiera sacar una consecuencia: ¿qué tenía Pepe, que era capaz de impresionar a quien parece que ya nada pueda impresionar, viendo tanta miseria y tanta grandeza en un país que está a 10.000 kilómetros de aquí?.

No quiero acabar sin referir, aunque sea brevemente, otro recuerdo. En un viaje a Roma, con motivo de la Beatificación del Fundador del Opus Dei, coincidieron en el viaje y en el hotel el matrimonio Serret con Josep y Rosa, otro matrimonio de Lleida, más jóvenes. Una circunstancia dolorosa se unía en aquellos días a la fiesta que celebrábamos: Josep tenía cáncer y su pronóstico daba una previsión de vida de medio año. Él lo sabía; Rosa también, pero no los demás. Eran días de alegría y no querían distraer a nadie por esta pena. Pepe con su cordialidad les llenó de cariño. Antes no se conocían; después del viaje no volverían a verse, pero Pepe supo de la enfermedad de Josep y rezó mucho, mucho, por él, por su curación: me preguntaba siempre, cada semana, por Josep. Yo les transmitía este desvelo, que Josep y Rosa agradecían mucho. Por la prensa se enteraron de su accidente y muerte. (Yo no se lo hubiese dicho). Aquella misma noche me dijo Josep: "pobre Pepe". Yo le pregunté: "pobre...¿por qué?" "porque ha muerto", me dijo sencillamente él, que sabía que le quedaba poca vida. Superado el impacto, recordé lo que sabía y le dije que, si ya estaba en el Cielo, no era para lamentarse, sino para alegrarse, dentro de la pena nuestra por perder a un amigo tan querido. "¿Cómo sabes que está en el Cielo?"... Otro impacto. Y, recordando la vida de Pepe y lo que aprendí en el Catecismo, le expliqué que los que aman a Dios y le buscan, y hacen el bien, esos están en el Cielo seguro. Se quedó callado, pensativo, y, al cabo de un rato, me dijo con voz profunda, serena: "¡Qué suerte!". Josep moría un mes después. Yo diría santamente.

Mis tres amigos, los tres "Josep", estarán en el Cielo, y ahora nos ayudan más.

Y perdonad que siga sacando consecuencias, porque a mí me parece que, si de algo tan brutal como es la muerte de las personas tan cercanas - y, por lo tanto, sufridas -, en el más profundo de los sentimientos, no sabemos encontrar algún mensaje de esperanza, somos los más desgraciados de la tierra.

Yo he aprendido de Pepe. Quiera Dios que no lo olvide.

SUPO, CON TODOS, COMPRENDER, DISCULPAR, AYUDAR... Y QUERER



José María López-Barajas

Ingeniero Agrónomo. Jefe del Área de Inspección de la Gerencia Territorial de Granada. GRANADA.

No recuerdo con exactitud cuál fue la primera vez que vi a Pepe; pudo ser en alguna tertulia organizada por José Safont; tal vez fuéramos presentados por alguna persona de la familia Castelló, aunque creo recordar que coincidimos en una reunión del Colegio Terraferma, en el que estudiaron nuestros hijos varones.

Pero su recuerdo se hace vivo y cada vez más nítido a partir de una noche. Roberto y Matilde habían organizado una sesión informativa sobre la metodología educativa del Colegio Terraferma, y, mientras se proyectaba una película de Fomento de Centros de Enseñanza, tuvimos una conversación larga e íntima que marcó el inicio de una amistad cada vez más sincera, creciente, profunda y duradera por encima de separaciones geográficas o de cualquier otro tipo.

La última vez que le ví fue en Barcelona, a la salida de una tertulia con el Prelado del Opus Dei, donde estaba con su sonrisa y afecto tan inconfundibles.

Ahora me figuro a su alma, con la misma habitual sonrisa, que forzosamente se reflejaba en su cara, pero que le salía del alma, presentándose ante algún Angel o Santo como "Serret de Mollerussa", e intercediendo ante el Señor por toda la Iglesia (pues en su corazón cabíamos todos) y, especialmente, por sus allegados más próximos:

guardando el orden, como acostumbraba.

De lo antepuesto es fácil deducir que admiro en Pepe las virtudes de la alegría, magnanimidad y orden, pero no como las únicas sobresalientes, ya que, en mi opinión, estás fueron la caridad y la generosidad, sin menospreciar las demás, que atestiguo que vivió.

Así, y sin ánimo de dar un repaso a las virtudes humanas y sobrenaturales vividas por Pepe, sé que fue un hombre leal, pues no recuerdo que jamás hablara mal de una persona y, si algo no le parecía bien se lo decía cara a cara a la persona indicada, de forma llena de afecto y finura.

Fiel a la palabra dada, puntual a la cita convenida; cumplidor con los compromisos adquiridos: ¡cuántas veces, después de comer en su casa con algunas familias, si la tertulia se prolongaba, "desaparecía" algún rato para cumplir una obligación adquirida previamente!. También ayudaba a los demás a cumplir sus compromisos.

Su optimismo era manifiesto. Así, y a título de ejemplo, cuando se le propuso que formara parte del grupo promotor del Colegio Arabell, "vio" que las clases se iniciarían en el momento oportuno, es decir, el 14 de Septiembre, a pesar de que en Abril aún no se habían empezado las obras de construcción del edificio, ni siquiera la excavación, ni teníamos los permisos oficiales...; y, por supuesto, ni un duro. Su cheque para la compra de acciones de la inmobiliaria fue el primero en presentarse. (El Presidente del grupo promotor quiso fotocopiarlo como recuerdo).

Supo, con todos, comprender, disculpar, ayudar...y querer.

Voy a detenerme un poco en explicar cómo le he visto vivir la generosidad en varias facetas y con todos.

Entregaba su tiempo a los demás, a pesar de tenerlo siempre escaso por su abundante y constante trabajo, que realizaba gracias a establecer un orden en su ejecución. Cuando el pasado mes de Septiembre fuimos a Viena para ver a nuestro hijo Jose María, al preguntarle dónde iríamos a comer, nos contestó que a un restaurante, cuyo nombre no recuerdo. Unos días antes le había llevado el Sr. Borrel (que había ido a ver a su hija Mª Angeles) y había buscado la ocasión para ver e invitar a José Mª, al cual llevaba sin ver al menos ocho años.

Con el dinero y bienes materiales era generoso en grado tan alto que sólo se explica por su desprendimiento absoluto de los mismos, procurando con naturalidad que sus ayudas pasasen inadvertidas a los demás y que el receptor de las mismas ignorase su origen.

Generoso de su persona. Se entregaba a todo el mundo con disposición de ayuda y de interés por compartir las dificultades de los demás, haciendo suyas las penas de cuántos le rodeaban, sin excepción alguna. Desde el Sr. Obispo de la diócesis, con el que coincidí en casa de Pepe al haber venido aquel para pedirle que realizara una gestión, a cualquiera de sus convecinos, amigos o conocidos.

Cuando por cualquier circunstancia paseábamos por Mollerussa, eran continuas las paradas por encuentro con algún conocido. ¿Cómo está tu hijo? ¿Se curó tu mujer? ¿Aprobó el examen tu hija? ¿Qué tal aquella gestión de la que hablamos para encontrar trabajo?. Siempre las preocupaciones de los demás, comerciantes, agricultores o ganaderos.

Todos teníamos a Pepe como copartícipe de nuestras inquietudes. Y, cuándo él veía que no podía llegar, se apresuraba a pedir ayuda consultando a sus amigos. ¿Qué podríamos hacer para que un padre de familia con cuatro hijos menores de seis años encuentre un buen trabajo? ¿Cómo conseguiríamos becas para los colegios para una familia con diez hijos y padres maestros? ¿Se podría colocar en el Colegio una viuda con dos hijas pequeñas, para que así éstas puedan estudiar en el mismo? ¿Y la hija de un conductor del autobús? ¿Y a "tal", para que supere aquella pérdida de un ser querido? ¿O a otro, para que se forme y mejore su comportamiento?.

Generosidad total, incluso de la intimidad familiar, pues era muy frecuente que al pasar por Mollerussa, si ibas a casa de Pepe, te encontraras invitado a compartir al igual que con otras familias la comida que Roser había preparado. Y si el número de comensales que

"asaltábamos" su casa era elevado, cogiendo deprevenida a Roser, tampoco se perdía la calma: ***"No te preocupes, se compran unas "pizzas", o se prepara un poco de pan con tomate y jamón, y pasamos un rato juntos".***

No me voy a extender más. La virtud de la generosidad, como la alegría y todas las demás, estaban cimentadas en la caridad. Pepe era, y es, un hombre entrañable que supo y sabe querer.

SE HA IDO, PERO SU OBRA PERDURARÁ



José Luis Pérez Torrecilla

Banco de Crédito Agrícola. BARCELONA

Escribir unas páginas, o bien dialogar sobre JOSEP SERRET i BORDA, puede resultar muy fácil o bien harto difícil, según el enfoque que prefiera darse a la conversación o escritura; se podría pasar muchas y muchas páginas tratando su forma de ser, su honestidad, su escala de valores, su claridad de ideas, su generosidad, su capacidad de trabajo, su amor a la familia y su entrega a los demás; todo ello independientemente y además de sus profundas creencias, o precisamente por éstas. Habría tema para un libro completo y para ejemplo de casi todos.

Por lo tanto, vamos a inclinarnos por la fórmula fácil; transcribiremos sólamente que se trataba de un hombre bueno, trabajador, honesto y muy creyente, al que considero que llegué a conocer profundamente. Nunca tenía un no, y orientaba soluciones a los diferentes temas y cuestiones rápida y muy acertadamente, sin darle importancia alguna, como lo más natural del mundo.

Como padre era otro ejemplo: su familia era para él lo primero de este mundo, y estamos seguros que lo seguirá siendo desde el Cielo.

Le conocí cuando mi labor profesional se hallaba incursa dentro del sector químico-farmaceútico, siendo él gerente de una industria láctea; dicho conocimiento se produjo por temas estrictamente profesio-

nales. De entrada, me pareció algo duro en el trato comercial, pero muy serio, eficaz y pronto en sus decisiones. Después se vino produciendo el trato más o menos constante y llegamos a ser muy buenos amigos, pero teniendo yo siempre muy presente que Josep representaba al cliente de mi empresa, por lo que el trato era buenísimo, pero sin sobrepasar los límites prudentes de este tipo de relación; me comprendía ampliamente y sonreía siempre por mi postura de quedarme en lo que yo creía mi sitio.

Más tarde, al pasar yo al sector financiero y dejar de ser mi cliente directo, al no existir relación comercial de por medio, decidí tratar más al amigo, y su respuesta fue decirme: ***"te estaba esperando"***. Me recibió con los brazos abiertos y me explicó que siempre había respetado mi deseo y forma de actuar -estar cercano al hombre humanamente y en el lugar adecuado que, a mi criterio, la relación comercial exigía-; me dijo, por guardar tanto las formas y la discreción, una palabra que me complació enormemente: ***"carallot, ¿no ves que a mí me pasaba igual, y no crees que podíamos haber estado más cercanos fuera de nuestras responsabilidades y a la distancia adecuada tratando negocios?"***. También me dijo algo más: ***"Ten en cuenta que he respetado escrupulosamente tu forma de hacer y estar, porque tu honestidad y delicadeza te colocan en un plano humano infinitamente superior al que normalmente lleva una relación empresarial y comercial; te auguro éxito, como has tenido hasta ahora, pero pienso que hubieras tenido mucho más dedicándote al sacerdocio: te hubieras llevado a la gente de calle..."*** Me dejó atónito y nos reímos ambos hasta la saciedad.

Empecé a observarle más de cerca y a ir tomando nota, toda vez que comprobé muchas veces personalmente que su entrega al trabajo, a su familia y a Dios era absolutamente ejemplar, sin olvidar dedicar parte de su ocupadísimo tiempo a ayudar a los demás; algo más tarde comprendí el porqué al conocer su forma de vida en su totalidad; al descubrir claramente algo que yo no conocía, pero que, su comportamiento y forma de hacer hacía tiempo que me estaba diciendo a gritos; pero yo, ciego de mí, tardé en darme cuenta: la fe era el motor de todos sus actos.

Después llegó lo de "Arabell", Colegio femenino de Fomento de Centros de Enseñanza, en Lérida. Josep y yo mismo fuimos miembros activos de su grupo promotor. Aquello fue la demostración total de la grandeza de su alma y de su entrega a Dios y al bien común. Nos encontramos, creo que por azar (ahora estoy seguro que por designación divina), en el Grupo Promotor, al igual que con dos o tres personas más. Estas personas nos ayudaron a complementarnos y, sinceramente, creo que aquella coincidencia, al resultar una piña de todos por y para todos, fue la que obró el milagro de aquella obra que contaba de entrada con la bendición de Dios, quien nos eligió uno a uno cuidadosamente. De otra forma hubiera resultado imposible sacar el colegio adelante en las circunstancias del momento, pero Dios así lo quería y, a pesar nuestro y de nuestros errores, salió.

Eran los años de los inicios de la nueva era democrática en nuestro país, y las estructuras económicas, políticas y sindicales se hallaban muy revueltas y sin consolidar todavía. Ello nos reportaba dificultades e inconvenientes sin fin, pero, una a una, se fueron resolviendo una vez aclaradas y bien enfocadas.

Recuerdo perfectamente aquellas reuniones y nuestras copiosas dificultades económicas, que habían provocado en algunas ocasiones la manifestación de la desesperanza, aunque por muy poco tiempo; de inmediato se manifestaba Josep, sobre todo a mí: ***"tened fe, que saldrá bien: pongamos nuestro entendimiento, además del esfuezo"***; e inmediatamente nos ofrecía ideas empresariales o humanas de cómo solventar la dificultad. En ocasiones nos gastaba incluso alguna broma y, nuevamente, nos fortalecíamos los unos con los otros y renovábamos la tarea con más bríos, reanudándola sobre todo con más fe. También recuerdo ahora con nostalgia aquellas dificultades económicas, que también se presentaron en su más amplia dimensión; unas veces por atrevidos nosotros, y otras veces provoca-

das por terceros (incluso intencionadamente), y la capacidad de Josep para aconsejarnos y para levantar los ánimos. Nos veíamos obligados a agudizar el ingenio, y las dificultades, una a una, se iban solventando (aplazando pagos, letras, talones, facturas...; y buscando más dinero, pidiendo la colaboración de los futuros padres de alumnos). Puedo constatar que en aquella época me di cuenta de que además de mucha fe, mucha capacidad y total entrega, también existieron milagros. Puedo manifestar con conocimiento de causa que los milagros existen, aunque, pobres de nosotros, a veces, ni siquiera sepamos verlos.

Cuando me trasladé a Madrid por causas profesionales, una vez ya en marcha Arabell, Josep cogió juntamente con otras personas (pero como cabeza visible) lo que yo también como cabeza visible había dejado simplemente iniciado, pero a medias de soluciones definitivas. Y he de decir que me dio una lección (juntamente con los demás de aquel grupo promotor) de cómo deben hacerse las cosas para concluir una obra de esta índole con éxito. Hoy Arabell está lleno de alumnas, funciona muy bien y forma niñas para que en el futuro estén capacitadas para una buena actividad profesional y, sobre todo, para que en el futuro puedan desarrollar con responsabilidad su papel en la familia y en la sociedad. Algunas de las primeras niñas que cursaron estudios en dicho centro son ya madres excepcionalmente preparadas, y están criando a los nietos de los que iniciamos esta obra docente.

Después lo vi algunas veces en Madrid (aunque muy pocas), y también hablamos telefónicamente, pero nuestra relación material estaba más separada por causa de profesión y trabajo; no así nuestra relación humana que continuó aumentándose aunque nos viéramos muy poco. Un día, después de unos tres años sin vernos, sentí una voz que me llamaba en un restaurante de Madrid: era Josep, y nos dimos un abrazo que aún recuerdo, por el afecto y la ilusión que puso en él. Después me puso al día sobre Arabell, los amigos, etc., y, una hora más tarde, cada uno a su trabajo, con un ***"hasta la vista"***. Fue la última vez que lo vi; aún recuerdo su cara de felicidad al despedirnos.

Un tiempo después, con mi traslado a Barcelona, volvimos a hablar telefónicamente algunas veces, pero no nos llegamos a ver, toda vez que la relación de mi empresa con la suya se llevaba desde Lérida, y, más tarde, aunque me correspondió a mí, las circunstancias habían cambiado y hablaba con otras personas de la central.

Cuando se trasladó a Reus tardé algunos meses en conocer su nuevo destino. Al enterarme lo llamé por teléfono y hablamos, quedando en vernos cuando yo fuese a Reus y el tiempo me lo permitiera. Un día - recuerdo perfectamente que fui al Consorcio de Aguas de Tarragona - lo llamé desde allí para vernos y estaba de viaje. Finalmente, otro día que tenía que volver, lo llamé y quedamos para vernos, pero no resultó posible: pocos días antes de nuestra cita ocurrió el suceso de su muerte; lo supe al tratar de verlo, cuando incluso se había realizado ya el entierro. Todavía pienso por qué la Providencia me impidió verlo nuevamente.

Josep se ha ido. Dios se lleva antes a los mejores, quizá porque están antes maduros, completos y preparados. En verdad, Josep se ha ido, pero su obra perdurará, y el bien que me hizo se lo agradeceré siempre.

ENS DEIXA L'HERÈNCIA DE LA SEVA UNITAT DE VIDA



Miquel Navarro

Licenciado en Ciencias de la Educación.

Ex Director Col.legi TERRAFERMA. LLEIDA

No recordo ben bé quan vaig conèixer per primera vegada la família Serret, i destaco "família", perquè em resulta impossible dissociar-lo del context familiar: íntimament unit a la Roser, la seva muller, perllongats ambdós en els seus onze simpàtics i espavilats fills. Probablement, devia ésser al col.legi, amb motiu d'alguna reunió o festa familiar.

Durant el temps que vaig portar la direcció del Col.legi Terraferma, la seva presència em donava seguretat i confiança, doncs, així de ferma era la seva convicció en la necessitat d'una bona educació, que aplegués en una mateixa unitat d'acció la qualitat instructiva amb una sòlida formació cristiana. Les seves múltiples ocupacions professionals, que el portaven a viatjar amb molta freqüència, l'impedien assumir un càrrec col.legial presencial, però em deia: ***"Miquel, sempre que convingui, em tens a disposició del col.legi"***. I així ho demostrà en més d'una oportunitat.

"El Pepe", anomenat així pels amics, era més partidari de petits comitès i entrevistes personals, que de grans reunions i parlaments grandiloqüents; el seu tarannà personal, hi trobava més eficàcia i resolució. Em cridava l'atenció que, durant les reunions de pares al col.legi, que ell devia "saber-se de memòria", doncs, hi assistia sempre que podia, quan arribava la part dedicada al treball en petit grup, desapa-

reixia de la sala i el trobaves, després, en animada conversa amb algun altre pare o professor amb qui tenia previst de parlar, o bé aprofitava l'avinentesa que se li presentava al vol.

L'atenció que dedicava a l'evolució de cada fill, fins i tot, pels afectes més concrets i aparentment insignificants, era admirable. Donat que ell no sempre podia acudir a fer tutoria amb el tutor corresponent, la Roser, agenda amb mà, prenia nota de tots els acords per tal de posar-los en comú, un cop a casa. Demanaven moltes més entrevistes de les que eren preceptives, per tal de dur un seguiment detallat dels afers de cada fill. La Roser, a més a més, col.laborava amb diverses comissions i Consells del Col.legi.

El Pepe escoltava molt atentament tot el que li deies, interrumpent amb preguntes ràpides i concretes, directes al tema, quan precisava d'alguna dada d'interès, o l'interlocutor es desviava de la qüestió central. Era home que sempre anava al gra. Positivava les opinions de qui li parlava i, sabia crear un clima tan familiar, obert i respectuós, que fàcilment li permetia aconsellar a l'amic en aspectes, fins i tot, de força trascendència per a la seva vida.

Quasi mai parlava d'ell, ni de les problemes de la seva feina; més aviat et solia preguntar per si estaves content amb el teu treball i com pensaves encarar el futur, i, en aquest àmbit, et feia valuosos suggeriments.

No separava fronteres vitals, tenia unitat de vida en tot, per això, ben aviat ens convidà a tota la família a passar tardes d'estiu i festes tradicionals: Sant Joan, la Castanyada,... a casa seva, que l'havia dissenyat, com ell explicava, per a que hi capiguessin tots, puguessin voltar amb llibertat pel jardí, banyar-se a l'estiu, i no tenir de marxar de vacances amb tota la "troupe".

A la seva llar, aviat vaig advertir i aprendre com es viu l'alegria sense deixar d'estar ocupat. Els seus fills, d'una activitat incessant, amb la pilota, la piscina,... atenien els encàrrecs assignats o acostumats: preparar la taula i el sopar, encarregar-se dels petits,... amb eficiència professional, sense protestes ni reivindicacions. La Roser, sempre amb el seu paper de mare i de germana gran, aviat ho tenia tot a punt. El Pepe, insinuava, més que manava,... i tot anava com una seda. Sempre m'he preguntat com funcionava tot amb tanta harmonia, amb tanta colla, i amb uns temperaments tan actius... És el reflex de l'autoritat basada en l'amor i l'atenció a les coses petites i casolanes del dia a dia.

Al Pepe i a la Roser els agradava molt convidar els amics, i que aquests convidessin, a la vegada, nous amics, i així ampliar el cercle de les amistats. A casa seva hi cabíem tots.

Els detalls que tenia amb els convidats eren tan naturals que et feien sentir com a casa. Un dia d'estiu, recordo que, per animar-me a que em posés a la piscina, s'hi va tirar ell, davant l'estranyesa dels seus fills, doncs, no en tenia costum. Quan a mitja tarda solia fer una estona de lectura espiritual, ens repartia a la Carme i a mi uns llibres semblants per tal de facilitar-nos-la també.

Al llibre de família, on et convidava a escriure, després de les senyalades festes familiars, s'hi troben paraules afectuoses i entranyables, dirigides, especialment, als seus fills, com per exemple amb motiu de la marxa a Aústria de la seva filla gran,... El recordo amb els seus ulls petits i vius, amb alguna llàgrima furtiva,... veritable semblança d'un gran i bon patriarca.

Les seves inquietuds trascendien l'àmbit familiar i d'amistats, fent sentir les seves discrepàncies davant les autoritats quan creia que no es respectaven les normes de la moralitat pública. Una vegada em va demanar que l'ajudes a traduir al català una carta adreçada a una primera autoritat on li feia unes observacions a l'entorn d'uns actes de la Festa Major d'una localitat, durant la qual es va rebaixar la dignitat de la dona, davant d'un públic de grans i petits.

Més d'una vegada, coincidírem a l'aeroport de Barcelona, i, durant l'estona d'espera, aprofitava els minuts per a parlar amb els amics, els molts amics que tenia a tot arreu, presentar-me'ls i demanar-me que encomanés les fites apostòliques que tenia per a cadascú. Aquest sant desvergonyiment i naturalitat, representaven per a mi un

repte engrescador.

En l'àmbit professional li reconeixia un prestigi atractiu, doncs, notava que els seus amics el buscaven per aconsellar-se abans de prendre importants decisions.

L'acompliment de les normes de pràctica de vida cristiana, que tenia per costum, ho feia amb puntualitat, fos on fos, i sempre amb la voluntat del primer dia.

En Josep Serret ens deixa, d'una manera permanent, l'herència de la seva unitat de vida, la intrepidesa professional, l'estima i dedicació a la família i la coherència de la fe que l'esperonà vers un constant i natural afany apostòlic.

Capítulo III

RASGOS DE SU PERSONALIDAD

"...se distinguió porque nunca ansió situarse en un primer plano. Y al no ser indiscreto, gozó de la confianza de todos. Tenía una cualidad que podríamos llamar "diplomacia del cristiano", consistente en la discreción y en el principio de decir sólo cosas afirmativas, nunca desfavorables respecto de otra persona, aunque fuera un enemigo. Hasta el final de su vida todos confiaron en su lealtad y su cariño".

(Peter Berglar, "La hora de Tomás Moro")

DE FUERTES CONVICCIONES

Mn. Francesc Cima i Garrigó
Presbítero. TERRASSA (Barcelona)

Ignasi Simón
Ingeniero Industrial. TERRASSA (Barcelona)

En 1957 José se matricula en la Escuela de Ingenieros Técnicos de Terrassa. En esta ciudad pasará una etapa de su vida que definirá sin lugar a dudas su personalidad.

Nos encontramos ante dos personas que vivieron de cerca los años en que Pepe compaginó sus estudios universitarios, la vida en casa de una familia amiga de su madre y de sus hermanos, las relaciones con sus amigos y el descubrir a Roser, su futura esposa.

Se trata de D. Francesc Cima i Garrigó, sacerdote, tio de Roser, y de Ignasi Simón, compañero de estudios universitarios y, desde entonces, amigo de Pepe. Nos basta escuchar la animada conversación que van manteniendo sobre la figura de Pepe, para darnos cuenta del grado de afecto y cariño que sentían por él.

Al transcribir este diálogo, descubrimos la importancia que tuvo esta etapa para el futuro de la familia que Pepe y Roser formarían. En la conversación se mezclan fechas, anécdotas, y las virtudes que iban floreciendo en Pepe.

Empieza Ignasi Simón (I.S.), haciendo referencia a la época en que conoció a Pepe :

Conocí a José en Octubre de 1957, cuando se matriculó en la Escuela de Ingenieros. Coincidimos en primer curso y en el Colegio Mayor "Alfonso Sala" (el único Colegio Mayor, por aquel entonces, de

Terrassa).

Yo vivía en una pensión de la calle del Norte. Comíamos generalmente en el SEU, pero, al faltar plazas, solíamos hacerlo también en el Colegio Mayor. Allí precisamente nos conocimos. Como detalle anecdótico, recuerdo que cada comida nos costaba 12,50 pts.

Teníamos algo en común, y es que los dos eramos de la provincia de Lleida - yo había nacido en Adrall, junto a La Seu d'Urgell, y Pepe en Vallfogona de Balaguer -; al estar fuera de casa parecía que esta situación nos acercaba más. Empezamos jugando alguna partida de cartas (a Pepe le gustaba y, además, sabía), y comenzamos a dar también algún que otro paseo al salir de clase. La amistad empezó a crecer. Pepe estudió la especialidad de Mecánica; yo, en cambio, me incliné por la Eléctrica.

Al poco tiempo, Pepe dejó el Colegio Mayor y se trasladó a casa de los padres de Mn. Cima. Creo que allí su trayectoria, bajo el punto de vista de formación religiosa, quedó muy marcada.

Mn.Cima (M.C), interviene para aclarar:

Quiero hacer notar que allí, en casa, no es que se le diera una formación religiosa especial, sino que se la reavivaron. Era un muchacho que tenía ya de joven las convicciones muy claras.

Interviene I.S.: "Sí, era un hombre de convicciones claras, y con una acusada personalidad".

Sigue M.C.:

Mi padre, Maestro nacional, era una persona extraordinaria, y a su lado no resultó extraño que Pepe viera reafirmados sus criterios. Por aquel entonces, yo atendía una parroquia en Barcelona y acudía a casa de mis padres de vez en cuando, principalmente los lunes de cada semana.

La familia de Pepe tenía unos amigos en el pueblo de La Sentiu, cerca de Vallfogona, y se daba la circunstancia de que los hijos de estas familias amigas estudiaban en Terrassa. Amigos, que coincidieron con serlo también de nuestra familia. Mi padre visitaba a estos amigos y nuestra familia empezó a relacionarse también con la de Pepe, en Vallfogona. Al poco tiempo, la madre de Pepe pidió a mi padre que su hijo, Pepe, pudiera alojarse en nuestra casa y dejar el Colegio Mayor. No recuerdo exactamente cuántos años estuvo con nosotros... Quizás tres, o cuatro.

I.S.: Yo diría que fue más tiempo; por lo menos cuatro o cinco años: hasta que se enamoró de Roser - su futura esposa -; quizás hasta que las relaciones se formalizaron. Entonces Pepe se vino a vivir a nuestra pensión, y allí estuvo hasta que terminamos la carrera en 1962 (el año, todo el mundo lo recuerda aquí, de la fuerte riada).

M.C.: Efectivamente, Pepe se fue de mi casa precisamente al prometerse con Roser. Lo hicieron para poner un poco de distancia, ya que la casa de mi hermana (o sea, la de Roser) se comunicaba con la nuestra por un patio interior, estando adosadas una a otra.

M.C.: Mosén Cima esboza una sonrisa y continúa: incluso pareció lo más conveniente para que no festejaran demasiado rato - no de mala forma, sino demasiado rato -. Este fue el motivo.

I.S.: Debería ser por los años 1963-64 cuando Pepe vino a trabajar a AGUT, S.A., fábrica de componentes eléctricos. Era, y sigue siendo, una gran empresa -recientemente adquirida por Standard Eléctrica-. Fue el primer contacto que Pepe tuvo con la industria. Al mismo tiempo, y durante tres años, siguió unos cursos nocturnos en ESADE (Barcelona): Cursos de administración y dirección de empresas, para postgraduados.

M.C.: Empezó trabajando en el almacén. Fue pasando unos días por cada puesto de trabajo y así pudo conocer cómo era la industria en conjunto.

(Aquí Mossén Cima se ríe y sigue)

Pepe comentaba: ***"he entrado como Perito Industrial, pero estoy de peón, tirando de un carro y repartiendo tornillos por toda la fábrica".***

I.S.: Al mismo tiempo que Josep entró en AGUT, yo lo hice como Profesor de la Escuela, y continué con los estudios de Ingeniería. Cada uno trabajaba y ampliaba estudios. Vivíamos en la misma pen-

sión. El turno de trabajo de Josep era de las cinco o las seis de la mañana hasta las dos o las tres de la tarde. Por las mañanas, con alguna frecuencia llegaba tarde al trabajo. El motivo no era otro que el de acostarnos tarde, ya por motivos de estudio, ya por prolongar las tertulias después de cenar. (Cuando tienes veintiuno o veintidós años estos horarios resultan difíciles de cumplir). Nos divertíamos cuando él razonaba estos retrasos diciendo: ***"Cuando yo tenga un cargo de responsabilidad en una empresa, si una persona no es capaz de llegar con retraso al trabajo, lo echaré por falta de personalidad"***. La anécdota es divertida conociendo la trayectoria profesional de Pepe.

Son pequeños detalles -sigue Ignasi- que por entonces le definían como un hombre "snob", un snobista pero con convicciones serias.

Acostumbraba a ir al trabajo en bicicleta (en aquellos años estaba de moda), y también recuerdo que solía cubrirse la cabeza con una boina.

Sigue la conversación iniciada por Ignasi:

M.C.: No sé exactamente el motivo de la boina; quizás por snobismo.

Hay que tener en cuenta que por aquellos años (años "post-conciliares") hubo en España y también en Terrassa algunos movimientos que influyeron negativamente en la juventud.

Yo sufría por el carácter vehemente de Pepe, por el extremismo propio de esta etapa de la vida, acentuado en él por su caracter emotivo y generoso. Temía que se dejara arrastrar por unas mal entendidas renovaciones y que pudiera alejarse de sus firmes convicciones.

I.S.: Yo dudo que se hubiera dejado llevar por estas corrientes. Era un hombre coherente y prudente, que respetaba a las personas. En aquellos momentos -no sé si premeditadamente- hacía un verdadero apostolado. Sufría si veía que alguno de sus amigos se quedaba sin la Santa Misa los domingos. En más de una ocasión me había preguntado por mi asistencia y hacía lo posible por ayudarme en esta faceta.

M.C.: No se puede hablar de casualidad, pero sí de providencia. Casi me alegré de que Josep y Roser se fueran de Terrassa; les quería y les quiero mucho, pero pensé que sería positivo el alejamiento de aquellos ambientes tan revueltos.

Y sin darse cuenta, cambian de tercio...

I.S.: Estamos hablando de los años 64-65. Desde el punto de vista profesional, fue para Pepe una suerte dejar AGUT,S.A., ya que si bien estudió una carrera técnica, él no era propiamente un técnico. Por aquel entonces no le gustaba demasiado hablar de estudio, derivadas, integrales. etc. Prefiría convivir con la gente. Lo suyo, en efecto, como después se demostró, era más bien la administración y dirección de empresas, la organización de un negocio, el trato con la gente...

Y continua Ignasi:

Pepe era hombre más dado a las letras que a las ciencias. Ahora recuerdo que le gustaba el pelo largo. Tenía un paladar fino y buenos gustos, pero a la postre era también austero, comedido, centrado.

Le gustaba escribir, le gustaba mucho; creo que escribía poesías a Roser. Lo suyo era leer, escribir, estar con la gente.

La vida la enfocó hacia donde a él le gustaba y el mundo de la empresa le dio la oportunidad de abrirse a las personas. Esto lo demostró en León. Allí desarrolló su auténtico don de formar equipo y fue capaz de ilusionar a personas de otras costumbres.

Mn. Cima descubre nuevas facetas de la personalidad de Pepe:

Amaba mucho su tierra, Vallfogona de Balaguer. Tenía una veneración extraordinaria a su madre y a su hermano Domingo, quien había actuado siempre como padre. Estaba ciertamente enraizado en la familia.

Cuando se fueron a León, mi hermana sufría: "ahora tan lejos", comentaba; yo le replicaba: ¿verdad que se quieren? -ciertamente se querían mucho, estaban muy enamorados-; entonces, si se quieren, ya se arreglarán, ¡no sufras!.

Ignasi vuelve a recordar los motivos:

Indudablemente el estar siete u ocho años en casa del Sr. Eusebi

Cima le influyó decisivamente en sus convicciones humanas y espirituales.

M.C.: Pepe llegó a Tarrassa siendo un niño y salió hecho un hombre.

Cuando llegó Pepe a casa de mis padres, Roser tendría once o doce años. No se había fijado todavía en ella, era una niña. Pero Roser fue creciendo y, al llegar a los dieciseis o diecisiete años, Pepe vio ya en ella una mujer.

Un día Pepe vino a verme, lo hizo para consultarme como sacerdote. Me indicó que la cuestión para él era muy importante y nos fuimos a mi despacho. Entonces me dijo que estaba enamorado de Roser, que tenía grandes ilusiones y muchas razones para quererla.

Le insinué que Roser era demasiado joven; entonces él, con gran vehemencia manifestó que, aunque joven, tenía una personalidad muy madura, por encima de su edad. Intenté frenarle un poco no dándole la razón -aunque sabía que la tenía- pero, por lo visto, no me hizo mucho caso. Hay un pequeño silencio y reemprenden la conversación:

M.C.: No recuerdo cuándo entró en contacto con personas del Opus Dei.

I.S.: Creo que inicialmente fue en Terrassa.

M.C.: Era un muchacho inquieto, apasionado, y buscaba. Quizás aquí en Terrassa no acabó de encontrar algo que le llenara espiritualmente.

I.C.: Tal vez estos movimientos que había hicieron que no acabara de encontrar lo que buscaba. Pero Pepe seguía teniendo inquietudes.

M.C. : Dudo que haya personas que se entreguen a unos ideales, o a los demás, con tanta ilusión, con tanta fuerza comunicativa. Cuando algo le gustaba, enseguida quería hacer partícipes de ello a los demás. Por ejemplo, si disfrutaba con algún libro, folleto, etc, compraba en cantidad y los repartía entre sus amigos.

En su veinticinco aniversario de boda, obsequió con cincuenta ejemplares de mi primer libro "Converses amb l'ermità de Sant Miquel de Turbians" a los asistentes a la conmemoración, porque le gustaba el libro.

Tenía un fuerte poder de captación y de transmitir aquellas cosas que entendía como buenas para sus amigos.

I.S.: Pero sin molestar, nunca faltaba el respeto a la libertad de los demás.

...Mossén Cima se sonríe y continúa:

Tenía una enorme estimación y entrega al Opus Dei.

Siempre lo pasabas bien con él, le gustaba entablar conversación, pasábamos de un tema a otro con gran naturalidad. De chistes a cosas serias.Tenía un gran sentido del humor, le gustaba reír. Con frecuencia intercambiábamos anécdotas.

Sin darnos cuenta retomamos los inicios de Terrassa:

I.S.: Con su padre (Ignasi se refiere al padre de Mossén Cima) hablaba mucho .

M.C.: Sí, hablaban con mucha frecuencia. En el entierro de mi padre, quedó patente que cualquier conversación con él no te dejaba indiferente. Siempre sacabas algo. Incluso mientras liaba su cigarrillo parado en la calle y se acercaba algún amigo o conocido, no desaprovechaba la oportunidad para "dejarle" algo en su interior.

Pepe estuvo mucho a su lado, creo que aprendió mucho de él.

...sigue Mossén Cima, esta vez recordando una anécdota de la familia Serret-Simó:

En Gisclareny tenemos una casa de Convivencias, "El Casal del Roser". Toda la familia ha pasado por allí. Recientemente, estuvieron en la casa Pepe, Roser y nueve de sus once hijos.

A Pepe se le metió en la cabeza que había que plantar un árbol. Y no paró hasta que lo consiguieron. Hizo trabajar a todos, a cada uno le daba un encargo. Era bonito ver como les organizaba el trabajo.

Al final, plantaron un "pino negro", pero como lo habían sacado de una pendiente del monte, una vez plantado quedó torcido. Con el tiempo se ha ido enderezando. Con frecuencia sus hijos me piden que les mande fotos del pino, para comprobar su crecimiento y mejora en

su verticalidad. Esta primavera ha pegado un fuerte estirón, ha crecido mucho.

No hay nadie que hubiera hecho cosa semejante.

Preguntamos el motivo de pasar en la conversación de lamarlo Josep a Pepe.

I.S.: Nosotros, en aquellos años de universitarios, siempre le llamábamos Josep, pero como en su casa era Pepe, acabamos llamándole Pepe.

La conversación pasa de una época a otra pero siguen hablando de Pepe:

I.S.: El trabajo nos separó, él a León, yo en Terrassa y Barcelona, pero el concepto de amistad lo tenía muy dentro.

Después de cuatro o cinco años sin tener noticias, me llamaba para exponerme algún problema, pidiéndome consejo y ayuda. Los días para él eran continuos en el sentido de la amistad.

A mí me gusta que si hay verdadera amistad, acudan a tí en busca de apoyo. Quiere decir que sigues presente en su ánimo. Hoy las cosas desgraciadamente no son así, tienes muchos desengaños. Encontrarte una persona como Josep es reconfortante.

Si alguna vez nos encontrábamos, comíamos juntos y teníamos largas tertulias. A los dos esta faceta nos ha gustado siempre.

M.C.: ¿ Le gustaba cantar en aquel tiempo?

I.S.: No, no recuerdo que se señalara en ello.

M.C.: Ahora sí, ahora le gustaba mucho. Antes, recuerdo que le gustaba oír cantar a mi hermana (que lo hacía bastante bien), pero él no cantaba.

No hace mucho tiempo me regaló unos cancioneros editados en el Colegio Mayor de su hijo. Los tengo en la casa de Convivencias. Nos van muy bien para animar las tertulias. Hemos hecho catorce o quince copias.

...sigue Mn.Cima recordando alguna de las anécdotas del canto:

En un restaurante de Vacarisses, con motivo de la celebración de un bautizo o Primera Comunión, hubo un grupo que empezó a cantar, cada vez con más fuerza; por supuesto que allí estaba Pepe. El ruido era ya tan molesto, que otras personas del restaurante protestaron. Ellos, sin inmutarse, salieron del restaurante y siguieron cantando.

El canto posiblemente le gustaba porque ayuda a hacer piña. El canto agrupa, yo creo que en el fondo éste era el sentido que Pepe le daba. El de compartir juntos.

Tenía una habilidad especial en el trato con sus hijos, fruto del amor. Cuando estuvieron en la Casa de Convivencias, durante treinta y seis horas, jugaba con los hijos, a menudo a cartas. Era otra forma de convivir, de hablar. Esto a él le gustaba.

Ahora, la gente joven va por la calle con los "cascos" puestos, escuchando música. No se enteran de lo que ocurre a su alrededor. No comunican. A Pepe seguro que esto no le gustaba. Él era un gran comunicador.

I.S.: El estudio no era lo suyo. Lo hacía más por voluntad que por ganas.

En las conversaciones, poquísimas veces salían temas técnicos. En una ocasión vino a casa y vio que estaba leyendo un libro técnico: "Preparación de ondas electromagnéticas". Me preguntó sorprendido: ***"¿Estas cosas lees?", "¿es posible?"...***

Creo que no acertó la carrera, era un hombre de letras.

M.C.: Hablaba de ESADE más que de la carrera, y lo hacía porque disfrutaba con la organización, con las relaciones humanas. En cualquier caso, dedicaba muchas horas de estudio todos los días .

I.S.: Quizás bajo la influencia de sus convicciones religiosas y apostólicas dedicaba más esfuerzo al estudio con independencia de sus preferencias.

Terminamos esta terrulia con una última reflexión de Mossén Cima sobre el sentido del esfuezo en el estudio:

M.C.: A mí me parece que la maduración en el aspecto religioso le viene más tarde. Su dedicación al estudio estaba motivada por el amor que sentía por su madre y por su hermano "Mingo". No quería defraudarles y hacía todo lo posible por evitarles disgustos.

TENÍA CLARAMENTE ARRAIGADA UNA ESCALA DE VALORES

Josep Berengué (*)
Agricultor
VALLFOGONA DE BALAGUER. (LLEIDA)

Entre los rasgos de su personalidad, destacaría, en primer lugar, la amistad. Esto es algo que demostró durante toda su vida, tanto en nuestras correrías de infancia y juventud, como, ya pasados los años, en los encuentros más recientes que tuvimos.

Cuando venía a Vallfogona para ver a su familia (estando ya él en Terrassa, allá por los años sesenta, o en Mollerussa, años más tarde), solía preguntarme por todos: ***¿Qué hace éste...?***, o ***¿cómo está aquel?***. Siempre aprecié en él, además, un gran cariño por el pueblo. En estos encuentros, yo solía decirle: Pero Pepe ! , ¿cómo te acuerdas tú de éste..., o de aquel...? . Estoy convencido de que si se acordaba es porque antes había pensado, porque había amistad: una amistad que demostró en muchas ocasiones con nosotros. No hace mucho tiempo, a mediados del noventa, nos invitó a los viejos amigos de infancia para celebrar sus bodas de plata. En fin, en detalles como éste se notaba que la amistad, para Pepe, era algo permanente.

Otro de los rasgos que quisiera destacar es su alegría. Lo recuerdo muy bien cuando -estando ya en Terrassa, estudiando - venía a ver a su madre: Pepe tenía y transmitía una alegría desbordante. A decir verdad, en todos los recuerdos que conservo de él se me presenta su imagen con esa alegría tan suya, tan fácil de recordar.

Una fuerte impresión que produjo en mí fue verle acudir a

Misa, en Vallfogona, con un misal (o devocionario), y sentarse en los primeros bancos de la iglesia. Pepe debía tener entonces veintitrés o veinticuatro años; recuerdo que estaba recién casado. Yo quede particularmente muy sorprendido de su comportamiento, pues en aquellos años esa actitud - ir con un misal a la iglesia, un hombre joven... - era inusual en el pueblo, y para mí una expresión clara de la valentía con que Pepe se conducía a la hora de manifestar sin rodeos la firmeza de sus convicciones y la coherencia de su vida cristiana. Y esto, además, en circunstancias no del todo favorables; más bien al contrario.

En su juventud Pepe no era así ; pero ahora - como resultado de la transformación que se dio en él desde que comenzó sus estudios universitarios en Terrasssa - tenía claramente arraigada una escala de valores que defendía con fortaleza (delicadamente, también hay que decirlo) si las circunstancias lo exigían, incluso delante de sus propios familiares.

Años más tarde, en la década de los ochenta, concidí varias veces con él, pues ambos teníamos algún hijo estudiando en el mismo centro escolar, y era frecuente que nos encontrásemos allí con ocasión de las reuniones de padres.

A raíz de aquellas reuniones en el Colegio, nuestra amistad se reactivó; empecé a tener más relación con él. Muy vivo tengo el recuerdo del día en que más me impactó : fue el día que me invitó a asistir con él a un curso de retiro espiritual. Lo recuerdo, sobre todo, porque le dije que sí, y nos fuimos juntos.

En aquellos días, fuera de casa, descubrí una nueva faceta de Pepe. El ambiente de recogimiento y meditación en que convivimos esos días contrastaba, que duda cabe, con el trato al que estábamos acostumbrados: una cerveza en el "Café", un rato de tertulia antes de irnos a casa... En aquellas jornadas las cosas fueron diferentes, y allí es donde realmente me di cuenta del cambio que había tenido lugar en Pepe. Notabas el esfuerzo que él hacía para vivir aquellos momentos intensamente metido en Dios, a la vez que se esforzaba por hacerte la vida agradable, pendiente en todo momento de que no te faltase nada.

En otro orden de cosas, dada la situación en que se vivía entonces y la suya en particular, es indiscutible que su actitud respecto a la familia hay que calificarla de muy valiente. En alguna ocasión , algún familiar -preocupado por el crecimiento de la familia, cuando ya tenían tres o cuatro hijos- había expresado a Pepe su inquietud, pues tal vez no acababan de ver claro cómo podrían mantener y sacar adelante esa familia que iba camino de convertirse en numerosa. Pero él, en este ámbito de su vida, tenía también muy clara su escala de valores. En concreto, ya hablaba entonces, incluso, de hacer un "equipo de fútbol". Y, de hecho, eso es lo que al final tuvo: "su equipo de fútbol", que es como a él le gustaba presentar su familia a los que llegaban por primera vez a su casa.

(*) Josep vive en Vallfogona de Balaguer, donde nació y ha vivido toda su vida. Su amistad con Pepe viene de los años de infancia y juventud, cuando ambos comenzaron a ir juntos a la escuela y a compartir las vivencias de aquellos años, mediada la década de los cuarenta.

ERA MUY APOSTOLICO

Enric Bosch (*)

Director del Colegio "Gaspar de Portolá"
BALAGUER (LLEIDA)

Una vez acabado el bachillerato, Pepe se marchó a Terrassa. Pero poco tiempo después volví a concidir con él, pues hicimos juntos las milicias universitarias, en Castillejos. Allí me di cuenta de que en poco tiempo que llevaba en Terrassa se había producido en él un cambio profundo: aquel Pepe "entremeliat", inquieto y más bien travieso, con poco espíritu de trabajo, paso a convertirse en una persona con un grado de maduración increíble. Cuando venía de Terrassa a Vallfogona, con sus dieciseis o diecisiete años, era normal verle comulgar en la Misa de los domingos.

Recuerdo un encuentro especialmente entrañable que tuvimos con Pepe y su esposa a comienzos de los ochenta.

Fue en Mollerussa, donde acudimos, mi mujer y yo, a comer a su casa. Me acuerdo muy bien de que Pepe no perdió la oportunidad para hablarnos de sus inquietudes más profundas, de lo que animaba su vida y le daba esa alegría de vivir. De hecho, mi mujer conserva una estampa de Josemaría Escrivá de Balaguer, con una oración para la devoción privada, y el recuerdo vivo del consejo que le dio Pepe aquel día: ***"Mª Mercé, guárdala siempre y léela, cuánto más mejor"***. Aquel espíritu es de justicia destacarlo, pues Pepe era muy apostólico. Más tarde fuimos con él y su esposa a Torreciudad. También aquel día fue una demostración del espíritu apostólico que lle-

vaba dentro y que se manifestaba con naturalidad allí donde iba.

Yo no había estado nunca en Torreciudad. Pero un día -creo que fue por el año mil novecientos noventa y uno -concidí con Pepe y su esposa (que habían venido a Vallfogona con motivo de un funeral) , y hablando un poco de todo le dije que teníamos ganas (mi esposa y yo) de ir algún día a Torreciudad. Pepe dijo enseguida: ***"¿Qué día queréis...? ¡Venga, vamos a fijar un día...,os acompañaré yo!"***. Y allí mismo decidimos el día, a la vez que hablamos de invitar a algún otro amigo.

Al cabo de pocos días hicimos el viaje. Pepe acudió con su esposa y, si mal no recuerdo, con tres hijos pequeños; también vino con nosotros otro matrimonio. Cuando propusimos ir en dos coches (pues éramos ocho o nueve personas), Pepe dijo: ***"No, en dos coches no: iremos todos en el mío"***. Y así fue: todos juntos (tres matrimonios y tres hijos de Pepe) en su "Citroën" familiar. De camino, hablamos de todo, rezamos juntos el Rosario y también recuerdo que nos explicó la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer. Después, ya en Torreciudad, vimos en detalle el santuario. Fue un día intenso para todos.

A Pepe se le veían las ganas de hacer apostolado. Y aquel día, además, se le veía muy contento y satisfecho con nosotros. De hecho, cuando le preguntamos porqué había querido que fuésemos todos en el mismo coche, con toda naturalidad dijo: ***"Porque así hemos estado todos juntos y hemos podido hacer convivencia en el viaje de ida y en el de vuelta"***.

Pepe explicaba lo contento que estaba de la Obra, y hablaba con sencillez de lo que a él le había enriquecido. Lo manifestaba, como diciendo: ***"Si a mí me ha hecho bien, ¿por qué no también a vosotros?"***

ENTREGADO A LOS DEMÁS Y TRABAJADOR INCANSABLE



Mireia Xandri

Economista. Gerente de Magatzem, S.A.
BARCELONA

Conocí a José Serret hace años en una reunión familiar: era gran amigo de mi familia. No tuve muchas ocasiones de tratarle; sin embargo, la noticia de su fallecimiento fue como un aldabonazo. "Dios sabe más", me hacía concluir, con gran dolor. Ahora su ayuda la notamos más cercana al acudir a él que, desde el Cielo -no lo dudo-, sigue preocupado por sus amigos.

Ha sido la repentina marcha el motivo para recordar cómo era. Lo definiría como un hombre entregado a los demás y trabajador incasable. Esa entrega se traslucía al poco de tratarle y, además, era ordenada: en primer lugar, Dios; su mujer, sus hijos, sus amigos; y el trabajo. También tuve la ocasión de tratarle profesionalmente, y me llamó siempre la atención su sencillez. Destacaba en su trabajo y se movía en altos cargos directivos. En las negociaciones no se daba importancia a sí mismo, aunque él fuera el luchador incansable que cerraba la negociación perfecta; siempre hacía que aparecieran sus colaboradores como los protagonistas de la gestión que él había llevado a cabo. Se podría decir que hacía y desaparecía.

Finalmente, quiero reflejar el impacto que me ha producido, al hablar de esta semblanza y mis impresiones con algunas personas cercanas a él, constatar que eran totalmente compartidas por ellas; por tanto que no era algo subjetivo lo que yo había percibido. Espero que esta semblanza nos sirva a todos de estímulo para encarnar esa hombría de bien que hemos visto en Pepe.

LLORABA POR EL DOLOR DE SUS AMIGOS



Mariona Pujol

Ama de casa. LLEIDA.

La relación con la familia de Pepe viene desde 1979, y el motivo de nuestros primeros encuentros fue la preocupación común en la educación de los hijos, y de aquí la asistencia a las reuniones que el colegio organizaba periódicamente. En poco tiempo establecimos una relación de amistad que fue creciendo en el transcurrir de los cursos escolares y de las frecuentes invitaciones que Pepe y Roser nos hacían en fechas señaladas o en tardes de domingos.

En estos encuentros pude valorar las cualidades de esta familia querida, del amor que Pepe y Roser se profesaban y de la transmisión a cada uno de sus hijos.

Algunas de las anécdotas que recuerdo ponen de manifiesto claramente la importancia que Pepe daba a la amistad como forma práctica de vivir una de las virtudes cristianas.

La que más impacto tuvo para mí ocurrió a finales de 1991, cuando me diagnosticaron una enfermedad que, por los estudios clínicos realizados, ofrecía un alto porcentaje de posibilidades de un dramático desenlace. Todo se produjo de forma muy rápida y el mismo día que nos anunciaron el resultado, al llegar a casa -alrededor de las once de la noche-, nos llamó Roser para informarse de la situación. Nos comunicó que Pepe estaba en Madrid y nos alentó a no perder el ánimo. No habían pasado veinte minutos cuando Pepe llamó a mi

marido desde el hotel donde se alojaba. Sin esperar respuesta a su pregunta. -***"Joan, ¿qué passa?"....***- rompió a llorar con un desconsuelo tal que mi marido se sentía incapaz de convencerle, manifestando la necesidad de no perder la esperanza y atender la inminente operación quirúrgica y los resultados de los análisis post-operatorios. Pepe seguía llorando; lloraba por el dolor de sus amigos. Se hacía suyo aquel trance. Pepe era así, participaba al máximo de los problemas de sus amigos. Cuando mi marido terminó de hablar sin conseguir apagar su llanto, tan sólo pudo escuchar: ***"Joan, compta amb mi en tot!"***, y colgó el teléfono. Con toda probabilidad Pepe no durmió aquella noche y rezó para que ocurriera lo que finalmente ocurrió. La intervención se resolvió satisfactoriamente y, gracias a Dios, los análisis post-operatorios fueron favorables.

Pepe participaba del dolor y de la alegría. Y en la alegría no había quien le superase.

Tenemos en casa una cinta de vídeo grabada el día del bautizo de nuestra hija Ana. El cámara fue Pepe en casi la totalidad del rodaje. Hacía poco tiempo que la habían comprado, quizá en la última festividad de Reyes. En ella se puede comprobar que Pepe no manejaba todavía muy bien el "séptimo arte", pero la grabación no tiene desperdicio por los comentarios que iba realizando al enfocar a cada personaje. Una vez en el restaurante donde celebramos el acontecimiento, dio rienda suelta a su buen humor bromeando y cantando hasta el final de la fiesta.

La alegría era una de las virtudes que transmitía a raudales; no había carta dirigida a alguno de sus hijos en la que no terminara con estas frases: ***"¡Cuídame la alegría!"*** o ***"¿Cómo va la alegría?"***.

En una de las visitas que hicimos a su casa de Mollerusa, recuerdo verlo sentado en la mesa del comedor, con un montón de papeles y cara de preocupación: los pequeños hacían ruido, uno se peleaba, otro lloraba. Jordi se le acercó y le pidió un dibujo. Pepe, sin perder la paz, le limpió la nariz, le dio un beso y le hizo su dibujo característico: unas palmeras y un barco, mientras comentaba para sí: ***"¿Qué haría yo sin vosotros?"***. Jordi se fue feliz y Pepe siguió enfrascado en sus papeles. Mi marido me hacía notar cómo el talante de hombre de negocios y de ejecutivo eficaz no le impedían tener un amor filial y delicado a la Virgen. Durante algún tiempo le visitaba con cierta periodicidad en la oficina; en una de esas visitas, después de fijarse en paredes y mobiliario, le dijo: ***"¡No tienes ninguna imagen de la Virgen!"***. Al momento abrió su agenda, sacó una imagen de la Virgen y el Niño -imagen de la ermita de Molinoviejo (Segovia)- y la colocó pegada a un cuadro frente a su mesa.

En una ocasión, al llegar a su casa, estaba cortando flores en el jardín; pensé que quería adornar la casa o tener algún detalle con Roser. Pero vi que al poco rato invitaba a uno de sus hijos a distribuirlas entre las imágenes de la Virgen que había en las distintas habitaciones. Posteriormente me enteré que lo hacía todos los sábados como un detalle más de cariño hacia la Santísima Virgen.

Recuerdos de su forma peculiar en la educación de sus hijos: cuando le parecía que alguno de ellos estaba triste, se plantaba delante y le decía: ***"¡Una sonrisa para la prensa!"***, haciendo el gesto de sacarle una foto. No le dejaba tranquilo hasta conseguir su sonrisa. O bien, cuando faltaba algo en la mesa y mandaba a alguno de ellos a buscarlo, en caso de notar mala disposición, Pepe iniciaba esta frase: ***"Para servir..."***, y el susodicho, con cara sonriente debía contestar: "SERVIR".

Y del último encuentro, el diecinueve de Diciembre, pocas semanas antes de su viaje al Cielo.

Nos invitó a recorrer el jardín de la nueva casa de Reus, haciéndonos notar las novedades desde la última visita, entre ellas una imagen de la Virgen que por su situación podía "mirar" desde su habitación.

Como de costumbre, el encuentro terminó con una merienda-cena; también como casi siempre, dejamos constancia del acto en el "Diari de Trobades". Escribió Pepe;j los demás redactaron lo que pudieron en tono guasón y sin demasiada fortuna. Al leerlo mi marido,

con aire de protesta, le dijo: **"¡Pepe!, ¿por qué siempre al final de una comida nos pones la dificultatd de pensar y escribir?"**. Pepe aceptó con una sonrisa el comentario y vi que algo le susurraba sin que los demás lo oyéramos. Más tarde, supe su respuesta: ***"Mira, después de comer y beber, la forma de no iniciar críticas y chismorreos es hacer pensar a los comensales. Y mientras se piensa y escribe no se dicen tonterías"***. Una vez más, Pepe sorprendente: la inteligencia y la ocurrencia al servicio de los demás.

Probablemente, ninguna de las personas que aportaron su testimonio en el libro "Diari de Trobades" con bellas dedicatorias, frases emotivas y alguna que otra poesía, conocían la verdadera intención de Pepe.

En el momento de escribir estas líneas, Roser sigue convaleciente del percance ocurrido en el mismo hogar y en la misma fecha en que Pepe iba a cumplir sus cincuenta y dos anos. ¡Qué casualidad! Pero no, para el cristiano no existe el azar, hay Providencia divina. Gracias a Dios, quedaron atrás aquellos días de grave preocupación. Preocupación que todos sus hijos vivieron intensamente junto a su madre.

Pepe, que quiere a Roser y a sus hijos con locura, habrá intervenido para recordarles lo que tantas veces les había comentado: ***"Fills meus, hem de fer pinya"***.

Y termino estas líneas agradeciendo a Pepe todo lo que por nosotros ha hecho, y a Roser, el ejemplo de fe y entereza que nos ha demostrado en los momentos de tan intenso dolor.

TU EJEMPLO SIGUE VIVO



Francisco Rodríguez
Director General
de Industrias Lácteas Asturianas, S.A. MADRID

Estás en nuestras mentes. Como no podía dejar de ser, después de sentirnos conformes con el tiempo que nos tocó vivir compartiendo el mismo cometido, disputándonos con proverbial honradez la común parcela. Y tú, siempre defendiendo a los tuyos con esa suprema lealtad que es la primera de las condiciones para infundir a los demás, y para empezar, respeto.

Un buen día, no hace mucho cambiaste la leche por el café. Lo que nos hizo maldita la gracia, porque allí nos quedaba una testimonial silla vacía con la que tropezaban una y otra vez nuestras desacostumbradas miradas. Fallaba algo en la correspondencia entre la nueva realidad y la compresencia de nuestro mundo habitual. Faltaban elementos esenciales del paisaje familiar. Faltabas tú.

Te gustaba a rabiar el buen cava de tu tierra, y afirmabas con ello, sin pretenderlo, el radical catalanismo que llevabas dentro, pese a que preferías que te llamáramos Pepe en vez de Josep. Y es que en Vallfogona de Balaguer, en pleno Valle de Urgell y ya en la falda de los Pirineos, se está todavía lo bastante alto como para ver y querer un poco a toda España.

Fuiste un hombre bueno; por tanto un hombre inteligente. Y un extraordinario campañero de todos. Te ejercitabas en la concordia y nunca te enfadaste en serio con nadie. Tenías ese talante esperanzado

que sólo poseen aquellos en quienes confluyen la paz y la alegría. Por eso, si alguna vez alzabas la voz era para pedirnos que dejáramos de "hacer el burro".

Quiero dejar constancia de todas estas cosas no sólo entre nosostros, sino también ante esa maravillosa y grandísima familia que te honra y para que sepan tu mujer y tus hijos que tu ejemplo sigue vivo y que esa fe portentosa que llevabas dentro y que siempre procuraste transmitir nos produce -me produce- un respeto sin límite.

Editorial publicado en *Revista Española de Lecheria* (Enero-Febrero, 1.993).

BUENO, POSITIVO Y SIEMPRE ALEGRE



Luis Aguiar

Economista. Director General de Tetra Pak Latinoamérica y Caribe. PANAMÁ

Debí conocer a Pepe por 1985 cuando, aunque en mi segunda experiencia, todavía era yo un "pipiolo" empezando una carrera profesional.

Desde esos primeros momentos, y a través de una relación profesional de casi seis años, estuve recibiendo buenos consejos de Pepe. Como profesionàl, con mucha más experiencia que yo, intentó en todo momento ayudarme desde su posición de cliente.

Supongo que podía haber utilizado su mayor experiencia para sacar ventaja de nuestra relación profesional. Otros lo hubieran intentado, y no me vale la salida facilona de sus creencias. Otros, con las mismas creencias, hubieran sacado otro tipo de provecho en lugar de la enseñanza, los consejos, el trato de igual y negociciones justas y honestas. Yo, sin embargo, fui aprovechando su experiencia para aprender este difícil mundo de los negocios.

También, desde el punto de vista personal, trató de ayudarme con buenos consejos, aunque no siempre estuviéramos de acuerdo en los planteamientos. Esto nunca fue obstáculo para que la relación fuera cada día más franca y de calidad.

La relación profesional de amistad, pasó a nuestras familias, habiendo tenido también mi mujer la suerte de conocer y compartir momentos sensacionales con Roser y Pepe en distintos viajes en los

que los más listos nos juntábamos rápidamente a ellos, porque su alegría y optimismo se impregnaba siempre en los demás.

Siempre admiré su capacidad para organizar reuniones divertidas con los amigos, normalmente alrededor de una mesa y, últimamente, alrededor de su horno de barro en el que nos preparaba un magnífico cordero. Acabando con lo que para mí era "queimada" y para él "cremat".

Desde febrero de 1991, en que por motivos profesionales nos vinimos a vivir a Panamá, mi mujer y yo tan sólo compartimos con Roser y Pepe una semana (en junio de 1991), y las habituales felicitaciones navideñas. Pero el día que me llamaron de la oficina de Madrid para darme la terrible noticia, se me puso la piel de gallina y dejé de trabajar.

En este mundo con tantos agoreros, tremendistas y pesimistas, se ha ido una persona buena, positiva y siempre alegre.

Tan sólo te pido que desde allí arriba, si tienes tiempo, porque supongo que somos muchos los necesitados de tu guía y tus buenos consejos, nos eches una manita como lo hiciste antes de irte.

Gracias por todo.

ESPÍRITU JOVIAL Y SIEMPRE OPTIMISTA



Tomás Franquet

Médico. Clínica Universitaria de Navarra.
PAMPLONA.

Aunque mi estado de salud mental está bastante deteriorado, como consecuencia de la última intervención quirúrgica en la que se me practicaron cinco "by-passes", y permanecí tres meses en la Unidad de Cuidados Intensivos, quiero sumarme con estas líneas al proyecto de editar un libro con un conjunto de semblanzas de los amigos de José Serret, entre los que quiero contarme.

Pepe, como le llamaba, estuvo ingresado en la Clínica en varias ocasiones, ya sea por análisis clínicos, chequeos y, finalmente, por intervención quirúrgica.

Recuerdo que una de ellas era por presentar unos brotes de agudización bronquial, que hacía años venía padeciendo. La adaptación a la enfermedad la tenía bien asumida y sacaba provecho de todas las molestias y contratiempos.

Tenía un espíritu jovial y siempre optimista, incluso en los momentos de molestias más agudas. Espíritu que se manifestaba en el trato, tanto con los médicos como con las enfermeras que le atendían.

Se despreocupaba de sus dolencias, e incluso en una ocasión se "escapó" de la habitación, pasando a un Hotel cercano a la Clínica, al enterarse que no había suficientes camas para atender a los enfermos que entraban por urgencias.

No le gustaba comentar sus dolencias, excepto a su esposa

Roser y a alguno de sus amigos más cercanos. Siempre desdramatizando cualquier posible complicación.

Era un hombre de fe y se le veía cómo no le resultaba difícil ofrecer a Dios las incomodidades, que en el caso de otros hubieran sido pequeños dramas para familiares y amigos.

Estoy convencido de que Pepe está en el Cielo; los primeros en notarlo habrán sido los de su familia.

SE REÍA Y ARMABA BULLA COMO EL QUE MÁS



Ton Borrás

Ingeniero Industrial. ROMA

Mis contactos con Pepe fueron escasos, pero desde el primer día me impactó.

Nos conocimos en invierno del 91. Fue a Barcelona con motivo de una Asamblea de Antiguos del IESE y por la tarde (creo recordar que era viernes) preguntó si podía venir a saludarme. Pasaron él y Roser a verme en el Colegio Mayor Pedralbes del que entonces yo era director, y su hijo, Toni, residente.

Me acuerdo que en aquella entrevista no estuve a la altura de mi interlocutor. Empecé "pisando fuerte" y con alguna afirmación algo desafortunada por mi parte. (Sirva en mi descargo que los viernes por la tarde, en Pedralbes, estaba tan cansado que no podía con nada). Con las cosas que dije, seguramente otra persona me hubiese respondido al mismo nivel. Pepe y Roser escucharon y después, con delicadeza, con finura (como hablaba Pepe), me hicieron ver que las cosas no eran exactamente como yo las exponía, sino que... Continuó la conversación, acabó la visita (no duró más de media hora) y se marcharon.

Después, en mi despacho, me paré a recapacitar sobre la lección de caridad que me acababa de dar Pepe. No se me olvidará.

Le vi luego en las dos fiestas de padres, los dos años en los que Toni estuvo en el Colegio Mayor. En las dos ocasiones me asombró ver la serenidad con que llevaba a su familia numerosa de un lado a

otro. El alboroto que armaban los pequeños: ...no se inmutaba lo más mínimo. En el momento de "show", se reía y armaba bulla como el que más. Me acuerdo perfectamente dónde estuvo ubicado en cada una de las ocasiones. En la primera, al lado de Roser, pues estaba embarazada desde hacía poco tiempo del hijo número doce, que después perdería sin llegar a ver el mundo; y, en la segunda, en el lugar reservado para los hermanos pequeños, jugando con ellos y pasándolo divertido como el que más.

En otra ocasión estuve con él -le saludé unos minutos- cuando fui a buscar a Toni para irnos de convivencia a San Sebastián y él nos dejó su coche, un Citroën familiar. Me dio las cuatro instrucciones necesarias: luces, testigo de aceite, suspensión..., y ya está. No me soltó las instrucciones moralizantes que se acostumbran a dar en estas ocasiones.

El último encuentro fue el domingo 27 de septiembre de 1.992. Fui a buscar a Toni para venirnos a Barcelona, ya que teníamos una cena de despedida. Llegué a las siete a su casa de Reus. Había un ambiente de alegría, canciones, chistes, risa, bromas,... Estaban todavía en la tertulia de sobremesa de la comida. Como tenía cierta prisa, no pude quedarme a participar de aquel ambiente, que llamaba la atención a cualquiera que, como yo, llegara de la calle. Pepe salió un momento a despedirme. Me prometió oraciones. Lo que no pensábamos es que no volveríamos a vernos hasta la otra vida.

El 26 de enero, cuando me llamó mi padre dándome la noticia, quedé destrozado. A pesar de la distancia y de lo poco que había coincidido con él, no me hacía a la idea...

Pienso que lo que acabo de contar no da para una semblanza, ni por el contenido, ni por la extensión, ni por la calidad. Pero lo he escrito como agradecimiento humano a Pepe, pues a su alma le llegan mis oraciones con la seguridad de que goza de la Gloria Eterna.

"...SAPS QUÈ ESTIC VEIENT?...LA MAR!!!"



Francisco Pascual

Economista. Jefe de Administración y de Personal de Productos del Café, S.A. REUS (Tarragona)

El vaig conèixer quan, a començament de l'any 1992, s'incorporà a la societat "Productos del Café, S.A." a Reus, empresa en la que jo treballo.

Per ell, Reus no era una ciutat desconeguda, encara que bastant canviada segons em va dir alguna vegada. En Pepe estudià a Reus de petit al col.legi "La Salle" i quan anaves amb ell en el cotxe, recordava i et deia:

- "Aqui, abans, hi havia un cinema, no?"

- "Sí, el Monterrosa", li contestava jo.

- "I aquest carrer que ara és peatonal (carrer Jesús), fa cap a la Plaça de l'Ajuntament?"

- "Sí, efectivament."

Se'l veia satisfet i content de tornar a una ciutat en la que havia passat anys juvenívols.

Una de les coses que manifestava i exterioritzava que més li agradava era la mar. Recordo que les primeres setmanes s'instal.là en un Hotel de Reus -la seva família encara restava a Mollerussa- i aviat es canvià a un de Cambrils ja que per a ell, em deia, era una satisfacció llevar-se i veure la mar. Des del seu despatx, a vegades, quan el telefonava algun amic seu, li havia sentit a dir:

- ***"...espera que m'alço"*** -dient-li- ***"saps què estic veient?...***

la mar !!!"

- somrient i donant mostres de satisfacció.

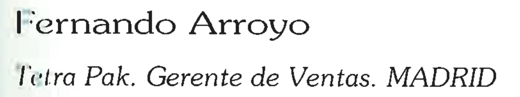
El poc temps que el vaig conèixer va ésser suficient per a deixar-me moltes mostres de les seves qualitats humanes i la seva excepcional personalitat de les que jo destacaria la seva honestedat i sentit de la justícia.

Ell estava molt segur de si mateix i t'ho transmetia, sabia el que volia i lluitava per aconseguir-ho. Era una persona que et donava confiança i seguretat. Era fàcil d'entendre-s'hi gràcies al seu practicisme i el gran sentit comú que poseïa.

Tots aquells que vam tenir la sort de compartir amb ell hores de treball i sobretaules de dinars o sopars no el podrem oblidar.

"NO SE PREOCUPE, SEÑORITA: SOY COMO DE LA CASA"




Fernando Arroyo

Tetra Pak. Gerente de Ventas. MADRID

Conocí a José Serret a finales de los años 70. Nuestras relaciones comenzaron cordiales, pero muy en el papel de cliente proveedor. Y fue en 1980, después de una reunión muy escabrosa, en la que salieron a relucir nuestras respectivas personalidades en defensa de los intereses de nuestras compañías, cuando surgió la amistad, al margen de las relaciones comerciales.

Estas relaciones se prolongaron hasta el año 1985 en que, al instalar una oficina comercial en Barcelona, el destino nos separó, pues mi actividad se centra fudamentalmente en Galicia y Asturias.

Esta situación no enfrió nuestra amistad: al contrario, la aumentó. Siempre que venía a Madrid, unas veces anunciándolo y otras no, pasaba a saludar por la oficina y cambiábamos impresiones, tanto profesionales como personales. Estas visitas eran muy comentadas, pues, a pesar de la insistencia de la recepcionista en que esperase hasta que me avisaran, él siempre contestaba: ***"No se preocupe, señorita: soy como de la casa"***; y, efectivamente, así era como le tratábamos y así es como él se sentía entre nosotros.

Recuerdo la última vez que nos vimos. Un cliente de Costa Rica tenía mucho interés en visitar en España una Granja de gran nivel tecnológico, y otra más familiar.

En ese momento me acordé de Pepe, pues en cierta ocasión

había tenido la oportunidad de conocer la granja de su hermano en Vallfogona. Me puse en contacto con él para informarle del plan de viaje y, pese a que ese mismo día él tenía que estar en Madrid, no me dijo nada y quedamos para cenar. El día anterior me comunicó que cenaríamos en su casa. Los visitantes de Costa Rica quedaron muy sorprendidos y agradecidos por este signo de amistad que les brindó, y tuvimos que explicarles muchas cosas.

Aquella cena se prolongó en su "Bodeguilla", donde todos firmamos en su libro de visitas. Es una noche que, personalmente, nunca olvidaré.

Quedamos en volver a repetirlo en primavera, para poder degustar sus sabrosas costillas a la brasa en la barbacoa que con tanto cariño había montado en su jardín, pero, desgraciadamente, aquello no pudo realizarse.

La noticia de su trágica desaparición me llegó estando en Asturias, lo que me impidió poder acompañarle en su último viaje. Dejó desolados a todos los que tuvimos la gran suerte de conocerle como amigo y también como cliente.

DIFÍCIL OLVIDARLO



Josep Rodó

Ldo. Filología Catalana. LLEIDA

Empiezo con este titular para referirme al Sr. Serret, porque pienso refleja bien la impresión que me produjo a mí y que producía a quien tenía la dicha de conocerlo, aunque fuera por breve espacio de tiempo.

Sinceramente, se me hace muy difícil escribir ordenadamente lo que me viene a la cabeza cuando pienso en él. Le conocí el verano de 1985, cuando llegué a Lleida para estudiar la carrera. Sus hijos venían a estudiar al Centro de la Obra donde todavía hoy vivo, y algún día de la semana íbamos a Mollerussa a pasar la tarde con algunos chicos y sus hijos.

Durante aquellos años, mi trato con Pepe fue muy limitado. Lo recuerdo siempre sonriente, ofreciendo tabaco a quien fumaba (apunto que no recuerdo que en ninguna ocasión que me viera no me ofreciera tabaco o caramelos, cuando estuvo durante algún tiempo sin fumar) e interesado especialmente por aquellas personas que conocía por primera vez. En mi caso, le comenté que había nacido en Terrassa y, como su mujer también lo es, se interesó mucho por mí y mi familia.

Ya he apuntado que, hasta ahora hace tres años, mi trato con él fue muy limitado, pero destacaría la sonrisa y amabilidad constantes cuando lo veíamos donde fuera. Siempre se le notaba muy piadoso. En concreto, en una ocasión fui con su hijo Josep a hacer una visita a unos pobres del "Castell del Remei" (Linyola). Pasé a recoger a Josep a las

diez de la mañana; me lo encontré haciendo un Vía Crucis con papá, y no era ninguna fiesta especial, ni tan siquiera el tiempo de Cuaresma. Recuerdo también que cuando venía al Centro de la Obra, antes de nada, pasaba a saludar al Santísimo en el Oratorio con una pausada genuflexión y era manifiesto que le decía algo bonito al Señor. Sonreía.

A raíz de un viaje a Polonia, hice más amistad con su hijo Toni, lo cual comportó el aumento de mis visitas a "Can Serret". Siempre me preguntaba por la familia y el trabajo. Cuando empecé a trabajar en mi actual trabajo, me orientó mucho, escuchándome y remarcándome la importancia de la formación profesional. No olvidaré nunca el trato que recibí cuando tuve que asistir a una Feria del sector alimentario como visitante. Yo paseaba y lo vi rodeado de personas que imagino serían directivos de importantes empresas del sector. No osé acercarme a saludar, por no molestar. No tuve tiempo; me vio y dejó a todas aquellas personas para estar más de diez minutos hablando conmigo, mientras yo me tomaba unos cacahuetes y una Coca-cola; él no, claro. Se limitaba a escucharme y a preguntar por mi familia y trabajo.

Recuerdo que destacaba en él también la hospitalidad. Cuando por algún motivo tuve que llevar a un hijo suyo a casa, invitaba siempre a pasar y a tomar algo y a explicar cosas: escuchaba, escuchaba. En una ocasión acompañé a su hijo Josep. Éste le dijo que yo no me encontraba bien del estómago; me hizo pasar y tomar algo suave. Después de un rato de amigable conversación y hacer llamar a su mujer a mi casa para avisar que llegaría tarde, me volví a Lleida, no sin antes dejarme claro que tenía que llamar cuando llegase a Lleida.

La sobriedad es otro de los aspectos que yo querría destacar. Pepe era consciente de ser un hombre importante en el mundo de los negocios, pero siempre vestía sin estridencias, sin llamar la atención, y recuerdo que se le veían trajes repetidos, pero siempre bien cuidados.

Amigo Serret, cuánto bien hiciste. Has vivido pensando en los demás. Gracias. Todos te recordamos. Desde el Cielo, ayúdanos.

DISFRUTAMOS DE SU AMISTAD

Fernando Castelló

Ingeniero Industrial. Granja Castelló, S.A
MOLLERUSSA (Lleida)

Conocí a José Serret hace aproximadamente veinte años. Fue en un viaje que hice a León con mi padre, con objeto de visitar una empresa que hacía poco habíamos constituido en esa provincia, y de la que José era el director.

Hacía poco que yo había llegado a España, después de trabajar una larga temporada en Inglaterra. Tanto él como yo, teníamos curiosidad e interés en conocernos, pues habíamos oído hablar con frecuencia el uno del otro. Después de una tarde de trabajo, y de una cena con otras personas, nos quedamos mano a mano, y poco a poco la conversación se fue haciendo más intensa, mezclándose los temas prácticos con los filosóficos; con la ayuda del orujo - indispensable en aquellas latitudes -, conseguimos, a la vez que un notable ardor de estómago, una comunicación fluida e intensa, en la que, por ambas partes, existía interés, curiosidad, respeto, y una gran dosis de desacuerdo, que hacía aún más fascinante la conversación.

Es evidente que hubo puntos en que coincidimos totalmente. Sentimientos y situaciones que, aún sin haberlas compartido, hacían que nos identificáramos plenamente. Pero también es cierto que ya desde nuestra primera conversación surgió un desacuerdo estimulante en muchos planteamientos. Y digo estimulante, pues fue el motor de una actividad, hoy ya casi desaparecida, y que nosotros practicamos

durante años: la tertulia.

Nuestra primera conversación continuó, ya muy entrada la madrugada, paseando por las calles de León, pues, aunque en aquella época la reglamentación de cierre de locales era mucho más relajada que hoy, el encargado del bar no mantenía una conversación viva que le mantuviera despierto como a nosotros.

José era un enamorado de León. Estaba totalmente integrado en esa ciudad, que consideraba como suya. No sólo a nivel físico, sino también en el aspecto humano. Allí tenía buenos amigos, y era apreciado. Ya amaneciendo, me enseñó los rincones que admiraba y las calles que ya formaban parte de su vida, y que, al pasear por ellas, le producían una sensación de bienestar que quería compartir conmigo. Edificios que tenían un encanto especial y que requerían de una actitud diferente para llegar a identificarlos. Él tenía la sensibilidad para apreciar sensaciones que para otros eran extrañas, y la generosidad para compartir sus vivencias.

Aquella larga noche no sólo descubrí a una persona amante de la conversación en general y de la polémica en particular. Descubrí una persona entusiasta e impulsiva. Con unas ganas enormes de vivir y de disfrutar cualquier situación. Descubrí una persona romántica y soñadora. Y contradictoria. Contradictoria, pues con facilidad asombrosa pasaba de ese romanticismo soñador a unas posiciones prácticas y cartesianas. A ratos rebelde y sin barreras, y, pocos minutos después, metódica, disciplinada y con un gran autocontrol. Contradictoria y estimulante, generosa y entusiasta, impulsiva y sociable.

Cuando me solicitaron que expresase mi visión personal de José Serret, se me hizo difícil intentar resumir su personalidad. He preferido hablar de sentimientos, pues, en su caso, a través de ellos me parece mucho más fácil llegar a conocerle. Y las sensaciones que percibí el día de nuestro encuentro me parecen extrapolables a una relación de muchos años.

Después de aquella larga noche, le comenté a mi mujer: He conocido a una persona interesante. Te gustará conocerla.

Así fue. Disfrutamos los dos de su amistad. Fue una relación larga, con frecuencia muy intensa, y en la que no faltaron los enfrentamientos. Rutinaria fue el único adjetivo que no tuvo cabida en ella.

No creo que José haya dejado indiferente a nadie que le haya conocido.



Terrassa, 1964.
Comida con
los compañeros
de Agut, S.A.



Terrassa, 1958.
Colegio Mayor
Alfonso Sala



Castillejos, 1963.
(Tarragona)



Terrassa, abril 1966. Bautizo Mª Ángeles



León, marzo 1970. Santuario Virgen del Camino



León, 1969. Con los compañeros de trabajo de LENOSA



Mollerussa, marzo 1991. Dia de Pascua. «La Mona».



Cambrils, junio 1992. Durante la cena de despedida de un amigo.



Febrero, 1990. Durante un viaje al Caribe, de promoción a los clientes.



Mollerussa, 1991. Encuentro con los amigos de Vallfogona.

PERSONA BUENA EN TODOS LOS ASPECTOS



Rafael de Muller y de Abadal

Químico. BARCELONA

Quisiera mencionar algunos hechos singulares en la relación y amistad que he tenido el privilegio de mantener con Pepe Serret.

Ambos tuvimos conocimiento uno del otro antes de habernos encontrando por primera vez y ser presentados. A ello contribuyó no sólo una afortunadamente necesaria relación profesional, sino una coincidencia de situación familiar con igual número de hijos, lo que es absolutamente excepcional cuando se trata de once como en nuestro caso.

La afinidad y cordialidad, que afloraron desde el principio, creo que fueron en progresivo aumento en cada nuevo encuentro (por desgracia, no muy numerosos), constatando ambos, además, nuevas coincidencias en criterios (profesionales o no), conceptos, aficiones y formas de ver esta vida.

Tuve la suerte de compartir con su esposa y él, así como con otros buenos amigos, una agradable velada en Tarragona, con cata de vinos familiares y cava, apreciando, también en esta faceta, su buen conocimiento y discernimiento.

En nuestro último encuentro, que era también mi despedida profesional y se ha convertido en nuestra despedida en esta vida temporal, me mostró exteriormente su nuevo hogar, me dió especiales muestras de consideración y me hizo obsequios que guardaré siempre con

especial afecto.

De Pepe Serret puedo señalar que me impresionaron, desde el principio, su naturalidad, su espontaneidad, sus conocimientos y bien hacer profesionales, su fácil comunicación y relación social, y, sobre todo, la impresión de persona buena en todos los aspectos.

La noticia del trágico final de su vida, ha sido una de las impresiones fuertes de la mía. Estoy seguro de que, desde el Cielo, seguirá velando de cerca por su esposa e hijos, y, ojalá interceda también por los muchos amigos que aquí abajo ha dejado.

REZADOR, DEVOTO DE LA FAMILIA, CANTADOR Y EMOTIVO



Jesús Font

Director Financiero de Granja Castelló, S.A.
MOLLERUSSA (Lleida)

Al coincidir la fecha en que escribo con el primer aniversario del viaje a Roma que hicimos con Pepe y otro matrimonio, con motivo de la Beatificación de Mons. Escrivá de Balaguer, recordando el mismo, se destacan los rasgos de personalidad que servirán para emitir el testimonio que se nos pide.

Viaje a Romà:

El 15 de mayo de 1992, después de pasar un exhaustivo control de seguridad que exigía la compañia estadounidense con la que viajamos, embarcamos en el avión y, sin haber despegado todavía, Pepe ya había empezado a tararear la primera canción.

Sí, amigos, quien conocía a Pepe sabe que LE GUSTABA CANTAR. Ante cualquier acontecimiento, aunque no fuera importante, celebrado en su casa o fuera de ella, podía terminar Pepe entonando canciones de unos cancioneros que su esposa, Roser, guardaba para estas ocasiones.

En el transcurso del viaje hubo momentos en que, a todo pulmón, se emulaba a José Carreras, intentando interpretar canciones napolitanas; e, incluso, la azafata americana , por unos instantes, dirigió el improvisado coro.

Durante la estancia en Roma, cenando en un restaurante, y coincidiendo con un grupo mexicano que empezó a cantar muy cerca de

nosotros, Pepe enseguida se apuntó a acompañarles en la lírica que interpretaban. El dueño nos hizo callar al considerar -estamos de acuerdo- que podía molestar al resto de clientes. La misión del día 16 fue la de localizar a los hijos de Pepe que se habían desplazado a Roma en distintos medios de transporte. Si mal no recuerdo, localizamos a Mª Angels, Mª Carmen, Roser, Jaume, Toni y Josep. ¡Con qué alegría los citaba para comer juntos al día siguiente!. No fue fácil encontrar un sitio para comer tantas personas como íbamos. Lo cierto es que lo encontramos y, tanto Pepe como Roser, no disimulaban la satisfacción de tener a casi toda la familia reunida. Tiramos un montón de fotografías y Pepe no desperdició la ocasión para regar los espaguetis con cava. Entendemos que aquí quedaba patente otra de las facetas de Pepe: la devoción que tenía hacia la FAMILIA.

El día 17, muy temprano, acudimos a la plaza de San Pedro para no perdernos ningún detalle de la ceremonia de Beatificación. Aquí, a Pepe, con el programa en la mano y sus gafas de media luna, se le veía absorto, rezando y siguiendo la liturgia de este día singular para todos nosotros. Sí, Pepe era un REZADOR.

El día 18 tuvimos la suerte de asistir a la Santa Misa de acción de gracias desde el lateral superior derecho de la plaza de San Pedro. Pepe rezaba con la misma devoción que el día anterior.

El Papa acudió a la plaza y los asistentes entonaban el "Cumpleaños Feliz". Luego, en el momento en que el Santo Padre descendió del papamóvil y abrazó a Mons. Alvaro del Portillo, fue cuando Pepe soltó unos lagrimones cargado de emoción: otra de sus facetas es que era un hombre EMOTIVO.

Los amigos que teníamos un frecuente trato con Pepe, sabemos que, además de REZADOR, DEVOTO DE LA FAMILIA, CANTADOR Y EMOTIVO, era GENEROSO, HOSPITALARIO Y LUCHADOR. Lo cierto es que perder un amigo con todas esas cualidades provoca un vacío muy difícil de compensar. Sólo nos consuela el saber que contamos con un intercesor más en el Cielo, a quién no dudaremos en pedirle gracias, empezando por encomendarle su numerosa familia.

TAN PRONTO TE ACONSEJABA EN ASUNTOS ECONÓMICOS COMO HACÍA DE MONAGUILLO



Javier Gonzalo. *Abogado. LLEIDA*

No puedo hacer gala de autoincluirme entre los amigos de Pepe Serret, sin duda por falta de méritos propios de quien hace este relato.

Quiero decir con ello que a mí me llegó el semblante, el talante, el bien hacer de Pepe Serret por las noticias que, sin querer, se me transmitían a través de mis padres, primero; de amigos comunes, de instituciones, colegios, empresas, etc...con las que por senderos diferentes y con distintos intereses nos relacionábamos.

Conocí a Pepe Serret a finales de los años 70, cuando con el impulso entusiasta de algunos padres de familia se decidió "atender" con una buena educación a las niñas, a sus hijas, hermanas de los chicos que ya recibían una educación cristiana en el Colegio Terraferma de Lleida.

Nacía en el año 1980 el Colegio Arabell, pequeño (como el río del Pirineo que da nombre al centro), pero en continuo crecimiento, como un buen río que se precie de serlo, sin épocas de sequía, con más o menos caudal, pero con caudal siempre: caudal de valores humanos.

Era un momento de tomar el pulso a la sociedad, a la clase gobernante, a las expectativas que ofrecía la reciente democracia...;pero había ilusión entre un grupo de padres por hacer realidad el viejo sueño de "formar a sus hijas" en un centro creado por los padres, con la experiencia de Fomento de Centros de Enseñanza y con el espejo puesto en el anteriormente creado, también por los padres, Colegio Terraferma.

Primavera de 1980...Nosotros teníamos una hija y mi mujer esperaba la segunda. No sé exactamente a través de quién, ahora no importa -aunque resulte un anónimo a quien nunca estaré suficientemente agradecido-, el caso es que "alguien" pensó en mi familia en esos momentos; seguramente por telefóno -no llego a recordar esos detalles- me hablaron de que un grupo de padres (con hijos varones en el Terraferma) habían llegado ya a la conclusión de que era urgente que funcionase un colegio de niñas donde recibiesen la misma formación que sus hermanos. Esto facilitaría el no tener a las familias dispersas, con sus hijas en distintos colegios que, sin menosprecio para nadie, no llevaban a cabo una formación como lo hacía el Colegio Terraferma, por decisión y elección de los padres.

A mi mujer y a mí nos pareció una buena idea, sin ver mayor horizonte que hacer caso, como tantas veces sucede en la vida, a algo que es bueno porque lo dice un buen amigo en el que depositas la confianza; algo así como la "fe terrena".

Teníamos veintitantos años, una hija de tres y mi mujer en estado de buena esperanza. Y la educación y formación de los hijos la veíamos lejana; por eso, cuando un amigo nos habló de ese proyecto, "a ciegas" nos sumamos a él.

Fue en una reunión en el Colegio Terraferma donde alguien me presentó a Pepe Serret; ya siempre me referiría a él como Pepe: nombre sencillo que estaba en plena consonancia con el cuerpo menudo de un gran hombre.

Y aparecía en medio de una reunión de promotores del Colegio Arabell, y recuerdo muy bien la importancia de su presencia.

Entre los varios miembros del grupo promotor, había quien mostraba mucho interés y pocas ideas, o muchas ideas pero de difícil realización. Unos veían el proyecto con optimismo; otros estaban llenos de pesimismo... Lo cierto es que los intercambios de pareceres eran a veces interminables. Pero recuerdo muy bien aquellas escuetas intervenciones de Pepe Serret; no manejaba la palabra en castellano, digamos, como un Académico, pero a mí ya me impresionó que no se andaba con rodeos; iba directamente al grano, sabía muy bien los números de aquel ambicioso proyecto y reflejaba hacia los demás un claro optimismo; transmitía tranquilidad y confianza clara en el proyecto y, con cierta chispa de buen humor, a todos los presentes nos hacía asentir.

Y el Colegio Arabell se construyó ese mismo verano de 1980. Sus pilastras surgieron de en medio de una huerta, apuntando al cielo, como ya no dejaría de hacerlo.

Y volví a "toparme" con la figura de Pepe Serret. El proyecto se hizo realidad y en octubre de 1980 abrió sus puertas el Colegio Arabell; nuestras hijas comenzaron una andadura histórica que nunca agradeceremos bastante a esos padres emprendedores que supieron hacer realidad los sueños terrenales.

Pero llegaron las dificultades económicas para costear los préstamos necesarios en la construcción del colegio y se hizo necesario hacer partícipes a los padres de la nueva situación. Por las cosas de la política, las competencias del Ministerio pasaban a la Consellería de la Generalitat y, como tantas veces sucede, unos por otros... "la casa sin barrer", el colegio funcionando y los bancos impacientándose por las amortizaciones (que no se hacían porque las instancias oficiales habían prometido algo que ahora no llegaba).

Y alguien, en estas circunstancias, se enfrentó a una multitud de padres intranquilos, inquietos, algunos enfurecidos -la incomprensión humana-. Era, cómo no, Pepe Serret.

Su figura enjuta, sus gafas de media luna y esa mirada serena y segura que hacía de un semblante serio, una inspiración gozosa de total confianza; y estaba allí, en medio de un silencio cómplice de algo que podía explotar; salió a la pizarra de una clase del colegio en la que se había reunido la Asamblea de Padres de Arabell... En silencio, llenó pronto la pizarra de números...,con un talante especial, tranquilo, con la lección bien aprendida y sabiendo el terreno que pisaba; habló a los padres, claro y breve, con su habitual forma de ser, sencilla - casi desgarbada, diría yo -, pero seguro de lo que exponía, haciendo gala de sus grandes virtudes, mostrando una extremada caridad para los que sólo habían llega-

do a tener fe en el proyecto, pero estaban a punto de perder la esperanza... La referencia, en medio de los números, a "...lo que Dios quiera...", dejando en un momento dado los fríos números en manos del Creador, para que a partir de ese instante fuera El quien ultimase la obra. Y la Asamblea se levantó, seguidamente, serena y segura como Pepe. Todo ello era el reflejo de un gran hombre que sabía distinguir perfectamente lo humano de lo divino, aunque tenía un semblante humano que reflejaba claramente una personalidad llena de vida interior, que inevitablemente transmitía a todos.

Años más tarde, en 1989, el Colegio Arabell estaba ya consolidado, pero la siempre sana inquietud de los padres de "hacer más todavía por nuestras hijas", señal inequívoca de mantener vivo el colegio, nos llevó a emprender otra empresa en Arabell, esta vez desde posiciones más comprometidas para mí en la Asociación de Padres: un proyecto deportivo. Convocamos a los padres, expusimos nuestras ilusiones y Pepe Serret, con una caridad impresionante, nos llamó "ilusos" en el buen sentido... En una breve intervención, fue capaz de cambiar todo el planteamiento que teníamos del proyecto y, gracias a él, el enfoque fue distinto, de modo que se llevó adelante sin apenas dificultades. Nos aconsejó como sólo él sabía: con pocas y, a veces, mal dichas palabras. Pero el proyecto salió.

Coincidí en varias ocasiones más, antes de que el Creador se lo llevara de entre nosostros.

Me sorprendía una y mil veces su actitud de servicio a los demás... Tan pronto aconsejaba situaciones económicas, como hacía de monaguillo en cualquier acto litúrgico... Fiel a su familia y al servicio de ella, le saludaba muchos viernes cuando esperaba en el coche en la esquina de la calle Vallcalent de Lleida, para recoger a sus hijos, procedentes del algún centro cultural, o de realizar determinadas actividades.

Y le conocí, por última vez, en su despedida de esta tierra. El testimonio de tantos cientos de personas, la paz que había infundido en todos los que se cruzaron en su camino, fue sin duda providencial.

Es la huella humana de su vida sencilla.

LA ACTITUD CONSTANTE DE DAR

Mª Antonia Baratech

Licenciada en Ciencias de la Educación. Ex-Directora Colegio Arabell. BARCELONA

Un gupo de padres le propuso formar parte del Comité Directivo del Colegio Arabell; con él formamos un equipo de cuatro personas. Su trabajo era el de asesorar al Colegio, transmitiendo las inquietudes de los padres.

Sabíamos que ese menester le suponía una carga más para sus ya múltiples responsabilidades: además de su numerosa familia, a la que atendía con gran calidad para suplir a veces la falta de tiempo que le generaba su intenso trabajo, ahora debía acercarse una vez por semana al colegio de sus hijas, situado a 25 ó 30 kilómetros de su residencia; esto le suponía emplear un tiempo que probablemente sustraía del sueño.

Teníamos las reuniones a las ocho de la mañana; sé que algunas veces no había tenido tiempo de desayunar y que desde allí empalmaba con su dura jornada laboral.

Resultaba muy grato trabajar con él, porque, además de ser un hombre muy trabajador, derrochaba humanidad y sentido optimista de la vida. Siempre acudió con su habitual sonrisa, y con ánimo conciliador y de paz: la paz de un hombre que no busca nada para sí; la paz que procede de la actitud constante de dar.

Un día pensamos hacer un estudio de márketing para fomentar nuevas matrículas para el colegio. Recuerdo que, con su habitual opti-

mismo, propuso un plan muy bien pensado, con mentalidad de empresa. Habló con un profesional de reportajes gráficos; lo mentalizó para nuestro cometido; lo trajo al colegio, sacando tiempo de no se sabe dónde, y debatimos el tema ampliamente. Él estaba muy ilusionado con el proyecto, y teníamos todo muy avanzado.

Requirió la opinión de otro padre del colegio: un hombre de mucho sentido común con el que Pepe tenía gran confianza. Al pedirle sus consejos, éste le dijo que, aunque era muy buen proyecto para una empresa de productos cuantificables, no iba a dar resultado en una empresa educativa, sin fines de lucro; lo que se vendía en un colegio era instrucción, formación, y esto requería otros baremos para transmitirlo adecuadamente a la sociedad. En una breve conversación con Pepe, le expuso sinceramente su punto de vista.

A Pepe, que media hora antes estaba tan ilusionado con su proyecto, le vimos ejercitar su elegancia y nobleza al abandonar de inmediato la idea inicial, porque percibió que aquello no iba a ser bueno para el Colegio; despidió al especialista en reportajes gráficos y me consta que lo gratificó generosamente de su propio bolsillo.

En estos mil detalles corrientes, pero heroicos, podía apreciarse perfectamente que Pepe Serret era un hombre que no sólo daba su tiempo, su trabajo y su entusiasmo, sino que **se daba**.

AMB LA LLUM, AMB LA PAU, I AMB DÉU



Josep Argilés

Director de Producción de Granja Castelló, S.A.
MOLLERUSSA (Lleida)

Amic Josep:

Quan, fa aproximadament quatre setmanes, vaig escoltar el concert commemoratiu del trentè aniversari de "Al Vent", vaig dir-me: ja ho tinc, ja sé com arribar-hi!!. Sabia on eres, però la dificultat més gran amb la que em trobava era com poder fer-te arribar la carta que, com a últim recurs, volia enviar-te.

Parlant amb ell, amb el vent, vaig saber que sí, que ell, i segurament només ell, podia arribar tan amunt, tan enlaire ... Aprofitant l'amistat que tinc amb ell -ja saps que sóc una mica "bufanúvols"- i la il.lusió que poso en escriure aquestes ratlles, sé, n'estic segur, que ell, aquest vent que des de fa anys busca la Pau i busca a Déu, a tú, que estàs junt del que ell busca, et trobarà i et donarà aquest petit paper que si alguna cosa porta, a part de quatre paraules mal escrites, és record i estimació per l'amic que sense avisar i amb una rapidesa frepant, ens va deixar.

Per què ho has fet...?. -Per què te n'has anat d'aquesta manera...?. Comprenc que on ets ara era allà on d'una manera o altra volies estar, però realment, calia anar-hi tant de pressa...? Et dónes compte que aquí has deixat a gent que durant anys encara et necessitava...? -No, no parlo ni de la Roser ni dels teus fills; aquests, tots ells, a més de

necessitar-te et volien i mai haurien canviat el teu ràpid destí pel que ells, de tu necessitaven.- Estic parlant de tots aquells altres que, sense vincles familiars, amb tu hi estaven bé; estic parlant d'aquells pels quals tu eres fita, referència, punt, llum, casa, refugi, companyia i, en definitiva, amic.-

Possiblement jo sigui una de les persones que menys pugui, amb tu, parlar d'amistat, de fidelitat, d'honradesa i de tot alló que d'una manera o altra signifiqui plenitud, però t'has aturat a pensar en com han quedat amics com en Ricardo, en Manel i tants d'altres després de la teva inesperada marxa...?.

És curiós, però ara em ve a la memòria el posat d'en Mingo el dia del teu enterrament; era una persona abatuda, trista i estic segur que, com molts d'altres, no entenia el que estava passant; vivia una situació irreal, inesperada, difícil de comprendre,....; la teva marxa li trencava el cor i l'enteniment i ell, en Mingo*, amb mirada buida i cor engoixat es preguntava, com tots "i això per què ens passa...?".

Et dónes compte que per a molts eres quelcom que ens importava....?; d'una manera o altra tu, per a mi, ets part de mi... - Durant quinze anys vaig estar treballant amb tu i malgrat mil discusions i moltes discrepànces jo, avui, segur, tinc de tu un molt o una mica; sigui el que sigui, però, és teu, a tu t'ho dec i és de justícia que t'ho agraeixi.-

A vegades, a la feina, i davant d'alguna situació imprevista em pregunto: això, amb ell, amb tu, junts, com ho hauríem resolt...?. -No em costa massa adivinar-ho i sé -sóc part de tu- on hauríem fet cap.- El problema no és com fer-hi cap, el problema és trobar-se sempre i cada cop amb l'evidència que tu, de molts, de mi, estàs lluny, estàs ja amb qui, i segons diu la cançó, nosaltres, "plens de nit", busquem: amb la llum, amb la pau, i amb Déu.-

A mesura que escric, se'm regira l'estómac... -No és just!!!!

Jo crec que l'home, com a tal, i abans de deixar aquest trons de món, ha de tenir l'oportunitat d'omplir-se de tot allò que, com a vivència, hagi estat per a ell positiu i enriquidor; crec que el més cru que li pot passar a qualsevulla persona és "marxar de buit".... -Estic segur que tu vas marxar ple, però, i així ho tens d'admetre, i a més ès lògic, anaves ple d'allò que tu, voluntàriament, havies volgut "carregar".- El dubte, el meu dubte, és si portaves o no part del que jo, per a tu, havia significat com a càrrega....

L'amic Joan m'ha demanat que li faci arribar aquesta carta per, juntament a d'altres escrits, incloure-la en un petit (gran?) llibre que volen dedicar-te. -No crec que tingui més importància que allò que t'he dit ho facin públic; al cap i a la fi és el vent, Al Vent, qui t'ho ha portat.-

Teu Josep.

(*) Mingo es el germà gran d'en Pepe.

NOSTALGIA



Jesús García

Abogado. VALLADOLID

Conocí a Pepe Serret con ocasión de una comida en Valladolid a la que fui invitado por los consejeros de una compañía de café de la que soy abogado y que estaba en negociaciones con Nestlé.

Si tuviera que destacar rasgos de la personalidad de Pepe Serret, diría que me llamó poderosamente la atención su preparación y al mismo tiempo su sencillez y familiaridad en el trato.

Hablar con él era tan agradable que parecía que le conociese de toda la vida, a pesar de haber sido presentado momentos antes.

Recuerdo perfectamente que, durante la comida, habló con orgullo de que tenía una familia numerosa y recuerdo, cómo no, su sonrisa permanente.

Después volvimos a vernos en Barcelona, donde ocurrieron dos situaciones, que voy a contar, que reflejan el carácter que tenía Pepe Serret.

Asistíamos en la central de Nestlé a una reunión y a requerimiento de una llamada, salió un momento, regresando minutos más tarde, sin que ni en su cara ni en sus actuaciones, pudiéramos pensar ninguno de los que estábamos con él, la noticia que terminaban de comunicarle.

Terminó la reunión dos horas más tarde, y cuando nos disponíamos a salir, para ir a comer, sin perder la sonrisa, nos comunicó que le

disculpáramos unos minutos, que quería saber cómo estaba su mujer, porque le habían comunicado que en su viaje a Pamplona había tenido un accidente.

La cara de sorpresa que pusimos debió ser tan grande que con una leve sonrisa nos indicó que no nos preocupáramos, que no sería nada.

Yo no sé explicar lo que supuso para nosotros ver cómo un hombre, que debió estar tremendamente preocupado por dentro, aunque nadie lo notáramos, nos había estado ofreciendo su sonrisa permanente y su dedicación absoluta al asunto que nos ocupaba.

Recuerdo que comentamos la categoría que tiene que tener una persona amante de su familia, para vivir con una preocupación de ese calibre, sin dejarla traslucir, ni en gestos ni en esfuerzos, porque puedo asegurar que estuvo trabajando con nosotros más de dos horas, desde que se lo dijeron, sin inmutarse.

Realmente, esto da una idea del sentido de la responsabilidad que tenía Pepe Serret.

A pesar de la llamada que hizo, no consiguió en ese momento más información que saber que su mujer estaba en observación y que, para conocer la trascendencia del accidente, era necesario llamar más tarde.

Sin darle en apariencia más importancia y otra vez con su sonrisa, nos dijo que deberíamos irnos a comer a un sitio excelente y aquí se produjo otro hecho que afortunadamente fue de signo contrario.

En casi todas las Ciudades de España se puede ofrecer a los visitantes y a los del lugar, un plato típico de esa Ciudad.

Valladolid, no es la excepción y aquí en la Ciudad y en su Comarca hay un plato típico que es el cordero asado.

Hay infinidad de restaurantes que proliferan en la ciudad donde se come cordero exquisitamente asado, y entre ellos goza de gran prestigio un restaurante, que es el "Asador de Aranda" frecuentado con bastante asiduidad por nosotros, acompañados de amigos o visitantes que quieren comer cordero.

Pues bien, Pepe quiso obsequiarnos con una comida. Y no se le ocurrió otra cosa que decirnos que nos llevaba a un restaurante para que pudiéramos degustar un plato típico. Nos imaginábamos todos que nos llevaría a degustar la cocina catalana y nos fuimos tan convencidos de ello.

A pesar de la preocupación que todos teníamos por el accidente, cuando aparcamos en el restaurante y vimos el nombre del mismo, nos hizo tanta gracia que soltamos una carcajada.

Resulta que estábamos a 700 km. de Valladolid y habíamos ido a parar a un restaurante que era una especie de sucursal en Barcelona del "Asador de Aranda" de Valladolid, donde en la práctica todo el mundo iba a comer cordero.

Cuando, ante su cara de sorpresa, aclaramos a Pepe nuestras risas, terminó riéndose con nosotros de la situación.

Este era Pepe Serret, tenía un sentido del humor increíble, y puedo asegurar que la situación le hizo tanta gracia como a nosotros.

Allí más tarde, se ausentó unos minutos y volvió sonriente como siempre, diciendo que teníamos que celebrarlo porque su mujer no tenía nada.

Relajados todos con la noticia, pasamos un rato tan feliz y tan agradable con él, que cuando quisimos darnos cuenta, eran las siete de la tarde y teníamos que regresar a Valladolid.

De vuelta a casa, recordamos el día vivido con Pepe y, sobre todo, lo agradable y cariñoso que había estado con nosotros, atendiéndonos y no haciendo caso a nuestros reiterados deseos de aplazar la reunión a otra fecha.

Así era Pepe y los dos hechos relatados determinan su carácter, su profesionalidad, su sentido del humor y su generosidad.

Un mes más tarde, quedamos de nuevo en Barcelona para terminar la negociación. Él estaba en Madrid y acudió desde Madrid a su casa para recibirnos al día siguiente.

En el camino, inesperadamente, Dios le llamó.

Cuando, el mismo día que teníamos previsto coger un avión para

estar y comer con él en Barcelona, recibimos la llamada minutos antes de salir para el aeropuerto y nos indicaron lo ocurrido, no pudimos articular palabra alguna.

Hoy se me pide unas notas para el libro que quieren hacerle un grupo de amigos y se me hiela el alma pensando en él.

Cuando pienso en la muerte de Pepe Serret, sólo puedo explicarme lo ocurrido considerando que una persona tan cariñosa, tan humana y tan valiosa, la quiso Dios tener a su lado y por ello la llevó con Él, privando a su familia y a sus amigos de su presencia.

Estoy convencido que desde el Cielo seguirá sonriendo y cuidando a los que quería, a su mujer, a sus hijos y también, cómo no, a sus amigos.

Querido Pepe, desde estas torpes líneas, cargadas de emoción, quiero expresarte que fue un honor el conocerte y que, aunque te traté poco tiempo, sí fue suficiente para que dejaras en mí la huella de tu amistad, y sienta enormemente tu marcha.

Estoy seguro que tu mujer y tus hijos te recordarán, pero tú sabes que tus amigos también lo hacemos.

Hasta que algún día, Dios sabrá cuando, nos encontremos de nuevo.

COMO UNA BUENA SINFONÍA



Josep Antoni Sellés

Administrador. Consejero Delegado de LETONA, S.A. BARCELONA.

Amigo Pepe:

Dentro de pocas semanas celebraremos una más de las ya tradicionales "Trobades a Cala Canyelles". Sé que no faltarás.

Tú las abriste el 31 de Julio del 87. Portabas, como presente, el libro de "la vostra casa Migjorn" que se va llenando lentamente con el espíritu de todos nuestros amigos, que resta vivo, atrapado entre sus páginas.

Tú lo prologaste con amor y delicadeza: **"...que vegeu plenes aquestes fulles en el transcórrer dels dies; que la seva lectura us faci reviure els moments de feliç convivència; que el trascendent amb la petita anècdota, omplin de pau el vostre refugi..."**. El mismo día, al crepúsculo, dejaste tu primera impresión: **"...si el mar es el horizonte, la montaña es el cobijo. Todo lo hemos encontrado en vuestra cálida acogida..."**, y tu deseo, que debes ahora cumplir: **"...nos habéis proporcionado un día de grato recuerdo que esperamos poder repetir todos juntos muchas veces..."**.

Si yo tuviera que opinar sobre ti, ¿qué diría, amigo? No sé, la verdad es que podía inclinarme por algo importante "con mensaje". O por algo sencillo. Sé que prefieres esto último. Por tanto, déjame

decirte cómo te veo: transparente y claro, bien articulado, como una buena sinfonía. Con tres primeros movimientos de alta definición, inspiradísimos y plenos: profesión, amigos, familia, resueltos en un solemne cuarto movimiento que es motivo de fondo, engarce y "leiv motiv" de los otros tres: tu humanidad y tus creencias.

Yo tengo la fortuna de vivirte de cerca en la profesión y la amistad, y de conocerte en familia. Y de compartir tu humanidad.

En el "Gremi", tenerte de "concurrente" (eufemismo francés que designa a los competidores) era una auténtica gozada. Si hubiéramos puesto un letrero que dijera "Sólo para iniciados", tú solito lo justificarías. Llegabas normalmente un poco tarde, lo justo para que no olvidásemos que para asistir tenías que desplazarte desde Mollerusa. Y desarrollabas una puesta en escena espléndida: en silencio empezabas tus dibujos, elaborados minuciosamente mientras aparentemente distraído te ponías al corriente de la sesión. Al fin, como esperábamos todos, venían tus intervenciones, de calidad, incluso duras. Y con algún "estirabot" que nos ha dejado "garratibats" más de una vez. ¡Este es nuestro Serret! Además, los tibios no tienen buena prensa ¿verdad, Pepe?.

Los que además somos tus amigos tenemos un premio, pero también un reto, como para mantenerte en vilo. Tú, locuaz, culto y brillante esperas lo mismo de los demás. Contigo, las charlas han sido creativas: la cultura y las creencias como pilares de la búsqueda en el mundo de las ideas. Y siempre, siempre, el ingenio, el preciosismo y la brillantez, y el afán por conocer, transmitir y construir, construir, construir. Construir, ¿qué?: Algo, por lo menos una frase, una idea, un concepto, una sensación. Porque todo lo que es construir es dar fe de vida. Así, el 5 de Agosto del 88 escribes: **"...en cualquier caso, ahora es hoy y esto es felicidad..."**.

Sí, siempre locuaz y creativo, pero también considerado, temes pasarte y tratas de suavizar los conceptos con el denominador común del cariño y la amistad: 1989: **"...hoy, 11 de Agosto, Santa Clara nos hemos encontrado por enésima vez los lecheros, en el "palacio de verano" de los zares. Ha sido, como siempre, encantador. Hemos introducido la filosofía: griegos y romanos. Y los egipcios. Todos, todos tenemos un gran corazón, y nos queremos, y sabemos disimular cualquier diferencia porque sabemos que las diferencias están para que con el tiempo las rellenemos con nuestro cariño..."**; antes de que nos volvamos a ver, quiero decirte que me dejaste "tocado" estas pasadas Navidades. Tú ya no te das cuenta, porque vives en tu felicidad e inmerso en una familia extraordinaria, en la que estás presente permanentemente, y mandando mucho, con una maestría envidiable. No sabes bien lo que impresiona entrar en vuestra nueva casa de Reus y ser recibidos por toda la familia Serret en pleno, padres y chicos, cantando un villancico escrito por ti mismo. Es algo inolvidable, que siempre que lo recuerdo me pone la piel de gallina y que dejo unido para siempre a tu figura y a tu recuerdo.

En fin, Pepe, qué te voy a decir. Sé que no olvidarás nuestra cita. Te anticipo que me gustaría que nos centrásemos en dos grandes temas. El primero, analizar las figuras de Jahveh como pesador de almas y corazones (Pr.16,2 y 24,12), y la de Maat, como justicia y orden.

El segundo tema podría ser -si te parece bien- el de la vida eterna y /o la inmortalidad. A lo mejor es todo la misma cosa, y te avanzo que el Pr. 12, 28 puede traducirse así:

"En el camino de la virtud
esta la vida eterna;
pisar ese camino es la inmortalidad".

Un abrazo. Nos vemos.

Capítulo IV

TRABAJADOR Y AMIGO

"Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestros trabajos, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres".

(Josemaría Escrivá de Balaguer,
de la Homilía "Amar al mundo apasionadamente").

YA TENEMOS UN AMIGO EN EL CIELO



Esteban Álvarez

Veterinario. LEÓN

Hablar sobre Pepe Serret, bajo mi prisma de amigo, de profesional Veterinario y Funcionario, pues todo está reunido en un haz, no es sencillo; si además sucede que el trato continuo aunaba más aún los tres puntos anteriores, nos encontramos ante una gran dificultad.

Como amigo, mis palabras pueden ser consideradas en grado de familiaridad total.

Como profesor Veterinario Oficial, que fue el origen de nuestro contacto, me encontré con toda clase de facilidades para que no hubiera un fallo en mi gestión.

Como Funcionario, siempre encontré en Pepe al cumplidor de lo ordenado en la legislación vigente en la materia que nos relacionaba.

Conocí a Pepe Serret en el último tercio de los años sesenta, cuando, acompañando al Sr. Castelló, D. Rosendo, vino a León con intención de establecer una industria láctea que recogiese dicho producto en la zona Noroeste de esta provincia (de ahí la denominación de la industria, "Lecherías del Noroeste, S.A."), principalmente en las comarcas de Riaño, Valdeón y Sajambre.

Como es lógico, se puso en contacto con la, en aquel entonces, denominada Jefatura Provincial de Ganadería, Servicio en el que yo trabajaba, atendiendo la faceta de industrias Cárnicas y Lácteas, complementando la labor otro Servicio denominado Jefatura Agronómica.

Aunque no tenía por qué comentar conmigo las gestiones que iban realizando, no dejaba ni una sola semana de visitarme y explicármelo, solicitando mi opinión aun a pesar de tener contactos con personas más cualificadas que yo.

Esto, a mí, me sonaba a "tambores lejanos", pues era la primera vez que me encontraba con un profesional, especialista en una materia, que se minusvaloraba sin tener necesidad de ello. Incomprensible.

Era tan minucioso en todas las facetas de su quehacer que, cuando presentó la documentación para la instalación de la Industria, venía tan perfectamente ordenada y detallada, que no hubo necesidad de escritos intermedios para conceder la inscripción provisional y, posteriormente, la puesta en marcha.

Con motivo de comprobaciones periódicas de las distintas industrias, yo recorría con frecuencia zonas ganaderas en las que recogían leche diariamente. Les preguntaba por la nueva industria y me contestaban con frases favorables a la misma, pero los elogios eran para el Sr. Director, "Don Serret", considerándole como persona razonable y excelente responsable de la relación ganadero-empresa.

Fuera del contexto anterior y ya en el plano personal, puedo indicar lo que viví íntimamente y que refleja sus cualidades humanas. Voy a citar solamente dos ejemplos en los que fui parte activa:

Yo tenía una hija que se negaba a terminar los estudios de bachillerato y quería trabajar. Lo comenté con Pepe y le pregunté si tenía algún hueco en la fábrica, en zona de personal no cualificado, para que pudiese ver en qué medio se iba a desenvolver y hasta dónde podría llegar. Su contestación fue: ***"que pase a verme mañana y hable conmigo"***. Le pedí, por favor, que el trabajo fuera en la zona que yo indicaba y me costó tiempo convencerle; cada día me llamaba para decirme que era fenomenal en el trabajo y que iba a cambiar de puesto. No me dejé convencer y a los tres meses volvió a estudiar y terminó el bachiller.

Otra análoga: un compañero me rogó que hablase con Pepe, con el objeto de ver si tenía un puesto para un hermano "que no podía terminar los estudios medios". Se lo dije y su contestación fue: ***"que venga mañana"***. Hoy sigue trabajando en la empresa. No obstante, Pepe se disgustó con el compañero por no ser él quien hubiese acudido personalmente, y tuviese que recurrir a un tercero.

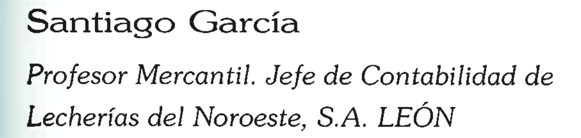
El actual director de la fábrica de León -Ricardo- se hizo al lado de Pepe Serret y hoy día se puede decir que es un vivo retrato profesional y humano de nuestro recordado amigo. Él puede decir muchas cosas sobre Pepe.

Cuando se volvió a sus añoradas tierras catalanas, se despidió de todos como un amigo que se iba, aun a su pesar. Sus felicitaciones navideñas eran las primeras en llegar, aun después de todos los años transcurridos, reavivando así amistades y recuerdos imborrables.

El día de sus funerales en la iglesia de Sta. Nonia, en esta capital, llena de amigos, operarios y conocidos, el sacerdote oficiante alabó sus cualidades, tanto profesionales como de Director de Empresa, y yo recuerdo que a la salida hice un comentario con los amigos comunes que me servirá como terminación de estas letras: **"Ya tenemos un amigo en el Cielo. Pepe, pide por nosotros"**.

DISFRUTABA DE TODO Y CON TODOS





Santiago García

Profesor Mercantil. Jefe de Contabilidad de Lecherías del Noroeste, S.A. LEÓN

Han pasado los años y resulta muy agradable recordar la década de los setenta, en la que tuve la fortuna de conocer el nacimiento de una Sociedad Anónima denominada "Lecherías del Noroeste, S.A.", promovida por la familia Castelló de Mollerussa (Lérida).

Por motivos contractuales entré a formar parte de la plantilla como responsable de la Administración e inicié, conjuntamente con José Serret, la puesta en marcha de la Empresa.

Nuestra juventud, él 29 años y yo 26, nos animaba a enfrentarnos con el reto de desarrollar una empresa en León con grandes posibilidades de futuro.

En los primeros años del año 1970 se incorpora a la Sociedad como Director, consolidando las primeras inversiones de obra civil e inmovilizado, iniciando la actividad fabril el 1 de Octubre de dicho año.

Con seis vehículos, de los cuales tres eran cubas isotérmicas, se comenzó la recogida de leche fresca y después, con el empuje que le caracterizaba, se fue iniciando la expansión de la Empresa con nuevas actividades: leche pasterizada, leche condensada, mantequilla, leche en polvo, leche UHT; y de recoger veintemil litros de leche el primer día, se llegó a multiplicar por diez con el devenir de los años.

Su cargo de Director lo ostentaba con soltura, calidad, y, especialmente, con templanza. Estas cualidades que sólo se consiguen des-

pués de asumir cultura, educación cívica y conocimientos técnicos, le servían siempre para salir airoso en cualquier problema o conflicto, manejando el timón del barco con ligereza exenta de bandazos, que siempre originan el desconcierto en la tripulación.

Su integridad moral era ya conocida a los escasos meses de comenzar su gestión en León, y la práctica religiosa matutina era una constante que mantuvo mientras estuvo con nosostros.

A la vez que la Empresa prosperaba en medios financieros y en inversiones técnicas, siempre se preocupaba de que los empleados alcanzaran un salario digno y , si fuera posible, que también se les reconociera su dedicación al desarrollo de la Sociedad, concediendo préstamos para vivienda y vehículos en términos verdaderamente generosos.

Le gustaba contrastar sus opiniones, no sólo de ámbito empresarial, sino de los acontecimientos que en los años setenta modificaron la estructura política y social de España.

Disfrutaba esencialmente en las fiestas que la Empresa organizaba anualmente, y muy pronto el carácter de León se fue infiltrando en él con mucha fuerza; los deportes autóctonos (como los bolos), o las cadenciosas canciones de León, le abrían el corazón hasta escribir una noche las mejores palabras que nunca salieran de su pluma y cuyo original conservo como el mejor de los recuerdos.

Sabía de mis aficiones por la Historia de León y no dudaba en cuantas reuniones coincidíamos en que Santiago dictaminara sobre algún tema leonesista.

En mis visitas a su domicilio en Mollerussa pude observar en lugar preferente un gran cuadro de la Catedral de León, encargo realizado por mí y que es pieza única por la antiguedad del original.

Disfrutaba de todo y con todos: recuerdo aquella tarde en que se colocó en la portería de fútbol del grupo de solteros y nos pedía que chutásemos fuerte, resultándonos gracioso verle encajar goles.

En un viaje a Cataluña en el que conducía su Citroën familiar recorrimos parte del Camino de Santiago y allí, en Santo Domingo de la Calzada, le comentaba la historia del gallo que cantó después de pelado. No sé si le cansaban mis historias, pero al menos las escuchaba.

Ya en Lérida, sólo quería que probase los alimentos típicos del país, y en un restaurante pedimos caracoles, que yo nunca había comido antes; tanto me gustaron que me dijo: ***"¿Dejarás alguno, eh?"***.

Vi crecer su familia y en mi casa se le recibió siempre como a un amigo, más que como Director de la Empresa. Quisiera que sus hijos heredasen las cualidades que hicieron de él un dirigente eficaz, y que con el paso de los años mejorasen, si es posible, al padre que entregó en plena madurez personal y laboral su vida al Padre Eterno.

ANHELANTE Y ESPERANZADO



Maximíno González

Abogado. LEON

Recuerdo que llegó a León, ciudad tranquila y sosegada, y pronto se sintió entre nosotros como en su propia tierra, que siempre tenía presente y a la cual le llevaban constantemente los recuerdos más gratos de su vida y de su infancia.

Convivió con nosotros largos años y puedo dar fe de su ejemplar servicio y de su plena e ilusionada entrega a la misión delicada que tenía encomendada, hasta el límite que le permitían sus fuerzas físicas e intelectuales. Era incansable, capaz de soportar impasible las mayores privaciones y trabajos, sin que por ello dejara de apreciar los goces de una vida agradable compartida con su familia y amigos.

Fue un gran ejecutivo, inteligente, comprensivo, justo y eficaz, manifestándose siempre con delicadas formas propias, sin olvidar el fino sentido que poseía del humor.

El quería mucho a León. Me acuerdo que en cierta ocasión, encontrándose cenando en una capital andaluza -me lo contó con mucha gracia-, que en otro comedor próximo al suyo estaban cantando canciones leonesas y le indicó al camarero que los invitase de su parte a unas copas. En agradecimiento, el coro vino a ofrecerle unas canciones a Pepe y a sus acompañantes. El que los dirigía era un médico que ambos conocíamos, y ya cansados los integrantes del improvisado coro, se negaban a continuar, pero al decirles el médico que al día siguiente les daba el alta y tendrían que ir a trabajar, la diver-

sión se prolongó ampliamente.

Siempre estaba a punto de viajar, se ponía en camino inmediatamente para llegar donde el servicio le reclamaba. Yo siempre le pedía prudencia en tan largo peregrinar, pero él, hombre pujante y resuelto, tomaba las decisiones sin que nadie pudiera disuadirle de las mismas.

Era un gran español, un hombre muy creyente y ejemplar en sus prácticas religiosas, preocupado, anhelante y esperanzado de llegar al ideal lejano de la perfección.

Fue buen padre de familia, ejemplar y cariñoso con los suyos, y no queremos olvidar en este momento, el temple y ánimo de su honorable esposa, pues no olvidemos que detrás de un gran hombre hay siempre una extraordinaria mujer. Matrimonio que sin duda, con su ejemplo ha influido de modo decisivo en la formación y educación de sus hijos.

Este es el recuerdo que nos queda de Pepe Serret, cuyos rasgos personales he pretendido relatar con la máxima objetividad sin dejarme influir por los sentimientos e impulsos del corazón.

"¡ PIDO UNA TREGUA !"

Ricardo García y esposa (Camino)
Florentino Argüello y esposa (Mari Luz)
Luis Jesús González y esposa (Rosa)

(Tertulia con algunos amigos)

Josep, el 6º de los hijos de Pepe, es el único de los once que nació en León; todos sus hermanos mayores, sin embargo, aunque nacieron en Tarrasa, se sienten leoneses, pues comenzaron a dar allí sus primeros pasos; de ahí que, al hablar de aquellos años de la década de los 70, lo hagan con la emoción del que hace un recorrido por su propia historia. Con su hermano Jaume, han acompañado a los coordinadores de este libro en un viaje a León, donde llegó Pepe con su familia en noviembre de 1.969.

Después del largo y entretenido viaje que media entre Lérida y León, llegamos a casa de Ricardo, un chalet de una urbanización situada en las afueras de la ciudad. Tras breves presentaciones, conocemos a su familia y a los amigos que ha citado para este encuentro: Florentino y Luis Jesús, con sus respectivas esposas. No hacen falta muchas palabras para que enseguida nos sintamos como en familia, como si nos conociésemos de toda la vida. El fuego que Ricardo ha preparado en la chimenea, así como el buen vino castellano que nos sirve, contribuyen a que el ambiente se nos haga enseguida especialmente grato y acogedor. Pero, en el fondo, todos pensamos -y después lo reconoceremos abiertamente -que el vínculo que nos hace sentirnos a gusto, como si fuésemos amigos de siempre, es sobre todo la común amistad que todos teníamos con Pepe.

Nos reunimos en una habitación acogedora, junto a una pequeña bodega. Jaume y Josep, acompañados por los hijos de Ricardo y Luis Jesús, se han ido a León con el deseo incontenible de recorrer todos esos lugares entrañables que tantos recuerdos deben traer a su memoria. Las señoras se ocupan de los preparativos para la cena; el fuego, cada vez más vivo, ha caldeado pronto el ambiente. Empiezan a salir recuerdos sueltos, mientras miramos algunas fotografías que ha traído Ricardo; en ellas aparecen Pepe y Roser con Ricardo y Camino, y con otros amigos; son fotos de un viaje reciente a Marruecos y de un encuentro familiar también reciente que tuvieron en Mollerussa. En una de esas fotos se ve a Pepe encima de un camello; en otra se le ve con su característica sonrisa junto a un marroquí, ataviado con traje típico, que agita unas maracas de metal.

Ricardo comenta que todos sus intentos de escribir sus recuerdos de Pepe han resultado infructuosos, y que una y otra vez acababa abandonando, dándose cuenta de que la razón, la memoria, fácilmente eran relegados por los sentimientos que se iban agolpando en el corazón. Algo parecido comentan sus acompañantes, y entendemos que hayan preferido compartir con nosotros sus recuerdos en el ambiente más distendido que proporciona un encuentro como éste. Con todo, Ricardo ha traído un escrito - nos invita a que lo leamos - que recoge en síntesis todos esos sentimientos que fue capaz de poner sobre el papel y que reproducimos a continuación:

"No creo descubrir nada si digo que José Serret fue un hombre extraordinario. Personalmente, conviví con él durante casi veintidós años durante los cuales me demostró su gran personalidad, humanidad y amistad en cada momento.

Le conocí en abril de 1.971, siendo yo un estudiante que pretendía ocupar un verano, y él responsable de la empresa en que me presenté. Me siento muy orgulloso y agradecido de haberme encontrado en aquella ocasión con una persona que más tarde sería un gran amigo.

Comencé a trabajar a su lado y día a día me fue demostrando lo bonito que puede ser trabajar con ganas, con ilusión, así como la satisfacción que podemos encontrar en las cosas bien hechas.

Pasamos tiempos en los que podíamos saber cuándo comenzaba la jornada, pero no cuándo terminaba; y aun así siempre se terminaba con una reunión informal; no importaba el lugar, podía ser su despacho, cualquier otro o la portería: el caso era relajar el día.

Pepe era feliz y lo demostraba. Reunido con sus amigos, nunca tenía prisa. Charlas más o menos trascendentes, canciones y bromas, hacían cortas las sobremesas.

Cuando nos conocimos, hacía poco tiempo que vivía en una tierra para él extraña, donde pronto hizo amigos y se encontró muy bien. Pero, claro, había que conocerle y darse cuenta que derrochaba amistad; que, a través suyo, sus amigos lo serían entre sí y sus familias.

Pasamos mucho tiempo juntos, en el trabajo, en viajes profesionales, en vacaciones... Sus preocupaciones pasaban a un segundo término por hacer agradable el momento de convivencia con quien se encontraba bien.

Para mí fue un segundo padre, un hermano mayor, un gran amigo; su familia es la mía.

* * *

Conscientes del motivo que nos ha reunido aquí, enseguida empiezan a desglosar recuerdos. El primero en tomar la palabra es Florentino. De aquellos primeros años, cuando Pepe y su familia llevaban todavía poco tiempo en León, recuerda que algunas jornadas las pasaban a orillas del río, donde iban con las familias a pasar el día y a comer cordero. Conservan la imagen de un Pepe, con el gorro de cocinero, rodeado de la chiquillería.

- "En otra ocasión - recuerda Mariluz -, Roser estaba a punto de dar a luz del primer o segundo chico y se fue a Tarrasa. Antes de irse,

le dejó el encargo de que cuidase un "Ficus" que tenían en casa: era bueno - le dijo - echarle un poco de leche de vez en cuando. Lo cierto es que Pepe le echaba toda la leche que sobraba y el "Ficus", como es lógico, no resistió semejante dieta". ("Como para Pepe la leche era buena - observa Ricardo -, tenía que ser buena para todo, y como él no conocía la tacañería se la echó toda").

Florentino recuerda un sucedido - dice él - "fuera de lo corriente": el cariño que le cogió a León al muy poco tiempo de haber llegado...

- "Cuando llegó, Pepe era un catalán hasta la médula, de los que llegan a defender que "el romero de Cataluña huele mejor que el de León". Pero, en poco tiempo, el cambio fue rotundo. Su adaptación a León, a sus canciones, refranes y dichos, fue rápida y total".

(Esto - también aquí coinciden todos - se nota enseguida en su familia: los hijos mayores se sienten leoneses, aunque sólo uno de los once, Josep, nació en León).

Mariluz comenta que Pepe disfrutaba de todo y con todos. Entre otros rasgos de su forma de ser, recuerda que Pepe era muy frugal en las comidas: ***"Un huevo frito... ¡Pero uno sólo, por favor!"***, era una de las situaciones frecuentes cuando se reunían para comer en un restaurante. Florentino también tiene viva conciencia de este rasgo de Pepe:

- "Cuando estábamos con él, aquí o en Barcelona, donde fuese, Pepe trataba a los que le acompañábamos a cuerpo de rey: él, con la carta en la mano, empezaba pidiendo lo mejor para los demás; después, cuando todos estábamos servidos, él pedía unos huevos fritos, sin darle mayor importancia. Y se le veía tan feliz como al que más".

Tambien recuerdan divertidos los desayunos a base de bocadillos de anchoas (a Pepe le recordaban los tiempos de estudiante) que a veces, en viajes profesionales, tomaban a las ocho o las nueve de la mañana.

- "Con todo -agrega Florentino-, el cordero en Aranda, si pasábamos por allí, era algo casi imprescindible. Y aquí las truchas, en la época de desveda, igual.

Recuerdan la visita que hicieron a la familia en Mollerussa, hace algunos años.

- "En su casa no sobraba nadie; siempre había hueco para todo el mundo, y hay que tener en cuenta que aquel día podía haber en su casa 16 ó 18 muchachos. Maria Ángeles cumplía ese día 17 años; a todos los pequeños se les veía muy contentos... Pepe animaba el ambiente como nadie, y Roser a su lado dispuesta a todo".

Sus recuerdos pasan también a tiempos más recientes: hablan de la última vez que Pepe y la familia estuvieron en León, en la Semana Santa del 91. También comentan las últimas conversaciones telefónicas con motivo de las últimas fiestas de Navidad: es la última vez que todos recuerdan haber escuchado la voz del amigo.

Luis Jesús habla de las cenas de Nochebuena, en casa de sus padres, con Pepe. Dice que su padre y Pepe eran política y religiosamente de ideas muy diferentes, pero eso no quitaba que, pese a las discusiones que mantenían, fuesen grandes amigos.

Hablan de cómo era Pepe en su faceta de trabajador, y destacan que en el trabajo era incansable.

- "Era -dice Ricardo- incapaz de llamar la atención a nadie. La autoridad la conseguía con el ejemplo. Él se imponía a sí mismo un ritmo de trabajo muy intenso, y ese ejemplo de laboriosidad era lo que le daba delante de los demás una gran autoridad. No era la autoridad del que manda, del jefe, sino una autoridad moral, y eso se notaba enseguida".

- "En operaciones de compra o venta -añade Florentino- Pepe era exhaustivo, peleón, pero a la vez muy noble. Recuerdo que en una de esas operaciones difíciles, después de tres horas de análisis de una de esas situaciones en las que no falta la discusión y la controversia, al final Pepe le dijo a su interlocutor: ***"Mira, he reconocido que tienes razón, así que ¿cómo quieres que lo hagamos?..."***. Y ahí terminaba la discusión, sin que quedase menoscabada la relación humana".

- "En el tiempo que yo le traté -dice Luis- vi que era un hombre al que le costaba admitir que pudiese haber alguien próximo a él que le pudiera hacer daño. Pepe era un hombre que confiaba en todos los que tenía a su lado. A la vez, era un hombre que sabía salir de situaciones comprometidas relacionadas con el trabajo, y de salir de ellas airoso".

- "Era un hombre - dice Florentino - con un carácter acogedor para cualquier persona; eso era algo como consustancial con su ser; parecía como si no tuviese que esforzarse para caer bien a la gente".

De los primeros años en León, recuerdan bien la preocupación de Pepe por dar una buena educación a sus hijas, y los temores que tenía al principio cuando llegó el momento de la escolarización en una escuela nacional. Pero poco tiempo hubo de pasar para que sus temores se disiparan, pues sus hijas se integraron en el Colegio con toda normalidad. Recuerdan asímismo la mucha dedicación de Pepe a sus hijos, hasta el punto de que, cuando los domingos por la mañana debía ir a la fábrica, se llevaba a sus hijas con él para poder trabajar haciendo a la vez vida de familia.

- "En el trabajo Pepe era un hombre especial. Quizás en estos tiempos que ahora vivimos sea difícil entender ciertos comportamientos, pero en aquellos años las cosas eran algo diferentes. Cuándo llegaba la hora de cobrar, Pepe se interesaba por las personas, más que por su trabajo, y si un empleado, pongamos por caso, no tenía hijos y otro tenía tres, éste cobraba más; pero no porque tuviera tres hijos sino porque lo necesitaba más. Pepe era muy espléndido en la cuestión de manejar salarios; en este terreno jamás tiraba para atrás: si tenía que pelear con los proveedores, peleaba hasta el final pensando en el bien de su empresa y de sus empleados".

Florentino recuerda uno de los momentos más duros por los que Pepe pasó, en su vida profesional, cuando en el año 1.985 se reestructuró la empresa a la que había dedicado su vida desde que llegó a León. Conserva vivo el recuerdo de lo mucho que lloró Pepe en estas circunstancias.

- "En los muchos viajes que hicimos por motivos profesionales -recuerda Ricardo- siempre llegaba el momento, aún en medio de largas e intensas conversaciones sobre temas diversos, en que Pepe se ponía a rezar. Cuando la conversación podía estar en su punto más álgido, era normal que Pepe te propusiera, por ejemplo, rezar un Rosario; ***"¡pido una tregua!"***, decía él en alguna de estas ocasiones, y a continuación sacaba el Rosario del bolsillo y se ponía a rezarlo, invitándote a hacerlo con él".

Florentino también recuerda -y en esto también Ricardo comparte con él sus impresiones- algunas otras costumbres de Pepe mientras vivió en León:

- "Al poco tiempo de llegar a nuestra empresa, ya era de todos conocido que Pepe empezaba cada jornada con la asistencia a Misa. Siempre que podía, a primera hora de la mañana; lo mismo daba que se hubiese acostado pronto, o que, por cualquier motivo, lo hubiese hecho muy tarde. En cualquier caso, la Misa a primera hora del día, era lo primero para él. Pepe era un ejemplo de constancia y firmeza en sus convicciones religiosas".

Con el paso del tiempo, parece que esas convicciones fueron arraigando cada vez más. Florentino recuerda también que Pepe le empezó a invitar cada mes a unos retiros espirituales para hombres, a los que de hecho continúa asistiendo actualmente.

- "Pepe -comenta Rosa- se tomaba muy en serio los tiempos litúrgicos que discurrían a lo largo del año y los vivía del modo más conveniente en cada caso. Por ejemplo, en Semana Santa vivía la costumbre de dejar de fumar, y eso a él le costaba muchísimo. También era muy devoto de los actos en los que se cuidaba con esmero la liturgia, los cantos, etc.; a este respecto, le gustaba mucho asistir a algunos de esos actos, particularmente a la Misa de Pascua, que se celebraban en la Iglesia de San Isidoro".

Después de brindar por este encuentro y por el buen final del libro que preparamos, nos despedimos y quedamos para el día siguiente, domingo. Nos despediremos de estos buenos amigos de Pepe y de

León, después de hacer un recorrido por los lugares que Pepe más frecuentaba, con su familia y con sus amigos. Y de oír Misa en la Catedral de León, donde sin duda también Pepe pasaría muchos momentos compartiendo sus preocupaciones y alegrías con Dios.

UN MAGNÍFICO COLEGA



Josep Ballcells

Ingeniero Tco. Industrial. Empresario,
ESPLUGUES DE LLOBREGAT (Barcelona)

No recuerdo exactamente la fecha en que conocí a Pepe, pero calculo que fue allá por los principios de los años 70.

Alguno de los hermanos Castelló nos presentó en la Federación de Industrias Lácteas; Pepe, entonces, llevaba la Gerencia de Lenosa en León. Enseguida pude apreciar que tenía ante mí a una persona abierta y alegre.

Luego los encuentros se fueron repitiendo, ya no sólo en las Juntas de la Federación, donde rara vez dicrepábamos sobre la problemática del sector lácteo; por el contrario, nuestros puntos de vista eran coincidentes , tanto que, con cierta frecuencia, preparábamos juntos la estrategia a seguir en los largos y acalorados debates que casi siempre se producían en la Federación.

No obstante, era muy difícil, incluso después de estas discusiones, verle con el ceño fruncido, ya que, inmediatamente, cuando terminábamos, su amplia y socarrona sonrisa aparecía de nuevo en su semblante, y luego acabábamos, muchos días, tomando unas copas antes de partir hacia Barcelona.

Luego, cuando Pepe se trasladó a Mollerussa, la frecuencia de nuestras reuniones fue incrementándose, al coincidir en las reuniones del histórico Gremio de Industrias Lácteas de Barcelona.

Recuerdo que los criterios en el Gremio no eran tan coinciden-

tes, ya que, por razones lógicas de empresa, Granja Castelló "invadió" Girona para ampliar sus aprovisionamientos de leche, y Cebalsa Ato, en la que yo llevaba la Dirección General, decidió entrar en el "sancta sanctorum" de Granja Castelló -en diversas comarcas de fuerte influencia de ésta-, con el mismo objetivo de incrementar nuestras recogidas de leche. Lógicamente, estos movimientos llegaron a crear fuertes enfrentamientos con Pepe, que fueron todavía más crispados cuando, después de la entrada de Nestlé en Granja Castelló, decidieron lanzar su "leche fresca pasterizada" en el mercado.

Sin embargo, curiosamente, a medida que nos fuimos conociendo, nuestra amistad fue profundizándose y llegamos ambos a comprender los puntos de vista de ambas empresas con aspiraciones lógicas de crecimiento, en un mercado cada vez más duro y competitvo. Tanto fue así, que nuestros encuentros, por fortuna, también se daban en otras esferas más relajadas, como por ejemplo en los viajes que organizaba Tetra Pak, o en los simposiums de la FIL, en los cuales confraternizábamos, incluso, en un ambiente mucho más distendido, y con nuestras respectivas esposas.

Era en esos momentos, fuera de las reuniones duras de trabajo, donde Pepe se nos mostraba tal como era, abandonando su "coraza" de Director General, y apareciendo el hombre con toda su humanidad y su sinceridad.

Recuerdo que empezamos un simposium en Marbella, allá por el año 85, donde coincidimos en la misma mesa. (Por cierto, que ese día fue cuando a nuestro amigo común Pablo le dió un "susto" el corazón, que terminó con una delicada intervención quirúrgica y, por fortuna, ahora está perfectamente bien).

Después de los tres días pasados en Marbella, coincidimos en Agadir (Marruecos) invitados por Tetra Pak. El último viaje en que coincidimos fue en el crucero por el mar Báltico, también invitados por Tetra Pak; ahí, realmente, la familia Serret lo pasaba en grande, disfrutando de la vida como nadie, ya que como tenían los hijos mayores, podían permitirse esas minivacaciones que antes apenas podían por esa situación familiar.

En este viaje al Báltico Pepe estaba algo preocupado, ya que tenía un pie en el sector cafetero y abandonaba el lechero, en el que se movía como pez en el agua, después de veinte años de permanecer en él.

Por cierto, cuando me comunicó que se iba al sector cafetero, me dí cuenta que perdía un magnífico colega y que el peso que teníamos los catalanes en Madrid iba a verse menguado.

A su vez ello implicaba la devolución gustosa de estas invitaciones, de forma que, cuando llegaba el verano, la Junta Directiva del Gremio -que había formado su relación de amistad personal- íbamos invitados por el entrañable amigo José Antonio Sellés a su magnífica casa de Cala Canyellas y allí, casi siempre, terminábamos de forma parecida a Mollerussa, es decir, de noche y cenando "pa amb pernil".

Al día siguiente era obligada la invitación por mi parte, y me los subía a Palamós, a la pequeña embarcación; lo que ocurría es que al amigo Pepe no conseguí nunca subirlo a bordo, de manera que él prefería dar un paseo por tierra firme y luego nos encontrábamos a la hora de comer.

Otra anécdota que recuerdo de él es que después de una tradicional cena de San Antonio, que el Gremio de Catalunya celebraba cada año, nos apuntábamos la idea de ir después al teatro Arnau, pero él nos convenció y fuimos al Liceo a ver una opera rusa. Con gracia, nos disuadió de ir a ver un espectáculo que podía pecar de frívolo. Si tuviera que definir la personalidad del amigo Pepe, la resumiría sucintamente en:

Amor a Dios
Amor a la familia
Alegria por la vida
y gran profesionalidad.

"PARA QUE NO SE LAS LLEVE EL VIENTO"



Enrique Mestre

Profesor Mercantil. Director Productos Refrigerados
Sociedad Nestlé
ESPLUGUES DE LLOBREGAT

Sabía quién era. Lo había saludado alguna vez, pero mi primer contacto directo con José Serret no se produjo hasta un día de 1991 en que fui a hacerle una visita a Granja Castelló, en Mollerusa.

Tengo un recuerdo imborrable de aquel día, que para mí significó empezar a descubrirle, y en este descubrimiento hubo sorpresa y admiración, por múltiples facetas de su forma de ser, de su forma de abordar los temas, de su forma de tratar a las personas, de esa familiaridad que transmitía inmediatamente.

Recuerdo que visitamos la fábrica y después fuimos a comer, y comentando aspectos profesionales, hicimos una larguísima sobremesa. A la salida del restaurante, quiso todavía que fuéramos a casa de sus padres y hermano a ver la explotación ganadera y allí nos hizo compartir la cena con su familia.

Fue un primer contacto profesional y humano que luego debería de ampliarse considerablemente al dejar su trabajo en Granja Castelló, y ya dentro del Grupo Nestlé, ser el encargado de sustituirme en las funciones de Gerente de Productos del Café en Reus.

Por ello, durante tres meses tuvimos, como el mismo definió, una "corta pero intensa convivencia", en la propia fábrica y en múltiples viajes por toda la geografía española para conocer las instalaciones y el personal de la empresa. Y estas muchas horas pasadas juntos

me permitieron continuar descubriéndole y admirándole.

Pude apreciar así su vertiente profesional de buen conocedor de la gestión de los negocios, con una enorme capacidad de ser enérgico y resolutivo, pero, al mismo tiempo, comprensivo con sus interlocutores.

Todo ello siempre con una sonrisa en los labios y dando incluso la sensación de estar despistado, pero sin que nunca se le olvidara nada y aportando siempre una opinión acertada.

También pude apreciar su vertiente profudamente humana, que traslucía en todas sus actuaciones con una enorme capacidad de diálogo, defendiendo con profunda convicción sus ideas pero respetando las de los demás. Buscaba intensamente acercar las personas entre sí para que, conociéndose mejor, se allanaran y fueran más fructíferas las relaciones particulares o profesionales.

Y en esta su ilusión de compartir con las personas, de acercarlas entre sí, disfrutamos, como muchos otros, de su magnífico cordero asado, de sus sobremesas alegres y de su libro, en el que debía dejarse un testimonio escrito.

Testimonios escritos que no se olvidaba de incorporar también en ningún acto de tipo social y de los que conservo varios como recuerdo entrañable.

Como él mismo dice en uno de ellos: "***Dejaremos unas palabras escritas para que no se las lleve el viento***".

No sólo palabras, sino muchas otras cosas ha dejado José Serret que nunca se las llevará el viento y quedarán ancladas, para siempre, en nuestros corazones, como recuerdo de una gran persona, de las que dejan huella profunda en todos los que tienen el privilegio de tratar con ellas.



Madrid, Febrero 1988. Cena con Francisco R., Ricardo G., Luís A. y sus respectivas esposas, de regreso de un viaje organizado por TETRA PACK.



Reus, 1992. Con algunos colaboradores de Productos del Café, S.A.



Crucero Paises Bálticos. Junio 1990. Viaje organizado por TETRA PACK.



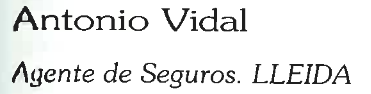
*Cala Canyelles.
Verano 1.992.
Con amigos del Gremio
Catalán Lácteo*



*Parque de Atracciones del Tibidabo.
Tren Blau. Noviembre 1.992.*

LO NORMAL EN ÉL...: ESE GOTEAR DE PEQUEÑOS DETALLES





Antonio Vidal

Agente de Seguros. LLEIDA

En septiembre de 1.979, con motivo de contraer matrimonio con mi esposa Mª Dolors, alquilamos un piso en Mollerussa. Las ventanas posteriores comunicaban con un patio, frente a la parte posterior de otro edificio, el cual tenía en cada uno de sus pisos una galería abierta, excepto el tercero que la tenía cerrada con cristales de la mitad hacia arriba. A esta galería (posteriormente nos enteramos que era el lugar de estudio) comunicaban dos puertas, una a la derecha y la otra a la izquierda, y en medio había una mesa plegable.

Supongo que alguien se preguntará: ¿esto qué tiene que ver?... Pues bien, tiene mucho que ver.

En ocasiones, mi esposa y yo habíamos observado el sorprendente movimiento que se producía, a partir de ciertas horas, en la famosa galería del tercer piso del edificio de enfrente. Aquello parecía un carnaval, como una fiesta mayor continua. Todos los días, a partir de las siete de la tarde aproximadamente, se observaban cabezas que iban y venían de una puerta a la otra, cruzando la mesa, en ocasiones por debajo y otras veces por encima. Eso sí, siempre había una cabeza fija en medio que, parece ser, era la del que estaba estudiando. Cabezas, llegamos a contar siete. Mi esposa y yo nos mirábamos con cara de idiotas enamorados, exclamando: ¡qué locura, siete hijos!. En el fondo, los dos pensábamos que debía ser divertida tanta algarabía;

pero continuábamos diciendo: ¡qué locura...!.

Averigüé qué familia era aquella. Resultó ser la familia de un ejecutivo de un grupo de empresas de ámbito nacional, que hacía un par de años vivían en Mollerussa: se llamaba José Serret.

Si lo de los siete hijos ya me había dejado tocado, que el padre fuera un alto ejecutivo, eso sí que rompió mis esquemas.

Expresar por escrito, en cuatro apuntes, los frutos y los recuerdos de un amigo como fue Pepe Serret, me resulta extremadamente difícil.

Conozco por propia experiencia que Pepe hacía, cuando era menester, verdaderas renuncias en favor de sus amigos, aunque lo normal en él era ese gotear de pequeños detalles. En doce años no le vi ni una sola vez enfadado, y, en ocasiones, puedo asegurar que habrían sobrado motivos para estarlo. Ni una sola palabra fuera de tono, ni una queja; siempre disculpaba y sonreía: era un gusto estar con él, y más en su casa.

La casualidad, y algo más, hizo que conociera personalmente a Pepe Serret en el mes de febrero de 1.980. Nos presentó un buen amigo, D. José Safont Bosch. Cuando éste me llamó por teléfono para citarme en su despacho con Pepe Serret, pensé que al fin le conocería. El motivo de la entrevista no era otro que el de organizar un Curso de Orientación Familiar (FERT) en Mollerussa. José Safont nos pidió que lo coordináramos y nos responsabilizáramos del Curso. La entrevista fue corta, pero suficiente.

Si mirando por la ventana ya había roto mis esquemas, creo que en esta entrevista comencé a construir unos nuevos.

Me impresionó su atención hacia los demás: humilde, sincera de verdad. Su sonrisa (que rebosaba humanidad), su generosidad y una sutil e inteligente audacia, también me impactaron.

Su generosidad e inteligencia quedaron patentes ya que, a medida que José Safont le iba pidiendo y planteándole el tema, Pepe Serret no solamente decía que "sí" a todo, sino que sugería la posibilidad de mejorarlo. Digo esto porque los que tuvimos la suerte de conocer a José Safont, sabemos que cuando comenzaba por pedirte algo, en ese mismo instante ya te podías dar por "muerto".

Por otra parte, me resultaba difícil entender qué hacía allí una persona como yo, administrativo de profesión, recién casado (esperábamos nuestro primer hijo), junto a un ejecutivo de una gran empresa, padre de siete hijos y, además, en el "embrollo" de organizar un Curso intensivo para la formación de padres...

Aquello parecía una locura. La entrevista duró aproximadamente quince minutos. José Safont miraba de frente a Pepe Serret, le exponía más o menos cómo debería ser el tema, y Pepe decía seguidamente: ***"sí..sí.., y además podríamos utilizar tal cosa, etc."***. A continuación me miraban a mí: Pepe Serret, con una sonrisa de padre, y José Safont esperando sólo una respuesta; y yo decía: "sí..sí.. ¡¡estupendo!!". Mi preocupación más inmediata era cómo le iba a contar yo a Mª Dolors, mi esposa, que nos habíamos metido en tal fregado: coordinar un curso para... ¡nada menos que orientar a padres!. Cuando me imaginaba la pregunta de mi esposa, me entraban escalofríos. Mientras, iba respondiendo: ***"sí..sí.. ¡estupendo!"***.

El entusiasmo, la alegría y las ganas que vi en Pepe en aquella "aventura", me hicieron reflexionar muy seriamente en un tema, pues desde hacía algún tiempo presentía que algo debía cambiar en mi vida.

Se concretó que, para poder iniciar el Curso, era imprescindible contar con la asistencia de, como mínimo, veinte matrimonios; obviamente, esto quería decir que debíamos comprometernos a conseguir, cada uno, diez matrimonios. Al cabo de dos semanas nos volvimos a encontrar: Pepe Serret había reunido unos veinticinco matrimonios, y yo ninguno.

Estos fueron los dos primeros encuentros con Pepe Serret.

El caso es que el Curso de Orientación Familiar se realizó y fue todo un éxito. Todavía hoy, con mi esposa, en alguna tertulia con amigos recordamos anécdotas de aquel Curso.

Cada encuentro con Pepe era para mí una gozada, aunque durara tan solo unos minutos. Los siguientes encuentros fueron casuales, al

entrar o salir de casa, de la iglesia, etc. Pepe tenía la costumbre de asistir a Misa todos los días; también todos los días hacía la visita al Santísimo. En Misa es donde con más frecuencia coincidíamos; pocas veces en la visita al Santísimo, ya que él, por sus frecuentes viajes, la hacía a horas poco "normales": a las seis de la mañana, antes de salir de viaje, o al llegar por la noche, a las once o las doce.

En una ocasión, al principio de nuestra relación, coincidimos en la calle; él iba en coche. Me invitó a que le acompañara a recoger unos documentos en la empresa donde trabajaba. Nada más sentarme, ya se interesó por mí, y por cómo me iba en el trabajo y en la vida de familia. Contesté que bien, pero parece ser que no lo dije con demasiado entusiasmo y, sin darme cuenta, me encontré con que me estaba dando indicaciones y consejos, sobre todo en el tema familiar.

Cuando llegamos a su lugar de trabajo, me llamó la atención que saludara al portero por su nombre. Al salir, recogimos una caja que le habían dejado; era una caja con un envoltorio muy lujoso; me pareció un obsequio de alguien importante. Abrió la caja allí mismo y vimos que contenía dos botellas de champán francés; cogió una y me la dio, de forma que nos partimos su regalo a partes iguales, mientras me decía: ***"¿recuerdas los consejos que antes te he dado?...Pues si los pones en práctica acompañado de vez en cuando de una botella de buen cava, dan mejores resultados"***.

Le agradecí el detalle. Me dio mucho que pensar ese desprendimiento al regalarme aquella botella de champán tan caro. Cuando llegué a casa, le mostré a Mª Dolors lo que nos había regalado el Sr. Serret de la Granja Castelló. Ese mismo día abrimos la botella.

Con los años, mi esposa y yo hemos continuado con esa costumbre de abrir de vez en cuando alguna botella (desde luego no de esa marca). Pero también, con los años, me he dado cuenta de lo importantes y útiles que fueron para mí aquellos consejos que me dio Pepe durante aquel insignificante paseo hasta la fábrica.

A partir de entonces la amistad fue aumentando; era una amistad de verdad, sin ruido; una amistad de alegría, confidencia y silencio. En cada ocasión, cuando nos encontrábamos, yo descubría cosas nuevas.

En los primeros años del Colegio Arabell, el centro escolar pasó por verdaderos apuros económicos. Pepe Serret me preguntó si podía ayudar llevando la contabilidad del mismo; por supuesto, le dije que sí, entendiendo que me pedía una ayuda de forma material. Mi sorpresa fue que a fin de mes me habían asignado un sueldo. Pepe había conseguido dos cosas: ayudar al colegio y a sostener a mi familia.

Las cuentas bancarias del colegio estaban en números rojos y no se podían atender los vencimientos de los préstamos personales que, de manera solidaria, habían solicitado los padres, a la espera de que llegase el préstamo oficial. Dicho préstamo, de hecho, no llegó nunca y el agobio para atender los vencimientos se hizo insoportable. Se recurrió entonces a pedir dinero a los padres, amigos, conocidos, familiares, etc. En varias ocasiones, como responsable que yo era de la contabilidad, Pepe Serret me hizo entrega de algunos cheques con cifras altas de su propia cuenta corriente; en cada ocasión me insistía para que contabilizara la entrega como un donativo anónimo. Así lo hice y así está registrado en los libros. Actualmente el colegio Arabell es uno de los centros educativos de mayor prestigio en Lleida.

Cuando la familia de Pepe Serret se trasladó a vivir a una casa que se habían construido en la misma ciudad de Mollerussa, coincidió con que nosotros tuvimos que dejar el piso de alquiler donde vivíamos. En cuanto Pepe lo supo, se ofreció para dejarnos en alquiler su piso y las dos plazas de párking. Aceptamos. Jamás quiso cobrarnos el alquiler, aludiendo que a él no le hacía falta ese dinero y a nosotros sí.

No puedo contar todas las anécdotas y vivencias que vienen a mi memoria, pues el escrito se alargaría en exceso; terminaré contando una que no me atrevo a decir que fuese la última.

Recientemente, coincidimos durante un fin de semana con ocasión de un curso de retiro espiritual. Al terminar el primer día, cuando ya nos retirábamos a las habitaciones, nos paramos un momento a conversar y le hice una consulta sobre un tema que, por aquel enton-

ces, era de suma importancia para mí; él estaba acostumbrado a que yo le hiciese ese tipo de consultas. La conversación, esta vez, se alargó hasta las cuatro de la madrugada, hora en la que nos despedimos. A la mañana siguiente, a las ocho y veinticinco de la mañana, nos encontramos de nuevo en uno de los pasillos de la casa, con dirección al Oratorio, y en aquellos momentos me entregó cinco folios manuscritos por las dos caras, en los que me resumía y exponía su punto de vista sobre la consulta que le había efectuado hacía escasas horas, de madrugada.

Hasta el 25 de enero de 1.993 creía, por el cariño con que me trataba, que yo era uno de sus mejores amigos. En esa misma fecha, y después de ver tantas personas llorando su ausencia, me di cuenta con mayor claridad de la grandeza de su corazón, y sentí en mi interior el remordimiento de no haber correspondido quizás mejor a su amistad.

Quiero aprovechar estas líneas para agradecer a Roser el bien que ha hecho y sigue haciendo a mi familia.

En la actualidad, mi esposa Mª Dolors y yo formamos una familia con siete hijos, y nos seguimos diciendo que es una "locura", pero verdaderamente encantadora.

ABRÍA SU CORAZÓN PARA QUE CUPIÉSEMOS TODOS



Salvador Castilla

Profesor de la Escuela Familiar Agraria "El Pla". ALMACELLES (Lleida)

Conocí a José Serret al poco tiempo de llegar de León a Mollerussa. Yo desconocía su actividad y tuve pocas ocasiones de hablar con él; sólo a través de un común amigo, José Safont - que fue el que más le trató al llegar a Mollerussa - conocí su actividad. A las pocas semanas de tomar posesión de su cargo en "Granja Castelló", comencé a verlo a diario en Misa, a las 8.30 horas, con su esposa Roser.

Los comentarios que suscitaba su numerosa familia eran pintorescos, pues la familia aumentaba a buen ritmo, pero nunca - que yo recuerde - despectivos.

Su ejemplar comportamiento y su carácter abierto, amistoso, le atrajo en muy poco tiempo la admiración de todos.

Fue un colaborador asiduo de las Escuelas Familiares Agrarias; su gran generosidad le llevaba a ocuparse por la formación de la juventud del medio rural. Puedo afirmar que puso todo su entusiasmo en esta labor y no dudó en ningún momento en colaborar también con su aportación económica.

En el trato con sus amigos era extremadamente generoso y muy delicado, pues con su numerosa familia, animaba a otras a pasar el día junto a ellos. Les hacía partícipes de su gran tesoro: sus hijos y su esposa, Roser. Y Dios era un tema habitual en la conversación con él.

En la intimidad del hogar abría su corazón para que cupiésemos todos, sin escatimar ningún esfuerzo. Para todos tenía palabras de cariño, ánimo y esperanza, sin descuidar a nadie, aunque se lo hubieran presentado momentos antes.

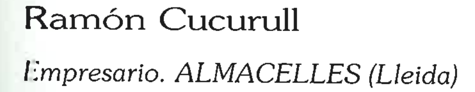
Un mes antes de marcharse al Cielo celebramos una fiesta en su nueva casa de Reus. Entre todos, seríamos una treintena de amigos. Después del almuerzo tuvimos una sobremesa en la terraza, donde el cariño y la alegría quedaron plasmados, ya al atardecer, en una especie de diario que él escribía durante la reunión, entre canciones y comentarios ocurrentes. Cuando terminamos, nos leyó lo escrito, que, en síntesis, recogía su agradecimiento a Dios por la felicidad y la alegria de haber disfrutado de nuestra presencia.

No quiero terminar este pequeño esbozo de mis recuerdos de Pepe sin una especial mención a Roser. Ella fue y es el pilar donde siempre tuvo su asentamiento e impulso, sin hacerse notar, en la vida fecunda de Pepe.

Ella sabe, igual que todos nosotros, que tenemos la suerte de tenerlo en el Cielo intercediendo por cada uno en la presencia de Dios.

IMPRESIONABA VER CÓMO VIVÍA LOS PROBLEMAS AJENOS





Ramón Cucurull

Empresario. ALMACELLES (Lleida)

Estamos hablando del año 1.980. Uno de nuestros hijos, Alfons, nos comentó que unos compañeros de su curso, Jaime y Toni, le habían invitado a su casa con motivo de las fiestas de su pueblo.

Coincidía que este pueblo, Mollerussa, está en la ruta que hacíamos cada domingo para estar con nuestros padres, y dejamos que Alfons pasara un rato con la familia Serret. A media tarde, lo recogimos; ni siquiera bajé del coche, y fue mi mujer quien saludó a los padres de los amigos de mi hijo.

Aquel día no conocí a Pepe, y los comentarios de mi mujer confirmaron las referencias que nos habían dado respecto a esta familia: simpáticos, agradables, abiertos, etc.

No pasó mucho tiempo, cuando nuestras hijas también nos pedían ir a Mollerussa - coincidían en sus cursos respectivos con otras hijas de Pepe -, y así se originó una serie de idas y venidas a su casa o a la nuestra, que motivó el inicio de una gran amistad, no sólo entre los chavales sino también entre nosotros, los padres.

Recuerdo con cariño el día en que nos invitaron a todos a cenar en su propia casa, para conocernos mejor; realmente, aquel día descubrí una gran familia, de la que he aprendido muchas cosas que me ayudarán durante toda mi vida.

Desde el primer momento, lo que más me sorprendió de Pepe

fue la gran estima que tenía por sus hijos y por los amigos de sus hijos. El ambiente de libertad y alegría que se respiraba en su casa, se palpaba de inmediato; supo educar a sus hijos en ese binomio libertad-responsabilidad, porque deseaba que los demás fueran felices y se hizo suyo el slogan: "siempre alegres para hacer felices a los demás". Él lo vivía y supo transmitirlo a sus hijos. Notaba esa alegría cuando iba a su casa: siempre te recibían con una sonrisa en los labios, todos y cada uno de los miembros de esa querida familia.

Uno de los temas que siempre salía en nuestras conversaciones, era la formación de los hijos y, como es lógico, los colegios; para él era muy importante estar al día en todo lo referente a los mismos: reuniones de padres, profesorado, dar a conocer el colegio a otras familias, necesidades económicas, etc.

En una ocasión hubo en uno de los colegios un problema de relaciones laborales; inmediatamente se puso a disposición de la Dirección del colegio para lograr que las aguas volvieran a su cauce; gestión que realizó con la máxima discreción y, como buen negociador y conocedor en estos temas, en pocas horas quedó el asunto resuelto.

Otro aspecto que quiero resaltar de Pepe es cómo quería su trabajo profesional. Hablar con él de trabajo era una maravilla. Me acuerdo de un consejo que no olvidaré: ***"piénsalo muy bien antes de realizar algo, y luego asúmelo con toda responsabilidad y no mientas nunca; si una cosa crees que tienes que deformarla, no la digas. Es mejor callar que mentir en los negocios"***.

Era un gran profesional y respiraba por todos sus poros sencillez; disculpaba siempre los errores de los demás y tenía una predisposición constante de aprender.

Quiero dejar constancia de su gran devoción a San José, al que se encomendaba a diario pidiéndole que le ayudara a trabajar a conciencia, *"poniendo el cumplimiento de mi deber por encima de mis naturales inclinaciones, de trabajar con reconocimiento y alegría, mirando como un honor el desarrollo, por medio del trabajo, de los dones recibidos de Dios..."*.

Su alto concepto de la amistad era algo que notabas estando con él. No admitía jamás que se criticara a nadie en su presencia. Esto permitía que te sintieras muy a gusto a su lado, y hacía fácil el camino para que ese trato de amistad llegara, incluso, a la confidencia, tanto en temas profesionales como personales.

Impresionaba ver cómo vivía los problemas de los demás. Cuando le hacías conocedor de alguno, automáticamente lo asumía como si fuera suyo y no paraba hasta lograr, dentro de lo posible, la solución del mismo. Notaba siempre cuándo estabas preocupado por algo. Le gustaba la concreción, y, una vez situadas las cuestiones, arremetía sobre ellas con toda la audacia posible, sin llegar nunca a la temeridad. Solía medir los riesgos, y nunca dejaba las cosas para mañana. Su generosidad rompía todo convencionalismo; siempre estaba dispuesto a ayudar en todos los sentidos, y era lo suficientemente elegante al hacer un favor como para que la persona que lo recibía no se sintiera obligada a devolvérselo. Siempre me decía: ***"Si al hacer un favor buscas el agradecimiento, deja de ser un favor"***.

Todo ello le llevaba a ser muy acogedor; siempre tenías la sensación de estar con él en tu propia casa, y es porque cuidaba y enseñaba a que los demás hicieran lo mismo, hasta los más mínimos detalles, que hacen agradable la convivencia.

A mí me gusta un refresco determinado; pues bien, no hubo ni un día que al llegar a su casa no lo tuviera preparado. Donde más se destacaba su sentido de la amistad era en los acontecimientos familiares; le encantaba estar siempre rodeado de sus amigos y de los amigos de sus hijos, logrando un ambiente en el que se lo pasaban bien ambas generaciones. La celebración de su santo era un acontecimiento social; allí nos reuníamos sus familiares, amigos y conocidos. Con motivo o sin él, se montaba rápidamente una comida o una cena, aunque quiero añadir que todo se podía hacer gracias a la disponibilidad de su mujer, Roser, que siempre secundaba con una sonrisa todas las iniciativas de Pepe.

Había unas fiestas concretas que cada año se celebraban para que los hijos lo pasaran bien y no tuvieran necesidad de salir de casa: la verbena de Sant Joan, la "castañada", la "mona", en las que nos reuníamos seis o siete matrimonios con todos los hijos de distintas edades.

Todas estas reuniones estaban llenas de contenido y alegría; siempre se podía aprender algo de Pepe, pero lo que más destacaría era su espíritu de servicio a los demás.

Otro encuentro imborrable, la celebración de la Noche Vieja. Nos reuníamos la familia de Roser, la mía, y todos ellos, los Serret.

Pepe nos leía cada año el "Poema de Nadal", de Josep Mª de Sagarra, y nosotros interveníamos, cuando él nos dejaba, cantando el villancico al Niño Jesús: "Que li donarem...". Este era el inicio de una velada llena de villancicos y otras canciones en la que participábamos tres generaciones.

¡Cómo le gustaba cantar!. No había celebración en la que, en un determinado momento, no se sacaran los cancioneros. Pepe rebosaba felicidad e intentaba que todos participáramos en estos momentos tan dichosos.

A la vez le gustaba dejar constancia de todas esas reuniones, y sacaba el "Libro de encuentros" para que todos expresáramos nuestro estado de ánimo en sus páginas.

Él encabezaba siempre el escrito, con grandes rasgos, para animarnos a que hiciéramos lo mismo; cosa que no siempre resultaba fácil, pues tenía grandes dotes poéticas, y nos ponía el listón un poco alto.

¡Cuántos momentos buenos hemos compartido! (alegrías, preocupaciones, problemas,...) durante estos casi trece años de amistad sincera, profunda y, me atrevo a añadir, sin temor a equivocarme, muy intensa.

Otro rasgo de su carácter era la serenidad; así lo demostró en un viaje que hicimos, acompañados de nuestras respectivas familias, por Castilla-León y el Norte de España. Con niños de todas las edades, fue un viaje estupendo; nunca estaba nervioso, y en algún momento había motivos para estarlo, pero él no perdía el buen humor. Recuerdo que en una etapa del viaje se le quemó el embrague del coche y la única posibilidad de arreglarlo estaba en Madrid. Era domingo y no podía correr a más de 50 km/h, y al final, ni eso; recurrimos a la grúa y cambió de planes: nos dirigimos a Madrid. Una vez allí, nos enteramos que por la tarde en el "Bernabeu" jugaban Madrid-Barça, y, para compensar el transtorno que la avería de su coche había supuesto dentro de la programación del viaje, llevamos a los chavales mayores al partido. Lo pasamos fenomenal.

De todo acontecimiento sabía resaltar el aspecto positivo y se esforzaban en gran manera para hacer felices a todos los que estaban a su alrededor.

Seguro que me quedan muchas cosas que contar de cómo era Pepe. Quiero acabar aquí mi pequeña colaboración con unas palabras que él mismo escribió el día 12 de octubre de 1.984 con motivo de una cena profesional: ***"...que nosotros y nuestros hijos podamos descubrir los "entresijos", unos para mejor morir y los otros para mejor vivir..."***.

SU ÚLTIMO Y ENTRAÑABLE REGALO



Francisco Ribot

BARCELONA

Realmente, no puedo precisar cuando conocí a José Serret. Sólo que me encontré conociéndole, tratándole, apreciándole, hace ya muchos años. Nos encontramos, esto también lo sé, en esta selva despiadada que, en general, constituye el mundo de los negocios. Ambos formábamos parte del Estado Mayor de sendas compañías de nuestro país.

Pienso que uno de los motivos de que nuestra amistad rebasara con creces el frío ámbito mercantil fue precisamente su trato peculiar, que constituía un refugio, un remanso, dentro del agitado campo en el que se desarrollaba nuestra diaria labor.

Curiosa forma de ser la de José. Porque habitualmente en el mundo de los negocios, o se es un Cid Campeador que arrasa sin miramientos todo lo que se opone, o se es un blandengue abocado al fracaso. José Serret fue un eficientísimo hombre de empresa. Afortunadamente para mí, mi función específica dentro de mi empresa no me obligaba al trato directo con su función en la suya. Porque José Serret, si se lo hubiera propuesto, me habría vendido la Torre Eiffel, el Taj Mahal, o un portaviones para desguace: tanta era su capacidad de convencimiento. Pero a la vez - y este era el refugio, este era el remanso de su trato -, José destilaba bondad por cada uno de sus poros y a través de cada una de sus palabras, por duras que éstas tuvieran que ser.

En el ámbito de la relación mercantil, cuando nos toca identificar a un interlocutor, solemos programar en primer lugar, en este ordenador que llevamos dentro de la cabeza, la actividad del sujeto: ¿qué vende?, ¿qué fabrica?. Y a continuación, por esta prosaica vía de introducción, llegamos a la persona. Con José Serret las cosas ocurrían al revés: se le programaba a él como persona muy concreta y, como consecuencia, aparecía todo lo demás. Su recia humanidad cubría todas sus circunstancias.

Se nos ha ido José Serret.

José Serret era un hombre bueno. A conciencia practicaba el bien en su sentido más amplio. Y lo practicaba, no para lucirse, no como orgullo, no por ostentación, formas espúreas, todas ellas, de la bondad. José practicaba el bien porque así le salía del corazón, por puro amor al prójimo; porque para José Serret, todos los hombres, incluso aquellos con los que discutía acaloradamente, eran sus hermanos, y como a tales los trataba.

Puede pensarse que quien corresponde a esta descripción es puro espíritu; que es de la madera de los anacoretas, de los que van por el mundo sin apenas rozarlo.

Pues no; José Serret pisaba el suelo, y lo pisaba con firmeza; con tanta firmeza lo pisaba que, en todo momento, era un buen esposo, un buen padre, un gran hombre de empresa, un luchador, un ciudadano siempre en activo situado constantemente en la cresta de la ola respecto a sus actividades, que él entendía como un servicio.

Pero, al mismo tiempo, se le veía el alma a flor de piel; esta cosa etérea que pensamos que es invisible (que los médicos ateos suelen decir que nunca la han alcanzado con el filo del bisturí), y que a José Serret se le veía de manera tan clara, tan diáfana, como podía vérsele la corbata cuando se la ponía.

Yo, amigo suyo, creyente, pero tocado como muchos por los malos momentos de la duda, le envidié siempre (y así se lo había dicho reiteradamente), la firmeza de su fe, hecha a prueba de bomba.

Y esta forma de ser, este talante, ese estar en todo, este cuidar las cosas de aquí sin descuidar las de allá, los había proyectado de modo indeleble en su familia, lo cual en esta época, con once hijos, no es poco. Bien es cierto que con José de piloto y con Roser de copiloto, en el manejo de la nave familiar, disponía de los principales factores para asegurar el éxito. Aquí me cabe recordar una ocasión en que, aprovechando un viaje a Viena, tuve la oportunidad de visitar a su hija Mª Angels y, pudiendo yo, por mi edad, ser su abuelo, tuve algo que aprender sobre la forma de hacer compatible el amor a la familia con la llamada de la vocación. Mi mujer, como tal y como ama de casa, había observado con ojo crítico, desde dentro, en las ocasiones en que las reuniones habían sido familiares, el admirable funcionamiento de aquel sorprendente y modélico hogar.

Sin duda sería oportuno, en una semblanza de este tipo, ilustrar con anécdotas concretas mi visión personal sobre quién era y cómo era José Serret. Pero me doy cuenta de que no es posible. José Serret dejaba huella. Se te colaba. Yo diría que mi visión personal de José la he ido adquiriendo casi por vía subliminal. No logro recordar, ahora mismo, qué situaciones, qué concretos acontecimientos me han conducido a las conclusiones que aquí he expresado. Pero aquí están, firmes y concluyentes, seguras, y para mí indiscutibles. José Serret era así. Y no preguntéis por qué.

Estoy cierto, y esto me consuela en parte de su trágica muerte, que si tuvo un instante, tan sólo un instante, de conciencia de lo que le estaba sucediendo, pasó con plena serenidad aquel temeroso punto sin retorno; estoy cierto de que lo pasó con la misma serenidad que cuando, actuando como cabeza de familia, decidía algo en beneficio de los suyos, con la misma serenidad con que, como hombre de empresa, tomaba una decisión enfrentado con un dilema profesional.

Le echamos en falta; ¡vaya si le echamos en falta!. Echaremos en falta al buen amigo, al hombre sensato, a aquél con quién podíamos hablar largo y tendido de todas las cosas humanas y de todas las cosas divinas. Echaremos en falta aquellas largas sobremesas que se nos comían las horas sin sentirlo, a nosotros, esclavos del reloj y del calendario.

Si queremos ver la vida como una carrera de relevos, José Serret al llegar al punto de contacto nos dejó el testigo para que quienes le quisimos y le comprendimos pudiéramos recogerlo y seguir la carrera con el mismo empuje, con igual nobleza y con la misma fortaleza, para que, cuando nos llegue también nuestra hora, incluso quienes no hemos alcanzado el grado de serena convicción que José poseía a chorros, podamos enfrentarla libres de temor y con esperanza. Este será para quienes fuimos sus amigos, su último y entrañable regalo.

BUSCABA SU PROPIO PERFECCIONAMIENTO A TRAVÉS DE SU TRABAJO



Francisco Castañer

Director General de Sociedad Nestlé, A.E.P.A.
ESPLUGUES DE LLOBREGAT (Barcelona)

Conocí a José Serret en un momento especial de su vida profesional y también de la mía. Después de muchos años de eficaz gestión al frente de la empresa de capital familiar que dirigía, de pronto, se le presentaba el reto de seguirla dirigiendo pero con una estructura de accionistas mucho más compleja. Por una parte, entraba de socio al 50% un grupo como Nestlé, con todos los cambios que ello representaba y, por otra, seguía el mismo grupo familiar que había creado y desarrollado la empresa.

Muy pocos meses después, yo debía por mi parte hacerme cargo de la dirección de Nestlé en España y, en consecuencia, representar sus intereses en la empresa que José dirigía. Se acercaba para los dos un intenso periodo de contacto y colaboración.

Cualquiera que haya vivido una experiencia similar, sabe que el trabajo de la persona enfrentada a esta situación es ciertamente difícil y que pocas veces se alcanza el equilibrio necesario para que la misión sea un éxito.

En mi opinión, José Serret lo consiguió. Su trabajo fue un éxito gracias, ante todo, a sus cualidades humanas, bien apoyadas en un profundo conocimiento del negocio y en una dedicación sin límites.

Si siempre supo mantener el difícil equilibrio que se le exigía, fue porque el norte de su actuación era en todo momento hacer aquello

que entendía mejor para la empresa, dejando al margen intereses legítimos pero individuales de unos u otros, incluyendo en primer lugar los que hubiesen podido ser sus propios intereses personales. Entendía la empresa como esfuerzo solidario de todos los que, a través de ella, no sólo obtienen su sustento, sino también una parte muy importante de su realización personal.

Buscaba su propio perfeccionamiento a través de su trabajo, impregnándolo de sus profundas creencias y convicciones, que se hacían patentes sin necesidad siquiera de proclamarlas. La alegría que las mismas le aportaban, José intentaba trasladarla a todas sus actuaciones, incluso en los trances más difíciles, y puedo decir que en el terreno profesional algunos de estos trances nos tocó compartirlos.

A medida que se le conocía mejor, no se podía dejar de admirar su enorme capacidad de entrega y de trabajo, que le permitía dedicar todas las horas del día a la empresa y, aparentemente al mismo tiempo, a la familia, a los amigos y a sus numerosas actividades personales. A cada momento y a cada actividad entregaba sin regatear todo el caudal de energía que podía movilizar.

Cuando las circunstancias empresariales le condujeron a un importante cambio en su vida profesional, que comportaba además cambiar de ciudad con su numerosa familia, de sector, de funciones, etc., su actitud y su actuación fueron ejemplares. Puso manos a la obra en su nuevo trabajo con el mismo entusiasmo y la misma humildad que si hubiese sido su primer puesto de responsabilidad. Aceptaba las lógicas dificultades que se le presentaban de tal manera que cuantos le rodeaban no sintiesen las consecuencias de estas dificultades. Procuró en todo momento hacer fácil lo que hubiese podido ser difícil. A los pocos meses, ya era evidente que se encaminaba hacia un nuevo éxito.

La noticia de su desaparición fue un golpe seco y duro. Parecía increíble que todo aquel torrente de vida se hubiese parado en un instante, dejando una profunda sensación de vacío en muchas personas a la vez.

Los días que siguieron pusieron en evidencia cuán extensa y fecunda era la huella de su vida entre su familia, sus amigos, sus compañeros y cuantos tuvieron la oportunidad de conocerle y tratarle, aunque sólo hubiese sido durante un corto periodo de tiempo.

Su recuerdo nos ayuda, a los que con él trabajamos, a buscar la alegría en la labor diaria, más a través del esfuerzo y de la entrega que a ella aplicamos que por los resultados que podamos obtener.

Su recuerdo perdurará.

TODO UN HOMBRE

Miguel Arana

Jefe Nacional de Personal NESTLÉ, A.E.P.A.
ESPLUGUES DE LLOBREGAT (Barcelona)

Conocí a José Serret en 1.986, cuando mi empresa empezó a estrechar relaciones con la que él dirigía en aquel entonces. Dado el tipo de relaciones que manteníamos, no llegamos inicialmente a conocernos demasiado.

Sin embargo, con el paso del tiempo nuestros contactos fueron intensificándose, tanto en frecuencia como en contenido, llegando a la postre a mantener una auténtica amistad, especialmente a partir de que entrase a formar parte de mi empresa en Enero del 92.

Ahora, pasados unos meses, su recuerdo sigue vivo en mí; era un hombre de los que dejan huella, por muchas y variadas razones. Si pretendiese hacer un balance de sus cualidades, destacaría su honradez, su lealtad para con los amigos, su sencillez y su generosidad.

Pepe era un hombre muy importante en el mundo de los negocios, en el que siempre había desempeñado puestos de gran responsabilidad empresarial y humana. Su larga trayectoria le había proporcionado un gran respeto de otros empresarios y, lo que a mi juicio es más difícil, de todas las personas que trabajaron bajo su mando, que fueron muchas. En el duro y competitivo mundo de los negocios sabía combinar la eficacia empresarial con el aspecto humano; su inteligencia, su mirada limpia y su sencillez en el trato, le granjeaban inmediatamente la simpatía de todo que se relacionaba con él.

Le preocupaba el fondo de las cuestiones más que la forma. Un ejemplo: a pesar de ser un "ejecutivo" importante, se presentaba acompañado de una muy vieja cartera de documentos, a la que tenía un gran cariño, sin preocuparle que no estuviera en consonancia con las que suelen utilizar los "ejecutivos" con los que se relacionaba. Sólo cuando, no hace mucho tiempo, su familia le regaló una moderna cartera, mandó al desván la vieja utilizada durante tantos años.

Era un hombre generoso, sin ambiciones económicas. En mi responsabilidad como Jefe de Personal tuve muchas ocasiones de constatarlo, hasta el punto de que después de fallecer tuve que resolver con su esposa una serie de gastos importantes que Pepe había hecho por cuenta de la empresa y que no se había preocupado de cobrar.

Destacaba también en su sincera preocupación por sus colaboradores, por desarrollarlos, por conocer sus inquietudes, por ayudarlos a resolver sus problemas, tanto en el trabajo como en su vida particular. Hoy, todavía, cuando tengo ocasión de hablar con alguno de sus colaboradores, sale siempre el recuerdo de Pepe con añoranza.

Ha pasado por este mundo cumpliendo con sus obligaciones y sirviendo de ejemplo a los que le conocimos. Era el modelo a seguir en cualquier aspecto y ojalá fuéramos capaces de parecernos a ál.

En una palabra, todo un hombre al que recordaré mientras viva.

NUNCA APRECIÉ EN ÉL LA POSTURA DE "LO PRIMERO LO MÍO"



Francisco Javier Santos

Químico. Director Comercial Central Lechera Asturiana., S.A. GRANDA-SIERO (ASTURIAS)

No recuerdo cuándo le conocí; me parece que desde siempre. La realidad es que hace no menos de dieciocho años, que son suficientes para tener una idea clara de su actitud ante la familia, la profesión, los amigos; en una palabra, ante la vida.

Como profesional, tengo el recuerdo de múltiples reuniones, donde defendía con absoluta claridad los intereses que tenía encomendados, siempre haciéndolos compatibles con los del sector. Nunca aprecié en él postura de lo que se podría calificar "lo primero lo mío", lo que demuestra su clara visión de las cosas.

Hablaba el último, una vez conocidas todas las opiniones, y era capaz de poner de manifiesto los matices que al grupo se le escapaban en el fragor de la discusión, haciendo sus exposiciones siempre con gran respeto hacia los demás y demostrando una clara inteligencia.

Recuerdo una espera de varias horas en el aeropuerto de Barajas. Él se iba hacia Cataluña y yo hacia Asturias; los retrasos de los vuelos nos permitieron una conversación de varias horas sobre toda nuestra vida profesional y familiar. Fue para mí un momento inolvidable, verdaderamente entrañable, que me mostró su capacidad para aconsejar sin dar consejos, para transmitir su aprecio sin manifestarlo; en definitiva, su interés por los demás.

En otra ocasión le visité en Mollerussa. Me obsequió con una

espléndida comida regada con buen cava. Aquello coincidió con una retransmisión de la vuelta a Francia, que ganó aquel día Perico Delgado. Pues bien, aunque teníamos que trabajar por la tarde, me propuso ver la etapa, y, luego, ya nos iríamos a resolver nuestros problemas.

Todo ello no es más que una muestra de su interés por todo, y esto sólo está al alcance de unos pocos entre los que se encontraba Pepe, siempre sencillo, humano, vital y, sobre todo, bueno.

En Valencia me enteré de su muerte; es difícil describir lo que uno siente en esos momentos y no lo voy a intentar; que cada uno se lo imagine...

EJEMPLAR COMPORTAMIENTO

Salvador Frutos
Economista. Puleva.
Unión Industrial y Agroganadera, S.A. GRANADA

Conocí a Pepe Serret cuando ya ambos habíamos cumplido los cuarenta años, esa edad en la que uno cree saberlo todo e impresionarse por poco.

Ocupábamos parecidos puestos de responsabilidad en distintas empresas de un mismo sector industrial, lo que nos obligó a compartir experiencias y coordinar actuaciones en momentos difíciles.

Entre sus muchas virtudes, le reconocimos, en tensas reuniones de trabajo, su equilibrio permanente; nos exigía cordura y, en silencio y con atención respetuosa, seguíamos las razones de sus argumentos.

Fue siempre el intermediario que recomponía actitudes intransigentes, el árbitro equitativo a quien recurríamos en nuestras diferencias, y la referencia obligada cuando queríamos darle validez a una opinión personal: "...esto ya lo conoce Pepe y le parece bien". Porque era eso, un hombre de bien.

Incapaz por esencia de no buscar la perfección en todo, y lo hacía sin darle importancia, como si la costumbre lo impulsara a ello; y además con la alegría y satisfacción personal que produce la permanente actitud de darse constantemente, lo que le provocaba esa sonrisa generosa al saludarte con su ***"...¿qué tal, cómo te va?"***.

Como acudíamos con más frecuencia de lo deseado a Madrid, algún día que el trabajo nos impedía llegar a casa, cenábamos y, en la

sobremesa, eran obligadas sus continuas referencias a su numerosa familia: su ***"equipo de fútbol"***, como cariñosamente le llamaba.

Una de esas noches, en la forma en que me invitó a que le acompañase a cenar, intuí que algo importante me tenía que contar. Efectivamente, había decidido cambiar de empresa y sector, y una vez más con su magistral conocimiento me fue enumerando sus particulares puntos de vista sobre nuestro quehacer común. Recuerdo que, aunque muchos se los había oído en algunas ocasiones, me parecieron en aquella noche como más contundentes, al darle, creo yo, la importancia de oírselos por última vez.

Afortunadamente la amistad personal hizo que, sin la frecuencia deseada, mantuviésemos un permanente contacto, que al producirse me transmitía ilusión renovada para afrontar los problemas diarios.

La sencillez que le caracterizó le llevaría a desaprobar lo escrito hasta ahora, pero el dedicarle este recuerdo y dejar constancia pública de su trayectoria, es el mínimo reconocimiento personal a Pepe Serret por su ejemplar comportamiento en esta vida.

UNAS ROSAS DE SU JARDÍN

Joaquín Coloma Ibáñez

Sub-Director de Sociedad NESTLÉ A.E.P.A
BARCELONA

Lo que admiré más de Pepe Serret fue sin lugar a dudas su extraordinaria belleza interior y su especial poder de seducción.

Su ingenuidad voluntaria y la deliberada ignorancia de su sabiduría te hacían sintonizar con él desde un primer momento.

Su vida tanto desde el punto de vista humano como profesional la entendió como un magisterio permanente que desarrollaba sin la menor arrogancia pedagógica.

Tuvo conciencia muy aguda de su singularidad y decidió vivir prisionero de su propia grandeza, convirtiendo su existencia en un constante y renovado compromiso basado en su sólida calidad moral, humana e intelectual.

Con un talante siempre optimista y una alegría de vivir que contagiaba, enseñaba a respetar más tu trabajo, empresa y profesión, a disfrutar mejor de tu familia y amigos, y sobre todo a confiar siempre en Dios.

Discurría con gran clarividencia. Cultivaba el gusto por la expresión justa y la preocupación de escribir con voluntad de estilo. Con su imperecedera sonrisa socarrona y su fino sentido del humor sabía desdramatizar los momentos difíciles.

Gozar de su compañía, además de constituir un gratificante privilegio, representaba un aprendizaje continuo. Su memoria me evoca los

más emotivos y queridos recuerdos.

Lo conocí desde mi actual responsabilidad, y él ocupaba el cargo de Director General de Granja Castelló. De inmediato subrayé lo claramente estructurado que tenía en su cabeza el núcleo principal de su negocio.

Gran parte de lo que hoy sé del mundo del sector lácteo lo aprendí de Pepe Serret, quien exponía sin dificultad sus reflexiones e ideas apoyándose en herramientas tan sofisticadas como un simple lápiz y un pedazo de papel.

Pronto, lo que empezó como una estricta relación profesional se convirtió en una estima compartida.

Si en el ámbito de la gestión, su cabeza clara,su capacidad de síntesis, su eficacia,su vitalidad, su equilibrio, y su elevado grado de exigencia para sí mismo y para los demás envuelta, en un trato afable, eran sus rasgos mas predominantes, en el campo de la amistad destacaba su exquisita sensibilidad.

Recuerdo cuando después de nuestras reuniones de trabajo, me hacía pasar por su casa para cortar personalmente unas rosas de su jardín como expresión de afecto hacia mi mujer.

Sin embargo, tanto su vida como su carrera profesional, carecían de sentido sin su constante inquietud de perfeccionamiento a través de una profunda religiosidad. La fe, que en otros es accidente o mera anécdota, en él era naturaleza, esencia, algo consustancial, nacido de lo mas hondo de su persona.

A menudo me decía: ***"Dios concede todo lo que se le pide, si sabes pedírselo y tienes allí arriba alguien que encauce y potencie tus peticiones"***. Ahora ya lo tengo, y con frecuencia le pido a Pepe que siga ofreciéndome aquellas rosas, ayudándome a mí y a mi familia a ser mejores.

"¿...DEL OPUS DEI, CON ESA MIRADA DE «PILLO»?"



Raúl Peña

Economista. Jefe de Márketing de Productos del Café, S.A.. REUS (Tarragona)

Conocí a José Serret a principios de los años ochenta, si bien mi auténtica relación con él, tanto a nivel personal como profesional, comenzó en "Productos del Café, S.A.", en los primeros meses de 1.992.

José Serret iba a ser mi jefe directo, lo cual siempre da lugar a situaciones fluidas y complicadas, donde se cruzan los sentimientos a la persona que se va y la inquietud acerca del que viene: ¿cómo será?, ¿qué le gusta?, ¿de qué pie cojea?, etc.

Mis primeras impresiones acerca de José Serret están relacionadas su sonrisa y especialmente aquella mirada de "pícaro" por encima de las gafas. Recuerdo que pensé: ¿cómo puede ser miembro del Opus Dei con esa mirada de "pillo"?.

Empecé a conocerlo en los meses que vivió a caballo entre Reus y Mollerussa, él trabajando durante toda la semana en Reus y pasando los fines de semana en Mollerussa, donde vivió su familia hasta que finalizó el curso escolar. En aquellos meses compartimos muchos almuerzos y algunas cenas en mi casa.

José Serret era un profesional de primera fila, bien preparado, trabajador, responsable y de gran "seny", pero siempre tuvo muy claro que en la vida de una persona hay cosas más importantes: una de ellas, la familia. Recuerdo su preocupación y sus acertados consejos

sobre la educación de los hijos, tema en el que se había convertido en un auténtico experto.

Uno de los aspectos que más he admirado de su personalidad era su coherencia, la aplicación estricta y sin concesiones fáciles de sus principios religiosos en todas las facetas de la vida. Todas sus actuaciones estaban guiadas por dos principios extraídos de la religión y que definía así: "El fin no justifica los medios", y "del mal, el menos".

Ahora bien, José Serret era capaz de combinar de forma armoniosa sus rigurosos principios morales con una gran habilidad para los negocios; en realidad era un poco "gitano", y todo ello sin mentir ni recurrir a las medias verdades.

Al lado de José Serret he tenido la ocasión de vivir muchos buenos momentos, alguno regular y uno muy malo, el peor, el más triste y desgraciado(*).

¡Cuántos buenos momentos pasados en largas sobremesas!. Eran famosas las sobremesas de almuerzos y cenas con José Serret. No eran raras las comidas que empezaban a las dos y acababan pasadas las siete; eso sí, hablando de trabajo. En "Productos del Café", el récord se estableció un día que habíamos tenido una reunión con los Jefes de Ventas: fuimos a comer al Hostal "Simonet", de Reus, hacia las dos y media; dejamos la mesa aproximadamente a las once de la noche, después de haber cenado. Aquel mes superamos los objetivos en un 15%.

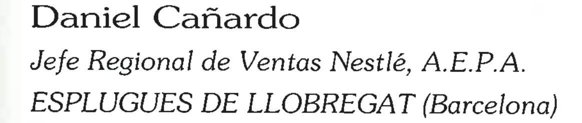
¡Cuántos viajes juntos!. Nunca he sabido si le gustaba o no el avión. Recuerdo especialmente una reunión con el equipo de ventas en la Expo, donde disfrutamos de una noche mágica.

Quiero recordar al José Serret alegre, preocupado por los que le rodeaban, siempre dispuesto a ayudar sin que se lo pidieran, enamorado de Roser, ¡once hijos, y parecían dos novios!. Desde luego, el mundo sería mejor si hubiera muchas personas como José Serret.

(*) El autor se refiere al día del accidente, en que viajaban juntos.

EL VALOR QUE DABA A LAS COSAS MÁS SENCILLAS





Daniel Cañardo
Jefe Regional de Ventas Nestlé, A.E.P.A.
ESPLUGUES DE LLOBREGAT (Barcelona)

Conocí al Sr. Serret, por circunstancias laborales. Exactamente porque en este mundo empresarial unas empresas toman participación en otras, y las personas que estamos en ellas entramos en contacto. Es decir, pasé a desempeñar mi labor a sus órdenes.

Rápidamente pude captar su gran personalidad y la llaneza en todas sus manifestaciones, uniendo siempre la inquietud que sentía por la buena relación, y su preocupación por las personas, no como elementos laborales, sino en el aspecto humano, que en los tiempos actuales no es una actitud común y generalizada.

Durante dos años trabajé con él, y, por idénticas circunstancias que a mi llegada, fui trasladado y, durante tres años más, mantuvimos relación, pero esporádica; y, por lo que decía antes del mundo empresarial, al cabo de este tiempo, Pepe vino a tomar la Dirección de la empresa donde yo me encontraba prestando servicio.

A través de este nuevo contacto, mucho más cercano y estrecho que el anterior, volví a tener oportunidad de conocer y tratar con más intensidad al buen jefe y amigo Pepe Serret, pero nuevamente los destinos se van moviendo y, a los nueve meses, un nuevo traslado mío nos separó, aunque manteniendo una buena relación todo el tiempo restante.

Podría destacar diversos aspectos o situaciones que quedan

como recuerdos, no con orden cronológico, pero siempre surgidos de la espontaneidad que emanaba su persona:

- Algunas tardes, después de jornadas duras e intensas de trabajo, venía a mi despacho y me decía "Vámonos a ver el mar", y, casi como dos colegiales, nos marchábamos a dar un paseo por el puerto de Cambrils, conversando animadamente y dejando correr el tiempo sin casi percatarnos de ello.

- La emoción que transmitía cuando explicaba todo su viaje a Roma, donde asistió a la beatificación de Monseñor Escrivá, era una cosa digna de ver, y yo no sé describir el semblante que ponía y la alegría en relatar esas horas intensas, para él inolvidables.

- Fuimos a la Expo y, tras haber dedicado gran parte de un día a temas comerciales, iniciamos la visita. Recuerdo que yo me puse insistente en querer ver el espectáculo que cada noche, a las diez, se hacía en el lago, y casi le obligué a asistir, junto con un grupo de compañeros. ¡Qué gratificante cuando luego manifestó lo mucho que le había agradado!. Y, acto seguido, nos fuimos a cenar y celebrar su cumpleaños, y prolongamos la velada con una larga sobremesa.

- Esto último era una característica suya muy peculiar: podías iniciar reuniones de trabajo a primera hora de la mañana, que siempre se prolongaban (lo que nos hacía ir casi siempre tarde a comer), y luego volvíamos, en la sobremesa, tras mezclar diversos temas personales, al tema laboral, y podíamos casi conectar con la cena; pero tenía la virtud de que, como lo animaba con sus comentarios, nacidos de su espontaneidad, ni te enterabas.

- Una jornada muy agradable que recuerdo fue una visita que le hice en cierta ocasión, acompañado de mi entonces Director, en ese espacio de tiempo (que antes he mencionado) en que no coincidimos. Ninguno de los allí reunidos sabía entonces que, unos meses más tarde, Pepe se haría cargo de ese puesto, y lo volvería a tener de "Jefe". Ese día realmente prolongamos la sobremesa hasta muy tarde, enlazándola con una visita a la casa de Vallfogona de Balaguer, donde nos explicó toda la historia familiar y asistimos a una curiosa y simpática discusión, sobre el precio de la leche, entre Pepe y su hermano. En esos momentos podías apreciar su personalidad y carácter, tan peculiar y espontáneo.

- Era admirable la facilidad que tenía para escribir y enlazar las vivencias de cada persona y hacer un "auca" (no se traducirlo al castellano; podría ser una historia); lo pude comprobar en diversas ocasiones, en actos de celebraciones u homenajes. Yo mismo conservo una con gran cariño.

- Esa alegría y espontaneidad le hacía ser persona muy amiga de cantar, y, cuando lo hacía, notabas la humanidad que desprendía y el valor que daba a las cosas más sencillas.

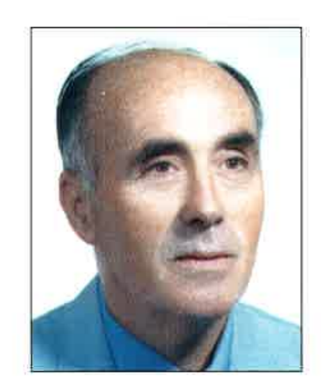
El que hable además de recuerdos personales no es óbice para no tener en cuenta que esa misma guía que tenía, de sencillez, pero con certera intuición, hacía que, en el duro mundo laboral, fuera muy respetado y que en las negociaciones desarmara al interlocutor por la simpleza de su planteamiento, cosa que a mí me encantaba ver.

Pienso que es obligado reconocer el respeto y amor que sentía por la familia, su inquietud por la educación de los hijos, que se desprendía siempre que de esto se hablaba.

Pocos días antes de que nos dejara, nos habíamos visto y habíamos recordado que, con un grupo de matrimonios, teníamos que encontrarnos para celebrar una "calçotada", lo cual, como es natural, no hemos podido realizar juntos.

Es lamentable cómo el destino juega con nosotros, y aquello que ves tan claro y sencillo se trunque en minutos o segundos. Pienso que lo positivo es recordar la sencillez y la humanidad de este hombre que fue Pepe Serret, y tratar de mantener esta imagen a través de los suyos.

CONFIANZA Y SIMPATÍA... A RAUDALES



Alfonso Martino

Economista. Censor Jurado de Cuentas. MADRID

Quiero concurrir, con más amigos, al homenaje en memoria del buen amigo José Serret. Me agrada complacerme en el recuerdo entrañable de él, poniendo en unas líneas la somera reseña de cuál fue nuestra amistad.

Realmente creo que, de principio, debíamos tomar los dos una parecida fluidez de confianza y simpatía, o, al menos, yo fuí contagiado a raudales de la suya, pues tuve la grata sensación de que estaba tomando un nuevo amigo en aquél cliente de mi Banco -bueno, el Banco en el que yo trabajaba- que de sus asuntos ponía sobre la mesa una sincera problemática de conveniencia para su Empresa, tanto como asequible para el de enfrente.

Estaba él, entonces -allá por el setenta- en León, al frente de una importante industria láctea, en Trobajo de Cerecedo; han pasado más de veinte años ya. Nos vimos y estuvimos juntos en ocasiones varias, aquí en Madrid, por sus viajes de trabajo y estadías consiguientes; conversamos mucho de cosas de su trabajo y del mío, también de aspectos familiares, sociales, políticos, en fín. Después, yo me he jubilado recientemente, y tal confianza y amistad nos unía, que, fechas antes de la última Navidad, le quise notificar en una carta mi evento particular, para requerirle proseguir nuestra entrañable amistad.

Tristemente, apenas un trazo casi imperceptible ha sido en el

tiempo tal augurio, con la súbita y triste noticia de la esquela en el periódico, del recordatorio recibido de su esposa, como para que ahora me quede el ansiado egoísmo de no habernos tratado aún más; pero la distancia impone condiciones y he de contentarme con lo pasado, dando gracias a Dios por haber sido su amigo a lo largo de más de veinte años.

Le recordaré siempre y, de verdad, me honra su amistad vivida, el que un buen hombre, como José Serret Borda, haya sido mi amigo y esté en el Cielo, gozando ya de la vida eterna: él, que tan pródigo con los demás fue aquí en la vida terrena.

COMO AQUÉL.. "EN EL QUE NO HABÍA DOBLEZ NI ENGAÑO"



Juan Farrán

Profesor del IESE. Área de Dirección Comercial. BARCELONA

A la hora del mediodía, cuando desde mi despacho del IESE, voy a recordar la amistad que tuve con Josep Serret, tengo la sensación y la seguridad de que, desde arriba, está dispuesto a contestar mi llamada, como tantas veces lo hizo, cuando le llamaba pidiéndole su consejo u orientación, y también algún favor.

Exactamente no podría decir cuándo le conocí, aunque sé que fue hace más de veinte años, cuando participaba en un programa de perfeccionamiento del IESE. Desde entonces, nos relacionamos frecuentemente, participando en Seminarios del Programa de Continuidad del IESE y otras actividades de formación.

Josep era un hombre de ideas claras, que hablaba con claridad. Cuando le preguntabas o le proponías algo, contestaba directamente con sencillez y sin rodeos, diciendo lo que pensaba. En sus planteamientos y en su comportamiento, se enfrentaba a los temas de empresa, de familia o de amistad, sonriente o ilusionado, pero también con una gran concreción, dispuesto a colaborar si debía o podía. Si no podía, te lo decía sin ambages y siempre sabías hasta dónde podías llegar. Era como aquél personaje de la Biblia en el que no había doblez ni engaño.

En más de una ocasión y con personalidades de la empresa o de los medios de comunicación, había observado cómo defendía y razo-

naba sus opiniones, a veces distintas de las de sus interlocutores. Si no estaba de acuerdo, respetaba otras alternativas o soluciones distintas, no escatimando nunca su ayuda o su consejo, si se lo pedían.

José estaba siempre dispuesto a participar en las actividades de tipo social o en beneficio de los demás, no regateando nada de lo que podía ofrecer; de manera especial, su tiempo, el bien más precioso, que administraba cuidadosamente, puesto que tenía importantes tareas que atender: su formación, su numerosa familia y su trabajo profesional. Estaba siempre superocupado, pero nunca dejó de encontrar tiempo para todo. Planificaba sus actividades, sacaba su agenda y encontraba un pequeño hueco para dedicárselo a los demás.

La última vez que me ayudó profesionalmente, estaba ya en Reus en su nuevo puesto de dirección. Habían permanecido unos días en el IESE el Director General de la División de Productos Alimenticios de la CEE y su mujer, y deseaban visitar alguna empresa catalana del sector de alimentación. José Serret nos dedicó el día entero enseñándonos la fábrica de café y acompañándonos a Salou y Cambrils. Era admirable el profundo conocimiento que tenía de un sector nuevo para él, de la situación del mercado internacional del café, de la estructura de precios, de la competencia. Un viejo amigo del IESE, el Dr. Paul Gray, funcionario de la Comisión Europea, se marchó a Bruselas con una impresión estupenda de José Serret. Al cabo de unos meses y en una de mis visitas a Paul Gray, me preguntó por él recordando su estancia en la ciudad de Reus.

Otra de las características que me impresionaba de José Serret es que nunca hablaba mal de nadie y aprovechaba en cambio la ocasión para hablar bien de los que habían hecho alguna cosa buena. Cuando alguién le había perjudicado a él o a sus amigos, era respetuoso y delicado con las personas en concreto y, si tenía que emitir un juicio, lo hacía sobre la situación de negocios en cuestión o del acontecimiento público analizado, pero no sobre las personas.

El último recuerdo que tengo de él es cuando nos encontramos en el aeropuerto de Barcelona, esperando el avión que partía para Roma para asistir a la beatificación de Monseñor Escrivà de Balaguer. Iba acompañado de su mujer y un grupo de amigos de Lérida, y , aunque no viajábamos en el mismo avión, tuvimos la oportunidad de charlar un buen rato y comentar el gran acontecimiento que la Providencia nos había permitido poder disfrutar.

Se cumple ahora un año de aquella conversación en el aeropuerto de Barcelona de camino para Roma. Mientras tanto, José ha partido en el avión del último viaje. Ahora, como desde el momento en que me enteré de su partida, tengo la sensación de que puedo llamarle con el teléfono de la oración, como tantas veces hice desde mi despacho del IESE, para pedirle algún favor.

MUY BUEN AMIGO, APARTE DE UN GRAN JEFE



José Carlos Rius

Jefe de Ventas de Productos del Café., S.A.

REUS (Tarragona)

"Productos del Café", donde vengo desarrollando mi actividad profesional desde hace más de veinte años (cuando aún se denominaba "Cafés Colás y Giné", para más tarde tomar el nombre de "Productos Brasilia", y actualmente "Productos del Café S.A."), fue mi punto de encuentro con José Serret.

Lógicamente durante el decurso de todo este tiempo, he tenido la oportunidad de conocer a profesionales, cada uno en su especialidad y cargo, a quienes considero mis guías en el aspecto profesional, laboral, y, en muchos casos, humano. Entre ellos, José Serret.

Pero, en realidad, aprovecho esta oportunidad para reflexionar y manifestar mi más sincera admiración por José Serret, quien desgraciadamente a pesar de su paso fugaz por la vida, ha dejado huella imborrable como profesional y como persona, llena de humanidad, comprensión y saber hacer, cualidades muy escasas en nuestros días y que, por suerte, supe apreciar desde muy al inicio de nuestras relaciones, que a su vez en poco tiempo se convirtieron en fructíferas y cordiales.

Estando a sus órdenes, nunca hacía valer su condición de superior, para conversar, dialogar o encargarte determinado trabajo o gestión necesaria. Infundía confianza y a la vez motivaba a su interlocutor sin dejarlo entrever.

José Serret era mi jefe inmediato y, al mismo tiempo, mi amigo.

Un hombre con unos sentimientos inmejorables: inteligente, una gran persona, con capacidad para cualquier lugar o destino, y también para hacerse y crearse grandes amigos entre las personas que le rodeaban. Ejemplarizaba con su personalidad toda clase de hechos y situaciones que podían presentársele.

Hombre de unas creencias muy arraigadas que le hacían ser la persona que era, buena, humanitaria y deseosa de poder ayudar a quien lo necesitase.

Lo recuerdo ejemplar en la familia, a la que quería con verdadero amor y, aun siendo muy numerosa, todos cabían en su gran corazón, acompañado siempre de su estimada esposa Roser.

Yo tuve la suerte de estar colaborando con él desde Enero del 92 hasta Enero de 93, y sólo puedo decir que fueron unos meses muy agradables de convivencia, puesto que, como ya he dicho anteriormente, era una persona muy valiosa, inteligente y comprensiva, del cual sólo podías aprender, y mucho.

Fue para mí, que tan cerca estaba de él, un muy buen amigo, aparte de ser un gran jefe.

Su muerte fue una desgracia tan grande e inesperada que aun hoy no la asumo; parece que no pueda ser que personas de estas cualidades puedan desaparecer de hoy para mañana. Su recuerdo perdurará en mi vida y, aunque cabe pensar que las cosas, por malas que sean, el tiempo las va atemperando y que la vida tiene que seguir, yo sé que he perdido un gran hombre, un buen jefe y un gran amigo. Y, eso sí, siempre lo recordaré con mucho cariño.

Aún está en mi mente la cantidad de personas amigas que lo querían, y que quisieron darle el último adiós en su pueblo natal, donde nos reunimos con todo nuestro sentimiento miles de amigos. Hecho demostrativo de su gran bondad y afectividad, durante su paso por este mundo.

NO ERA UN CLIENTE: ERA...ALGUIEN DE LA FAMILIA



Margarita Tabarés

Secretaria de la Dirección General TETRA PAK. MADRID

Cada vez que recuerdo a D. José Serret le veo entrando por la puerta de nuestras oficinas, con aire decidido, como si fueran las suyas; él no necesitaba preguntar en recepción por ninguna persona: conocía exactamente dónde estaba el despacho de cada uno de nosotros. Él se encontraba como en su propia casa, y a nosotros nos gustaba que fuera así; no era un cliente: era un amigo, alguien de la familia.

No hacía falta que nos anunciara su visita; él llegaba, y siempre era bien recibido; si necesitaba realizar alguna gestión o llamada telefónica, utilizaba el primer despacho libre que encontraba; para nosotros era normal: era D. José Serret y con eso bastaba.

Recuerdo que en cierta ocasión estábamos cambiando las listas de precios a nuestros clientes -siempre es difícil preparar un escrito explicando los motivos de una subida de precios-, y estábamos pensando la mejor manera de hacerlo, cuando D. José llegó a nuestra oficina, se sentó en una mesa y vio las nuevas tarifas; no hizo falta explicarle nada:

- ***"Vaya, otra vez estáis subiendo los precios; no hace falta que me lo mandéis por correo; me llevo la nueva tarifa y ya discutiré con vosotros si estoy de acuerdo o no"***. Así era él, siempre afable, pero sin olvidar, por supuesto, su negocio.

También tuve ocasión de conocer a su esposa en un viaje que realizamos con algunos de nuestros clientes a la isla de Lanzarote, como agradecimiento a la confianza en nuestra empresa. Era una pareja encantadora; trataban a todo el mundo de igual a igual; lo mismo daba que fueran jefes, o que fueran secretarias (que es mi caso).

Lamento sinceramente que se nos haya ido, pero a todos nos queda la tranquilidad de que un hombre como D. José Serret habrá sido muy bien recibido allá arriba.

MÁS QUE UN AMIGO

Magí Castelltort

Comercio. Supermercados "FAMILA UNO".
MOLLET (Barcelona)

La noticia de tu muerte ha afectado profundamente a todos quienes fuimos tus amigos, por la trágica y repentina forma en que sucedió y por sus irreparables consecuencias.

Fuiste para mí más que un amigo, aunque nuestra amistad nació por caminos profesionales -por la relación de nuestras respectivas empresas-. Nunca logré separar la función profesional, en la que participábamos, del aspecto humano de nuestra relación. A pesar de que solemos decir, con mayor o menor acierto, que no es bueno mezclar los negocios con los sentimientos, esta separación nunca me fue posible.

En alguna medida, el comercio supone una cierta forma de antagonismo: tú ganas, yo pierdo. Contigo no sucedía de esta manera. Alguna reunión de negocios se había convertido para mí, y creo que también para otros como yo, en una visita al consejero.

Si la muerte de un amigo es siempre un duro golpe para quienes disfrutan de esta amistad, la trágica forma en que te fuiste, en plena madurez, en plena actividad, cuando más falta hacías a tu familia, a tus negocios y a tus amigos, nos sitúa ante la necesidad de acudir a más elevados pensamientos, para intentar comprender dentro de lo posible los designios de la Providencia.

Las consecuencias de esta inesperada separación, no han de ser

fáciles de superar; ni para tu familia, insigne modelo de familia cristiana, ni para tus empresas, a las que imprimías tu sello tan particular, ni para tus amigos, a quienes nos enseñabas la forma de hacer compatible la intensa actividad laboral con el sosiego personal.

Queda como única esperanza, para mí y para los muchos amigos que has dejado, la confianza en que las creencias de cada cual, más o menos intensas, pero siempre inspiradas, nos ayuden a todos a superar la amargura de esta tu temprana separación.

SE PREOCUPABA POR LOS DEMÁS... COMO NADIE



Uno Kjellberg

Presidente Grupo Tetra Pak. SUECIA

A Pepe le conocí en circunstancias que dejaban mucho camino por delante para mejorar... No llegaba a un año mi estancia en España, cuando en 1.980 tuve que ir con D. Fernando Arroyo - un pilar de nuestra compañía Tetra Pak - para negociar un retraso sustancial de suministro de máquinas llenadoras, destinadas a la Compañía de Pepe (entonces Sr. Serret para mí), "Granja Castelló". Las noticias nuestras, en frente de todo un grupo de directivos de "Castelló", encabezado por Pepe, no cayeron en buena tierra, y Pepe no dejaba de explicar su opinión, en forma clara, sobre nuestra Compañía, su forma de honrar acuerdos y, sobre todo, su opinión sobre este "extranjero". Mi impresión fue que Pepe y su Compañía no necesitaban extranjeros en general y, claramente, no éste. Casi no necesitaban Arroyos (el pobre).

De alguna forma se fue aclarando la situación y, con el tiempo, me hacía un poco menos extranjero y un poco más español - o no teníamos más retrasos de esa magnitud -; entre Pepe y yo se desarrollaba un respeto mútuo y una amistad honesta que no se olvida nunca y que, difícilmente, se podía comparar a una relación que empieza por negocios.

Pepe se preocupaba por los demás y por sus amigos como nadie. Su palabra era Ley, y nunca hacían falta papeles o contratos

para que se cumpliera lo dicho. Tenía en nuestra Compañía una estima altísima y reflejaba por su modo de ser la misma estima a su Compañía. Siempre fue un placer encontrarse con Pepe, aunque casi siempre empezaba a ponernos a la defensiva con su papel y lápiz, demostrándonos cómo su situación había empeorado por causa nuestra... Pero siempre terminábamos en un acuerdo, con un paquete de cigarrillos detrás y un buen plato de mariscos por delante.

Pepe siempre me consideraba un poco "flojo" por no tener más que cuatro hijos (ahora he mejorado con una) y no dejaba de convencerme de las virtudes de esta vida. Fui un discípulo regular, pero Pepe no se cansaba en sus esfuerzos y, muchísimas veces, olvidábamos sobre qué tema nos habíamos encontrado al principio. Como Pepe, su mujer, con quien también coincidí en varias ocasiones: leal, optimista, honesta - una verdadera compañera -.

Seguro que Pepe, desde su Cielo, me está reprochando algo, de buen humor como siempre. En su momento me defenderé y continuaremos como antes.

"...UNA VEZ AL MES, ...AUNQUE SÓLO SEA PARA HABLAR"



Trino Mayans

Ingeniero. Master of Science, Universidad de Cornell.
Vicepresidente del Grupo Mundial Lácteo. MADRID.

Querido Pepe:

Porque te has ido, me dejas - nos dejas - a falta de algo... de ti... Tantas horas juntos, tantas horas al teléfono, comentando, analizando, hablando de todo y de nada; unas veces de trabajo, otras de la vida, de religión, de la convivencia de las personas... y de sus personalidades.

Te echo mucho de menos: tus llamadas telefónicas para comentar, para charlar..., para hablar de nuestros amigos y compañeros, de nosotros, de los nuestros, tus hijos, los míos.

Nuestros almuerzos mensuales, durante años, ***"por lo menos, reunámonos una vez al mes...aunque sea sólo para hablar"***...ese era tu lema...***"una vez al mes, para hablar..."***. Me falta algo, esos ratos contigo en la Rotonda del Hotel Palace, donde te gustaba estar hablando hasta "altas horas de la noche"... (altas horas, para los que trabajamos..., la una o las dos de la madrugada).

Han sido diez años distintos. Ahora, sin ti, son más iguales, más monótonos, me falta algo; a todos tus compañeros y amigos nos falta algo...: tu presencia, tu consejo, siempre desinteresado, sabio, moderador...

Tantas veces me invitaste a tu casa y, por una causa o por otra, nunca pude complacerte y complacerme... Por otras circunstancias

laborales, hace unos meses, tuve que ir a "tu fábrica" y quise, antes que nada, visitar "tu despacho", que Carlos me dijo que estaba tal como tú lo dejaste... Te digo que me emocionó verlo... sin ti. Los despachos son parte de uno mismo, y aquel respiraba tu carácter, tu carisma, tu forma de ser y pensar... Me emocioné y contuve las lágrimas. De regreso a Madrid vine pensando en lo corta que es la vida y cuántas cosas se nos quedan por hacer... Realmente, el purgatorio debe estar lleno de buenas intenciones... Allí tendrán un "listado de ordenador" con todas las buenas intenciones que hemos tenido y nunca hemos llevado a buen fin. Allí estará la mía: ir a visitarte a ti y a tu familia, en tu casa.

Cuando tu querido amigo Juan me dijo que participase en este proyecto, me creí muy pequeño, pero muy honrado en ello... Sólo su insistencia, de corazón, y el cariño y admiración que te he profesado, me llevó a hacerlo.

Los que nos hemos quedado, en tu honor, abriremos las ventanas al viento...

Hazme un sitio donde estás tú...

SÓLO PARA PODER DARNOS UN ABRAZO



Miguel Vivancos

Industrial. Consejero Delegado de MIGUEL VIVANCOS, S.A. MURCIA

No es fácil escribir acerca de un amigo que nos ha dejado, y especialmente cuando era un amigo como Pepe Serret, en quien yo destacaría dos grandes virtudes: la gran valoración que hacía de la amistad, inalterable al paso de los años, y el cariño y afecto que sabía poner en el trato con las personas, como asímismo la enorme dedicación a su trabajo.

Tuve la suerte de conocer a Pepe hace ya muchos años por razones de negocios cuando él estaba de Director de la Granja Castelló, y, a partir de aquel momento, me di cuenta de su enorme calidad humana, lo que hizo que fuéramos fraguando una amistad que ha durado hasta su marcha de entre nosotros.

Pese a la distancia, y a través de los años, hemos tenido una comunicación fluida. En los casos que vino a Murcia siempre me visitó y mantuvimos la comunicación de dos viejos amigos.

Recuerdo que poco antes de su fallecimiento, un día, al llegar a mi oficina, me estaba esperando con dos compañeros de Nestlé: había tenido la gentileza de perder un tiempo en una agenda muy apretada, sólo para poder darnos un abrazo.

Pepe Serret, que estoy seguro nos espera en el Cielo, era de aquellas personas de las cuales uno se siente orgulloso de haber contado con su amistad.

SU EMPRESA MÁS IMPORTANTE



José Pellicer

Director General

Unión de Escuelas Familiares Agrarias

MADRID

Tuve contacto por motivos profesionales con Pepe durante tres o cuatro años. Buscábamos una persona de Lérida que pudiera colaborar con las Escuelas Familiares Agrarias de esa zona, un empresario que pudiera aportar su experiencia en la gestión económica y que estuviera dispuesto a dedicar tiempo, y ayudarnos a orientar nuestra actividad con criterios de eficiencia y rigor institucional.

Nos presentó Ramón, antiguo director de la EFA "El Pla" y buen amigo de Pepe. Recuerdo la primera vez que nos vimos. Nos invitó a almorzar en un restaurante de Lérida a Paco y a mí. Estaba con una fuerte gripe y se encontraba mal. Nos llamó la atención su esfuerzo por estar con nosotros en unas circunstancias que habrían excusado más que de sobra el encuentro, y haberlo dejado para otra ocasión. Atento, alegre, muy afable, nos preguntó mil cosas sobre nuestra actividad y lo que esperábamos de él. No dio ninguna importancia a su estado de salud, y quedamos en vernos nuevamente para concretar su colaboración.

A partir de ahí le vimos en muchas ocasiones. A veces, aprovechando sus frecuentes viajes a Madrid. Con frecuencia, a almorzar o cenar, pues tenía poco tiempo. Siempre resultaba muy grato estar con él. Directo, amable. Parecía que lo importante éramos nosotros y nuestros problemas. Frugal en sus almuerzos o cenas, sólo prestaba

atención a los asuntos que le planteábamos, o que nos encontráramos a gusto en su compañía.

Otras veces fuimos a su casa en Mollerussa. Nos introducía en su ambiente familiar con rapidez y naturalidad. Su mujer, sus hijos, su casa. Nos lo enseñaba todo con sencillez, y se notaba que tenía gran cariño a cada detalle de su ambiente. Su familia era su empresa más importante. Tenía un gran sentido de la hospitalidad, y prefería, si era posible, que nos reuniéramos en su casa, donde había previsto un lugar para tener encuentros con sus amigos. Se desvivía por hacer la reunión agradable, y a ello contribuían su mujer y sus hijos con enorme naturalidad. Nunca se tenía la sensación de ser un invitado.

Durante estos años, dedicó bastante tiempo a nuestra institución, las Escuelas Familiares Agrarias, a pesar de que era un hombre muy ocupado por motivos profesionales y familiares. Tenía motivos, por trabajo y familia, más que suficientes para habernos dicho amablemente que no podía ayudarnos. Su sentido de la responsabilidad social le llevó a hacer un hueco y preocuparse de resolver los problemas de una institución en Lérida que necesitaba su ayuda. Nunca le vimos ni serio ni triste. Sí cansado y, a veces, preocupado por problemas de su trabajo o de alguno de sus hijos. Siempre, sin que se notara mucho, hizo el esfuerzo de centrarse en los asuntos que había que resolver con rapidez y buen humor.

La noticia de su fallecimiento nos sorprendió dispersos por la geografía y muy lejos de Lérida. Al primer sentimiento de desconcierto y dolor, se impuso de inmediato el pensamiento del golpe para su familia y, después, la seguridad de que Pepe estaba en el Cielo.

Cuando muere un amigo de una manera inesperada, de repente o por accidente, como Pepe, esa desaparición violenta lleva a pensar en el sentido de la vida y a hacer una valoración de la personalidad del amigo desaparecido. En esos momentos se destacan más agudamente perfiles que antes pasaban inadvertidos, y se juntan anécdotas y hechos que al unirse dibujan en relieve las líneas conductoras de su comportamiento. Cuando, estando en Andalucía, me dieron la noticia por teléfono, pensé en la coherencia cristiana de su vida. En su fe profunda, que daba sentido a todo lo que hacía y que, sin decirlo casi nunca, dejaba que se viera en la manera de hacer y de actuar en las cosas más ordinarias, en las que siempre tuve la impresión de que se proyectaba su fe y su deseo de servir a todos.

Surge también en esos momentos un sentimiento de agradecimiento por su ayuda y su ejemplo, y de pena por no haber hecho más explícito en algún momento ese agradecimiento. Por eso, la oración por él y por su familia se impuso como más necesaria y como el único modo de devolverle lo mucho que nos había dado.

UN PUNTO DE REFERENCIA A SEGUIR



Manuel Barea

Empresario. SEVILLA

Su forma de negociar no era fría, ni numérica.

Entremezclaba en la dinámica del negocio un factor humano no común, y la transacción pasaba a un segundo término, dando a la misma un factor diferencial, difícil de encontrar en el mundo comercial.

Nuestros contactos se produjeron con cierta frecuencia, y, el ser distribuidor de una zona muy amplia de Andalucía de la marca que él dirigía, dio paso a una amistad profunda, de la cual me siento orgulloso.

Fueron frecuentes nuestras comidas de negocios, y tuve muchas ocasiones de dialogar con él de todo lo divino y lo humano.

Su constante preocupación por el lado personal del cliente impactaba fuertemente, al manifestar, no solo su interés por la situación de las ventas, sino de la problemática de sus negocios, y mucho más profunda, cuando se interesaba por el entorno familiar, brindando siempre sus manos y su persona para solucionar cualquier problema donde estuviera inmerso, o intuyera que podía haber dificultades.

Tuve bastantes ocasiones de compartir con miembros de su familia y de la mía momentos agradables, y enriquecerme de un ejemplo de lo que significa ser padre, esposo y hombre de negocios.

Su pérdida me impactó profundamente, y su memoria se me ha

hecho presente en muchas ocasiones. Sólo me queda manifestar que su ejemplo queda vivo, y espero que siga siendo un punto de referencia a seguir, aunque es difícil tener el talante y el temple que tenía nuestro amigo, Pepe Serret.

SU GRAN HUMANIDAD



Jaume Prenafeta.
Agente Comercial. LLEIDA.

Me decía un amigo que la gente está cansada de que se le predique, y que lo que quieren ver es el ejemplo de las personas. Pues bien, eso es lo que yo he palpado en las pocas y en todas las veces que he estado al lado de Pepe Serret.

Como he dicho, tuve poco trato con él, pero de esta relación surgió una amistad solamente ganada por él de la cual conservo algunos pequeños detalles.

En nuestro trato en relación con asuntos de la Escuela Familiar Agraria "Bellestar", en la que yo trabajé durante un tiempo, en ocasiones mantuvimos discrepancias bastante opuestas sobre algunos temas. Yo, por no conocerlo todavía lo suficiente, tenía el temor de que estas diferencias llegasen a enfriar nuestro trato, pero no sucedió jamás, no sólo porque nunca hubo un mal gesto en su cara, sino porque siempre tuvieron un tono de humor sus palabras.

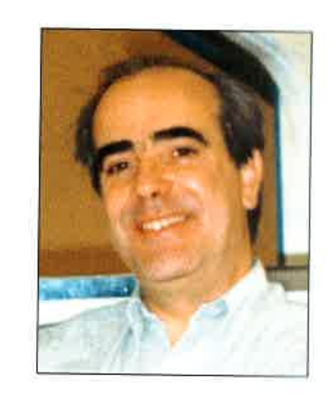
Otro detalle lo tuvo conmigo en Reus el día que, junto con otros amigos de Pepe, fui a echar una mano a la familia, cuando todavía estaban trasladando el mobiliario desde Mollerussa. Sucedió que al ser necesario limpiar cada estancia antes de instalar las cajas, maderas o muebles, jamás me dio la oportunidad de usar la escoba para barrerlas, no dejándola de la mano, o siendo más diligente que yo a la hora de cogerla. Y eso que era todo un Director General. Creo que jamás

pensó que por hacer esto o aquello se le caerían los anillos.

Como mi trabajo es de tipo comercial, y cuando no surge un problema salen cincuenta, me busqué un intercesor que esté muy al día en estos temas, por lo que decidí nombrar a Pepe encargado de estos asuntos.

Aunque estas anécdotas son muy personales, espero que sean un granito más entre las expuestas por otros amigos suyos. Aunque sean pequeños detalles, pienso que reflejan de alguna forma su gran humanidad, y estoy convencido de que no eran solamente fruto de su carácter o de su manera de ser, sino de una lucha diaria por mejorar y, cómo no, de una fiel correspondencia a las gracias que Dios le fue enviando.

UNA AUTÉNTICA FUENTE DE ENERGÍA



Fernando Revuelta

Jefe del Departamento Jurídico
de Sociedad NESTLÉ, A.E.P.A.
ESPLUGUES DE LLOBREGAT

Conocí a Pepe Serret en octubre de 1.990, con ocasión de mi primera asistencia a un Consejo de "Granja Castelló, S.A.", del cual yo acababa de ser nombrado Secretario. Pepe hacía años que era Director General y Consejero. Desde el principio aprecié mucho su extraordinario conocimiento del negocio, que estaba dispuesto a transmitir a todo el que estuviera dispuesto a escucharle - entre los que rápidamente me incluí -, y la gran profesionalidad y acierto con que dirigía la Empresa.

Casi coincidiendo con nuestro primer encuentro, empezaron a desarrollarse los acontecimientos, que no hace al caso detallar por bien conocidos de todos sus amigos, que concluyeron con el trueque por parte de Pepe de "la leche por el café", con su consiguiente cambio de Empresa y de residencia.

Afortunadamente, mi vinculación con las operaciones que propiciaron tal cambio, así como con la nueva Empresa de Pepe, de la que también era yo Secretario de su Consejo, me permitieron vivir directamente todo el proceso y tener así oportunidad de estar en contacto muy cercano con Pepe, pudiendo percatarme, desde esa posición privilegiada, de la gran serenidad y aplomo con que encaró tan importante evolución en su vida profesional, así como la gallardía e ilusión que puso en asumir su nuevo reto profesional. Los meses transcurridos

desde su llegada a Reus hasta su trágico fallecimiento, aunque cortos, no han hecho sino ratificar su envidiable talante empresarial, su capacidad de adaptación y, en definitiva, su éxito.

Pero con ser importante nuestro contacto profesional, lo que fue mucho más profundo y provechoso para mí, fue nuestra relación personal y la de nuestras familias. Desde nuestro referido encuentro en otoño de 1.990, nació entre los dos una corriente de afecto y franca comunicación, que Pepe propició desde el primer momento y que a mí sólo me cupo seguir encantado.

Fruto de ella fueron las largas reuniones familiares mantenidas en Mollerussa primero, en Reus después, en Barcelona, e incluso en casa de su suegra en Creixell; también nuestra ascensión al Tibidabo con todos los infantes de ambas familias. Pepe siempre capitaneaba las acciones; era una auténtica fuente de energía, impartiendo cariño, confianza y buenos consejos a "los suyos", concepto éste en el que incluía generosamente a todo el que tuviera a su lado - o un poco más lejos -, en los momentos en los que, tal vez, él más que prodigarlos necesitaba recibirlos. Su amabilidad y generosidad no eran propios de estos tiempos.

Así, entre asados, calçots, orujo de León, conversaciones sobre política y religión - precisamente aquellos temas sobre los que el Manual de Buena Educación, que Pepe regalaba a sus amigos, dice que no hay que discutir - y canciones, muchas canciones - en las que la falta de oído y voz quedaba suficientemente compensada con el entusiasmo -, se cimentó en corto plazo una profunda y sincera amistad entre las dos familias, de la que Pepe continúa siendo referencia e impulsor.

Capítulo V

EL PADRE DE FAMILIA

"Amor a la familia significa saber estimar sus valores y posibilidades, promoviéndolos siempre. Amar a la familia significa individuar los peligros y males que la amenazan, para poder superarlos. Amar a la familia significa esforzarse por crear un ambiente que favorezca su desarrollo. Finalmente, una forma eminente de amor es dar a la familia cristiana de hoy, con frecuencia tentada por el desánimo y angustiada por las dificultades crecientes, razones de confianza en sí misma, en las propias riquezas de naturaleza y gracia, en la misión que Dios le ha confiado: Es necesario que las familias de nuestro tiempo vuelvan a remontarse más alto. Es necesario que sigan a Cristo".

(Juan Pablo II. Exhortación apostólica "Familiaris Consortio", sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual, n. 86).



Mollerussa, noviembre 1.989. Foto familiar.



Mollerussa, 1.990.



Ntra. Sra. de Montserrat, 23 d'abril de 1.990. Bodas de Plata.





Reus, 1991. Dia de Nadal. Recitando el "Poema de Nadal".



Reus, 1992. Dia de Nadal. «El Tió»



Reus, 1992. Dia de Nadal. «El Tió»



Pals (Girona), 30 de diciembre de 1.992. Visita al "Pessebre vivent".



Reus, Julio 1992

EN AQUELLA FAMILIA "PASABA ALGO"



Jaime Camats

Director del Colegio Turó. TARRAGONA

Sé que es muy poco el tiempo que conocí a Josep Serret y a su familia, pero el suficiente para darme cuenta de que en aquella familia "pasaba algo". No es que chocara por lo numerosa; era algo más de fondo, más profundo. Era ese cariño que no se dice, pero que se ve, que hace que uno se encuentre a gusto con ellos.

Debía ser durante el primer trimestre del año 1.992, cuando me llamó mi amigo Martín Cifré a mi casa: "vendremos el domingo con la familia Serret, de Mollerussa. Quieren buscar un colegio para sus hijos, ya que se van a trasladar a vivir a Tarragona. Les podrías enseñar el Colegio Turó, ¿qué te parece?".

Llegaron el siguiente domingo en varios coches y estuvimos visitando el Colegio. Así conocí a los Serret, y ya fuimos amigos como si siempre los hubiera conocido.

Luego me invitaron a comer, y allí, entre la algarabía de los más pequeños, conocí esa costumbre suya tan entrañable de dejar constancia de los recuerdos familiares en una especie de "cuaderno de bitácora" y, como tantos otros, no tuve más remedio que poner unas letras en el libro que me puso José delante.

Después, he podido comprobar que José sabía utilizar esos escritos para recordar en familia - en las tertulias que tenían, para reforzar los lazos familiares con esos momentos que habían vivido todos - que eran su histo-

ria. Disfrutaba José haciendo que cada uno - desde el más pequeño, Juan, a su esposa, Roser - contara sus recuerdos de tal o cual momento.

Conocía a sus hijos, a cada uno cómo era. No tenía prisas para el trato personal, para la atención a cada uno de ellos. Se fiaba de los hijos. No perdía la paz ni se impacientaba con los encargos que cada uno tenía en casa. Sabía estar a su lado, pero les enseñaba para que fueran ellos los que sacaran adelante su encargo.

Recuerdo una noche que cené en su casa. Los pequeños se encargaban de hacer la carne a la brasa en el jardín, mientras nosotros estábamos comentando la marcha de los estudios de sus hijos. Cuando venía alguno de ellos, feliz por el encargo, a consultarle a él o a Roser alguna incidencia de la preparación de la cena, les atendía con una calma pasmosa y...¡seguíamos hablando!. Sabía infundir confianza a sus hijos en sus posibilidades y sus capacidades. La verdad es que fue una cena encantadora.

Si algo me gustaría poner de manifiesto de la manera de ser de José Serret, es su forma de hacer familia, de hacer que cada uno de sus hijos se sintiera único, especial, querido. En las tertulias familiares, aunque algunos de sus hijos estaban lejos por motivos profesionales o de estudios, parecía que estuvieran allí sentados, participando de la conversación. Se hablaba de ellos, se pensaba en ellos...; uno se daba cuenta de que era un cariño muy especial el que los unía a todos. Cada uno tenía su momento, una canción, un chiste, una anécdota... Lazos de cariño que día a día unían más a la familia.

Tenía una capacidad especial para olvidarse de sí mismo y centrarse en los demás, y eso no sólo referido a su familia, sino también a las personas que trataba. ¡Cuántas veces en las reuniones de padres del colegio, se me acercaba para decirme: mira, a los Sres. tal les preocupa este tema, o ese otro...Les he dicho que hablaran contigo. Vendrán a verte.

No deja de ser significativo que, a pesar de su horario de trabajo, no dejaba de asistir a esas reuniones. De hecho, José murió en un accidente de trafico, mientras viajaba para asistir a una reunión de padres en la que estaba su esposa. No parecía importarle el cansancio cuando se trataba de sus hijos.

COMO DE LA FAMILIA



María Jové

MOLLERUSSA (Lleida)



(Entrevistada por Antonio Coll)

Si la señora Maria Jové me hubiera sido presentada como la abuela de la multitud de los niños que se movían alrededor de la mesa en la que trataba de entrevistarla, lo hubiera creído a pies juntillas. Tal es la relación de afecto que se nota entre los niños y esta mujer que aúna un buen carácter con una gran capacidad de trabajo.

Nacida en La Guardia (Lleida), hace trece años entró al servicio de una familia de Mollerusa, la formada por los señores Josep Serret y Roser Simó y sus hijos, que eran ocho por aquel entonces.

- A los dos o tres días me dije: "No estaré mucho tiempo en esta casa".

- *¿Por qué?*

- Pues, porque vi todo aquello y... Aunque recuerdo que una persona que les conocía bien me dijo: "Si aguantas ocho días, ya te quedarás siempre.

- *Y así ha sido.*

- He visto nacer a los tres últimos; cuando llegué, Quico debía tener dos meses.

La señora María se sienta a la mesa con todos, después de preparar la comida. Estamos en el chalet de Reus, bajo la parra del porche. Ella se quedó en Mollerussa cuando la familia Serret se

trasladó a Reus, pero al conocer el accidente que tuvo Roser en el jardín, y la operación(*), llegó como una flecha para hacerse cargo de la casa y de los niños. Durante la comida le hacen bromas de que tiene a tres más enchufados que otros.

- *¿Cómo era el señor Josep Serret?*

- Era un gran esposo y padre. Tenía un carácter muy bueno. Te avisaba si debías hacer algo de otra manera, pero era tan razonable... y tenía muchas atenciones. Si estaba en casa cuando yo me iba a la mía, me acompañaba para que no fuera andando... Si hubieran seguido en Mollerusa yo no me hubiera jubilado nunca.

- *¿Cómo se lo hacía usted para cocinar para tantos, porque además le gustaba traer amigos a casa ¿no?*

- Es que tenía muchos amigos y no permitía que se fueran de su casa si era la hora de cenar o de comer. ***"Quedaros"*** -les decía. Y a los que estábamos en la cocina venía a decirnos: ***"No os preocupéis, todo se arreglará"***, y así era, porque tenía soluciones para todo. Le gustaba ver la casa llena.

- *¿Recuerda alguna vez que le viera particularmente contento, aunque siempre lo estuviera?*

- Cuando nació Mariona. Estaba feliz. Cuando la madre y él iban a llegar a casa del hospital, él ya había estado antes preparando unas guirnaldas de papales y otras cosas para darle la bienvenida. Todas las fiestas las quería celebrar: las Comuniones... todo.

La conversación va transcurriendo y llega el yerno de la señora María, que aporta también su testimonio.

- La víspera de su muerte, el domingo, estuvimos con él comiendo aquí, en Reus, y estaba contento como siempre. ***"¡Qué bien estamos aquí, ¿eh?!***, *-exclamó-* ***pero allá arriba*** *-añadió apuntando al cielo-* ***aún estaremos mejor"***.

(*) El dia 17 de Junio, Roser tuvo una caida aparatosa de una escalera en el jardin de su casa que la llevó a estar internada con un pronóstico reservado.

PARECíA QUE PARA ÉL SIEMPRE ERA FIESTA



Mn. Joan Pau Gilabert

Sacerdote. Ldo. en Derecho. Dr. en Dº. Canónico.
BARCELONA

Llegar a una ciudad nueva, con no mucha experiencia, aunque con mucha ilusión, era mi caso en Septiembre de 1.983. A los dos años de ordenarme sacerdote iba a trabajar en un conocido colegio de Lérida para chicos. Ayudar a querer a Dios a gente joven, muy dispar, era un proyecto emocionante, pero -ya estaba avisado- sin la colaboración de los padres no sería tarea fácil. Doy gracias al Señor por haber conocido a Roser y a Pepe. Me sentí acogido desde el principio, a gusto. Y recuerdo con cariño la fiesta de despedida que hicimos en Mollerussa cuando, unos años más tarde, me trasladé a vivir a Barcelona.

He sido testigo de la preocupación de Pepe por dar a sus hijos una verdadera y coherente formación cristiana. Siempre con tono optimista, aún ante las dificultades. Creo que tenía una gran confianza en Dios; si no, no entiendo la alegría que infundía a los que tenía alrededor, que era continua. A pesar de su intensa actividad profesional, se le veía desvivirse por los suyos. Y tratar a cada uno de sus hijos teniendo en cuenta sus peculiaridades. Le he visto rezar y enseñar a rezar a los más pequeños.

Pienso que resolvía todos los problemas por superación. No por su carácter emprendedor, que lo tenía, sino por la confianza en Dios que iba en aumento. Entonces la alegría era inevitable. Parecía que

para él siempre era fiesta. Un ratito con él levantaba los ánimos a cualquiera, y probablemente terminaba en carcajada.

Le recuerdo también muy cariñoso y servicial. Esto, unido a su fe, hacían de Pepe un hombre muy apostólico. Intentaba acercar a Dios a sus amigos. Muchas veces facilitándoles una buena confesión. Algún tiempo después de que el Señor se lo llevara, su recuerdo -mejor: su intercesión- ha removido a otras personas a reconciliarse con Dios.

QUE TU GENEROSIDAD SE NOS CONTAGIE



Antón María Piqué

Técnico Comercial. LLEIDA

No siempre que se recibe una invitación a hacer algo, de primera intención cae bien. Sea por las causas que fuere, a las que no es ajeno el estado de ánimo o las mil circunstancias que inciden en la vida diaria y que suponen hacer un esfuerzo adicional para poder cumplimentar aquella invitación.

Pero hay invitaciones que, al margen de encontrarlas sugerentes, las ves oportunas, necesarias y con una proyección que, al amparo de la justicia, hacen agradable la tarea de acometerlas. No puedes disimular en tu fuero interno esta satisfacción y esta alegría, reflejada en una leve sonrisa de añoranza, de aceptada extrañeza. Te das cuenta de que todo pasa rápido, y aceptas la invitación con agrado.

Querrías decir, explicar todo aquello que intensamente marca (y conduce) aquellas huellas que necesariamente han dejado las relaciones. Relaciones de proyección.

Aceptas la invitación y quisieras hacerlo bien; mejor, muy bien, porque ves es de justicia que ahora, al recordar, con lo eterno por delante, en medio y atrás, si esto fuera posible...Lo eterno es eterno, y encuentras tanta limitación, tanta falta en el recuerdo... Te arrepientes de no haber aprovechado mejor el tiempo de la relación.

Todo esto y más, sucede antes de empezar a responder a la invitación de hablar, de escribir, sobre la relación con Josep Serret.

No recuerdo exactamente cuando nos conocimos. Sí recuerdo una conversación, la primera que viene a mi mente, juntamente con su esposa y la mía, en la que hablábamos esperanzados, con alegría, de la luchas por la situación profesional y la educación de los hijos. Porque, juntamente con Miguel y Nati, formábamos un trío de matrimonios en no establecida competición en nacimientos de hijos. Es claro que el tema daba para mucho. Esto debía suceder muy poco después de que la familia Serret llegara a Lleida, o mejor, a Mollerussa, procedentes de León.

Coincidimos un año en el Colegio Terraferma, aunque por lo general solamente nos veíamos en las reuniones de padres. No teníamos conversaciones largas, o, al menos, no las recuerdo. Pero siempre me daba la impresión de una persona muy activa, con pocos complejos y abordando las cosas de frente. Le veía siempre muy decidido. No recuerdo haberle visto ni una sola vez deprimido, ni aturdido ante la resolución de problemas; y me refiero a problemas de familia, hijos, y la consiguiente preocupación por la economía o los problemas que a veces los hijos proporcionan.

Moviéndose con su característica sonrisa y un ***"je,je..."***, cuando la cosa no daba más de sí, dejaba las cosas con un buen sabor de boca. Nunca daba la sensación de agobio, sino de disposición a la lucha y a afrontar los problemas que, aunque no se notara, debía tener, como padre de tres, cuatro, cinco, seis hijos, y hasta llegar a once.

Bastantes años coincidimos también en el "Centre Cultural Vallcalent", en la celebración de Nochebuena, Misa del Gallo, y la subsiguiente fiesta por todo lo alto. Alguna vez también - con ocasión de celebraciones similares - en el "Centre Cultural Pallars", también de Lleida.

Allí (sobre todo en Vallcalent y por estas fiestas de Navidad) es donde tuvimos las más largas conversaciones. Con frecuencia venía acompañado de sus hijos e hijas; lo mismo que nosotros. Pequeños como eran todos, los suyos y los nuestros, más de una vez se dormían antes de acabar la fiesta, pero estábamos en familia y todo acababa bien.

Políticamente no pensábamos igual. Algunas veces habíamos abordado el tema y acabábamos siempre cada cual en su rincón. Jamás, sin embargo, con Pepe Serret tuvimos un enfrentamiento por este tema. En los momentos de la llamada transición política, no siempre era fácil evitarlo, pero Pepe Serret se salía con su ***"je,je..."***, y seguía dejando buen sabor de boca.

Como decía antes, se echa en falta no haber aprovechado más su relación, pero también pienso esperanzado que muchos otros lo habrán hecho y podrán transmitir el mejor bagaje profundo que desprendía.

Con mi mujer, Rosa, entramos a formar parte del Comité Gestor de l'Escola Familiar "La Ginesta", en Sucs (Lleida). Debía ser el año 1990. A la sazón, Pepe Serret ocupaba un lugar de responsabilidad en la Federación Catalana de Escuelas Familiares Agrarias. Recuerdo que tuvimos una reunión en su casa, en Mollerussa, pero al poco tiempo, sólo unos meses, hubo un cambio profundo en toda la organización y no coincidimos más en este tipo de reuniones.

Creo que la última vez que le vi, antes de su partida al Cielo, fue en un adelantamiento por la autopista; él debía ir a su trabajo, y yo a un curso de retiro espiritual.

Muchas veces, en nuestros esporádicos encuentros, tenía la sensación - que ahora toma más cuerpo - de que un palo aguanta (o ayuda a aguantar) a otro palo. Lo digo en el sentido de que en la agradable y motivada lucha por sacar adelante tanto su nutrida y numerosa familia, como nosotros la nuestra, veía en su actitud una tranquilidad y una paz, aderezada con un espíritu de lucha que comunicaba a los demás, o al menos a mí.

Está claro que todo obedecía a la profunda convicción que, sin duda, orientaba su vida con un ideal claro; un ideal que desembocaba en una unidad de vida ante la cual se abría ese "mar sin orillas", o hacía verdad "el horizonte donde se juntan el cielo y la tierra".

Estoy escribiendo y se me ocurre que quizás puede parecer muy general lo que digo de Pepe; a mí no me lo parece, pues, aunque sean vivencias que encierran una verdad ciertamente subjetiva, pienso - sin duda alguna - que este retrato obedece, a su vez, a una causa objetiva que orientaba la vida de Josep Serret.

Es grato plasmar estos recuerdos. Reflexionas y ves cómo, por un lado, es maravilloso coincidir con hombres así. Gracias a Dios, hay millares por todo el mundo. Y todo por ser fiel a un ideal transcendente que se traduce en hechos concretos. Por otro lado, te das cuenta de lo poco imprescindibles que somos. Una esposa, once hijos, el trabajo profesional..., aquellos sueños de futuro, la entrega generosa de los hijos, todo, todo, puesto a disposición del Señor, que un buen día dijo:"siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, entra en el gozo de tu Señor". Aquí, en Reus o en Mollerussa; en todas partes, dolor. Pero esperanza firme también, porque todo queda en casa, en la Iglesia militante o en la triunfante, pero una sola, es decir, en casa.

Hace unos días, durante este mes de mayo del 93, en la reunión de jóvenes estudiantes universitarios en Torreciudad, uno de nuestros hijos se encontró con el mayor de Pepe Serret, Jaime. Hablaron y, cuando en la tertulia familiar de nuestra casa se comentó el encuentro, se dijo que Jaime estaba muy tranquilo y con ilusión. No puede ser menos. Desde la Iglesia triunfante se hace más y mejor que desde la militante. ¡Ahí es nada poder hablar con certeza en estos términos!.

Que tu generosidad se nos contagie...

CON UN CARISMA ESPECIAL



Mª Helena Rodríguez

Licenciada en Ciencias de la Educación.
Colegio Airina. TERRASSA (Barcelona)

Escribir sobre Pepe Serret es algo que me produce una gran alegría. Plasmar en unas líneas impresiones y hechos sobre un hombre del que se puede decir tanto, no es fácil. Intentaré dar forma a ideas y recuerdos.

Yo he sido tutora de dos hijas suyas. Estrené mi profesión en Lérida, al tiempo que el colegio Arabell iniciaba su andadura.

Dejé Madrid a principios de septiembre del 80. El colegio empezó con alumnas desde párvulos hasta 1º de B.U.P. Mª Angeles estudiaba este curso; Mª Carmen y Mª Roser, 8º y 6º de E.G.B., respectivamente. Ahí comenzó mi amistad con la familia Serret: no sólo a través de las actividades del colegio, pues estuve yendo los sabados durante un par de años a su casa. Sus hijas reunían a un grupo de amigas y yo les daba unas clases de formación cristiana. Solía llegar a las once de la mañana y me iba después de comer: más o menos, sobre las cuatro de la tarde, para poder coger el tren.

Sabía lo que era un supernumerario del Opus Dei, puesto que soy de la Obra, pero no había convivido en casa de ninguno tanto tiempo como lo hice en la de los Serret.

Pepe llegaba un poco antes de empezar a comer y rezaba el rosario con Roser; en las conversaciones y en todo aquello que yo iba observando, a Pepe lo recuerdo siempre alegre; transmitía serenidad a

pesar de haber problemas y preocupaciones como en todas las familias (y más en una tan numerosa), pero perduraban pocos segundos en la cara de ambos; los problemas se arreglaban con la gracia de Dios y con el sentido común extraordinario que ponía en todos los argumentos que daba; tenía, además, una visión muy positiva de todas las cosas; todo era solucionable y de todo se podía sacar algo bueno.

Escuchaba a sus hijos con una paciencia infinita: no había prosas y sí mucho cariño. Aunque había a veces castigos, sus hijos lo respetaban y la corriente de amistad entre ellos se notaba; estaba en el ambiente.

Siempre se apoyó mucho en los hijos mayores, ya que la prole de pequeños iba aumentando. Cada uno era único para él, por la forma en que los trataba. Recuerdo el tablón de anuncios de corcho, que estaba donde comíamos, con todos los papeles de actividades de ambos colegios para tener presente aquello que era de interés. Todo lo de sus hijos lo tenía presente; cualquier cosa era motivo de celebración.

Recuerdo que a su casa siempre venía gente; era amigo de sus amigos. Hospitalidad a todas horas, de mesa, de copa y de todo aquello que hiciera falta. La sonrisa, al recibir al que fuera. Y siempre hacía favores, aunque en ello dejara tiempo, dinero y jirones de sueño: todo tenía prioridad. Yo sé que, a Pepe, Arabell le debe mucho porque mucho fue el empeño en sacarlo adelante. Muchas eran las dificultades y los problemas; nunca se agradecerá bastante a Pepe todo su trabajo por el Colegio. Cuando llegaba a las reuniones -muchas veces tarde, pero sin faltar, porque tarde terminaba de trabajar- no se hacía notar; pasaba desapercibido; observaba mucho; se notaba que estaba por el buen ambiente que creaba a su alrededor y la sonrisa que provocaba en todos enseguida.

Cuando vine a vivir a Terrassa, donde vive la familia de Roser, un día coincidí con ellos, pues fueron a pasar el día en esta ciudad. Hacía tiempo que no nos veíamos, y yo llegaba con niñas a la salida de los ferrocarriles catalanes, de montar en bicicleta. Bien, pues Pepe se empeñó en llevarme a casa con su coche lleno de todos sus hijos (menos las mayores) y con algunas niñas que tenía que dejar yo en sus casas; en fín, si nos coge la policía nos cuesta caro.

La última ocasión en que lo ví fue en unas bodas de plata de una prima hermana de Roser. Como siempre, como era él, la sonrisa, la pregunta oportuna y el buen humor de esos minutos que te dejaba el agradable sabor de boca; y su empeño en llevarme a casa, hasta que me puse seria para disuadirle, pues lo esperaban para cenar.

Así era Pepe: una persona con un carisma especial. Allí donde estaba se hacía querer, pues él era el que daba primero, sin que el otro se diera cuenta.

IRRADIABA ALEGRÍA Y OPTIMISMO



Fernando Laguna

Licenciado en Ciencias de la Educación.
BARCELONA

Conocí a Pepe en el colegio Terraferma, de Lleida, cuando fue a pedir plaza para sus hijos. Acababan de trasladarse a vivir a Mollerusa. Yo era el encargado de las pruebas de admisión. Desde el primer momento me causó muy buena impresión aquella familia. Los chicos fueron admitidos y se integraron pronto en el Colegio, a la vez que sus padres se convertían en uno de los matrimonios más colaboradores.

Estaban muy contentos de la educación que estaban recibiendo sus hijos varones y deseaban un colegio parecido para sus hijas. Por eso acogieron con entusiasmo la idea de hacer un colegio para niñas de parecidas características que el Terraferma. Pepe fue del equipo de padres que se lanzaron a la aventura de fundar el Arabell -así se llamó el nuevo colegio- y se ditinguió por su confianza en que saldría adelante, su optimismo y su generosa dedicación. Fue tal el empuje de aquellos padres promotores que, en pocos meses, consiguieron el terreno y los permisos necesarios, empezaron las obras a finales de un curso y al curso siguiente ya entró en funcionamiento. Su entrega al Colegio llegó al punto de aceptar formar parte del Comité Directivo. Las reuniones eran a primera hora de la mañana; él iba desde Mollerusa, pese a que, en muchas ocasiones, había llegado tarde a casa la noche anterior, a causa de un viaje profesional.

Pepe irradiaba alegría y optimismo. Era muy decidido. Al poco

de conocerle te conquistaba su franqueza y su generosidad. Era magnánimo y tenía un gran corazón. Su mujer, Roser, estaba a su altura. Daba gusto verlos juntos, se notaba el cariño y la admiración que se tenían mutuamente. En el tiempo en que les traté, casi siempre esperaban un nuevo hijo, pues recibieron con generosidad todos los que Dios les quiso dar: llegaron a once. Un día fui a visitarles a su casa: el ambiente de aquel hogar rezumaba cariño, alegría y buen humor.

Después de marcharme de Lleida me encontré con Pepe en varias ocasiones. La alegría mutua que sentimos, manifestaba la hondura de la amistad que había surgido entre nosotros.

Cuando me enteré del accidente, fui al hospital y encontré allí a Roser y a sus hijos, y otras muchas personas que les acompañaban. Me impresionó el dolor sereno de aquella familia y de todas aquellas personas: se notaba la confianza de que Pepe habría recibido ya el premio que Dios le tendría reservado.

UNA GRAN AMISTAD PARA CADA UNO



Josep Camí

Biólogo. Colegio Terraferma. LLEIDA

No he dudado en aprovechar la oportunidad que me han dado de hacer constar por escrito algunas vivencias que tuve con Josep Serret. Siento la obligación de aportar esas anécdotas con las que conocí, a mi entender, al padre de familia más hospitalario de los que he podido tratar. Ahora me arrepiento de no haberle correspondido con esa virtud, que mostraba para todos.

Muchas veces tuve la ocasión de acompañar a sus hijos desde Lleida a Mollerusa. Siempre, al llegar, les dejaba en la puerta de su casa y me iba. No quería entrar, por no molestar. Con el tiempo aprendí que a Josep nunca se le molestaba cuando se le visitaba. Te atendía con multitud de detalles a todas horas.

Recuerdo bien un sucedido: acaeció el 22 de junio de 1992. Viajando con dos personas más, de Tárrega a Lleida, decidimos pasar por Mollerusa para saludarle. Por esas fechas, la familia ultimaba los detalles de su traslado a Reus. Al llegar nos percatamos de que no era un día muy apropiado para visitas: la casa estaba "empaquetada"; no tenía nada a mano para ofrecer a una inesperada visita, y las diez y media de la noche, marcadas por el reloj, ponían difícil el mejor recibimiento. Sin embargo, su atención hacia nosotros fue superior a lo que hubiera sido normal en otra persona ante esas circunstancias: nos dio de cenar, estuvo contándonos cosas mientras cenábamos, e incluso

hizo lo imposible para podernos enseñar un álbum familiar, de fotografías y otros recuerdos, elaborado con mucha ilusión con motivo del 17 de Mayo, día de la Beatificación de Monseñor Escrivá de Balaguer. No exagero cuando afirmo que hizo lo imposible, ya que empezó a abrir las muchas cajas (que ya estaban cerradas) preparadas para el traslado a Reus, hasta encontrar la que contenía el álbum.

Muchas otras virtudes eran fáciles de descubrir en su persona. Me llamaron la atención la serenidad y la paciencia con que sabía atender las peticiones de sus cinco hijos más pequeños, que muchas veces hablaban a la vez. También su generosidad sin límite, que le llevaba a ayudar a instituciones dedicadas a la formación de las personas.

Siempre recordaré la naturalidad con que sus hijos actuaban delante de su padre. Nunca actuaban con temor ante una posible reprensión del padre. Eso les llevaba a realizar alguna que otra travesura ante su presencia, sólo explicable porque sabía corregir sin humillar.

No quiero terminar este relato sin remarcar lo agradable que era en el trato personal. Sabía escuchar siempre, con una sonrisa natural que le salía del fondo del alma, sin atender a la mayor o menor importancia del tema de conversación, ni a la categoría del interlocutor. Por eso Josep era una gran amigo para cada uno.

ABRÍA LAS PUERTAS DE SU CORAZÓN Y DE SU CASA...



Antonio Marcuello

Abogado. BADALONA (Barcelona)

Hace poco más de un año comenzó mi trato con Josep. Las circunstancias eran algo excepcionales: nos encontrabamos en Roma para asistir a los actos de Beatificación de Mons. Escrivá de Balaguer y coincidimos con otros muchos peregrinos en el mismo hotel. Algunos amigos comunes que allí se encontraban facilitaron que pasáramos algunos ratos juntos, en compañía de Roser, su esposa.

Pasados algunos meses, su traslado profesional a Reus haría que nuestro trato fuera constante y mucho más intenso, tanto con él como con buena parte de su familia. Yo iba frecuentemente a Reus para atender la labor apostólica del Opus Dei en aquella ciudad, y ello dio pie a que chárlaramos con frecuencia de temas que dejaban traslucir muchos de sus valores. Tuve también la suerte de ser -como tantos otros- invitado a cenar a su casa y a compartir una agradable velada familiar. Con un conocimiento tan breve, no soy quién para trazar una semblanza de su persona: me habré de limitar necesariamente a unas pinceladas.

Lo primero a lo que asocio su recuerdo es a su gran corazón, a su capacidad de querer, a su preocupación por los que tenía a su alrededor. Y eso se traslucía en detalles diversos, en apariencia pequeños, pero reflejo de algo profundo e importante. Tenía un trabajo al que dedicaba muchas horas, pero no por eso se desentendía de la marcha

escolar de sus hijos: procuraba asistir a las reuniones para padres que se organizaban en el colegio, pese a ser nuevo en el centro. De hecho, falleció de camino a una de estas reuniones.

Su preocupación por los demás no se limitaba a su familia, con ser tan numerosa: en cuanto llegó a su nueva ciudad comenzó a conocer a nuevas personas y a interesarse por ellas, también por su mejora espiritual. Era hombre de ambiciones, que no dudaba en llevar a la práctica a pesar de las dificultades: otros podrán dar cuenta de proyectos en los que participó activamente, poniendo en juego mucho esfuerzo, también económico. Soy testigo de su generosidad efectiva habitual para sacar adelante actividades en beneficio de los demás.

La raíz de esta actitud generosa ante la vida estaba en su fe y en su amor a Dios. No era simplemente un hombre de buenos sentimientos: sabía sacar su carácter cuando lo creía oportuno. En todo lo que emprendía veía la posibilidad de que aquello sirviera además para su familia, para sus amigos. Por todo ello, era un hombre acogedor que abría las puertas de su corazón y de su casa a los que le rodeaban.

Le gustaba cantar en las reuniones con sus amigos. Seguro que en el Cielo ya habrá organizado una buena tertulia.

CONSEGUÍA QUE MUCHOS LE SECUNDASEN EN EL SERVICIO A LOS DEMÁS

Pedro Arola

Ingeniero Industrial. TARRAGONA

Conocí a Pepe hace unos doce años, en Lleida. Me impresionó desde el principio su hombría de bien, su buen humor, su optimismo constante, su cordialidad, su entrega a su familia y amigos.

A lo largo de nuestra relación de amistad, muy entrecortada y ocasional durante los últimos siete u ocho años, a consecuencia de que debí dejar de residir en Lleida y venir a Tarragona, continué observando siempre esas cualidades.

Su traslado a Reus me llenó de alegría: pronto pude comprobar que no había menguado su generosidad, optimismo y empuje, tanto en lo relativo al ámbito familiar, como al profesional, como al de apoyo a iniciativas de servicio a los demás.

Quiero referirme especialmente al tercero de los aspectos citados, puesto que el último día en que estuve con él, el día anterior a su muerte, tuvo lugar una pequeña anécdota que me impresionó: estaba Pepe organizando, junto con su esposa y otros matrimonios amigos, un "Curso de Orientación Familiar": un cursillo de unas diez semanas de duración sobre el modo de educar a los hijos, dirigido esencialmente a matrimonios jóvenes. Su deseo de que esa iniciativa de formación humana y cristiana llegase al máximo número de personas le llevaba no sólo a promover y coordinar el curso, sino a invitar personalmente a muchos matrimonios. Un amigo común, de Lleida, le había hablado

de un compañero de trabajo mío, recientemente trasladado a Tarragona, que podría entender bien y participar con interés en el curso de orientación familiar y en otras iniciativas similares; Pepe no se lo pensó dos veces y vino a verme, entre otras cosas, para pedirme la dirección de ese colega y poder invitarle al curso de parte del amigo común de Lleida y, si era preciso, de la mía. Me impresionó una vez más su entusiasmo y espíritu de servicio, pero, ante ese ejemplo, me pareció que debía colaborar yo más con su iniciativa y tuvo que transigir dejando, en este caso, en mis manos la gestión... Era siempre así: se entregaba a los demás y conseguía también que muchos otros le secundasen en su servicio a la gente.

ENS HO PASSÀVEM MOLT BÉ



Magí Carné

Industrial. Ex-Alcalde. MOLLERUSSA (Lleida)

Recordo quan vaig conèixer al Josep. Estava treballant a Leon, l'any 1975 i en una visita aquí a Mollerussa -justament a un enterrament- varen presentar-me'l. Poc temps després el traslladaven a Mollerussa com a Director de "Granja Castelló", amb la qual nosaltres teníem vinculació per raons de treball.

Poc a poc vàrem fer amistat, primer nosaltres dos per motius de feina i molt aviat també les famílies ens vàrem obrir les portes de les nostres cases. Naturalment nosaltres anàvem molt més a casa d'ells perquè els hi era més difícil deixar la casa, donat que durant molts anys tenien fills molt petits. Tot aixó passava al pis que havien tingut quan varen venir aquí a Mollerussa. Allí vàrem començar a fer les primeres trobades del Fert, cursos d'educació familiar. Nosaltres estàvem al seu grup i sempre, en aquestes trobades, anàvem junts. Cada vegada la nostra relació tan personal com familiar s'anava fent més forta.

Les anècdotes primeres que puc explicar d'elles és quan vàrem començar a parlar de construir-li la casa nova. Naturalment necessitava una casa gran pel nombre de família que tenia i per la que podia venir. Després d'uns estudis juntament amb l'arquitecte, es va començar a construir. El Josep, per motius de treball i també perquè m'havia donat molta confiança, no hi era mai. Només quan jo li portava les factures, que suposo que eren mensuals, em deia que quedava molt bé, però

"em fotràs tots els calés", "m'arruinaràs".

Després una vegada acabada, se'n sentia molt orgullós de viure-hi, això sí, sempre recordant-me amb una rialla a la cara que l'havia arruïnat. Sempre em deia que m'havia de fer una casa com la seva, i jo li contestava que havia de respectar l'opinió -en aquest cas d'un client- però estava més bé sense tant jardí, ja que li donava força feina, sobre tot els caps de setmana, encara que hi disfrutava molt.

Poc a poc vam fer tanta amistat que ell no podia fer cap festa que no hi hagués el Magí, nom, per altra banda, fàcil de recordar ja que en totes les festes no n'hi havia cap més. Més d'una vegada ens trobàvem al captard i ens dèiem l'un a l'altre; ***"perquè no sopem junts avui?"***; als deu minuts ja trucàvem a les Sres. i ja estava organitzat, encara que fos un pa amb tomàquet; ambdós crèiem que l'important era passar la vetllada en família.

He dit abans que per raons de treball també teníem relació, però cal dir amb tota honestedat que el Josep mai va confondre els termes: el treball era el treball, i les tertúlies eren les tertúlies.

Durant aquests anys de coneixença jo vaig ésser elegit Alcalde de Mollerussa; a partir d'aquí les trobades que fèiem tenien una segona part, la primera de fer taula i la segona sobre taula i -molt important- aquesta "matxacant" a preguntes a l'Alcalde, sobretot de com anava el poble; cal dir que sempre amb molt de respecte i amb molta broma. Quan parlàvem de política tot i que ambdós buscàvem uns mateixos ideals, ell tirava cap al Fraga, Hernández Mancha o Aznar, i jo tirava cap al Pujol i Roca, però sobretot cap al Pujol, la qual cosa també era compresa pel Josep.

Mai, però, va arribar la sang al riu; ens ho passàvem molt bé. Com enyorarem aquelles trobades que tant ell com jo i les respectives famílies sempre estàvem a punt de fer! En aquestes trobades a casa seva, sempre acabàvem cantant; jo no sé què ho fa, però nosaltres sempre érem els últims de marxar. Tal vegada era la proximitat a casa, que sempre ens quedàvem cantant el Josep, la Roser, la Maise, l'Ignasi (l'Urruti), la meva dona i jo. Bevent, ho fèiem bé, però cantant... noi, cantant...; ja hi posàvem tot l'interés, però francament, ho fotíem molt malament; però ens divertíem. Com que no tot era menjar i cantar, us explicaré una anècdota del 23-F. El mateix dia hi havia un recés al Col.legi Terraferma, i allà a les 7 de la tarda marxàvem de Mollerussa a Lleida amb la ràdio posada i amatents a allò que podia passar. Va ésser un recés atípic ja que tots els presents estàvem pendents dels esdeveniments a Madrid. Casualitat d' estar programat el recés el mateix dia 23-F.

I ja que parlem del col.legi, una de les coses que hem d'agrair a la família Serret és haver portat els nostres fills al Col.legi Terraferma i a l'Arabell, i també els nostres fills, més que nosaltres, ho han d'agrair, ja que avui que són grans saben que aquell pas pels Col.legis de Foment els van ajudar a la seva formació amb una edat que els hi era molt necessari, dels 14 als 18 anys.

Gràcies, Josep i Roser, en nom de la família.

Què us puc explicar més?; són tantes i tantes les estones que hem passat junts, treballant, pensant com fer el bé a altres persones, cosa que ell sempre hi estava molt obert; les vetlles de Sant Joan, les de Tot Sants etc... Una mostra més de la nostra amistat podia definir-la, d'una manera molt especial, la nit de Cap d'Any que normalment ens trobàvem lluny l'un de l'altre; les meves primeres i úniques trucades per felicitar l'Any Nou eren als meus pares i a la Família Serret.

Ens felicitàvem mutuament desitjant-nos molts d'èxits i salut. Malauradament l'última felicitació va ésser a les 12 de la nit del 31 de desembre de l'any 1992. Qui havia de dir-nos que aquell seria l'últim any que felicitaríem per cap d'any al Josep?. Ens vàrem desitjar molta sort i felicitat. A ell la felicitat terrenal se li va acabar al cap de 25 dies, encara que ja disfruta d'una altra felicitat que a tots nosaltres ens trametera des del Cel.

La vida dóna molts tombs i un dels moments que també ho vàrem passar un xic tristos va ésser quan ens van comunicar que marxaveu a viure a Reus, no pel fet d'anar a Reus, sinó perquè semblava que aquesta amistat que ell sempre posava per davant, pel fet de la

llunyania anés minvant, però no va ésser així.

El Josep, quan havia de fer alguna compra referent a inversions o bé, com en el cas de Reus, comprar-se una casa, volia que jo estigués al seu costat.

Un dia ens dedicàrem a buscar casa per la ciutat de Reus i les seves rodalies. En vàrem veure moltes, però, amb una família tan numerosa, no podia ésser una casa qualsevol. Vàrem trobar-ne una que els hi va agradar i se la van quedar, però era questió de negociar el preu i aquí vaig entrar jo, després, naturalment, d'haver visitat la casa per tots els costats.

La negociació amb la propietària va ésser dura, fent-li rebaixar una bona quantitat. S'hauria pogut baixar fins i tot més, ja que la propietària passava uns moments difícils i ho hauria fet; però, fins on arribava la bonhomia del Josep, que em va dir: ***"Escolta, potser aquesta pobra noia després li faran falta els diners"***. Això dóna un exemple clar i viu de com patia el Josep per les altres persones.

Moltes de les anècdotes que podia explicar d'ell estan reflexades en el llibre que en acabar les festes mes assenyalades omplíem explicant els moments personals d'actualitat.

L'última conversa que vaig tenir amb ell va ésser a mitjans de gener poc abans de deixar-nos. Era per anar a sopar tots quatre bo i celebrant les nostres noces d'argent. Quan hagi passat més temps, esperem fer-ho amb la cadira buida del Josep, però tenint-lo entre nosaltres tres.

BUEN MAESTRO DE PATERNIDAD Y AMISTAD

Isabel Pérez de la Raya

Ama de casa. MOLLERUSSA (Lleida)

Querido Pepe:

¡Qué difícil es escribir sobre ti!, cuando no se tiene tu talante literario. No porque no sepamos qué decir. Sobre ti, se pueden decir muchas cosas, cuando es el corazón el que manda, el que siente que mereces que tus amigos te hagamos este pequeño homenaje.

Te conocimos en la última etapa de tu vida. Los últimos cuatro años. Fue suficiente la relación que mantuvimos estos años para asentar esa amistad entera que nos unía contigo, con Roser y con tus hijos.

Para nosotros eras una persona íntegra, en el pleno sentido de la palabra. Leal, consecuente y coherente en tus ideas y acciones, y firme en tus decisiones. Nos llamaba la atención tu andar firme y decidido hacia el objetivo. Sin miedos ni prejucios de ninguna clase. Esto lo pudimos comprobar cuando organizaste el último FERT(*) que se hizo en Mollerussa, que teniendo malas perspectivas de aceptación, con tu insistencia y perspicacia, conseguiste que el grupo fuera más numeroso que nunca, y que resultara todo un éxito, tanto en asistentes como en conferenciantes. Lo pasamos todos muy bien.

Tu casa, tu familia, siempre abierta a organizar verbenas, cenas, cafés, círculos, etc. Acogedora al máximo. Siempre se respiraba un clima apacible y familiar. Nadie se ha podido sentir extraño en tu casa.

(*) Curso de Educación Familiar organizado por la institución FERT, de Barcelona.

A la memoria nos vienen las partidas de canasta que hacíamos los cuatro. Siempre ganaban los hombres. Lo amante de la música casera que eras, con tus cancioneros recopilados, y que, a la mínima ocasión que tenías, los sacabas y nos hacías participar, en un auténtico revival de canciones, sin importar el buen o mal oído, la buena o mala voz: el caso era cantar. "El libro" donde cada uno que ha parado en vuestra casa ha podido dejar constancia de lo que eras; y "la Nota", la sala que a tanta gente ha acogido y donde nos hacías sentir tu amistad y el sentido familiar que tenías. Siempre rodeado de amigos, pero siempre rodeado también de tus hijos. Las tertulias, las conversaciones que allí se entablaban resultaban constructivas, edificantes, a pesar de los temas discrepantes que pudieran surgir.

Tú y la familia que has dejado: un modelo de virtudes a imitar.

Tu muerte, Pepe, no ha sido en balde. Dios sabe lo que se hace: te fuiste con Él pero nos dejaste tus oportunos buenos consejos como padre y amigo. Como lo que eras: un buen maestro de paternidad y amistad.

LAS LÁGRIMAS DEL JARDINERO



Antonio Anaya.

REUS (Tarragona)

(Entrevistado por Antonio Coll)

Con el rastrillo en la mano, Antonio Anaya Lozano me recibe como si nos hubiéramos conocido de toda la vida. Por su edad ya podría estar jubilado, pero a lo largo de su vida, este sevillano delgado, pero a la vez fuerte como un roble -dice que no ha visto más de tres veces al médico-, sigue trabajando en el sector de la construcción, del que ha sido capataz durante años, y aun distrae unas horas para arreglar el jardín de los señores Serret, en Reus.

- Su padre (me señala a Jaume y a Josep que están presentes) me gritaba: ***"¡Antonio, no trabaje tanto!"***.

- *¿Cuándo conoció usted al señor Josep Serret?*

- "Fue cuando ellos vinieron a vivir aquí. Un amigo me preguntó si sabía de alguien que pudiera cuidar el jardín de esta casa, y yo me ofrecí: así le conocí al pobre, que era la mejor persona que yo he conocido en mi vida, y eso que he conocido a mucha gente" -responde secándose unas lágrimas que el recuerdo le ha hecho correr por la mejilla.

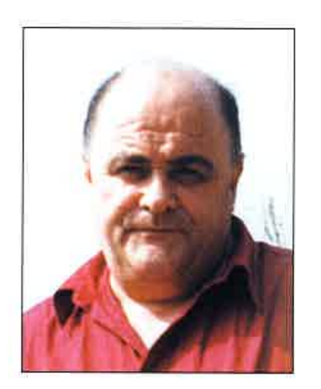
- *¿Qué destacaría de él?*

- "Era muy buena persona. Estaba siempre de buen humor y me quería mucho. Se le veía cómo disfrutaba viendo cómo jugaban sus hijos por aquí. Con él y éste (se refiere a Josep) estuvimos arreglando todo esto. Cuando me dijeron lo que había pasado lloré mucho. Era la

persona mejor que he conocido, y mire que he tratado a muchas, pero como él, nadie".

Joan y Mariona están jugando con unas cañas cerca del pequeño estanque donde se desarrolla la conversación. Antonio Anaya se seca la frente, hace calor, y alguna lágrima que le brota todavía.

UN ESPEJO EN EL QUE PUEDEN MIRARSE TODOS SUS HIJOS



Martín Cifré

Artista - Pintor. PALMA DE MALLORCA.

La noticia de la muerte de D. José Serret la recibí con cierto retraso y me causó un gran dolor e increíble estupor. Las imágenes de esta familia llenaron mi mente y les recordé con gran cariño.

La circunstancia que me une a la familia Serret fue el hecho de que su hijo mayor entre los varones, Jaime, hiciera la mili en Palma de Mallorca y se hospedase en mi casa.

La primera vez que vi a D. José fue en Palma, y la impresión que me causó fue profunda. Acompañado de su esposa, Roser, vinieron a visitar a su hijo Jaime, y las conversaciones que en aquellos días pude mantener con él me dieron idea de la calidad de su persona.

Si la memoria no me falla, tuve la suerte de estar con D. José Serret en cinco ocasiones. Enseguida me impactó su porte, y la amable forma de tratarnos a todos. Profundamente humano, se ganaba enseguida la admiración y el afecto de las personas que trataba.

Disfrutaba con que los demás se lo pasaran bien. El recuerdo de aquellas comidas familiares tan entrañables no se me olvidará, como tampoco las largas tertulias nocturnas que se llenaban siempre con su conversación ingeniosa, como también las continuas atenciones que tenía con los invitados. Y especialmente tengo que decir que las tuvo conmigo.

A aquel nido que fue la casa de Mollerussa, siempre se deseaba

llegar y nunca marcharse. ¿Por qué?. Porque solamente la unión con Dios produce estos hogares tan llenos de luz y alegría.

En la casa de los padres de Jaime he aprendido a no ser tonto, a saber que por este ideal humano y cristiano -el de Jaime, el de su padre- vale la pena entregarse.

Don José Serret Borda es un espejo en el que pueden mirarse todos sus hijos. Vuestro padre fue una gran persona, un excelente profesional y un cariñosísimo padre de familia; sus numerosos hijos son el testimonio firme de su honradez y grandeza de ánimo.

Quisiera, antes de terminar, dedicar unas palabras a Doña Roser Simó, su querida esposa, que desde edad temprana fue su más firme soporte, que supo quererle con tanto cariño -lo sé por Jaime-, que tanto apoyo le prestó y que tanto ha colaborado en la formación de este hogar.

Recordando a D. José Serret, sólo me queda decir que Dios sabe más. Cuando tuve noticia de su muerte, deseé enseguida estar con vosotros. Llegado este momento -la publicación del libro- no podría dejar de escribir estas líneas para que quede testimonio del gran hombre que fue José Serret Borda.

"A ESTO SE LE LLAMA 'VOCACIÓN'"



Mª Rosa Vilaseca

Secretaria Administrativa, Colegio Arabell. LLEIDA

Conocí a Pepe y a su mujer Roser cuando fueron a vivir a Mollerussa. Se incorporaron al grupo de amigos y desde el primer momento se integraron completamente en él.

Coincidimos en todas las celebraciones familiares de los amigos, sobre todo en las suyas, que se repetían con las comuniones y los bautizos de sus hijos, destacando siempre el ambiente familiar y de alegría que ellos vivían. Recuerdo con cariño todas estas fiestas en las que, al finalizar, Pepe formaba un gran coro con todos los allí reunidos; repartía cancioneros, con canciones de todos conocidas y muy bien seleccionadas, que eran mensajes de amor. Nunca se encontraba el momento de finalizar la reunión.

En las actividades del colegio donde estudiaban nuestras hijas, él nunca escatimó esfuerzos y dedicación a pesar de su intensa actividad profesional; siempre se pudo contar con su apoyo, ánimo y optimismo.

Como cristiano, su coherencia y naturalidad se hacía destacar. Recuerdo los viajes que hice con ellos, en su coche, para asistir a alguna boda u otro acontecimiento; siempre aprovechó el viaje para rezar el rosario y, al finalizar, las largas intenciones por las que rezaba se alargaban más que el mismo rosario. Por el Papa, la Iglesia, el Estado, el trabajo, sus hijos, los familiares, los amigos, intenciones particulares

de cada uno, los difuntos; todo cabía en sus intenciones.

Pude comprobar su trato de autoridad y amistad afable con sus hijos. Un día de verano fuimos a cenar a su casa con mis hijas y una amiga común. Al acabar la cena, sus hijos pequeños habían preparado una función de teatro en el jardín y allí nos instalamos para ver la representación. En una de las "escenas" les hacía falta una persona para seguir la función: Pepe se ofreció como artista, y siguió la representación. Al final tenían que dispararle y él, al recibir el impacto de los "disparos de dedo", se tiró al suelo haciendo de muerto como era de rigor. La interpretación fue perfecta, por la que recibió grandes aplausos.

La última vez que le vi fue en su casa de Reus, donde nos reunió a todos los amigos del grupo para la inauguración de su nuevo domicilio. Como siempre, reinó la alegría y se formó el gran coro. Uno de los amigos que estaba a mi lado no sabía cómo calificar este modo de hacer y dijo: "Pepe tiene una verdadera obsesión por la familia y el trabajo". Yo le consteste: "a esto se le llama 'vocación'".

Dios sabe más y coge los frutos cuando están maduros. Pepe ya lo estaba y el Señor se fijó en él y lo cogió. Ahora ya está en el Cielo y su mujer, Roser, y sus hijos, seguirán teniendo su ayuda y sentirán su apoyo constantemente.

Capítulo VI

AMIGO DE DIOS

"¡Sí!, es posible ser del mundo sin ser mundanos; es posible permanecer en el lugar de cada uno, y al mismo tiempo seguir a Cristo y permanecer en él. Es posible vivir ***en el cielo y en la tierra****, ser contemplativos* ***en medio del mundo****, transformando las circunstancias de la vida ordinaria en ocasión de encuentro con Dios; en medio para llevar otras almas al Señor e informar desde dentro la sociedad humana con el espíritu de Cristo, ofreciendo a Dios padre todas nuestras obras en unión con el sacrificio de la Cruz, que se renueva sacramentalmente en la Eucaristía".*

(De la Homilía pronunciada por
Mons. Alvaro del Portillo,
Prelado del Opus Dei,
en la Plaza de San Pedro de Roma,
18-V-1.992)

VA PASSAR ENTRE NOSALTRES ESTIMANT



Joan Vidal

Metge Pediatra. LLEIDA

Estava passant una temporada llarga lluny de casa, a un pais estranger. Cada carta que rebia cobrava -amb una perspectiva de distància- un nou color. Però aquella carta havia de resultar especialment lluminosa. La vaig obrir: "...el nostre estimadíssim Josep ja és al cel; Déu se'ns l'ha endut de forma inesperada...".

Les llàgrimes em varen venir als ulls impedint-me de seguir llegint. Commogut vaig buscar la companyia del Sagrari, on em sentia més a prop de l'amic perdut. Quantes vegades les nostres ànimes no s'havien sentit joiosament unides al considerar l'amor de Déu que es queda amagat a l'Hòstia per ajudar-nos a perseverar en la vida cristiana: és allí, ens deiem. Al Tabernacle, on hem de referir tots els treballs del dia, tots els afanys, tots els amors...

A la atemperada foscor de l'Oratori ningú notaria les meves llàgrimes nostàlgiques. On és ara l'amic bo, aquesta ànima noble que no sabia sinó estimar i donar-se?. El món seguirà rodant i la gent viurà indiferent, ignorant que amb la partida del meu amic aquesta terra ja no és la mateixa, les seves oracions i el seu sacrifici ja no segueixen regant dia a dia la nostra vida.

Ara, quan m'assec a l'escriptori per testimoniar la seva vida, retornen vius aquests records de la seva partida. I amb l'exemplaritat de la seva prestigiosa labor professional, de la seva fecunditat merave-

llosa en la vida familiar, juntament amb els vius records del seu infatigable zel apostòlic, em sento impulsat a deixar constància d'alguns records més "personals". Quedin aquests records com a testimoni fidel de la talla humana i ..."divina" d'aquest marit, pare i amic exemplar que va passar entre nosaltres estimant.

En Josep era un home molt actiu, i per tant ocupat. La seva agenda no deixava gaire marge de maniobra. Per això, quan un bon dia de tardor li vaig proposar que dediqués una colla d'hores al mes a atendre les necessitats d'una activitat apostòlica dirigida a la gent del camp, vaig esperar en va una rèplica llistada dels seus innumerables compromisos. Mentre em mirava per damunt de les petites ulleres, deixant divertidament que fessin equilibris a la punta del nas sense arribar a caure, va iniciar un somriure i va treure l'agenda: ***"Què s'ha de fer?"...***

Certament que en Josep era un home que - quan d'ajudar als altres es tractava - no sabia dir que no.

Ja he fet esment que ens unia una amistat entranyable. De vegades tenia la sensació que la nostra amistat era quelcom molt singular. Però després reflexionava i no trigava massa en adonar-me que en Josep tenia un cor tan generós, es donava de tal manera als que l'envoltaven que moltes persones compartien aquest mateix sentiment de ser el seu millor amic.

Era home emprenedor. Les iniciatives professionals, la seva família, la seva activitat de suport de la gestió d'empreses formatives i d'apostolat, etc. deixen constància que en Josep era un home compromès. No fugia de responsabilitats quan veia que redundarien en bé dels altres i ajudarien a escampar arreu el missatge de salvació de l'Església. Per això va respondre joiós a la vocació, quan Déu el va cridar a formar part de l'Opus Dei. Desitjós d'identificar-se amb l'esperit de l'Obra venia a veure'm, tot sovint, per a parlar d'apostolat i vida interior.

En el caliu de l'amistat, moltes vegades vaig gaudir de la seva confiança. Les seves confidències es centraven habitualment en els altres. S'interessava per les petites o grans coses dels qui l'envoltaven: salut, treball, família, il.lusions... i el seu interès es concretava sovint en petits favors. Això el caracteritzava. No era home de teories: si podia ajudar, ajudava. I ja està. Qui no ha rebut d'ell -entre els qui l'envoltaven- un llibre, una informació orientadora, un cop de mà en una gestió aturada, fins i tot un ajut econòmic o senzillament un obsequi afectuós en el que bolcava una mica de la seva esplèndida generositat?.

Tant pendent estava de preocupar-se dels altres que no sovintejava les confidències a l'entorn de la pròpia persona. Per això, quan en la seva espontaneïtat em va fer confiança en diverses ocasions d'algun aspecte de la seva riquesa interior, escoltava jo amb atenció.

De vegades em comentava detalls de la seva lluita personal i -humilment, amb senzillesa- em demanava consell. Es tractava sovint de l'esforç que dirigia a superar els obstacles que l'impedient una major entrega als altres o una intimitat més gran amb Déu: coses mínimes, petites dificultats sense més importància que la que li atorgava el seu cor enamorat. La seva delicadesa era tal que jo em sentia remogut. I amb les oportunes paraules de consell brollava dintre meu un cant d'acció de gràcies a Déu al considerar la bellesa de les ànimes d'aquells que el busquen amb un cor senzill i generós.

HICIERA FRÍO O CALOR...



Mª Asunción del Corazón de Jesús

MONASTERIO DE SANTA TERESA

(Carmelitas Descalzas) MOLLERUSSA (Lleida)

Apreciamos y admiramos a la simpática y edificante Familia Serret, que tuvimos la dicha de conocer por compartir asiduamente nuestras celebraciones eucarísticas. Allí nació nuestra amistad.

Para nosotras, el Sr. José fue un excelente católico: era un hombre de fe, honrado, honesto, sincero, trabajador, sencillo, humilde, abierto...: lleno de amor y caridad para con todos.

El matrimonio José y Roser Serret, como miembros del Opus Dei, vivían profundamente la fe y sabían transmitirla a sus hijos. La oración litúrgica, la meditación y el amor a la familia, eran el centro de su vida. La Sta. Misa la vivían en profundidad. Todas nos admirábamos de su piedad y fervor, y de su exquisita fidelidad a ella, hiciera frío o calor... En los crudos inviernos en Mollerussa, no se rendían nunca; y, por cierto, que en nuestra iglesia las tres estufas que caldean el ambiente apenas se dejan sentir...

Daba gozo y devoción ver a toda, o casi toda la familia reunida en torno al altar, particularmente los domingos y días festivos, cuando los hijos no tenían clases. Los más pequeños, ayudando al sacerdote como monaguillos, y los otros, junto a sus papás, en los primeros bancos. Todos muy formalitos y atentos... Se notaba que vivían en un ambiente familiar auténticamente cristiano y ejemplar. Cuando "los monaguillos" tenían algún descuido, o faltaba algún detalle, su papá se

lo advertía y enseñaba cómo debían hacerlo.

Muchas veces subía él mismo al altar para ayudar al celebrante y, en alguna ocasión, participaba como lector, aunque ésto -como él mismo nos manifestó- prefería lo hicieran los otros fieles.

Una hermana comprobó gozosamente que, finalizada la Santa Misa, juntos daban gracias al Señor. El Sr. José ponía su brazo encima del hombro de alguno de sus pequeños, casi abrazándole, y le susurraba al oído, sin duda para enseñarle o ayudarle a dar gracias al Divino Huésped. Detalles de su amor y desvelo paternal podríamos citar muchos.

Dos veces al año obsequiaban a la Comunidad, especialmente el día de Reyes con el tradicional "tortell" (roscón). Era incontenible el gozo y alegría de los pequeños llevando consigo el "enorme" pastel... Un año en esa fecha, al pasar al locutorio, había allí otro matrimonio joven con sus dos hijos. La hermana que estaba con ellos preguntó intencionadamente a los pequeños (pues bien lo sabía), "cuántos hermanos eran". Ellos, con toda naturalidad y contento, contestaron: "Somos once hermanos", y fueron citando los nombres y edad de cada uno, con lo que la familia allí presente quedó hondamente impresionada y edificada.

A pesar de sus dotes y prestigio, el Sr. José era profundamente humilde y sencillo. En sus visitas a la comunidad, la alegría y buen humor, junto con ese amor entrañable a su familia, fueron siempre sus notas distintivas.

Una vez, por Navidad, vinieron a felicitarnos y nos llamó la atención ver la sencillez con que los niños explicaban y representaban chistes y ocurrencias, y con qué cariño los padres y hermanos mayores animaban a los más pequeños. Al reírnos nosotras por la gracia de sus hijos, el Sr. Serret y su esposa dijeron sencilla y espontáneamente: ***"En casa siempre estamos así"***.

Nos contaron cómo al volver de la Misa del Gallo, antes de acostarse, estuvieron todos juntos comiendo turrón y cantando villancicos.

La manera de expresarse y comportarse todos durante aquella visita, nos hizo pensar en la gran paz, unión y sana alegría que debía reinar en aquella familia.

Como amante de la Obra y fiel hijo de la Madre Iglesia nos suscribió a la revista "Romana".

La última Navidad, 1992, -la primera pasada fuera de Mollerussa desde su nuevo destino en Reus- nos felicitaron con unas letritas muy graciosas y simpáticas que aún guardamos como perpetuo recuerdo.

Son muchas las cosas que aprendimos de esa querida y siempre recordada familia Serret.

Para nosotras ha sido un gozo conocer al Sr. José, por el testimonio de fe y esperanza que comunicaba.

Pero un gozo doloroso por el vacío que ha dejado. Un vacío en su vida familiar, en donde ha escrito su pequeña historia. Una historia que el amor de su esposa y de sus hijos mantendrán muy viva.

Un gozo doloroso por el vacío que ha dejado en la comunidad eclesial y en el Opus Dei.

Pero un vacío lleno de esperanza para todos nosotros y lleno de vida para él, porque es un gozo saber que el Sr. José "ha entrado en el gozo de su Señor" (cfr. Mt. 25, 23); ahora él se ha sumergido en el inefable gozo de Dios y por toda la eternidad.

Desde allí intercederá por todos, particularmente por su familia y por los miembros y simpatizantes de la Obra por la que él con tanto entusiasmo trabajó, vivió y amó.

LA EUCARISTÍA ERA EL CENTRO DE SU VIDA



Antonio Comellas

Sacerdote. L'AMETLLA DE MEROLA (Barcelona)

Es difícil escribir la semblanza de un amigo cuando el corazón puede traicionar la verdad. Y escribir desde mi ángulo personal tiene prismas diversos, ya que, como Párroco de Mollerussa durante diez años, compartimos la amistad y la vida, las ilusiones y las preocupaciones, el ayer, el hoy y el mañana.

Conocí y entré en relación con Serret -así le llamábamos y tratábamos- por motivos pastorales y, posteriormente, por la amistad surgida del quehacer diario. Era él gerente de Leche "El Castillo" y feligrés, y yo, sacerdote responsable de una comunidad parroquial abierta a todos y deseosa de ayudar a todos por los caminos del Señor.

¿Recuerdos?.

Me sorprendió su vida religiosa. Hombre de Misa diaria y de Visita al Santísimo. Por la mañana era asiduo, primeramente, de la iglesia del Carmen y, después, de la capilla del Convento de Santa Teresa. Si fallaba por la mañana, se hacía presente a la celebración vespertina del templo parroquial. Raramente se ausentaba del templo después de las celebraciones, sin antes dar gracias a Dios en un rato de plegaria personal o junto a su esposa.

Sus tareas personales le llevaban tardíamente -con mucha frecuencia- al templo parroquial para visitar al Santísimo. Algunas veces nos pedía que esperáramos unos instantes, mientras él entraba y salía

después de hacer una genuflexión y plegaria silenciosa. Siempre fue atento en no maltratar nuestros horarios. Vista su constante asiduidad, le ofrecí una llave del templo -otros también disponían de ella- para que libremente pudiera practicar sus devociones sin depender de los horarios y de las tareas de los sacerdotes. Aceptó la oferta y a horas anormales presencié su figura abriendo o cerrando la puerta. Unos dos años después me devolvió la llave sin que consiguiera obtener -tampoco insistí- el motivo de esta decisión. Creo que razones o juicios de indignidad le movieron a ello.

Una noche, después de la celebración eucarística, mientras estaba delante de la puerta del templo paroquial, vi cómo aparcaba el coche y, con el pelo revuleto, cabeza gacha y ensimismado, ascendía por las amplias escaleras. Le pregunte: "¿Dónde estaba tu mente ahora?". En silencio y sin mediar palabra, sacó su mano del bolsillo y me mostró el rosario que tenía en ella.

A nivel personal y comunitario, durante las obras de reconstrucción de la casa rectoral, nos ofreció gratuitamente una amplia vivienda que tenía en aquel entonces en venta y donde permanecí durante un año y medio.

La caridad -silenciarla es ponerla en manos de Dios- llegó también a nuestra comunidad para apoyar las obras de caridad y del sostenimiento del culto: el silencio lleva la contabilidad de sus oblaciones.

Dada su constante vida errante, me comentó la falta de celebraciones, a horas oportunas y diversas en el Aeropuerto del Prat y mencionó la mayor atención en el de Barajas. Buscaba templos y espacios para asistir a la celebración de la Eucaristía. Ella era el centro de su vida y de su fidelidad.

Hombre de sano criterio y juicio, leía y se formaba constantemente. No era raro ver en su bolsillo un libro formativo o que te entregara folletos sobre temas de actualidad religiosa.

Otros podrán constatar sus virtudes humanas y su espíritu de laboriosidad. El trabajo profesional, su dedicación a la familia y su prestación a todo lo que redundara en favor de la educación de sus hijos y de apoyo a la enseñanza cristiana eran para él prioritarios.

Su vida de familia, siempre que las muchas ocupaciones lo permitían, era intensa. Cada noche dedicaba el máximo de tiempo posible a convivir con su esposa Roser y con sus hijos. ¡Que desde el cielo vele por ellos!.

Difícil es hacer una semblanza de un amigo cuando el corazón ofusca la verdad. El paso del tiempo va acrecentando la valía de un hombre honrado, cristiano, esforzado profesional, un buen esposo, un buen padre y un buen amigo.

Un triste accidente se nos llevó algo querido. Un triste accidente le ha dado el descanso y el gozo junto al Padre. En la casa del Padre tenemos todos un amigo. La esperanza de un reencuentro mantenga siempre viva la llama de la amistad y del recuerdo.

Para todos, que los recuerdos sean vivencia. "Gràcies, Serret!".

UN CRISTIANO DE LOS AUTÉNTICOS



Josep Miró

Consejero Delegado de Francisco Miró S.A. GAVÁ (Barcelona)

Mi primer encuentro con él fue totalmente profesional, dada su condición de Director General de "Granja Castelló, S.A.", y yo de la firma Francisco Miró, S.A., clientes de toda la vida de dicha Empresa.

Me acuerdo que la primera vez que nos presentaron ya me impactó su transparencia, su limpieza en el trato comercial, su sencillez y, sobre todo, una calidad humana que, a medida que lo fui conociendo con más profundidad, él me fue confirmando.

José era un cristiano de los auténticos, y la gran profesionalidad que tenía la enriquecía constantemente, apoyándose en la gran Verdad del mundo que es Cristo; yo sé que lo tenía como su primer consultor; por esto no podía ir nunca equivocado.

Él destilaba el aroma agradable de los que han sabido escoger el mejor camino, y lo demostraba con su alegría serena y la paz que transmitía en su conversación; su honradez y, sobre todo, el amor que tenía por los demás, que lo exteriorizaba en su buen hacer y en intentar dar la máxima satisfacción a quienes hemos tenido la suerte de conocerlo.

Era una persona altamente extrovertida, a quien gustaba combinar sus obligaciones profesionales con el trato amistoso. Las reuniones con clientes amigos solían terminar con una comida agradable en la que se departía sobre toda clase de temas.

Ha sido un luchador inagotable que, en momentos de dificultades empresariales, ha sabido transmitir el entusiasmo necesario y tomar las decisiones oportunas para conseguir el objetivo más conveniente.

La primera vez que me invitó con mi esposa y mis hijos a ir a su casa en Mollerussa, y conocimos su gran familia, a su esposa Roser y a los hijos que aquel día estaban allí (que eran los más pequeños pues los mayores estudiaban fuera de la población), aumentó nuestra admiración. Y digo "nuestra", porque a la mía también se unió la de mi esposa, pues, a pesar de lo que yo le había hablado de las cualidades de José, nos dimos cuenta que aún nos quedaba por conocer de él una cosa muy importante: su ambiente familiar.

José y Roser formaban un matrimonio ejemplar. El amor que se profesaban era auténtico y responsable, y la dedicación a su gran familia, extraordinaria. Han dado testimonio de lo que es una verdadera familia.

Las circunstancias de la vida me han unido mucho a José, pues aparte de tener la misma edad que él y compartir muchos criterios y, sobre todo, las creencias religiosas, también un mes de Enero de 1990 sufrí la pérdida irreparable de mi hijo Lluís en circunstancias parecidas a José. Cuando él se enteró, le faltó tiempo para venir a vernos y darnos palabras de aliento, tanto a mí como a mi esposa, consolándonos mútuamente en la fe que profesamos.

¿Quién nos iba a decir entonces que tres años más tarde, y también en el mes de Enero, se encontrarían en el Cielo que Dios tiene reservado a quienes siguen sus pasos?.

José, tu estancia entre nosotros, aunque haya sido corta, ha sido plenamente fecunda en todos los aspectos; has sido un hombre que te has dado a los demás y, a los que hemos tenido la suerte de compartir contigo, nos has dejado en el sendero que has recorrido, que va a quedar imborrable para los que te hemos conocido.

"¡SUERTE, Y AL TORO!"



Vicenç Companys

Veterinario. LLEIDA.

La primera vez que coincidimos fue en Barcelona, con ocasión de unos días de convivencia a la que asistíamos un grupo de personas pertenecientes al Opus Dei. Esto sería en el verano de 1.986. Yo entonces trabajaba en la plaza de Hospitalet de Llobregat como Inspector Municipal del Ayuntamiento. Desde el primer momento me llamó la atención su alegría comunicativa, desbordante (tanto si hablaba en serio, como si bromeábamos), llevando en todo momento las riendas bien cogidas y dirigidas a Dios, la familia, el trabajo.

En la primavera del 87, un domingo por la mañana fui a Misa al Oratorio del Colegio Mayor Universitario "Pedralbes". Al salir, me encontré con Pepe; hablamos un poco y, mientras me despedía, le dije: "Voy de Inspector Veterinario a la Plaza de toros de Hospitalet..."; y Pepe contestó: ***"¡Suerte, y al toro!"...***, mientras por lo bajo, con aquella sonrisa tan suya, añadía: ***"...estamos en todos los sitios"***.

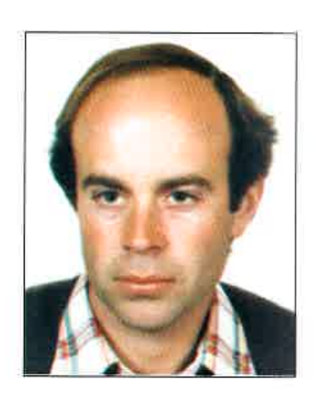
En el año 1.992 me jubilé y a finales de ese mismo año, un día, le vi en Lérida. Como de vez en cuando hablábamos de nuestras comunes inquietudes y afanes, aquel día le pedí el nombre de amigos suyos que tuvieran alguna necesidad, para rezar por ellos. Pepe me dijo: ***"Toma, cinco; no te quiero dar tanto trabajo porque la lista es muy larga"***. Más adelante, otro día, fui a dar una charla

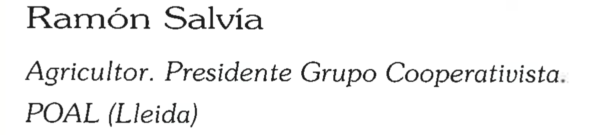
de formación a Mollerussa, a la que asistía él (siempre que podía) y algunos amigos suyos. Aquel día, al acabar, le pedí su impresión...: ***"encauzarlo mejor"***, me dijo; y añadió: ***"¡adelante, no pares!"***. Sus palabras me dieron mucho ánimo.

De sus cualidades humanas, la primera que destacaría es su total entrega a Dios y a los demás. También, su alegría con todo el mundo, la serenidad o equilibrio para tomar decisiones con rapidez. Y, cómo no, el trabajo: ese trabajar como tres mil haciendo el ruido de tres.

Más tarde, su trágica muerte. Dios se lleva pronto a los mejores. Pepe dejó un impacto en nuestra vida para siempre. Así quedó de manifiesto el día de su funeral y entierro en Vallfogona de Balaguer, en donde estuvieron gentes de todas partes de la comarca, de su trabajo y de sus amigos.

DE ROMERÍA CON PEPE





Ramón Salvía

Agricultor. Presidente Grupo Cooperativista.
POAL (Lleida)

Mis recuerdos sobre José Serret se refieren a la relación que tuvimos en la que fue la última parte de su vida.

El primero se remonta a un buen día de invierno en que debíamos partir para asistir a un curso de retiro espiritual. Estábamos en casa de José Safont, en Mollerussa, cuando éste le llamó por si quería venir con nosotros, cosa que no le fue posible hacer en aquel momento, aunque después se incorporó por su cuenta.

Pasados algunos años volvimos a coincidir en otro curso de retiro que tuvo lugar en Castelldaura (cerca de Premià de Mar). Recuerdo haber hablado alguna vez con él en los descansos que había entre los distintos actos del curso. Como poseía algún tipo de responsabilidad en la Asociación de Escuelas Familiares Agrarias de Cataluña, intercambiamos algunas ideas, pues yo tenía también ciertas responsabilidades por pertenecer al Comité Gestor de la EFA "Bellestar", de Penelles (Lleida), desde hacía varios años.

En este sentido, más adelante le invitamos a una reunión de los promotores de nuestra Escuela para estudiar las posibilidades de sacar adelante el Centro, sobreponiéndonos a las dificultades existentes, que eran debidas, en síntesis, a los pocos alumnos que iban saliendo y que se disputaban las numerosas Escuelas que impartían Formación Profesional Agraria por aquel entonces. Recuerdo que en dicha reu-

nión nos dejó grabadas sus ideas sobre el particular, que venían a ser opiniones de gran altura empresarial directiva, no exentas de realismo (de hecho, al cabo de un tiempo, se tuvo que proceder, como él sugería, a dar por terminadas las actividades de dicha Escuela, que había funcionado durante más de veinte años promoviendo la formación de la gente joven del medio rural en varias comarcas de Lleida).

A finales del 91 se decidió promover un Curso de Orientación Familiar con familias de los alrededores de Mollerussa. En repetidas ocasiones, varios matrimonios de la zona nos reunimos en casa de Pepe para impulsar la iniciativa, consiguiéndose finalmente la participación de más de veinte matrimonios.

Como ya se sabe, estos cursos tienen repartidos a los asistentes en varios grupos que se reúnen en el domicilio de alguno de ellos, en medio de dos fechas de sesión colectiva que dirige cada semana un profesor especialista, desplazado desde Barcelona. Yo no estaba en el grupo de Pepe, pero recuerdo con emoción sus divertidas intervenciones, y las de su esposa Roser, en las sesiones colectivas que tuvieron lugar durante diez semanas consecutivas, en la Biblioteca del Ayuntamiento de Mollerussa. Solía aportar buenas ideas prácticas sobre el tema del día, que a todos nos iban muy bien, pues se le veía gran ilusión y buenos criterios por sacar adelante una familia que -en su caso- era la más numerosa de todos los asistentes.

Indirectamente, mi esposa y yo nos beneficiamos de la labor de Pepe y Roser, pues formamos un grupo junto con otros dos matrimonios de su pueblo natal, Vallfogona de Balaguer (uno de ellos sobrino de Pepe), y puedo decir que muchas veces aparecían sus tíos y demás familia en las conversaciones que manteníamos en el grupo.

Finalmente, cuando el Curso acabó, se decidió que, los que voluntariamente quisieran, podrían hacer una romería a Torreciudad un domingo del mes de mayo. El día señalado, por la mañana, en una plaza de Mollerussa, las familias al completo subíamos al autocar contratado para hacer el viaje. Pepe no desaprovechó la oportunidad y se trajo algunas copias de cancioneros de sus hijos que enseguida repartió entre todos para animar el trayecto. Allá por la mitad del camino de ida, Pepe se levantó y dijo a todos, en voz alta, que podíamos empezar el rezo del Santo Rosario, lo que hicimos acto seguido, dirigiéndolo él mismo. Recuerdo que era impresionante ver a gente tan diversa cómo rezaban, con gran atención y devoción, siguiendo al que dirigía.

Llegados al Santuario, nos fuimos a la cripta de confesionarios, donde cada uno pudo, si quería, recibir este Sacramento, ayudándose de unas hojitas para preparar el examen de conciencia, además de las palabras que nos dirigió el sacerdote que se había unido al grupo.

Asistimos a la Santa Misa dominical y después, tranquilamente, bajamos al Tozal a comer; después, en una salita contigua, tuvimos un rato de tertulia con el sacerdote que nos acompañaba. Cada cual podía intervenir con libertad, pero al final la tertulia se centró en diversas anécdotas en torno a la reciente beatificación de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, acontecida pocos días atrás.

Después se participó en el Rosario que tiene lugar saliendo desde el crucero hacia el Santuario, para acabar, en su interior, con la bendición del Santísimo.

Finalmente, a la vuelta, cogió Pepe el micrófono del autocar y comenzó a corear las letras del cancionero, con buena voz y tono, dando una nota magnífica de optimismo y buen humor a todos los romeros, que terminamos el día llenos de alegría.

PEQUEÑOS DETALLES DE ESTIMA A LOS DEMÁS



Josep Mª Gibert

Asesor Fiscal. LLEIDA.

Desde el año 1.982, empecé a asistir a un retiro espiritual que tenía lugar en la Escuela Familiar Agraria "Bellestar", situada no muy lejos de Lleida, en las cercanías de Mollerussa. Este retiro se celebraba los terceros domingos de cada mes. Los asistentes, en su gran mayoría agricultores, procedían del área de influencia de la escuela y, por diversas circunstancias, participaban del deseo de recibir esta formación espiritual. En uno de estos retiros conocí a Pepe.

Me sorprendió gratamente su constancia en asistir, siempre que podía, a este medio de formación espiritual, y recuerdo que pensé poco más o menos en estos términos: "un padre de familia numerosa...; que es ejecutivo de una empresa importante; que seguramente habrá estado de viaje durante la semana...; cansado probablemente del trabajo y, por otra parte, con el legítimo deseo de dedicar el fin de semana al bien merecido descanso y a estar con la familia...; bien, este hombre tiene claro cuál es el fundamento de su vida cristiana, y el retiro es uno de los medios que le ayudan a mantener vivo su trato con Dios, y de este trato deriva la eficacia en su vida de familia y en su trabajo profesional".

De lo dicho, queda patente que para Pepe Dios era lo primero. Y no sólo encontraba así el modo de vivir más cerca de Dios, sino que le daba también la oportunidad de acudir normalmente con alguno de

sus amigos, e incluso a veces con algún hijo. Pepe tenía muy clara la necesidad de formarse espiritualmente, y no reparaba en el sacrificio que pudiera suponer el arrancar unas horas de su tiempo libre para dedicarlas a cultivar su alma, a tratar más a Dios.

Con el paso del tiempo conocí a su hijo Jaime, quien estuvo viviendo en la residencia de estudiantes que yo dirigía en Lleida. Un día me llamó Pepe y me invitó a comer en su casa. Allí, en su casa, nos reunimos al día siguiente, y puedo decir que ese día abrió una nueva etapa en mi trato con él. Aquel día y en los sucesivos encuentros que tuvimos después, tuve la suerte de tratarle y de descubrirle en su faceta de padre y de amigo volcado en sus amigos, y en los amigos de sus amigos; vi una persona olvidada de sí misma, pendiente de hacer felices a quienes tenía a su alrededor. Enseguida me ganó el ambiente de paz, alboroto y alegría que había en su casa. Pasados unos días de aquel primer encuentro en su casa, recibí unas fotos recordando ese día, lo que me demostró una vez más que era una persona que daba importancia a los pequeños detalles de estima a los demás.

En más de una ocasión, estando en su casa, me llamó la atención un detalle pequeño: en estas veladas y reuniones familiares, siempre se cantaba y Pepe era quien tomaba la iniciativa; enseguida repartía entre todos unos cancioneros y, aunque él no estaba especialmente dotado para el canto, no tenía ningún empacho en cantar. Este es un detalle entre muchos que, a mi modo de ver, refleja un rasgo de su personalidad: su alegría.

Quiero, para terminar, dejar constancia de un último detalle que más de una vez me ha dado que pensar. Durante los años a los que me estoy refiriendo, siempre le vi con el mismo coche. Pienso que, con absoluta naturalidad y sencillez, daba poca importancia a estas cosas, y no le importaba demasiado que su conducta en este campo resultase algo chocante con lo que en su ambiente de trabajo o social fuera habitual, o sea, cambiar de coche con frecuencia, o tener uno de mayor cilindrada o con mayor prestancia. Esto era muestra de un talante especial y también una manifestación clara de su modo de vivir el desprendimiento de los bienes materiales, de su pobreza y de su naturalidad.

Todos los que llegamos a conocerle sabemos que tenía muy claro que el fin de su vida no estaba en las cosas materiales, sino en la vida eterna.

PARÓ EL COCHE Y JUNTOS REZAMOS EL "ANGELUS"



Luis Torrent

Veterinario (Granja Castelló).
MOLLERUSSA (Lleida)

Conocí a José en el año 1.967, en su casa paterna de Vallfogona de Balaguer; me lo presentó su hermano Domingo, proveedor desde siempre de leche de su explotación vacuna a "Granja Castelló, S.A.", empresa en la que ejerzo mi profesión desde hace treinta y dos años, ininterrumpidamente. Quién iba a pensar que, en el transcurrir de los años, José se convertiría en el Director de la planta que "Granja Castelló S.A." instaló en Trobajo de Cerecedo, en León, con las siglas "Lecherías del Noroeste" (LENOSA). La labor desarrollada en dicha dirección dio unos excelentes frutos y valió a José su nombramiento como Director General del Holding.

José Serret, debido a su cargo, distanció nuestra comunicación, no por ansias de protagonismo, pues doy fe de su sencillez, sino por sus constantes y múltiples viajes y reuniones. No obstante, en algunas ocasiones me llamaba a su despacho e intercambiábamos puntos de vista técnicos, pasando después a un diálogo relajado sobre diversos temas, entre los que, no cabe duda, tenía un interés preferencial la espiritualidad. José era un hombre de profundas convicciones religiosas; yo, que soy un mar de dudas, le preguntaba cosas al respecto, y él, con gran serenidad, silencios prolongados, no me contestaba de inmediato; me decía: ***"espera"...***; marcaba un número de teléfono y hablaba con alguien en voz baja; pasados unos minutos, colgaba el

teléfono y me daba la respuesta. Un día me picó la curiosidad y le pregunté con quién hablaba; me contestó serio: ***"con mi Director espiritual"***.

En cierta ocasión, salía yo de la fábrica caminando (era un sábado); me dirigía por la avenida de la Paz hacia mi casa, cuando José, en su coche, hacía la misma trayectoria, ya que éramos vecinos de urbanización; se paró, me invitó a subir a su vehículo y cuál no sería mi sorpresa al ver que, coincidiendo con las doce del mediodía, paró el coche y juntos rezamos el "Angelus".

Y por último, en alguna ocasión hicimos un viaje largo a León y, sin consultar nada, me invitaba a rezar el Santo Rosario completo, en sus misterios gloriosos, gozosos y dolorosos, y las Letanías de María Santísima.

En resumidas cuentas, José era un hombre de profundos valores espirituales, lector constante de "Camino", el cual recitaba de memoria, amigo de sus amigos, sencillo; veneraba con profundo amor a su esposa Roser y a sus hijos; un trabajador incansable; en resumen: un hombre bueno.

UN "CAMINO" DEDICADO...



Mª Teresa Portí

Licenciada en Ciencias de la Educación.

ESPLUGUES DE LLOBREGAT (Barcelona)

Durante el curso 1.979-80 viví en Lérida. En el mes de julio fui a Inglaterra acompañando a nueve niñas entre los 11 y 15 años, para asistir a una convivencia de verano que organizaba el Centro Cultural Pallars.

Dentro de este grupo de niñas había dos, Mª Angeles y Mª Carmen, hijas mayores del Sr. Serret.

Como he dicho antes, yo vivía en Lérida y salí con toda la familia Serret desde Mollerussa -pueblo donde ellos vivían- hacia el aeropuerto de Barcelona para coger el avión hacia Manchester. Mi padre vivía en Sabadell y quiso venir a despedirme al aeropuerto. Allí le presenté al Sr. Serret y entablaron una breve conversación.

A la hora de partir, nos despedimos de toda la familia Serret y de mi padre, y emprendimos el vuelo, las nueve niñas y yo, hacia Inglaterra.

Yo no supe nunca nada más de este encuentro del Sr. Serret y mi padre en el aeropuerto, hasta octubre de 1.981.

Mi padre no entendía mi vocación a la Obra, pero la respetaba. Falleció repentinamente de un infarto el 18 de octubre de 1.981. Tras saber la noticia de su muerte fui a Sabadell a casa de mis padres. A las pocas horas de verle muerto y haber rezado por él, abrí un cajón de un mueble de la entrada de la casa y me encontré un "Camino" dedicado

a mi padre por el Sr. Serret con su dirección y teléfono. Inmediatamente le llamé para que rezara por mi padre más intensamente.

SU SONRISA Y SU CANSANCIO



Kiko Crosas

Licenciado en Filología Hispánica. PAMPLONA

No tuve la dicha de tratarle mucho; hablé con él en contadas ocasiones, pero no dudo que ésas y las muchas en que pude verlo, escucharlo y oír hablar de él dejaron no poca huella en mí. Pude, eso sí, conocerlo más en sus hijos; los más pequeños siempre llamaron mi atención... y no sólo por lo revoltosos. Pude conocer de cerca a algunos de los mayores. Si la descendencia es uno de los tesoros que el hombre puede legar a sus semejantes, hay que reconocer que Pepe era un hombre acaudalado.

Viví tres años en Lleida. No violento la memoria si cuento entre mis primeros recuerdos de esa etapa, tan feliz por tantos motivos, el oír hablar de Pepe y de su familia. Me fui siendo deudor del afecto de los suyos y de la hospitalidad de su casa, siempre abierta a todos.

Quizá una de las primeras cosas que hice fue aparecer con otros por allí, a bañarnos en la piscina y, seguro, a merendar. Aquello me sorprendió. Uno más entre otros, en medio del alegre jolgorio, era tratado como uno más de la casa. Ya me habían hablado de que aquel era un hogar alegre..., pero no dejó de sorprenderme.

En una ocasión, tiempo después, me invitaron a almorzar con ellos. Había ido a visitar a Jaime, que llevaba unos días enfermo, a la salida de mis clases en el instituto de Bellpuig, muy cerca de Mollerussa. Tiempo les faltó para agradecerme aquello -que no mere-

cía ninguna gratitud- haciéndome quedar a comer con ellos. Los pequeños, en el colegio; estábamos Roser, Pepe, Jaime y yo. Conservo muy grata impresión de aquél día. Ellos tendrían mil cosas de que hablar -una familia numerosísima como la suya proporciona tantos motivos de conversación- pero parecían no tener otro placer que atenderme... con toda naturalidad, sin ningún cumplido, interesándose sinceramente por lo que yo podía contarles (lo que no resulta nada fácil con un visitante quien sabe si inoportuno) y haciéndome partícipe de las incidencias domésticas del momento.

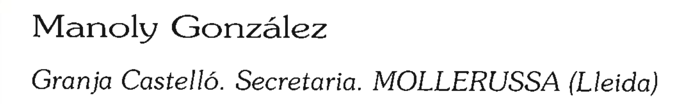
Pero con Pepe coincidí las más de las veces en Lleida, en el centro del Opus Dei en el que yo vivía. Venía a recoger a alguno de sus hijos o a asistir él mismo a charlas de formación cristiana, que durante una temporada él y otros amigos suyos tenían allí. Lo primero era siempre saludar al Señor en el oratorio, donde, con frecuencia, se quedaba un rato, haciendo oración. Mis impresiones más vivas corresponden a esos breves encuentros...:lo que más me llamaba la atención eran su sonrisa y su cansancio. No sé si responderá a la realidad, pero la imagen que de Pepe conservo es la de un hombre fatigado, en el mejor sentido de la palabra, sin connotación negativa alguna. Quizá se debía a que esos momentos eran los del final del día, poco antes de la cena, a veces al término de largos viajes profesionales. Sin embargo, esa fatiga de quien se dispone a regresar a su hogar tras una larga jornada, era siempre acompañada por la sonrisa: era un hombre dulce, afable, no le recuerdo tenso (más que comprensible en quien acomete arduos trabajos), ni impaciente. Transmitía serenidad, sin duda. Muy amable me resulta también evocar la noche de Navidad, en que contribuía con su mujer y sus hijos al ambiente festivo y familiar de la celebración que allí seguía a la Misa del Gallo, a la que venían bastantes familias.

Otras veces coincidí con él, normalmente acompañado de los suyos, pero no guardo tan vivas impresiones como de lo anterior.

Decía que tan pronto llegué a Lleida le conocí por los que le querían: me hablaron de él. Durante los tres años, tuve ocasión de conocer a fondo dos de las Escuelas Familiares Agrarias de las tierras de Lleida. El primer año incluso compaginé mi dedicación al instituto con las clases en una de ellas y echando, de algún modo, una mano en la otra. Allí se le quería...: había dedicado muy buenas energías y mucho tiempo a sacar adelante esas iniciativas de tanto interés social y de ningún relumbrón. Mucho me impresionó, ya lejos de Lleida, la noticia de su muerte. Recé por él -me pareció un deber, también de gratitud...algo le debo- y por los suyos...; pero, casi al momento, acudí a su intercesión, seguro de que estaba en una posición mucho más ventajosa que yo, recordándole tantos anhelos míos en las tierras de Lleida, tantas esperanzas, tantas ilusiones que espero que vayan dando fruto. No sabía yo entonces que pocos meses después los suyos se interesarían por mi familia, cuando perdí también de modo súbito a mi padre y experimenté esa curiosa solidaridad de que el dolor compartido fortalece. No se conocieron en la tierra...tenían parecida edad y ambos fueron trabajadores incansables. Como sus hijos, yo también he tenido el privilegio -es un don de Dios- de que mi padre muriera en el Opus Dei. Si en la eternidad no existe nuestro tiempo, espero ver algún día el abrazo que habrán podido darse allá arriba.

ALGO POR LO QUE LE ADMIRABA PROFUNDAMENTE





Manoly González

Granja Castelló. Secretaria. MOLLERUSSA (Lleida)

Conocí al Sr. Serret en el mundo laboral, ya que trabajo en "Granja Castelló, S.A.".

Cuando en 1975 me incorporé a la Empresa, él desarrollaba el cargo de Director-Gerente en la fábrica de León, y en esa época apenas tuve relación profesional: solamente los saludos cordiales, cuando se desplazaba a Mollerussa, o las palabras cruzadas al pasarle llamadas telefónicas.

Más tarde, con su traslado a Mollerussa, la relación profesional y humana lógicamente se fue incrementando. Por mi posición de secretaria del Director Comercial, tenía que acudir frecuentemente a su despacho a solicitar su firma, presentar o retirar documentación, etc., y he de confesar que siempre me imponía mucho respeto.

Ahora, al tener que corresponder a la petición que tan amablemente se me pide de intentar plasmar por escrito alguna anécdota o vivencia que resalte su personalidad y cualidades humanas, me ha venido en seguida a la memoria algo por lo que le admiraba profundamente: lo bien que hacía los telegramas de pésame.

Particularmente, me resulta bastante difícil redactar un telegrama de pésame a personas a las que no conozco, o que para mí solamente representan una razón social; y el recurrir a la típica frase hecha para la ocasión me hace sentir mal, porque las palabras suenan huecas y vacías.

En cambio, el Sr. Serret tenía un don especial para transmitir el consuelo que cada persona necesita en esos momentos. Enseguida redactaba cuatro palabras que reflejaban su profunda vivencia cristiana y animaba a sobrellevar con resignación esos momentos difíciles, sin desfallecer, al tiempo que enviaba aliento y fuerza, e invitaba a no perder la esperanza y a seguir adelante apoyándose en la oración y en la seguridad de que la persona fallecida gozaba ya de la presencia del Padre.

En pocas palabras, las de un simple telegrama, era capaz de sintetizar el mensaje cristiano, al tiempo que se hacía solidario en el dolor compartiendo el sufrimiento de los demás.

He de decir que en muchas ocasiones he recurrido al archivo para "copiar" sus frases con la intención de humanizar mis telegramas e intentar transmitir un sentimiento de consuelo con su estilo. Y seguramente seguiré haciéndolo.

Gracias, Sr. Serret.

DIOS SABE EL VALOR DE SU VIDA



Jordi Aguiló

Abogado. BARCELONA

Al ponerme a escribir sobre Pepe Serret, se me viene a la memoria enseguida el recuerdo de cualquiera de aquellas tardes en su casa de Mollerussa donde, en su grata compañía, pasábamos inolvidables ratos jugando al parchís con toda la familia, tomando el chocolate que preparaba Roser para merendar, las amables tertulias, la piscina de su casa, su acogedora sonrisa y la paz que infundía con su sola presencia.

A Pepe le conocí en mi estancia en Lérida entre 1.986 y 1.988. Él venía frecuentemente al Centro de la Obra en que yo vivía, para recoger a sus hijos, hacer un rato de oración junto al sagrario y estar unos minutos con nosotros. Siempre tenía algo que contarnos. Fue por entonces cuando se institucionalizaron los llamados "martes Mollerussa", consistentes en reunirnos en su casa para hacer deporte, utilizar su piscina y merendar, en ese grato ambiente que he mencionado, como el primer recuerdo agradecido que se me viene a la memoria tan pronto como oigo su nombre. Él había puesto a nuestra disposición el jardín de la finca que ocupaba, para que pudiéramos ir con tantos muchachos como quisiéramos, con una intención marcadamente apostólica.

Pero no fue hasta los comienzos del año 1.988 cuando se me ofreció la oportunidad de tener una relación más directa con él. Pepe

había sido internado en la Clínica Universitaria de la Universidad de Navarra por un motivo que ignoro, cuando yo tenía que ser ingresado también, y fuimos a visitarle. Se encontraba muy bien y nos dijo que iban a darle de alta al día siguiente. Le comentamos, por nuestra parte, que yo quedaría ingresado aquella misma tarde y que se estaban haciendo las gestiones para ello. Poco tiempo después nos enteramos de que yo no podría ingresar por no haber ninguna cama vacía hasta el día siguiente. Al informarse Pepe, decidió hablar con el médico para que dispusiera las cosas de forma que yo ocupara su cama, a pesar de que tendría que volver al día siguiente a la Clínica.

Cuando todo parecía arreglado según los planes de Pepe, se presentó un caso urgente que impidió mi ingreso. Entonces decidió reservar dos habitaciones en el hotel Tres Reyes, una para ellos y otra para nosotros.

Cuando regresé de Pamplona, había pasado casi un mes. Me enteré de que había estado interesándose constantemente por mí. Desde este momento, comenzó para mí un trato más intenso con él. Al enterarse de que me habían recomendado en Pamplona que descansara, puso inmediatamente su casa a disposición para ello y como se enterara del importe de la factura de mi estancia en la clínica, ofreció un generoso donativo. Varias veces fui a su casa con el propósito de descansar, y esto me dio la oportunidad, como digo, de conocerle mejor.

Pepe era un hombre tranquilo. A mi juicio, la serenidad que vivía y comunicaba era el aspecto más destacado de su personalidad. Serenidad que se reflejaba en todas las cosas que hacía. Actuaba dando sólo importancia a los demás. Esa preocupación por los otros, colocándolos en primer lugar, esa generosidad suya tan acentuada, esa simpatía personal, desembocaban necesariamente en el cariño con que le respondían sus muy numerosos amigos. Siempre encontraba tiempo para ellos, siempre hacía suyos sus problemas, siempre le encontrábamos dispuesto para escucharnos. De estas condiciones poco comunes se desprendía necesariamente un apostolado personal serio y profundo.

No he mencionado la alegría, que se desprende lógicamente de las condiciones anotadas. No recuerdo haberle visto nunca serio, y sí siempre comunicante de noticias y con cosas que contar, haciendo con ello la vida agradable a los demás. Todo esto revela que las preocupaciones, que todo el mundo tiene, sabía colocarlas en su sitio y descansar en Dios. Son manifestaciones externas de una vida interior, que debía ser proporcionada a este conjunto extraordinario de condiciones de su persona.

Al trasladar mi residencia a Barcelona, fui a despedirme de todos los miembros de su familia y me encareció que, cuando fuera a las necesarias revisiones en Pamplona, pasara por Mollerussa para verles.

Me consta el interés y la ilusión que vivía en las cosas que miran al servicio de Dios y el cariño que ponía en vivir la voluntad de Dios sobre él.

Dios sabe el valor de su vida. Yo recuerdo con cariño su personal simpatía.

APENDICE

OTROS TESTIMONIOS

"Sanciónese, pues, ésta, como primera ley de la amistad: que pidamos a los amigos cosas honestas, que hagamos cosas honestas en servicio de los amigos, que no esperemos a que nos rueguen, que siempre esté presente el deseo de ayudar, que no obremos con tardanza y que nos atrevamos libremente a dar consejo. Valga mucho en la amistad la autoridad de los amigos que aconsejan bien".

(CICERON,
Lelio o De la Amistad.)

TENÍA CARÁCTER, GENIO

Bartomeu Closa

Maestro.BALAGUER

Mis primeros recuerdos de Pepe corresponden a los años (mediada la década de los cuarenta) en que formábamos un grupillo de chavales de cinco o seis años. Empezábamos entonces los estudios de Primaria.

Vivíamos entonces en tiempos de postguerra, hasta el punto de que los primeros estudiantes de bachillerato que salieron del pueblo, en esta época, fuimos nosotros : Enric, Pepe, una prima mía (Rosita), yo,... Allí, en la escuela, comenzó a formarse el grupo. Por las mañanas íbamos a la escuela; después, ya a media mañana, este grupo reducido (seis en total) nos quedábamos a recibir las lecciones de bachillerato, y por las tardes el maestro nos colocaba en cuartos diferentes de la escuela (apartados de la chiquillería) para poder estudiar.

Recuerdo al Pepe de aquellos años como un chico "petit i entremeliat"; es decir, un chaval despierto que, sin tener maldad, va buscando el modo de hacer la trapisonda. A este respecto, me viene a la memoria un recuerdo divertido.

Solíamos salir de la escuela a eso de las nueve o diez de la noche. El maestro se encargaba de apagar la luz y por eso él salía el último; nosotros íbamos por delante. Pues bien, un día Pepe no se le ocurrió otra cosa que embadurnar con pegamento el interruptor de la luz... En otra ocasión, se nos ocurrió quitar los plomos para no tener escuela esa tarde...Estas son las cosas que suele hacer un chico "entremeliat". En realidad, esto no lo hacía sólo Pepe: lo hacíamos todos; un

día le tocaba a uno, y otro día a otro.

Casi todos mis recuerdos de Pepe se refieren a aquellos años de infancia y juventud que pasamos juntos en nuestro pueblo natal. Después, acabado ya el bachillerato, la vida nos llevó por caminos diferentes. No obstante, con el paso de los años, aún tuvimos algunos encuentros. Uno de ellos, hace poco más de dos años, fue en Mollerussa, con motivo de la celebración de sus bodas de plata. Nos reunió para cenar juntos los viejos amigos de infancia; la verdad es que fue una velada muy entrañable.

Por el modo que tenía de hablar con sus hijos, yo diría que era un poco "mandón", sin dejar por ello de ser cariñoso con todos. Pero, en fin, era un hombre con genio y con autoridad. Puede ser que esto lo lleve consigo -o lo tenga que llevar- el hecho de tener que sacar adelante una familia de once hijos: si no hay un poco de autoridad, la convivencia familiar podría correr el riesgo de diluirse. En este sentido, Pepe era claramente expeditivo: tenía carácter, genio. Si esa actitud la trasladamos al trabajo, está claro que era una persona con dotes para mandar.

UN HOMBRE MUY AFECTIVO



Antonio Coll

Periodista. Director del "Diari de Tarragona".
TARRAGONA

Un día el jefe de promoción del periódico me llevó a firmar un acuerdo con una casa comercial que patrocinaría una serie de láminas que íbamos a entregar sobre la obra pictórica de Marià Fortuny.

Fuimos a los cafés Brasilia, en la carretera de Reus a Tarragona, y mi acompañante me advirtió que el director con el que iba a firmar era nuevo, recién nombrado, que se llamaba Josep Serret y venía de Lleida.

Esto era lo único que yo sabía de él cuando le vi por primera vez. Pero diez minutos después, supe que era un hombre extremadamente afectivo - esa fue la cualidad más sobresaliente que advertí- y supe también que venía de Mollerussa (cerca de Ivars d'Urgell, mi pueblo), y que tenía una gran familia.

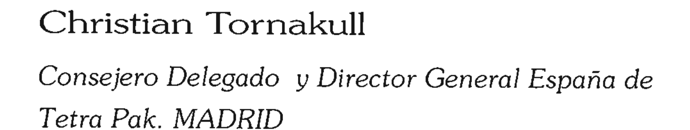
Poco tiempo después, uno de sus hijos, Jaume, comenzó a trabajar en "Diari de Tarragona", cubriendo un puesto que ocasionalmente estaba vacante (teniendo tantos hijos, la ley de probabilidades facilitaba que uno de ellos coincidiera conmigo en el trabajo). Ello me dio oportunidad de conocer más a Josep Serret a través de lo que Jaume me contaba de él y de su familia.

No mucho después tuve el dolor, y a la vez el gozo, de poder asistir a su adiós en Vallfogona de Balaguer. Aunque sólo había visto personalmente en aquella breve ocasión a Josep Serret, la impresión

que me produjo no se borrará de mi memoria. Me pareció un hombre al que sus altas responsabilidades de empresa y sus muchas preocupaciones familiares, no consiguieron quitar la paz y la sonrisa. Es decir, un hombre de fe, de los que uno disfruta de tener a su lado.

UN GRAN CORAZÓN





Christian Tornakull

Consejero Delegado y Director General España de Tetra Pak. MADRID

Me encontré con Pepe Serret por primera vez cuando yo acababa de llegar a España, a principios de 1988. Junto con el que entonces era Director Comercial de "Tetra Pack", Luis Aguiar, fuimos a visitarle a su tierra catalana. Nos encontramos en un restaurante, en una calle un poco apartada de las grandes avenidas, muy agradable y con una bodega que "animaba" mucho.

Yo venía de Suecia, un país que no es de grandes vinos, y mis conocimientos en aquel entonces eran aún más bajos que hoy. Me resultó muy grato tener, por parte de Pepe, la introducción al mundo del cava catalán en general y especialmente a su cava favorito, el de Raimat.

Salí de aquella comida muy animado y feliz por haber encontrado una persona tan humana y tan agradable, lo que se ha repetido cada vez que nos hemos encontrado, tanto alrededor de una mesa de trabajo, como en momentos de ocio. Pepe siempre ha sabido animar el grupo para que todo el mundo lo pasara bien a su alrededor y, en la gran mayoría de las veces, nos acompañaba su "Cava".

Siempre recordaré aquel primer encuentro y no es necesario explicar que me "vendió" totalmente su producto catalán pero, por encima de todo, de aquel momento arrancó una relación muy positiva para mí, con esa persona, tan llena de humanidad y con un gran corazón.

SEMPRE OBERT ALS ALTRES

Joan Francesc Soler

Gerente "Escola Pía de Sarrià". BARCELONA.

I ben segur que amb un somriure..., com la de fa uns anys a la plaça de la parròquia de la Sagrada Família de Terrassa en sortir de Missa, on coincidiríem els dos matrimonis després d'uns anys de no veure'ns. Intercanviàrem unes paraules, possiblement intrascendents i la trascendència calia buscar-la en els rostres, en els somriures que vàren dir-ho tot. Seguíem sent amics malgrat la distància i la falta de relació; els nostres camins podien ser diferents, però eren coincidents en els estils de vida.

Quan i on va néixer l'amistat? Doncs en un bon crisol, en el si de la J.I.C., en aquella Acció Catòlica Independent de principis dels seixanta, on vàrem aprendre, mitjançant la Revisió de Vida, a veure, a jutjar i a actuar amb l'ajuda de l'Evangeli, i on prenguérem consciència del nostre Baptisme i de la nostra Confirmació, i on entenguérem que la força ens ve de l'Eucaristia, de la Comunió entre els uns i els altres.

Recordo aquelles primeres reunions en les que quantificàvem els actes de pietat, com si la nostra fe i la nostra relació amb Déu fos un problema de números.

Coincidírem en diverses ocasions i congeniàrem en opinions i compartírem amics i sentiments. La nostra relació fou breu però profunda i, com es pot intuir, de llarga durada, per sempre.

Com diu la cançó, ajuntant-me amb els teus "trobarem a faltar el teu somriure" que ha estat signe de bonhomia i d'estar sempre obert als altres.

"ES LA HORA DE COMER CARACOLES..."

Jaime Rodríguez

Consejero Delegado Selex Ibérica, S.A.
BARCELONA

Yo conocí a José Serret a finales de los años 70, siempre en el ámbito profesional, pero de su gran perfil humano me di cuenta el día 7 de Enero de 1983; estábamos en Mollerussa, en su oficina, negociando determinados temas comerciales; habíamos comido juntos, eran las 7 de la tarde y el acuerdo no llegaba.

En aquel momento, José empezó a dibujar un caracol y, rompiendo la tensión, dijo: ***"Es hora de comer caracoles"***, y terminamos en su casa cenando, cantando, conociendo la gran Fe y Humanidad de esta persona, hasta las dos de la madrugada. Esta día, fue el inicio de una relación imborrable para mí.

UN GRAN HOMBRE Y UN GRAN AMIGO

Silvio Elías

Consejero Delegado. Caprabo. Barcelona.

Josep era un hombre especial. Tan especial que te hacía sentir amigo a las pocas horas de conocerle.

Josep conseguía transmitir una simpatía y un calor impregnados de sinceridad y respeto que cautivaba.

Josep era un gran hombre y un gran amigo.

PERSONA BUENA Y EQUILIBRADA

Miguel Angel Vázquez de Prada

Secretario General de Industrias Lácteas. MADRID

Con gusto atiendo el agradable cometido que supone recordar con cariño y admiración la personalidad profesional y humana de nuestro común amigo José Serret Borda, que desgraciadamente hemos perdido.

Aunque mi relación con él fue casi estrictamente profesional, no me pasó desapercibido su talante, nobleza y sentido de la amistad, que sólo con su presencia irradiaba hacia los demás.

De mi relación con él, tengo que destacar su gran capacidad de trabajo y sacrificio, su talante abierto, su humildad y un especial sentido de la responsabilidad. También eran destacables sus cualidades de mediador en asuntos profesionales polémicos, por sus grandes dotes persuasivas.

En definitiva, resumiría que en mi relación personal José ha dejado un grato recuerdo como persona buena y equilibrada. Si algo he de lamentar en mi relación con Pepe es no haber tenido la suerte de conocerle mejor.

UN SERVICIO EN BENEFICIO DE LA SOCIEDAD



Ramón Carlos Baratech

Director Revista económica
"FOMENTO DE LA PRODUCCIÓN". BARCELONA.

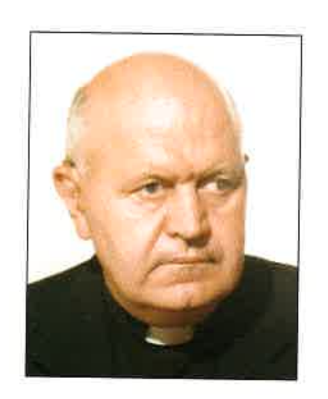
Mantuve con José Serret esporádicos contactos, quizás en tres o cuatro ocasiones, pero de ellas guardo un grato recuerdo y, a la vez, comprendí su gran profesionalidad, que se manifestó en la entrevista que nuestra revista le hizo en 1.988 y posteriormente publicada en ABC (8.3.88).

En dicha entrevista mantenía que una buena filosofía de empresa es aquella que ofrece en todo momento un servicio en beneficio de la sociedad. Y debería prestar especial atención a las personas que comprenden la plantilla, a los ganaderos, a los consumidores y al sector de la distribución, es decir, a los comerciantes.

Para José Serret, ser empresario es estar en una posición influyente ante la sociedad, y ello exige una serie de características especiales, como son espíritu de lucha y de superación y no olvidar que el empresario cumple un servicio ante la comunidad.

En alguna de las ocasiones en que conversamos, él estaba acompañado por su esposa; allí también pude comprender que se trataba de una persona dotada de gran humanidad y un excelente padre de familia.

"¡A CONFESARSE EL QUE QUIERA!"



Mn. Lluís Raventós

Prevere. Dr. en Derecho Canónico.
Licenciado en Farmacia. TARRAGONA

De Josep Serret recuerdo especialmente una costumbre suya que revela claramente su desvelo constante por la formación cristiana de sus hijos y su alegre forma de desenvolverse.

Cuando llegaban las vacaciones, de Navidad o de verano, los chicos corrían el peligro de abandonar la frecuencia de sacramentos que vivían durante el curso escolar. Josep lo remediaba fácilmente: cuando se acercaba una fiesta, cargaba el coche con toda la chiquillería que hubiera en casa, hijos propios o extraños; se dejaba caer inopinadamente en casa de un sacerdote amigo, y allí ¡a confesarse el que quiera!. Si los chicos llegaban divertidos, aún se iban más contentos. Viví esta experiencia en Lleida, y pasados seis años, en Tarragona, comprobé que mantenía la misma costumbre.

Diversas veces, al predicar -cuando aún Josep vivía- contaba esta anécdota, claro está, sin citarle.

“¿TODAVIA NO?”

Lexi Mensdorff

Estudiante. VIENA

El día 16 de Mayo de 1992 en Roma,es decir,el día anterior a la beatificación de Josemaría Escrivá tuve la oportunidad de ir con Mª Angeles y sus padres a rezar a la Basílica de San Eugenio en Roma,en donde reposaban los restos mortales del futuro beato.

Nos desplazamos allí en taxi. Era la primera vez que veía al Sr. Serret. Al poco rato de estar juntos me preguntó si yo era numeraria del Opus Dei. Al contestarle negativamente, contestó rápidamente ***“¿todavía no?”***. Eso fue todo lo que yo entendí,en español, por aquel entonces (*)

No dije nada más,pero pensé ¿qué es lo que le hace intuir que tenga vocación para ello?.

Al poco tiempo ¡ tuvo razón !.

Durante el trayecto a la Basílica de san Eugenio, el Sr. Serret habló con el taxista sobre la beatificación, el taxista había oído hablar pero poca cosa sabía.

El Sr. Serret le dió una estampa del futuro beato. El taxista la cogió, y mientras la sostenía en la mano hacía el gesto de mirar dónde la podía colocar. El Sr. Serret la volvió a coger y se la puso en medio

(*) El Sr. Serret sabía que no lo era, ya que se lo había comentado MªAngeles, pero no quiso dejar pasar la ocasión para sacar el tema, pues yo entonces tenía planteada la vocación a la Obra.

del volante de tal manera que pudiera verla muy a menudo.

La otra vez que vi al Sr. Serret fue en Viena,cuando visitaron a su hija. Entonces yo era ya numeraria. El y su mujer me enseñaron fotos de familia y de la beatificación. Me regalaron unas en las que aparecía con su familia. Me conmovió ver que habían pensado en mí al hacer las copias de las fotos.

NATURALIDAD, SERIEDAD Y HUMANIDAD



Miguel Montserrat

Licenciado en Derecho. Presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Zaragoza.
ZARAGOZA

No tengo el privilegio de poder afirmar haber sido amigo -en el sentido más noble de la palabra- de José Serret. Mis contactos con él fueron, esencialmente, profesionales y derivados de sus responsabilidades al frente de Industrias, y de las mías al frente de una Compañía de Distribución.

No obstante el anterior testimonio, debo afirmar que desde el primer día que conocí a José quedé sorprendido por su naturalidad, seriedad y humanidad; cualidades que se fueron confirmando en nuestros contactos profesionales y en cuantas ocasiones coincidimos en Jornadas o Congresos, I.E.S.E., etc.

En la empresa que presido coinciden, asimismo, en que José era "diferente", y fue generalizado el sentimiento de dolor por su muerte.

ENTUSIASTA, HONESTO Y GRAN TRABAJADOR




Ramón Masip

Presidente de la Dirección General de la Alimentación. NESTLÉ, S.A. VEVEY (Suiza).

Mi relación con José fue sobre todo de carácter profesional.

Le conocí hace practicamente quince años y durante algún tiempo nuestros contactos estuvieron motivados por la actividad del sector en que ambos trabajábamos, especialmente los temas lácteos.

Unos años después, en 1986, nuestra relación se hizo más continuada y más estrecha como consecuencia de la participación que Nestlé tomó en Granja Castelló, de la cual José era el Director General en aquella época. De hecho, él fue una persona clave en esta operación ya que tenía que asegurar la gestión diaria, combinando bien los intereses de la familia Castelló y los de Nestlé.

Supe apreciar siempre en él las características de un hombre sólido, entusiasta, honesto y gran trabajador. Su reflexión siempre atinada y su forma de actuar tranquila, no exenta de entusiasmo, ayudaron mucho en los años en que esta colaboración tuvo lugar.

En 1992, se llegó a la decisión de separar las actividades que se realizan en Mollerusa y en León y la asociación que había tenido durante seis años dejó de existir. En consecuencia, José hubiera podido quedar en una situación dificil y Nestlé no tuvo ningún inconveniente en integrarle en su equipo humano, cosa que él, por su trabajo y dedicación, había ampliamente merecido.

Desgraciadamente, las circunstancias que todos los lectores de

este libro conocen no le permitieron a él ni a nuestra empresa el poder continuar esta colaboración dada su triste y trágica desaparición.

Quisiera destacar especialmente un hecho que, en definitiva, ha sido y estoy seguro será en el futuro trascendente para su esposa Roser y para su numerosa familia.Es el hecho de que él supo reconocer y aceptar, tanto en la primera fase que he comentado como en la segunda de plena integración en Nestlé, que había que optimizar la compensación económica por su trabajo pensando también en el futuro.En general, es conocido que en las empresas más pequeñas y de tipo familiar los sistemas de pensiones y previsión están menos desarrollados que en una empresa de las características, las dimensiones y la filosofía de Nestlé.

Ello representó, a corto plazo, un cierto sacrificio de tipo económico para él y su familia pero en definitiva -aunque nunca hubiéramos pensado que se tuviera que utilizar de forma tan inmediata y traumática- estoy seguro de que en estos momentos tiene que ser una garantía para la formación de sus hijos y para la eliminación de penurias y preocupaciones para los que han quedado y que estoy seguro le lloran.

En todo caso, José dejó entre todos los que le conocieron y que trabajaron con él un impacto y una impronta que serán muy dificiles de olvidar.

..."CASA GRANDE Y MUCHO TERRENO PARA VER CORRER A NUESTROS HIJOS "

Carles Serra.

Gestor Intermediaro de Promociones y Edificaciones. REUS.

Mi corta amistad con D. José Serret y su esposa,viene de un año aproximadamente. El motivo fue el de localizar una casa o chalet a la medida de las necesidades de la familia.

El Sr. Serret me contaba que quería una ***"casa grande, en la que haya mucho terreno para ver correr a nuestros hijos"***. No sin esfuerzo y varias visitas, conseguimos solucionar aquellos deseos.

Recuerdo en un viaje a Barcelona para asuntos de negocios, que durante el trayecto pude descubrir a través de nuestra conversación su acusada personalidad, sus cualidades humanas y su fe en Dios.

Su afán apóstolico me llevó a asistir mensualmente a las reuniones de formación espiritual que organizaban un grupo de amigos.

El Sr. Serret desde el Cielo guiará y dará aliento a su esposa Roser y a todos sus hijos para seguir muy unidos.

SU TRATO ERA PARA TODOS NOSOTROS UN REGALO

José Manuel Aguilar

Abogado. Director de Aprovisionamiento de Lactaria Española, S.A. MADRID

Aunque no llevo muchos años en el mundo de la leche, desde el primer día en que me asomé al mismo tuve la oportunidad de conocer a Pepe en las reuniones del Comité de Gestión de la FEDERACIÓN NACIONAL DE INDUSTRIAS LÁCTEAS y, desde ese momento, y en múltiples ocasiones, fuimos compañeros de reunión .

Me resulta difícil señalar algunas anécdotas concretas que, de alguna forma, resuman estas relaciones, pero es evidente que su trato era para todos nosotros un regalo, no solamente por su concreción y efectividad, sino también por su gran sentido del humor, que siempre brillaba en sus intervenciones.

En cuanto a sus virtudes y cualidades humanas, quiero destacar su gran fe de hombre creyente y trascendente, su bondad, su amabilidad y su firmeza.

SU SENCILLEZ Y SU GENEROSIDAD

Margot García

Estudiante. VIENA.

Conocí a José Serret en una de las ocasiones en que vino a Viena a visitar a su hija Mª Angeles.

De esta visita, aunque corta, me quedaron grabadas dos cosas: su sencillez y su generosidad.

Uno de estos días me invitaron a comer con ellos. Fue un derroche de cariño y de detalles con su hija y conmigo. La comida fue en un restaurante muy simpático: se trata de una torre en la que va dándose vueltas, pudiéndose ver así todo Viena. Recuerdo que al entrar en el restaurante había unos cuantos españoles y con gran naturalidad entabló con ellos una conversación; enseguida les recordó que era domingo y que había que ir a Misa. Nadie se sorprendió de lo que dijo, porque todo fue en un tono muy simpático.

Al pedir la comida, el camarero no podía entender qué era eso de "entremeses", pero al cabo de un rato (no sé en qué idioma se pudieron comunicar) estaba todo listo, y acompañado además de una buena botella de champán, cosa que tanto su hija como yo disfrutamos de lo lindo.

En el taxi de vuelta, uno de sus hijos comenzó una conversación con el taxista (tampoco me acuerdo de cómo se comunicaban); el caso es que al bajar del mismo, el taxista se quedó, la mar de contento, con una estampa del Beato Josemaría Escrivá. Pensé que esto les venía del

constante ejemplo de su padre.

También tuvimos con él una tertulia en el Centro de la Obra en el que vivo. Él se había preparado, pues enseguida abrió su agenda y empezó a contar anécdotas apostólicas y detalles de cómo iban sacando fondos para una institución educativa de España. Recuerdo bien que nos costó irnos de aquella tertulia, porque nos sentíamos muy a gusto y en familia; además nos dejó a todas con gran vibración apostólica.

No le he visto muchas veces más, pero en mis adentros siempre pensé que era un hombre santo.

INDICE DE AUTORES

Esta primera edición de
PEPE SERRET, RECUERDOS DE SUS AMIGOS
se acabó de imprimir el día 9 de Enero de 1.994
en los talleres de
AGD Arts Gràfiques Dalmau, S.L. de Lleida.

PEPE SERRET:
RECUERDOS DE SUS AMIGOS
es una recopilación de un centenar de semblanzas escritas por amigos del recientemente fallecido Josep Serret i Borda, que dejó a su muerte una estela de amistad y una huella imborrable de bonhomía y de prestigio profesional, todo ello conformado por una fe profunda que se traslucía en todos sus actos. En la obra que presentamos destaca el testimonio unánime y clamoroso de las virtudes de Josep Serret. Con un estilo espontáneo y sincero, sin literatura, múltiples personas de muy distinta índole y condición social y profesional describen el carácter, la piedad, el apostolado, la honradez, la profesionalidad, la sencillez, la alegría, el sacrificio... de un hombre que fue padre, esposo, amigo, alto ejecutivo de empresa... y que supo impregnar todas las facetas de su vida con una altura humana impecable y un profundo sentido sobrenatural y apostólico. Esto ha provocado que su figura no pasara inadvertida a ninguno de los que le conocieron, por escaso que fuera el trato o la relación que les uniera.

